

# **LAS CACERÍAS DE LOBOS.**

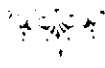


L A S

# CACERIAS DE LOBOS

COMBATES Y AVENTURAS EN EL BOSQUE

D. EMILIO MOZO DE ROSALES



MADRID

LIBRERÍA DE V. GORDIANO Y C.ª HERABLIA

Plaza del Ángel, núm. 17

1889

---

*Es propiedad del autor.*

---

---

MADRID, 1886. — EST. TIP. & SUCESORES DE RIVADENEYRA D.  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

---

## LAS CACERÍAS DE LOBOS.

---

### LA CAZA DE NIEVE.

---

Por más que nuestras leyes de caza prohiban terminantemente que se abuse de la posición difícil en que aquélla se encuentra durante las grandes nevadas, y por más que la conciencia diga por modo elocuente á los cazadores que, de infringirse las ordenanzas, pronto se quedarían despoblados los campos de esos pobres seres que no sólo contribuyen poderosamente á distraer los ocios del hombre, si que también á surtir su mesa de apetitosos manjares; y por más que los guardas y agentes de toda clase traten de perseguir sin piedad á los infractores, sea porque estas ocasiones de *azar y fortuna* son raras; sea que la fruta prohibida tenga deleitoso sabor, lo cierto es que todo el mundo se lanza á los campos no bien se cubren estos de blanco sudario, para servirnos de la frase consagrada por los poetas. Y no sólo se lanzan los que pueden ponerse buenas botas de cuero y los que poseen armas de fuego, sino gru-

pos de mozalvetes de aldea, casi desnudos de pie y pierna, no de otra suerte armados que con sendos garrotes y con piedras rodadizas.

Para comprender el daño que éstos hacen y lo punible de su conducta, bastará describir algunas de las peripecias de su cacería.

Los conejos permanecen generalmente ocultos dentro de sus vivares esperando que cambie el mal tiempo; pero si éste se prolonga, el hambre les hace salir en busca de hojas secas y de cortezas de árbol; su huella queda perfectamente señalada en la nieve, y basta seguirla con persistencia durante un trayecto que nunca pasa de mil á dos mil pasos para apoderarse del pobre roedor, que no siempre tiene fuerzas para esconderse en su guarida extenuado y hierto como se halla.

Lo mismo acontece con las liebres, sólo que éstas corren aún más riesgo de ser destruídas, pues no guareciéndose en vivares como los conejos, antes las penetra el frío, entumeciéndolas de tal modo, que muchas se dejan coger con la mano sin oponer la menor resistencia. Sólo sus ojos desmesuradamente abiertos revelan su espanto, así como un débil grito conmovedor y triste parece indicar su despedida á la naturaleza en donde ha vivido libre y feliz. Un solo aldeano que conocemos, cogió catorce de este modo durante las grandes nevadas del mes de Enero de 1885. La capa que cubría la tierra estaba tan helada y era tan profunda que aquellos pobres animales morían de hambre en todas partes por no poder encontrar un átomo de hierba seca.

Pero en donde los grupos de aldeanos hacen un verdadero destrozo es en los bandos de perdices. Aunque estas aves tienen gran resistencia, y aunque gracias á sus alas se trasladan con facilidad de un punto á otro, como quiera que no se alejan nunca del sitio en que han nacido, desde el momento en que agotan el escaso alimento que les permite encontrar la nieve, empiezan también á decaer; no saben sobre qué punto elevado posarse; se les hielan los pies y todo en ellas indica la falta de energía que les es peculiar; entonces sus perseguidores se dividen; y en tanto que unos las ojean en el fondo de los valles desiertos, otros las asustan con sus gritos haciendo que vuelvan al punto de partida, de donde resulta que, rendidas, sin hallar abrigo en ninguna parte y hundiéndose en la nieve, concluyen por entregarse en masa.

Todo esto lo saben y lo presencian los alcaldes de los pueblos, pero se guardan muy bien de denunciarlo, tanto por comer caza gratis como por abrigar la creencia de que la caza que se cría en sus términos municipales pertenece á los vecinos que tengan maña y ocasión de capturarla. Y menos mal si á lo dicho se limitasen, pero hay pastor que después de estar poniendo lazos todo el año, se permite destruir los nidos, reuniendo á veces doscientos y trescientos huevos de perdiz que, ó bien come asados sobre el rescoldo, ó bien en tortilla con sendos tragos y gran contentamiento de sus vecinos y amigos invitados á participar de este singular festín, que hace inútil la veda y que destruye por completo un ramo de ri-

queza, que en algunos países de Europa, en Alemania principalmente, produce grandes rendimientos al Estado.

Poco más ó menos lo mismo sucede con la pesca, para la cual se emplean toda clase de redes y de aparejos prohibidos dando esto por resultado que ríos de poca consideración que hemos conocido en nuestra juventud literalmente cubiertos de riquísimas truchas asalmonadas, no produzcan hoy más que cangrejos y *bermejas*, pececillos insignificantes, que sólo pueden servir de cebo para la pesca que se llama de cuerdas.

Dicho esto como enérgica protesta contra los que tan sin miramiento infringen en España todas las leyes de utilidad pública y contra las autoridades que por ignorancia, desidia ó mala fe lo consienten, dejando á salvo á los guardias civiles, que según hemos tenido ocasión de observar, tanto en esto como en todo cumplen siempre con su deber, siquiera se encuentren sin apoyo y muchas veces en pugna con las costumbres de nuestros campos, pasemos á narrar la historia que nos hemos propuesto dar á conocer á nuestros lectores.

Mediaba Diciembre, y por efecto de una gran nevada estaban tan cubiertos los caminos y campos de Castilla, tan helados los arroyuelos, tan encerrados los ganados en sus parideras, perdidas aquí y allá entre las laderas, y tan atarecidas las gentes, que nadie del hogar salía. Un cielo color de plomo y vapores desgarrados unas veces y agrupa'los otras por el viento Norte, aumentaban la tristeza y soledad del



paisaje. La naturaleza parecía completamente muerta al sentir una temperatura de ocho grados bajo cero, harto considerable en nuestros países meridionales.

Sin embargo, no todos buscaban el dulce calor de la chimenea, pues tres hombres envueltos en sus ponchos oscuros, con sendas gorras de piel de nutria, caladas hasta las cejas, abrigados con botas de cuero blanco y llevando las escopetas debajo del brazo, cruzaban á buen andar una extensa llanura limitada al horizonte por el *Alto rey* y la escabrosa sierra de *Campisábalo*.

A veinte pasos detrás de ellos arreaba un mozo de calzón, abarcas y cachirulo rojo en la cabeza un pollino que llevaba sobre sus lomos algunas mantas de lana, un bote de vino, como de tres cuartillas de capacidad, y unas sendas alforjas que, por lo rotundo y voluminoso de sus flancos, bien demostraba llevar en ellos abundante repuesto de provisiones, tales como chorizos, jamón frito, lomo adobado, caza en escabeche, queso y aceitunas; manjares muy del caso para gentes que con tal frío se aventuraban á cruzar extensas soledades.

Dos de los primeros llevaban en bandolera y apoyados sobre el hombro derecho, dos hurones escondidos en sus cilíndricas jaulas; lo cual, bien á las claras indicaba que no pensaban dejar conejo con vida, pues debiendo encontrarse éstos refugiados dentro de sus vivares por la crudeza del tiempo, tendrían sin remedio que entregarse á los hurones; trabar con ellos encarnizada lucha, ó salir fuera de las bocas, en cuyo caso se enredarían en las redes preparadas al efecto.

La destrucción, como se ve, ni más alevosa ni más completa podía ser — ni más impune, añadiremos — pues no estaba el tiempo para que autoridad alguna, civil ó militar, les saliese al encuentro, ni de distinguir ellos el más pequeño bulto sospechoso en los confines de la extensa llanura que en todos sentidos se extendía, hubiesen dejado de poner pies en polvorosa, que harto tiempo tenían para ello.

Pero antes de proseguir, y por más que deba durar muy poco nuestro trato con los cazadores, digamos qué posición tenían, cómo se llamaban, y cuál era el verdadero motivo de su arriesgada expedición; que no dejaba realmente de tener sus peligros, como muy pronto veremos, cruzar aquellas extensas soledades, situadas á gran altura sobre el nivel del mar, con una temperatura excepcional, que no sin razón asustaba á gentes acostumbradas al suave calor de nuestras temperaturas medias.

Aquél de los tres cazadores que por la mayor riqueza de su poncho, de sus botas inglesas de triple suela, de su gorra de pieles y de su excelente escopeta de dos cañones de percusión central, parecía disfrutar de mejor posición, frisaba en los cuarenta y cinco años; era grueso, rechoncho, de facciones vulgares, nariz redondeada y gruesa y ojos saltones. Carpintero en su juventud, ebanista después y enriquecido de repente por la adquisición de una finca de bienes nacionales vendida en tiempo de la República en la quinta parte de su valor; comíase tranquilamente una renta de seis á siete mil pesetas en una pequeña población del país en donde se le con-

sideraba por su hacienda y se le criticaba por su crasa ignorancia. Llamábase D. Lesmes de la Isla y consagraba su vida á cazar, á comer y á perorar sobre cosas absurdas que tomaba por verdades irrefutables.

El que á su derecha caminaba, era el cura párroco de una aldea de cuarenta vecinos. Alto, flaco y de humor apacible, vivía feliz sin ocuparse de otra cosa que un poco de sus feligreses, mucho de su despensa, y extraordinariamente de la caza, pasión que absorbía por completo sus facultades intelectuales.

El tercer cazador llamábase Carretero; era maestro de primeras letras, compañero de caza y convecino de D. Jorge, el cura; acompañábale en todas sus expediciones, más dispuesto siempre á desollar un conejo que á tomar un libro entre sus manos y más aficionado á trepar por riscos y vericuetos que á dar lección á una caterva de chicos, ariscos, holgazanes y mal educados.

Tres lazos unían á estos hombres de opuestas carreras y condiciones. Su ignorancia, su gula y su afición á la libertad exagerada.

A los absurdos del uno contestaban los otros con otros absurdos mayores; contaban historias inverosímiles que decían haber presenciado; se refan de sus propias sandeces, comían como heliogábalos, bebían como tudescos, no reñían nunca ni aun por la caza, y vivían tan felices cuanto es posible serlo cuando se tienen aficiones tan tranquilas y conocimientos tan limitados.

De aquí que siempre se anduviesen buscando cuando sus respectivas tareas se lo permitían, ya para

ir de ojeo, ya de espera; cuándo á cazar codornices, cuándo á probar un reclamo; bien á echar el hurón en los vivares ó bien á perseguir *polladas igualadas* en mano.

Todas las artimañas, tácticas, tretas, efugios y guaridas de las piezas de caza les eran conocidas. Sabían, según las estaciones y la dirección de los vientos, en donde estaban las liebres y las perdices, si al sol ó la sombra, entre los sembrados ó entre los riscos, en los rastros ó en las orillas de los arroyos. Hubiérase dicho que vivían con las liebres y dormían con las perdices; que hablaban con ellas y que conocían sus intenciones según sus cantos y movimientos, cloqueos, saltos y escarceos.

El maestro dirigía la educación de las piezas de caza; el cura las preparaba á bien morir y D. Lesmes las enviaba..... al zurrón de frente, cruzadas ó de espalda, que para él todas las posturas eran buenas. Recogidas las provisiones las condimentaban, y si ardor habían demostrado al cazarlas, no con menos entusiasmo las devoraban, pues gozo daba ver cómo aquellos tres justos tragaban sin curarse apenas de los huesos más peligrosos.

Muchos se preguntaban si comían para cazar ó cazaban para comer, pues era raro que por muy afortunada que fuese la partida, hiciesen á nadie el menor regalo, cosa que tienen á gala todos aquellos que no son cazadores de oficio.

En una palabra, eran egoístas, comilones é ignorantes, tres condiciones indispensables para que el hombre no tenga penas, ni se cuide para nada de las

que puedan tener sus semejantes, á los que miran como objetos que hablan, se mueven y estorban.

Pero dejando á un lado estas reflexiones, que no son del caso, diremos que al ver D. Lesmes aquella magnífica nevada y al sentir aquel frío que hendía la tierra, recordó que todos los conejos estaban encerrados dentro de sus vivares, estenuados y hambrientos, y que la ocasión no podía ser más propicia para hacer con ellos sendas horzas de escabeche. Regocijóse el estomago; hizo cartuchos, limpió la escopeta, cargó un asno que, para estos casos tenía en la cuadra, con cuantas provisiones halló á mano, y fuese en busca de D. Jorge, el cual, á su vez, buscó al maestro; se agregó á las alforjas un soberbio bote lleno, hasta el brocal, de excelente zumo de lo añejo, de Cosuenda, en Aragón, y los tres expedicionarios, bien ocultos dos excelentes hurones, viejos, feroces y experimentados, debajo de los ponchos, tomaron el derrotero de la Sierra de Campisábalo como ya hemos dicho.

—Pues sí, señor—iba diciendo D. Lesmes lanzando una nube de vapor por boca y narices;—le conocí en Madrid como les conozco á ustedes. Era por los años..... no ..... sí; por la *gloriosa*, poco más ó menos; se llamaba Alamos de apellido, y servía en el primero de la segunda del tercero de Ingenieros. Pues señor; como aquél ni ha habido, ni hay, ni habrá hombre que coma más. Figúrense ustedes que hizo un día la apuesta, no ya de comerse un carnero, ó el rancho de toda la compañía, cosas para él tan fáciles como beberse un vaso de agua..... sino ¡asóm-

brense ustedes! de comerse un *kepís* y tres gorras nuevas de cuartel.

El cura soltó una carcajada exclamando con beatitud:

— ¡Qué cosas se ven! ¡qué cosas!

El maestro, por el contrario, escupió por el colmillo, y no dándose por vencido, contestó con énfasis.

— ¡Y qué vale eso para lo que he visto yo!

— ¿Con que le parece á usted poco comerse un *kepís* y tres gorras de paño durísimo?....

— Estando yo sirviendo al rey.... ó á la nación, que entonces no había rey, y encontrándome de guarnición en Pamplona, conocí á un soldado de caballería, asturiano, y llamado Juan Miño, que se comía, siempre que sus jefes tenían gusto de presenciárselo, la ración de paja y cebada de dos caballos.

— ¿Y usted vió eso?— preguntó con asombro don Lesmes, muy dispuesto á creer á su interlocutor.

— Como le veo á usted.

— Sin embargo— objetó el cura algo más sensato que sus compañeros— observen ustedes que el estómago humano tiene facultades limitadas, jugos especiales.... y que no es concebible que un hombre riture entre sus mandíbulas, relativamente débiles, degluta y digiera después la paja y la cebada....

— ¡Alto, alto!, señores; gritó en esto D. Lesmes sin pararse á considerar si la observación del cura era decisiva ó no;— aquí hay huellas de conejos. ¿Las ven ustedes?

— Sí, sí, aquí hay huellas— contestaron sus compa-

ñeros, y con la misma solemnidad y ardor que si hubiesen ido en busca del *Bellocino de Oro*, dirigiéronse en seguimiento de aquella pista denunciadora que pronto les condujo á la entrada del lecho de un torrente ó depresión profunda del terreno. Altas rocas grieteadas y obscuras se elevaban á derecha é izquierda. El sitio no podía ser más adecuado para *echar el bicho*, como dicen técnicamente los cazadores. Se buscaron las *bocas*; se taparon cuidadosamente con piedras y con nieve todas menos una, que era aquella por donde se supuso haber vuelto los conejos, y hecho esto, se introdujo el hurón entre las piedras, el cual no se decidió á entrar sin estirarse antes á derecha é izquierda como una culebra, y sin ver si podía morder la mano que por el cuerpo le tenía sujeto. No bien desapareció en los oscuros senos de la tierra ávido de sangre y de destrucción, pues pocos animales habrá más feroces que esta especie de comadreja que se plega y revuelve en todas direcciones, pusieron una pequeña red clavada á la entrada del vivar para que en ella quedasen envueltos los conejos al salir huyendo; subiéronse sobre las rocas, prepararon sus armas y aguardaron en silencio el desenlace de la tragedia que empezaba ya á representarse debajo de tierra.

Quince minutos no eran transcurridos cuando la red rodó como una bola con un conejo dentro. Don Lesmes se precipitó sobre él, le cogió por las patas, dejó caer su formidable mano bien abierta sobre la cabeza del pobre roedor, y sepultó su cadáver, aun trémulo y caliente, dentro de su ancho morral de

cnero. Después volvió á colocar cuidadosamente la red en su sitio, hincándola, como hemos dicho, con unas estaquillas en la nieve, y regresó á su roca.

Seis veces se reprodujo este lance con gran contentamiento de los cazadores, que no echaron de ver en su entusiasmo, que á más andar se les venía la noche encima. Salió por fin el hurón, y después de mirarle detenidamente el puntiagudo hocico y las manos, para saber si había cometido algún asesinato subterráneo, le encerraron en su cilindro de madera; encargaron al chico que arreara al asno cuanto le fuese posible, y á paso redoblado tomaron el camino del cercano pueblo de la Perera, en donde pensaban pasar alegremente la noche, preparando de varios modos la abundante caza que pendía ya de la albarda del asno.

Esta era la vida que pensaban hacer mientras durase la nieve: cazar de día, ya con hurón, ya en mano, según conviniese, y pernoctar en los curatos de las aldeas vecinas, cuyos párrocos y coadjutores eran buenos y antiguos amigos de D. Jorge, al que recibían siempre con alegría por lo bien provisto que traía el morral, cosa que las amas tienen muy en cuenta en localidades tan desprovistas de víveres.

Pero aquella tarde no les salió la cuenta tan bien como pensaban, pues la Providencia, que, á no dudar, vela cariñosamente por los conejos como por los demás seres que pueblan la creación, quiso castigar sus sanguinarios intentos, dándoles una de esas lecciones que no se olvidan en mucho tiempo.

Cerró la noche obscurísima al principio, y aumentó



tanto el frío en aquellas alturas, que bien puede afirmarse que nuestros cazadores se hallaban á 10 ó 12<sup>o</sup> por debajo de cero, con lo cual el acemilero se les helaba, el asno no quería andar y ellos por momentos sentían que les faltaba la respiración.

Y no fué esto lo peor, sino que D. Jorge, que era el guía y que varias veces había dicho ya que conocía perfectamente el camino, y que por lo tanto, no había cuidado ninguno, después de dos horas de marchas y contramarchas, que á sus compañeros les parecieron un siglo, luego que hubo salido la luna, que por suerte lanzó sus pálidos rayos á través de la niebla, declaró que iban perdidos.

¡Perdidos!! La revelación era grave, gravísima. Perdidos en una noche como aquélla y en medio de llanuras desiertas, era casi morir de frío; muerte dulcísima, según afirman las personas competentes, pero muerte al fin, y por lo tanto muy poco grata tratándose de seres tan sensuales como los que nos ocupan.

Comprendiéronlo así, y un silencio profundo, que harto indicaba el miedo que cada uno tenía, siguió á las palabras de D. Jorge.

—¿Pero no recuerda usted el camino?—exclamó por fin D. Lesmes con voz aflautada.

—Debemos haberlo dejado á nuestra derecha—contestó D. Jorge tratando de sondear con la vista las obscuridades del horizonte.

—Pues vamos á la derecha—exclamó el maestro.

—Y si caemos en algún ventisquero.

—Pues aquí no podemos quedarnos sin leña y sin abrigo de ninguna especie.

—Antes de dos horas pasaríamos á mejor vida.

—¿Cree usted?—preguntó D. Lesmes con voz más affautada aún.

—Pues no lo he de creer, contestó el maestro golpeando fuertemente la helada nieve para desentumecerse los pies.

—Pero, hombre—prosiguió D. Lesmes —provisiones traemos, y comiendo mucho y bebiendo más, á mí me parece.....

—Pues le parece á usted mal—contestó el cura con desenfado —porque comiendo mucho y bebiendo mucho nos helaríamos antes.

—Entonces —prosiguió D. Lesmes, empezando á impacientarse contra su costumbre —¿por qué se comprometió usted á guiarnos si no conocía usted el camino?

—¡Cómo que no conocía yo el camino!—exclamó el cura amostazado.

—¡A la vista está!

—Lo que está á la vista es que cuando la nieve cubre todas las sendas, como ahora sucede, el hombre más experimentado se equivoca.

—¡Pues no debe equivocarse cuando se trata de la vida de los demás!—empezó á chillar D. Lesmes, á quien la idea de no poder cenar á gusto, y la perspectiva de morir helado le sacaba por completo de sus casillas.

—Y usted que tanto chilla—contestó el cura perdiendo ya la paciencia —¿por qué nos ha comprometido á acompañarle con un tiempo como éste? ¿No estábamos tranquilos en nuestras casas?

—¡Bah! señores—dijo el maestro terciando en la disputa—aquí no vienen á cuento tardías recriminaciones. La misma culpa tenemos unos que otros, y de lo que se trata es de salir del paso cuanto antes, pues si permanecemos parados en este alto, antes de un cuarto de hora ya no podremos movernos.

—¿Pero á dónde vamos?—exclamó D. Lesmes con angustia.—¿A dónde vamos perdidos y expuestos á caer en el fondo de un barranco, del cual ya no podemos salir con vida?

—En el caso en que nos encontramos—dijo el cura después de un momento de reflexión—lo único que podemos hacer es echar al burro delante y seguirle.

—¿Cómo! ¿usted cree?—exclamó D. Lesmes respirando.....

—Es que mi pollino no ha estado nunca por aquí—dijo el muchacho llorando de frío.

—No importa—prosiguió el cura—estos animales tienen más instinto que nosotros, y el deseo de libertarse del frío le hará encontrar probablemente alguna paridera en que podamos pasar la noche.

—El señor D. Jorge tiene razón—afirmó el maestro;—no tenemos más remedio que confiar al burro nuestra salvación.

—Si quiere andar—exclamó el acemilero siempre llorando.

—Trae acá esa vara y verás como anda.—Y dicho esto, tomó el maestro la vara cimbrea que llevaba el chico, y tan buenos azotes aplicó al pobre asno, que éste empezó á trotar delante de los cazadores, que le siguieron, cayendo aquí y resbalando allá.

Así caminaron media hora más. De pronto se paró el asno en seco, dió un resoplido y cambió de dirección.

—¿Qué es esto?—exclamó D. Lesmes.—¿De qué se asusta este animal?

Pero pronto octuvo la respuesta. Turbó el impo- nente silencio de aquellas soledades un prolongado y lúgubre aullido, al que contestó otro á mayor distancia.

—¡Lobos!—exclamaron á una voz los cazadores.

¡Lobos! aquello era tal vez peor que el frío, pues harto sabían ellos que cuando la nieve cubre por completo la tierra y están encerrados los ganados en sus apriscos y la caza en sus guaridas subterráneas, los lobos hambrientos se reúnen en manadas. Nada es entonces comparable á su ferocidad; lejos de huir, como de costumbre, buscan al hombre, le acometen por todos lados, y desafiando las armas de fuego, le desgarran y le devoran con una rapidez asombrosa.

Como prueba de lo que adelantamos, podemos recordar el hecho referido hace algunos años por casi todos los periódicos de España de haber sido despedazada por los lobos una pareja de guardias civiles. Se hallaron en medio de un camino sus armas, sus zapatos, algunos fragmentos de paño y extensas manchas de sangre. Esto es lo que quedaba de dos hombres aguerridos, y que, según todas las probabi- lidades, tratarían de defenderse con sus armas de precisión; pero nada les salvó, porque el número de los lobos debió ser tal, y tal su ferocidad, que apenas si tuvieron tiempo de servirse de aquéllas.

Los dos aullidos eran la señal..... el aviso..... el reclamo..... Dentro de algunos momentos se encontrarían agrupados tal vez diez ó doce lobos hambrientos y feroces. Podrían recibirlos á balazos, matar uno ó dos, pero sucumbirían al número, al frío y al espanto, parte principalísima en estos casos, pues no hay nada que más acobarde que la idea de ser despedazado vivo por una fiera que de nada se asusta en tanto que no sacia su apetito.

La situación era tan crítica que los tres cazadores sustituyeron precipitadamente los cartuchos de perdigón del quinto por otros de bala y siguieron sin hablar palabra al asno que, excitado por la proximidad de los lobos, á los cuales por su peculiar instinto y olfato especial venteaba mucho mejor que sus dueños, corría en dirección á un montecillo que á la izquierda se elevaba sobre la llanura. Llegados que fueron los cazadores á este sitio y á la falda de la colina halláronse con una paridera abandonada. Sin embargo, como el corral amurallado de piedra seca que rodeaba al cobertizo de palos de enebro y de bálago, abrigo un tiempo de rebaños, conservase puerta todavía se apresuraron á cerrarla apoyando contra ella grandes piedras rodadizas.

Ya dentro de aquella fortaleza que, gracias al miedo del asno, habían encontrado en tan crítico momento, se creyeron á salvo, y sólo pensaron en encender lumbre con las ramas, ojas secas y viejísima paja de rastrojera que pudieron recoger debajo del cobertizo.

No tardaron las llamas en iluminar aquella triste

mansión. Sentáronse los cazadores al lado de ella, y después de darse un buen calentón que consiguió hacer circular su sangre casi congelada y desentumecer sus pies y sus manos, apoderáronse de la alforja, que era lo que más á cuento venía, y dieron comienzo á saciar su apetito que subía á medida que el termómetro bajaba. Circuló la bota sin interrupción; acompañáronse las libaciones como de costumbre con interminables relaciones de hazañas tan inverosímiles como absurdas, pues sin este indispensable sainete no encontrarán manjar sazonado los cazadores, y ya pensaban en conciliar el sueño, bien envueltos en sus mantas, y medio echados sobre un montón de paja seca situado cerca del hogar, cuando otro resoplido formidable del asno, que excitado por el miedo, dió tan fuerte tirón que rompió el ramal con que estaba atado á uno de los postes del cobertizo, les indicó que los lobos andaban cerca.

Levantáronse todos precipitadamente, tomaron sus armas y se prepararon á la defensa.

Entonces oyeron un aullido formidable al lado de la atrancada puerta del corral..... luego otro..... luego un coro general que les llenó de espanto.

— Muchos son — exclamó don Jorge.

— Nos van á dar mal rato — respondió el maestro.

— Pero..... ¿ustedes creen que..... que..... que hay peligro? — balbuceó don Lesmes, que de puro asustado apenas podía hablar.

— ¡Quién lo duda! — respondió don Jorge; — ¿no oye usted como trotan?

En efecto, oíase distintamente el ruido que hacían

los lobos corriendo y saltando alrededor del cobertizo. No cabía la menor duda de que excitados por el hambre estudiaban el modo de escalar la fortaleza, y una vez dentro fácil era comprender que asno y cazadores, incluso el pobre acemilero, que, no teniendo más arma defensiva que su flexible vara, daba diente con diente, serían en brevísimo tiempo despedazados.

—Es necesario ver si son muchos— dijo por fin el maestro.

Voy á subirme á la tapia, pero estén ustedes prevenidos para el caso de que alguno de ellos se arroje sobre mí.

Y diciendo esto subió á la tapia, miró, y volviendo á bajar al momento, dijo con voz apenas inteligible:

— ¡Más de veinte!

— ¡Veinte!— repitieron sus compañeros, como si aquel número fuese para ellos una sentencia de muerte.

Hubo un momento de silencio: sitiados y sitiadores parecieron medir sus fuerzas respectivas.

—No suben— exclamó por fin don Lesmes, con su habitual tontería.

— Pero subirán— contestó don Jorge;— están midiendo con la vista la altura de la tapia; una vez encontrado el punto más aparente saltará uno y detrás de éste saltarán todos.

— ¡Ay, Dios mío!— exclamó don Lesmes con voz ahogada casi por las lágrimas.— ¡Ay, Dios mío! ¡y qué hacemos, señor don Jorge de mi alma! ¿No sabe usted alguna oración que para este trance pueda servirnos.

— ¡Buenos estamos ahora para rezos!—contestó el maestro.

Aquí lo que hace falta es entretener á los lobos y saciar su hambre para ganar tiempo.

—Echémosles cuanto hay en la alforja.—Y locos de terror el acemilero y don Lesmes empezaron á arrojar por encima de la tapia todas las provisiones.

Precipitáronse los lobos con furia sobre aquellas migajas, que antes sirvieron para excitar su apetito que para temarle.

—Es necesario acudir á otro expediente—dijo don Jorge.—Esto no basta.

—¡Que suben, que suben!—gritó el chico, que, más asustado que sus compañeros, miraba con ojos desmesuradamente abiertos en todas direcciones.

En efecto, un lobo enorme apareció de pronto sobre uno de los ángulos del corral, pero una certera bala del maestro le hizo caer al otro lado de la tapia.

—Es necesario sacrificar al pollino—dijo don Jorge.

—¡Ay, mi burro de mi alma! ¡ay, mi burro de tres años mal cumplidos! ¡El amparo y consuelo de mis padres!—empezó á decir el chico abrazándose á él y llorando de tal modo y con tales extremos de angustia, que otros iguales no hiciera si de sus progenitores se tratase.

—Calla y no llores imbécil, que ya te lo pagará don Lesmes. ¡Te parece á tí que es mejor que nos coman á nosotros los lobos!

Y sin atender á las quejas, llantos y abrazos del chico, entre el cura y el maestro desataron al asno, y casi en vilo le llevaron al lado de la puerta.



—Ahora—dijo don Jorge—estén ustedes preparados para hacer fuego en el momento en que yo abra la puerta para impedir que entren los lobos.

—Pero y si no quiere salir el burro—exclamó don Lesmes—y al abrir la puerta se nos echan los lobos encima.

—Ustedes tengan cuidado de que no entren—replicó el maestro—que de lo demás me encargo yo. Mucho ojo y mucho valor, que en ello nos va la vida.

Dicho esto, y puestos el cura y don Lesmes á derecha é izquierda de la puerta, apoyadas las culatas de las escopetas en el hombro y el índice en el gatillo, en tanto que el pobre muchacho se tapaba el rostro con las manos para no ver lo que iba á pasar, separó el maestro las grandes piedras que al entrar en el corral apoyaran contra aquella, para que de tranca y refuerzo sirvieran, y colocó dos buenos pedazos de yesca encendida dentro de las orejas del asno. Hecho esto abrió de pronto la puerta; sus compañeros hicieron una descarga, y el asno, asustado por las detonaciones, excitado por el vivísimo dolor de las quemaduras en el fondo de los oídos, y fuertísimamente empujado por detrás, cayó rodando fuera de la puerta, que los cazadores volvieron á cerrar inmediatamente.

Levantóse el asno y se le oyó emprender una frenética carrera perseguido por los lobos.

Subióse entonces don Jorge á la tapia y dijo que no se veía nada, pues perseguido y perseguidores habían desaparecido entre las sombras de la noche.

—El pobre animal por mucho que corra—añadió

don Jorge — y lo hará bien, porque no hay nada que atormente á los animales como echarles yesca encendida en los oídos, caerá pronto en poder de los lobos, y entonces pasará una de estas dos cosas: ó saciarán su apetito y se dispersarán, ó no se saciarán con los despojos del asno por ser muchos y volverán excitados por el gusto de la carne fresca, y entonces, ya sea que salgamos, ya sea que permanezcamos aquí, estamos perdidos, pues no nos darán tiempo para disparar sobre ellos todos los cartuchos que traemos.

—Y máxime— añadió el maestro— cuando apenas disponemos de balas.

Al oír esto don Lesmes se hincó devotamente de rodillas y comenzó á rezar por lo bajo y á encomendarse muy devotamente á todos los santos, cuyos nombres acudían en tropel á su memoria.

El acemilero horrorizado del fin desastroso de su asno lloraba á lágrima viva medio echado sobre la paja; el maestro atizaba el fuego y buscaba precipitadamente cuantas ramas secas había debajo del cobertizo; don Jorge á caballo sobre la tapia procuraba ver á través de la sombra el drama que á corta distancia tenía lugar, prestando atención al menor ruido que turbaba el silencio.

La posición, como se ve, no podía ser más grave, y de tener sentido común, aquellos tres seres hubieran aborrecido para siempre la caza.

Transcurrieron así de treinta á cuarenta minutos, que á los expedicionarios treinta años les parecieron, pues la proximidad de una muerte horrible centuplica la duración del tiempo, y produce tal revolución física

y moral en el hombre que se le ve encañecer y transformarse por momentos.

Ya comenzaban, sin embargo, á recobrar alguna esperanza de salvación, cuando don Jorge, bajando precipitadamente de la tapia, dijo con voz breve y aterradora:

— Ahí están otra vez.

Afirmación que al punto comprobaron los lobos con sus aullidos, castañeteos de dientes y descenfrenadas carreras en derredor de la paridera.

La consternación fué entonces general; pues paralizando el terror á los cazadores, quedáronse éstos pálidos como espectros y tan incapacitados de defenderse, que impunemente se hubiesen dejado devorar á no separarlos una fuerte pared de sus enemigos.

La inacción, sin embargo, duró poco, pues don Jorge sacando fuerzas de flaqueza, exclamó:

— ¿Vamos á dejarnos matar aquí como ovejas? Sobre las tapias todo el mundo y fuego hasta que se nos acaben las municiones.

— Tiene usted razón— contestó el maestro dominando lo mejor que pudo su espanto;— tal vez á fuerza de tiros consigamos tenerlos á raya hasta que amanezca.

— Sí..... sí; tiros, muchos tiros— balbuceó don Lesmes con voz tan débil que ni él mismo se oía;— pero..... yo..... no tengo fuerzas para..... para subirme á la tapia..... estoy muy..... muy malo.....

— Ánimo, hombre, ánimo; ¿ahora nos va usted á dejar en la estacada?..... ¡Arriba!

Y entre don Jorge y el maestro le izaron como un

fardo, consiguiendo al fin que se sentase sobre la pared; pero tenia tal temblor que se oía distintamente el ruido seco que hacían sus dientes al chocar unos con otros. Quanto á la escopeta, se bamboleaba entre sus manos como espiga de centeno agitada por el viento.

—Tú, muchacho—dijo el maestro al acemilero que permanecía echado sobre la paja y tapándose los oídos con las dos manos para no oír los feroces y continuos aullidos de los lobos—saca la navaja, ábrela, líate una manta al brazo izquierdo y puñalada limpia al primer lobo que se te acerque, sin que dejes por esto de echar ramas y hojas secas en la lumbre, porque en cuanto nos quedemos á obscuras ya los tenemos encima.

Esto último fué lo que mejor comprendió el chico, pues en tanto que el cura y el maestro se colocaban sobre las tapias, comenzó á echar con febril actividad brazados de paja en la hoguera, que, activada de este modo, elevó sus llamaradas á gran altura.

Desde este momento empezó una verdadera batalla, pues reanimados los cazadores por el peligro, el ruido de los disparos, el humo de la pólvora y ese ardor especial que comunica todo combate, defendieron con valor sus respectivas posiciones. Desgraciadamente los lobos no se intimidaban, pues siempre aullando, y corriendo en todas direcciones volvían á la carga, bien para franquear las tapias del corral ó bien para apoderarse de los cazadores. Algunas veces llegaban hasta éstos de un formidable salto, pero caían en el acto bajo el golpe de un culatazo aplicado en las manos ó en la cabeza.

Sin embargo, como los cazadores no tiraban hacía tiempo más que con perdigones, el resultado de sus disparos era poco visible. Sólo dos lobos mortalmente heridos se rebolcaban furiosos sobre la nieve; los que lo estaban de menos gravedad, no sólo no se alejaban del lugar del combate, sino que parecían los más decididos á dar el asalto para tomar cumplida venganza.

Las municiones se agotaban por momentos; la noche estaba lejos de concluir, la hoguera, falta de combustible, tenía que apagarse muy pronto; por otra parte, perdidos en medio de aquellas soledades y con una nevada de tres cuartas de espesor y un frío de 10 á 12º bajo cero, no era ni verosímil siquiera que nadie acudiera en su ayuda, de modo que la muerte de nuestros cazadores era inevitable.

Ellos lo comprendían, y el mismo horror de su situación les prestaba alientos sobrehumanos. Ya el maestro proponía que disparado que fuese el último cartucho se colocasen espalda con espalda, y bien liada, cada uno de ellos una manta al brazo izquierdo, se defendiesen á puñaladas devolviendo golpe por golpe en tanto les quedase un soplo de vida.

Esta proposición desesperada, que era propia de un hombre de valor, sobre ser ineficaz, era entonces irrealizable, pues el pobre D. Lesmes, que se batía heroicamente sentado sobre la pared, no estaba en estado de tenerse de pie, de suerte que en el momento en que hubiese dejado su punto de apoyo hubiese rodado como una bola entre las garras de los lobos; el chico tampoco tenía alientos ni fuerza para

combatir cuerpo á cuerpo, de suerte que se aproximaba un triste desenlace.

Los lobos con su maravilloso instinto parecieron comprenderlo también; se alejaron del corral, formaron un grupo que bien pudiéramos llamar columna de asalto, tomaron carrera y se precipitaron como una avalancha sobre D. Lesmes, que perdiendo por completo la presencia de ánimo y antes de que las garras ensangrentadas de los lobos le tocasen, cayó desplomado y de cabeza dentro del corral.

Afortunadamente la Providencia velaba por aquellos desgraciados, harto castigados ya de su inhumana cacería, y antes de que los lobos entrasen en el recinto murado, permitió que se verificase un acontecimiento que, siendo tan natural como sencillo, tuvo, sin embargo, inmensa trascendencia para los condenados á muerte.

Aunque la taina estaba cubierta de nieve, como debajo de ésta hubiese una espesa capa de bálago y de jabinas secas, y como éstas además estuviesen ya tostadas por el humo continuo de la hoguera, bastó una chispa impelida por la brisa para que se pegase fuego al cobertizo. Una gran llamarada surgió de pronto y proyectó á lo lejos rojizos resplandores. Los postes viejísimos de enebro ardieron también y en pocos minutos la taina ó paridera se convirtió en una inmensa hoguera.

Sorprendidos los lobos por aquélla inesperada claridad, que permitía ver como si de día fuese todos sus movimientos, se fueron replegando y se que-

daron inmóviles en los límites de la claridad que que á gran distancia se proyectaba.

Mientras los cazadores pudieron resistir el calor permanecieron sobre las tapias; pero haciéndose éste intolerable tuvieron que salir fuera del corral, y entonces sitiados y sitiadores se encontraron en campo raso mirándose frente á frente.

La situación, como se comprende, seguía siendo tan angustiosa como antes, pues sin municiones, y abierto por las llamas el lugar que hasta entonces les sirviera de fortaleza, no tenían más vida que lo que durase el incendio, pues extinguido éste, ó mejor dicho, su intensa claridad, los lobos se precipitarían de nuevo sobre ellos.

Los cazadores lo comprendían así, y casi muertos de espanto, sin esperanza, sin ideas, sin fuerza para resistir, ni camino por donde salvarse, contemplaban aquellas llamaradas que entre las sombras de la noche se perdían como los últimos átomos de sus vidas.

El cura rezaba en silencio; el maestro había perdido casi por completo la conciencia de sus actos, y D. Lesmes y el chico yacían sobre la nieve y cerca de los lobos heridos como dos masas inertes.

Un momento más y todo habría concluído.

Pero en aquel momento supremo la Providencia acudió de nuevo en su auxilio.

Encontrábanse sin saberlo á media legua de la Perera, aldea en la cual, como ya hemos dicho, pensaban pasar pacíficamente la noche, y como la taina estaba situada sobre una colina que dominaba el

llano, y las llamas se elevaban á gran altura, algún labrador de aquella localidad al levantarse durante la noche para echar pienso las vió ; creyó sin duda que alguna mano mal intencionada, como por desgracia con frecuencia sucede, había pegado fuego á una paridera llena de ganado, y dió la voz de alarma. Oírla los vecinos, levantarse de sus lechos y armados de hachas, azadas y palos, lanzarse en dirección del incendio todo fué uno.

Los lobos que oyeron el ruido que este grupo de hombres hacía á lo lejos huyeron precipitadamente, y los cazadores pasaron como por encanto de entre sus garras á los brazos de aquellos que sin saberlo acababan de salvarles la vida.

Enterados los labradores de la Perera de que no se trataba más que de una taina abandonada, recobraron la tranquilidad, acabaron de matar á los lobos heridos, y unos se los llevaron arrastrando por las patas, en tanto que otros colocaron sobre sus robustos hombros á D. Lesmes y al amo del burro, que de tal modo estaban con el susto que no podían dar un paso.

El párroco de la Perera les recibió en su casa y les proporcionó camas en que pasar el resto de la noche. Al día siguiente se dió una batida por todo el término municipal y se hallaron dos lobos heridos que acabaron de matar, otro muerto y entre unas rocas, en el fondo de un barranco, el descarnado esqueleto del pobre asno al que sus dueños sacrificaron para salvar sus vidas.

Lejos de seguir D. Lesmes la proyectada cacería



de *nieve* y *fortuna*, cayó gravemente enfermo en la casa curato de la Perera, en donde estuvo veinte días entre la vida y la muerte. En su delirio daba grandes voces pidiendo que le socorriesen por amor de Dios... Otras veces gritaba:— «¡Los lobos! ¡Los lobos! ¡Están ahí..... los veo..... ya me están comiéndolo!»; y otras cosas por el estilo que probaban la profunda impresión que había hecho en él la aventura de la taina. Llegó á creerse que perdería la razón, pero fué sanando poco á poco, hasta que al fin pudo volver á su casa, de la cual en mal hora saliera tras un menguado placer que tan caro pudo costarle.

Peró no sucedió esto sin su cuenta y razón, pues por el asno, que valía unos veinte duros, le hizo pagar su dueño cuarenta bien contados. El de la taina abandonada, por la cual ni doscientos reales diera nadie, obligóle á satisfacer mil quinientos *en buena compostura*, como dicen los aldeanos cuando pueden abusar de su posición; y si á estos desembolsos se agrega lo que tuvo que aprontar por honorarios al médico de aquel partido, con el cual no estaba *iguado*, al farmacéutico y al barbero, la propina al ama del cura, un vestido á la criada, un regalo al señor cura, que le había tenido generosamente en su casa, y unas cuantas arrobas de lo añejo de Aragón á los vecinos que, sin pensar en él, habían acudido en su auxilio, se comprenderá á qué precio le salieron los conejos cazados con hurón en día de *nieve*.

Se notó que desde aquella época tenía menos afición á la caza y que miraba con cierta desconfianza á

sus antiguos amigos D. Jorge y Carretero el maestro de escuela.

No salía de casa más que en días de sol, cerca del pueblo, y cuando se encontraba con algún pastor se acercaba á él, le daba un cigarro y le preguntaba muy cortesmente:

—¿Han visto ustedes algún lobo por aquí?

Generalmente le decían que no; pero si alguno le contestaba en sentido afirmativo, se ponía pálido como el cuello de su camisa, apretaba el paso, se encerraba en su casa y no volvía á salir de ella en quince días.

Este señor que estaba predestinado sin duda á correr grandes aventuras, por más que fuese el hombre más pacífico del mundo, tuvo que renunciar á la caza por su extremada obesidad, que le predisponía á tener ataques apopléticos.

Dedicóse entonces á la pesca y se le vió pasar días enteros de primavera y otoño con una gran caña en la mano, sentado en las orillas del Duero, ya sobre una eminencia cubierta de musgo, ya bajo la sombra de un corpulento sauce viendo penetrar el corcho indicador para saber si picaban ó no los peces.

De cuando en cuando, y curándose muy poco de que picasen ó no, tomaba un reparillo, que consistía en media libra de jamón ahumado; lo rociaba con un trago de excelente vino y se decía á sí mismo, teniendo la faz rubicunda como una amapola y amoratada la voluminosa nariz como una berengena:

—¡Ah! ¡esta es la gran vida!

Pero no lo fué tanto como él presumía en su

egoísmo, que no tenía igual, pues nunca se ocupó de nadie más que de sí mismo, llegando á tal extremo, que cuando había algún manjar apetitoso en su casa se lo comía él sólo sin acordarse ni de su esposa ni de sus hijos, que muchas veces sólo de pan se alimentaban, cuando él saboreaba excelentes perdices. Un día sacó un hermoso barbo de tres libras, el cual al salir del agua, y gracias á sus movimientos convulsivos para desprenderse del anzuelo, se enredó con el aparejo en unas ramas que caían sobre el lecho del río. Don Lesmes, en su entusiasmo y sin prever á lo que se exponía, fué valerosamente á desenredar su pesca; pero se le fué un pie, perdió el equilibrio y cayó de cabeza en el Duero.

Un hombre que estaba cortando mimbres en la ribera de enfrente se arrojó al agua y consiguió sacarle con vida; pero como la tarde estaba fría y tardó mucho en cambiar de ropa, contrajo una pulmonía que siete días después le llevó al sepulcro.

---

## EL GUARDA DEL BALDÍO.

---

Conocemos en unos montes del término municipal de Ateca, hermoso pueblo del reino de Aragón, á un hombre llamado el tío *Matacabras*, apodo que le dieron en su mocedad por la mala mano que tenía cuando era pastor, pues no tiraba piedra ni garrote que fatales consecuencias no tuvieran para los que le encomendaban la guardería de sus ganados. Tendría entonces cincuenta años, era alto, enjuto de carnes y disponía de atléticas fuerzas, lo cual, unido á su poca instrucción, mal carácter y valor indomable, hacíale tan temible que todo el mundo de su lado se apartaba, no habiendo nadie en el país, por muy bravo que fuese, que de palabras se trabase con él á pesar de faltarle el brazo izquierdo por causas que luego diremos.

Pastor durante muchos años era ahora guarda de unos escabrosos y solitarios baldíos, procedentes de la desamortización, y propiedad de un rico hacendado de Ateca.

Había vivido siempre en despoblado, sin tener apenas trato con los hombres; su voz era gutural,

su mirar sombrío y oblicuo; hablaba casi siempre en monosílabos; cubría su cuerpo con pieles de cabra á medio curtir; se afeitaba cada seis ó siete meses y se cortaba el cabello, cuando le estorbaba demasiado, con el filo de su navaja.

Ni las leyes, ni los hombres, ni las fieras, ni los elementos desencadenados le intimidaban, pues con la misma indiferencia soportaba los más recios vendavales cuajados de nieve como veía caer el rayo á sus pies.

No se le había conocido ningún amor durante su vida; perdió á sus padres, que no eran del país, siendo muy niño, y con esto quedaron rotos cuantos lazos á la sociedad le unieran.

Jamás había comprendido lo que en nuestro idioma significan las palabras «amistad y familia».

Sólo un afecto tenía: el que profesaba á su amo y al hijo de éste, mozo de diez y seis años á la sazón, y al cual llamaba el «amo chiquito».

No sólo los hubiese defendido hasta derramar la última gota de su sangre en caso de peligro, sino que hubiese muerto en el acto al que ellos le hubiesen mandado matar, sin tener en cuenta que cometía un crimen que podía costarle la vida.

Era un salvaje en medio de la civilización; algo que no tenía parecido en Europa; algo poderoso por la fuerza, por el valor indomable, y al mismo tiempo débil como el primer hombre que anduvo sobre el planeta, puesto que como él carecía de la experiencia y de los medios de defensa que proporciona la inteligencia cultivada.

Para pintar gráficamente el carácter del aragonés *Matacabras*, consignaremos dos hechos que nos fueron referidos por su amo durante una espera de perdices.

Un brabucón del país, hombre de fuerza y de arrojo grandísimo, mató á un primo suyo de una tremenda puñalada, como desgraciadamente saben darlas en aquel país por la controversia más insignificante, á veces por dos ó tres céntimos que sobran después de echar la cuenta de un escote y que uno de los invitados quiere pagar. Nuestro héroe se encontraba por casualidad en el pueblo, y al oír que se esperaba al juez de primera instancia para levantar el cadáver y llevarse al homicida, que no había querido huir, se aguardó en medio de la plaza, inmóvil, silencioso como de costumbre y apoyado sobre su enorme garrote.

Se le figuraba á él, sin duda, que un hombre que tenía asustado á todo el pueblo y que venía nada menos que á llevarse á uno de los mozos más bravos y más fuertes del país debía ser un gigante, pero cuando vió entrar al juez que era pequeño de estatura, montado sobre un mal jaco, y sin más compañía que la de un notario y de un alguacil, los dos entrados en años y de poca resistencia, soltó un terno que hizo temblar á los que á su lado estaban, y exclamó blandiendo el garrote con formidable mano:

— ¡Otra! ¿Y es un hombre tan chiquitín como ese el que os tiene á todos muertos de miedo? ¡Cobardes! ¡más que cobardes! Ahora veréis como machaco yo á palos á toda esa morralla y la echo del pueblo.

No hubo fuerzas humanas que le hiciesen comprender que el poder de aquel hombre consistía en la ley que representaba, ley que tenía en su apoyo la voluntad de la sociedad, del gobierno y de los soldados.

Su amo, para evitar un escándalo tuvo que cogerle por un brazo, y valiéndose de toda su autoridad sacarle del pueblo, pues de lo contrario no cabe la menor duda que hubiese apaleado al juez, al escribano y al alguacil, por parecerle indigno que gente de tan poco fuste pudiese más que una colectividad numerosa y aguerrida.

Otra vez su «amo chico» cazaba en tiempo de veda por unos terrenos que no le pertenecían, y que por lo tanto estaban bajo la vigilancia de las autoridades. Ver á una pareja de guardias civiles y echar á correr con todas sus fuerzas fué todo uno. Observó esto nuestro héroe que apacentaba su rebaño sobre una ladera y le gritó:

—Aquí, señorito, aquí.

El señorito subió la cuesta saltando de risco en risco y llegó pálido y jadeante al lado del pastor.

—¡Qué es eso!—dijo éste con su calma habitual.

—Los civiles.

—¿Y qué?

—Que me siguen.

—¡Bah!—dijo el pastor levantando los hombros—no subirán hasta aquí.

—Pero, y si suben—dijo el «amo chico» mirando con recelo hacia el valle.

El pastor le dirigió una mirada que le dió miedo,

y contestó con una entonación breve y tan firme que no admitía la menor duda sobre lo que estaba dispuesto á hacer.

— ¡Si suben..... irán á donde están otros enterrados!

El amo chico no se atrevió á profundizar el alcance de aquellas palabras por no dar con algún drama terrible.

Afortunadamente, los guardias, sea porque conociesen al tío *Matacabras*, ó sea porque estuviesen cansados de correr por el llano, no subieron á la montaña, con lo cual quitaron un peso enorme al joven cazador que estaba presintiendo una catástrofe, porque la cosa no tenía vuelta ; de llevar adelante los guardias sus pesquisas, ó ellos hubiesen muerto al pastor de un tiro ó el pastor hubiese hecho pedazos á los guardias á garrotazos.

Por compras hechas con sus ahorros, cambios ó regalos de sus amos llegó á tener veinte cabezas lanaras suyas. Esta era la única hacienda que había poseído durante toda su vida.

Tal vez hacía el pobre solitario la cuenta de la lechera, y pensaba que multiplicándose poco á poco sus veinte cabezas llegaría á tener un rebaño propio, con cuyo esquilmo podría vivir independiente y feliz.

Pero no duraron mucho tiempo sus ilusiones: Al entrar una mañana en el aprisco encontró que los lobos habían madrugado más que él, y que por esa fatalidad, que parece ser compañera inseparable de la pobreza, eran sus ovejas las que más habían sufrido.



Las veinte cabezas habían quedado reducidas á diez.

No hay palabras para describir el furor terrible que se apoderó de nuestro pastor. Sus maldiciones sobre todo lo existente retumbaban como truenos en las laderas; tan pronto se arrancaba los cabellos como tronchaba los arbustos á garrotazos ó hacía volar los cantos rodadizos que despedían chispas al chocar unos contra otros.

Necesitaba saciar su sed hidrópica de venganza; y como los lobos eran los culpables, sobre éstos recayó su sentencia de muerte.

Juró destruir cuantos hubiese en diez leguas á la redonda, desollarlos y colgar sus pieles al lado del aprisco para escarmiento de salteadores nocturnos.

En vano le dijeron que los lobos eran animales trashumantes; que habrían cruzado por allí casualmente y que estarían ya á muchas leguas de distancia.

El tío *Matacabras* estaba demasiado preocupado para comprender esto. Cargó un viejo retaco, atado con cuerdas, única arma de que disponía; colocó un par de hogazas y una cebolla dentro de su morral de cuero, confió el rebaño á otro pastor y se marchó en busca de los lobos.

Preguntaba á los labradores que hallaba á su paso, consultaba á los pastores, examinando las orillas del Jalón, se internaba en lo más fragoso de la sierra; estudiaba las cuevas abiertas en los riscos y, con su instinto salvaje proseguía su camino, persuadido de que no tardaría en saciar su venganza.

Al tercer día de marchas y de pesquisas se detuvo de pronto. Entre unas grandes piedras rodeadas de jaramagos y plantas trepadoras encontró una cabeza de oveja.

Los lobos habían pasado por allí.

Se puso á gatas, y á fuerza de tiempo, de paciencia y de habilidad fué hallando señales, pistas, escarvaduras y signos, que como por la mano le llevaron hasta la orilla del río.

Ya no cabía duda, porque las huellas de las zarpas de los lobos, que le eran bien conocidas por su forma especial, estaban perfectamente impresas en la arena humeda. No tenía que hacer más que seguirlas cuidadosamente, que ellas le llevarían desde aquel sitio, en que indudablemente algún lobo había cruzado á la otra orilla, al punto de su habitual residencia.

Así lo hizo; pasó el vado con agua al tobillo, y después de hora y media de marcha entró en un terreno tan solitario como montuoso. El Jalón se abría paso por el fondo de una gran quebrada de la montaña. Dos muros naturales de roca viva, casi verticales, formaban las orillas del río, que estrecho, oscuro y hondo se precipitaba formando cascadas. Para cruzar de un lado á otro no había en aquel sitio más que un árbol, seco y gigantesco que las aguas torrenciales, más bien que la mano del hombre, habían dejado caer sobre el lecho del río.

Este puente natural no dejaba de ofrecer peligros, pues sobre ser redondo y poco ancho el tronco, sobre todo hacia su copa, ya sin hojas, no estaba muy seguro; de modo que el que sobre él cruzase el impe-

tuoso torrente, á no tener muy firme la cabeza, corría el riesgo de caer, de estrellarse sobre las rocas y de ser arrastrado después por la espumosa corriente.

Cualquiera se hubiese mirado mucho antes de tentar la aventura, pero el tío *Matacabras*, que nada temía en este mundo, cruzó sin vacilar, llegó á la otra orilla y asiéndose á los ángulos de las rocas unas veces, y de los arbustos otras, llegó á una meseta en que pudo tenerse de pie.

Separó con cuidado las grandes plantas que tapiaban literalmente el muro de roca viva y no tardó en encontrar la entrada de una cueva tan profunda al parecer como oscura.

Examinó los alrededores y vió que estaban cubiertos de manchas de sangre seca, y de huesecillos de corderos, liebres y conejos.

Una sonrisa diabólica cruzó por sus labios, en tanto que sus ojos despedían un fulgor extraño.

No sólo había dado con la guarida de uno ó más lobos, sino que los huesecillos y despojos que al lado de aquélla se veían esparcidos indicaban que tenían allí su cría. Los restos de animales pequeños lo probaban bien, pues de otro modo no dejarían ellos señales de su rapacidad.

Iba, pues, á vengarse robando á una madre sus hijos como á él le habían robado sus ovejas, destruyendo lo único que amaba como á él le habían desposeído de lo único que quería en este mundo, excepción hecha de sus amos.

Era un pugilato de astucia y de ferocidad; un combate en que iba á jugarse la vida.

¿Pero qué es la vida para quien no comprende su valor? ¿qué, quedar manco, cojo, ciego ó tullido para el que sólo admite la fuerza como un medio permanente de lucha contra las fieras, los elementos y los demás hombres?

No comprendía que el ser humano tuviese miedo cuando, como él, poseía músculo de acero y manos tan poderosas para herir como las zarpas de los lobos.

Lucharía con los brazos, con los pies, hasta con los dientes, si era preciso; todo antes que retroceder un paso.

Como la entrada de la cueva era estrecha, se quitó sucesivamente el morral y el chaquetón de pieles; se subió las mangas de la camisa hasta los codos para no deteriorarlas; apoyó su retaco contra el muro; tomó después su enorme navaja de muelles, la abrió, la oprimió fuertemente con sus dientes, se arrodilló, y entró resueltamente en aquel tubo negro, cuyas paredes, en forma de sierra, le desgarraban unas veces las manos y otras los desnudos brazos.

Se detuvo un momento á escuchar si se oía algún gruñido en el fondo de aquel antro; pero observando que nada turbaba su lúgubre silencio, siguió arrastrándose como una culebra.

Por fin, llegó á un sitio más ancho, en que pudo sentarse y tomar aliento.

Empezó á palpar, y encontró lo que suponía, dos lobeznos del tamaño de dos gatos ordinarios, echados uno al lado del otro, sobre unas hierbas secas. Al notar éstos que los oprimía una cosa extraña, y sin-

tiendo, acaso por primera vez, su natural ferocidad, trataron de defenderse mordiendo con sus dientes que empezaban á apuntar en las encías y desgarrando con sus uñas, que se introducían ya en la carne como puntas de lezna; pero no eran los dedos del pastor para asustarse de estas caricias; asió con cada una de sus manos un lobezno por el cuello y volvió á salir á gatas de la cueva.

Contempló á sus víctimas á la luz del día, y les dijo, como si pudieran comprender sus palabras:

—¿Os habéis alimentado con mis ovejas, eh? Os sabían buenas; pues ahora os voy á comer yo á vosotros, fritos, para que me alimentéis también.

Volvió á ponerse rápidamente el chaquetón de pieles y el morral; colocó dentro de éste uno de los lobeznos, púsose el otro debajo del brazo izquierdo, y sin soltar nunca la navaja, que, como sabemos, llevaba abierta y sujeta entre los dientes, empuñó el retaco y empezó á descender por entre las rocas con las mismas precauciones y con la misma seguridad con que á ellas subiera.

Llegó al tronco que servía de puente, y colocándose encima de él empezó á cruzar el río; pero como á la mitad de éste se hallaría, es decir, en lo más peligroso, cuando vió llegar aullando y dando saltos formidables á una loba, que era madre, á no dudar, de los lobeznos de la cueva.

Su boca entreabierta y sanguinolenta, la expresión de sus ojos que arrojaban llamas, sus ademanes y gruñidos harto probaban que, enterada de lo que sucedía, acudía á salvar á sus hijos ó á morir con ellos.

Al ver el pastor que la loba se lanzaba al puente, y al comprender lo desesperado de su situación, pues no pudiendo luchar sobre el árbol caído, otro medio no tenía que lanzarse al abismo, por un sentimiento de conservación tan rápido como el pensamiento, echóse el retaco á la cara.

Pero al hacer esto, separó del cuerpo el brazo izquierdo, y el lobezno, ya sin apoyo, se deslizó y cayó al río.

Este hecho casual salvó la vida al pastor, pues la loba, olvidándose de él en apariencia, se lanzó al Jalón, y pronto se la vió con su hijo asido por la piel superior del cuello hacer sublimes esfuerzos para cruzar la impetuosa corriente y salvarle de una muerte que parecía inevitable.

El pastor acabó de cruzar el puente, y esperó un rato para ver si la loba, que había desaparecido con su hijo por entre la espesura de la orilla, volvía; pero aguardó en vano. Persuadido entonces de que se le había escapado la ocasión de vengarse matando á dos de sus encarnizados enemigos, continuó su camino para regresar á la majada.

Ya hemos dicho que el Jalón en aquel sitio corría entre dos grandes muros de roca viva casi cortados á pico sobre las orillas del río. El pastor tenía, pues, que trepar por uno de estos muros y alcanzar una senda de cabras, que casi era una cornisa natural abierta por la casualidad á dos tercios de la altura total.

Llegó á ella sin gran dificultad, gracias á la fuerza prodigiosa de sus músculos, y comenzó á caminar

con seguro paso hacia la cúspide de la montaña, teniendo á su izquierda la roca oscura y húmeda, á su derecha el abismo, entre los dientes la navaja, en la diestra el retaco montado, y á la espalda, en el morral, cerrado con correas, el lobezno.

La cornisa era tan peligrosa y tan estrecha, que un ligero desvanecimiento ó el traspie más insignificante bastaban para que el que tan gallardamente la recorría cayese desde más de cien pies de altura y se hiciese pedazos contra las rocas que, formando escalones ó dientes puntiagudos, llegaban hasta el agua.

Pues en este sitio precisamente, por casualidad ó por táctica perfectamente estudiada, fué en donde se presentó de nuevo la loba, que después de poner en lugar seguro al cachorro que sacara del fondo del río, venía ahora á libertar al que llevaba el pastor.

En dos saltos se colocó enfrente de éste, bien en medio de la cornisa, como diciéndole con los inflamados ojos:

— Ó mi hijo ó la vida, porque de aquí no pasas sin que yo te haga pedazos y arroje tus despojos al fondo del torrente.

El pastor comprendió esta muda provocación, que no tenía nada de tranquilizadora, y contestó á ella haciéndole un disparo; pero la aparición había sido tan rápida y el peligro era tal, que la bala no dió en el blanco.

En mucho menos tiempo que el necesario para referirlo, nuestro héroe tiró el retaco que ya no podía servirle, tomó la navaja con la mano derecha y pre-

sentó el brazo izquierdo doblado á la loba, que se precipitó sobre él con furor.

El pastor hundió entonces la navaja en el vientre de la loba; pero ésta no soltó la presa, antes bien le taladró la muñeca de parte á parte con tal furia, que sus dientes quedaron enclavijados unos contra otros.

La víctima, con un valor sin igual, y á pesar del dolor vivísimo que sentía, siguió hiriendo con tanta fuerza, que á los pocos golpes la loba cayó muerta, echando un caño de sangre por la boca.

El pastor se levantó entonces, contempló su muñeca izquierda, y la encontró tan destrozada por las poderosas mandíbulas de la loba, que comprendió instintivamente que había perdido el brazo para siempre.

Tuvo fuerza, sin embargo, para desgarrarse la camisa y vendarse lo mejor que pudo la profunda herida.

Después se echó al hombro á la loba, y medio exánime, tanto por el dolor vivísimo como por la gran cantidad de sangre que había perdido, volvió á la majada.

Antes de pensar en curarse, mató al lobezno y le desolló; lo mismo hizo con la loba. Colgó las pieles de dos palos hincados á la puerta de la taina ó aprisco, y exclamó con voz ronca ante los demás pastores, que le contemplaban con tanto miedo como admiración:

—Dije que aquí colgaría sus pieles para escarmiento de ladrones, y he cumplido mi palabra; ahora vamos á que me corten el brazo, que como yo no muera, otros han de caer.



Efectivamente, al día siguiente fué indispensable hacerle la amputación del brazo izquierdo, que estaba ya gangrenado.

La persona que nos ha suministrado estos detalles le tuvo entonces en su casa durante un mes, é hizo que los facultativos le atendiesen con especial esmero.

De esto sin duda arrancaba el ciego cariño que tenía al *amo grande* y al *amo chiquito*.

Una vez completamente curado, sus protectores le hicieron abandonar el pastoreo y le confiaron el cuidado de unos baldíos, que, como sabemos, procedían de la venta de bienes nacionales.

El tío *Matacabras*, dueño desde entonces de una excelente escopeta, se dedicó á cazar para sus amos, y llegó á tirar tan bien como si tuviese los dos brazos. Tomaba el arma de fuego con la mano derecha, apoyaba el cañón sobre el muñón que le quedara del brazo izquierdo, apuntaba, y rara vez se le iba una pieza.

Dos días seguidos nos sirvió de guía por aquellas soledades; no le oímos decir nunca más que *sí ó no*; nada quiso admitir de nosotros como no fuese algún cigarro, y cuando nos despedimos de él (que fué cuando habló), nos dijo, irguiendo su talla de gigante y moviendo su melena de león:

—Señoritos..... aquí queda el tío *Matacabras* para lo que pueda ocurrir.

Algunos años después supimos de labios de su amo, una tarde que tomábamos café con él en Fornos, que

aquel hombre singular había muerto víctima de su arrojo.

Se escapó un toro que habían traído para ser lidiado en un pueblo del país. Los que salieron en su busca encontraron por casualidad al tío *Matacabras*, y le rogaron que fuese con ellos para traer al fugitivo.

Éste estaba pastando tranquilamente en las márgenes del Jalón: al ver á sus perseguidores, se golpeó los flancos con la cola, arañó la arena, dió un bramido y arrancó tras ellos.

Todos huyeron menos el antiguo pastor, que no habiendo huído nunca y confiando en sus fuerzas prodigiosas, le aguardó á pie firme.

Al ir á embestirle el toro, le asestó tan tremendo garrotazo en la cabeza, que el palo se rompió en dos pedazos; el animal retrocedió aturdido, pero volvió á acometer con más furia. Desarmado nuestro héroe, trató de defenderse con el pedazo de palo que le quedaba; por dos veces hizo retroceder á la fiera; por dos veces le probó que tenía tanta fuerza y tanto valor como ella; pero á la tercera le cogió con los cuernos, le tiró cuatro ó cinco veces al alto, y, por último, le aplastó con su testuz y con sus pies contra la tierra.

Cuando sus compañeros acudieron, sólo encontraron un cadáver.

Había muerto como había vivido, víctima de su fuerza hercúlea y de su valor indomable.

## UNA BATIDA DE LOBOS.

---

Como hemos tenido ocasión de referir en una de las narraciones de este tomo, en algunas regiones montuosas de Castilla, durante el invierno y cuando los ganaderos se quejan mucho de los daños causados por los lobos, se dan grandes batidas, no tanto para destruirlos, cosa harto difícil, como para ahuyentarlos.

Un cierto número de pueblos están unidos para este caso desde tiempo inmemorial; á esta unión ó cooperación de todos los habitantes de una demarcación forestal, se le da el nombre de *la concordia*. Los secretarios de los respectivos municipios redactan una exposición, que firman los alcaldes, pidiendo al Gobernador de la provincia autorización para dar la batida. Concedida ésta, se corren las órdenes oportunas, se señala la línea en donde han de situarse las escopetas, y se determina exactamente á qué hora y minutos han de salir los ojeadores de cada municipio, teniendo muy en cuenta la distancia á que se encuentran de la línea para que todos lleguen al mismo tiempo al punto central, ó sea á la cuerda

de aquel inmenso arco. Esto suele realizarse con una precisión matemática, que demuestra hasta qué punto conocen los habitantes del país el terreno que tienen que recorrer y la duración de su marcha.

En una época de nuestra vida en que accidentalmente nos encontrábamos en Castilla, fuimos invitados á una de estas batidas de lobos.

Nada podía ser más agradable para nosotros, pues fuera del tiempo dedicado á los estudios universitarios, consagrábamos entonces nuestra existencia por completo á la caza. La afición habíase convertido en pasión tan irresistible como peligrosa para nuestra salud. Deseábamos que hiciese un sol canicular para *causar* á las perdices *en mano*, ó un frío de seis bajo cero para encerrar á los conejos en sus vivares.

Nada nos arredraba. Ya nos impedían echar el paso ráfagas de viento, ya nos entumecía el remusgo helador del amanecer, ó ya nos calabán hasta los huesos las cataratas de la tormenta que nos cogían con todos los poros abiertos, á causa de una carrera desenfrenada.

No dormíamos con sosiego: nuestras comidas eran sobrias, ó no comíamos en doce horas. Con el bocado entre los dientes nos íbamos á cazar á dos y tres leguas de distancia; vadeábamos los ríos con el agua á media pierna, ó subíamos á paso gimnástico á las más empinadas laderas.

Tan pronto bebíamos agua helada en una fuente escondida entre las rocas, como nos echábamos á dormir bajo la sombra húmeda y palúdica de los bosques.

La salud era lo de menos: lo que importaba era hacer muchos disparos y volver agobiados bajo el peso de media docena de piezas.

Ni paternas consejos, ni prescripciones facultativas, ni calenturas, ni catarros, ni gástricas, nada podía detenernos: la caza era nuestra vida.

Figúrese el lector el placer con que acudiríamos á la batida. En ella no podía tirarse más que con bala, lo cual era un contratiempo para los que estábamos acostumbrados á tirar siempre con perdigones del quinto, ó con *mostacilla* en tiempo de codornices, pero nuestra juvenil petulancia nos hacía creer que lo que otros realizaban, por muy hábiles que fuesen, lo conseguiríamos nosotros.

Creíamos que siendo tan extenso y nutrido el ojeo se nos pondrían á tiro cuantos animales pueblan los bosques; corzos y ciervos, jabalíes, lobos, zorras, ginetas, tasugos y lobos cerbales.

¡Qué no veía ya nuestra sobreexcitada imaginación! ¡Qué de proezas no pensábamos hacer para inmortalizar nuestra fama!

Limpiamos el cañón de nuestra escopeta con cuatro ó cinco aguas calientes y frías; desmontamos cuidadosamente todas las piezas, les dimos aceite, las volvimos á montar, pusimos á secar la pólvora sobre una teja caliente, con exposición de hacer volar la casa; arreglamos tacos, porque entonces ni se cargaban aún las escopetas por la recámara, ni había cartuchos hechos como ahora; probamos dos docenas de balas para ver si entraban y salían bien; cortamos los bordes de los pistones para que no se sa-

liesen de la chimenea, mandamos confeccionar la indispensable merienda, cuidar el caballo, y nos acostamos.

Nuestro sueño fué agitadoísimo; la fauna nacional y africana pasó por delante de nuestra alcoba; vimos manadas de lobos hambrientos, y creímos que luchábamos á brazo partido con un oso enorme, cuyo grabado guardábamos en nuestro cartapacio.

Por fin amaneció: montamos á caballo, y acompañados de un fiel servidor, que también se proponía hacer proezas, aunque no hubiese tirado dos veces en su vida, echamos á andar sin escuchar las mil recomendaciones de nuestro excelente padre, que nos decía que por Dios no nos moviésemos del puesto en que nos colocasen; que procurásemos ponernos al lado de hombres que supiesen tirar; que escogiésemos sitio algo elevado para que nos viesen, y otras cien cosas más, encaminadas todas ellas á evitar que nos diesen un balazo, cosa muy fácil en esta clase de cacerías, en que la mayor parte de los que á ellas asisten son labradores que apenas conocen el manejo de las armas, y que ya que se ven por casualidad con ellas en la mano, tiran á diestro y siniestro.

A pesar de encontrarnos en pleno invierno, el cielo estaba sin una nube, y un sol espléndido iluminaba la cúspide de las montañas, y disipaba el blanco y tenue vapor que se elevaba del fondo de los valles. Las alondras cantaban alegremente, subidas sobre los viejos muros y aportilladas tapias de las *tainas*, en tanto que algún jilguerillo de puntiagudo pico y de encarnada cabeza, se permitía entonar al-

gunos arpegios, revoloteando sobre las ramas desnudas de follaje.

Todo hacía presentir que la batida sería tan alegre como fructuosa. Llegados á una aldea llamada Bayubas de Abajo, dejamos el caballo en casa de un abrador que prometió cuidarle bien, y pronto nos reunimos al grupo que capitaneaba el alcalde de monterilla, que había tenido la bondad de invitarnos.

Llamábase éste el tío Infante; llevaba todavía greñas esparcidas sobre los hombros, como era usanza entre las gentes del pueblo á principios de este siglo, y vestía polaina de paño pardo, calzón con tres botones en la rodilla, chaleco azul celeste y chaqueta con aldetas; el mismo traje, en suma, que debió usar su visabuelo en tiempo de Carlos III.

Le encontramos perorando entre las *escopetas* de su pueblo; y á propósito de escopetas, diremos que allí las había de todos tiempos y hechuras; pistolas de arzón, mosquetones, trabucos de hierro y de metal dorado, de pistón y de chispas; retacos, escopetas con cañones modernos y con cañones de los arcabuceros reales; es decir, con las tres famosas flores de lis; éstas sujetas con alambres, aquéllas con cuerdas, unas limpias y otras cubiertas de orín, como si hubiesen estado olvidadas medio siglo en el fondo de un desván.

La misma diversidad se observaba con respecto á los demás arreos de caza; quien llevaba la pólvora en un cuerno, quien en una bolsa de cuero, ó quien, en fin, en un pañuelo de hierbas, atado á la cintura, como los antiguos partidarios de la Vandée.

Todos hablaban, todos daban pareceres y consejos á un tiempo, y como puede suponerse, nadie se entendía.

Al verme llegar, el alcalde me tendió gravemente la mano, y me dijo:

—Buenos días, señorito; hoy va usted á divertirse.

—Así lo esperamos, señor Alcalde—respondimos nosotros.

—Tengan algún cuidado con apuntar bien, no vayan ustedes á tomar por lobo á un vecino de nuestro pueblo.

Todos soltaron la carcajada; habían almorzado ya y estaban de buen humor.

—¿Hace?—nos dijo el alguacil presentándonos una bota enorme.

—Venga—contestamos nosotros humedeciendo nuestros labios en el poco agradable mosto del país, pues no beber hubiese sido cometer una falta.

—Pues señor—exclamó el Alcalde—ya que estamos todos reunidos pensemos en nuestro *hecho*. ¿Tenís ya todos cargadas las armas?

—Sí, señor—contestó un aldeano rechoncho, haciendo inútiles esfuerzos por colocar un pistón en la chimenea de su viejísima escopeta.

—Pues tú, *Manteca*, que conoces bien el terreno, ve colocando á la gente de treinta en treinta pasos, hasta empalmar con los de otro pueblo, y ¡cuidiao, señores!—prosiguió el Alcalde blandiendo su arma como hubiera podido hacerlo con una vara cimbrenña.—¡Cuidiao, digo! que aquí no hemos venío á di-



vertirnos, sino á destermnar los lobos, zorras y demás alimañas que nos diezman los rebaños. Estamos ajuntaos por orden del Gobierno para este ojeto. Mas que sus brinquen las liebres y conejos encima no hay que tirarlos. Nada más que á las alimañas cuando sus entren de frente, entonces apuntáis bien, y fuego. También sus recomiendo las precauciones y la pulítica que debe guardarse entre gente irracional en estos autos. Una bala se va por andequiera, y destripa al lucero del alba, y no quiero yo verme sobre la justicia y vendidos los bienes porque un ganso mate á otro ganso, y me cuelguen á mí la documentación de la intemperancia.

—Para cuando se dé de mano, el señor percuraor ha traío seis arrobas de en ca Pelacha, con más cuatro pescadas para hacer boca, y si la gente no tiene suficiente se merca un carnero, y se aliña, que esto lo paga el Municipio de sus fondos municipales, que lo cual, el dicho percurador trae tres duros y una peseta para soliviantar la partida de carga, y si esto no pasara en las cuentas del porsupuesto, á rata por cantidad saldremos del paso. Con que lo dicho, señores, ¡cuidiao con hacer borricadas, y cada uno á su puesto, que es tarde!

Después de este discurso en que el señor Alcalde, á vuelta de no pocas incorrecciones de estilo, había dado á entender su deseo de que no hubiese ningún lance desagradable entre sus administrados, no tanto por el daño que á éstos sobreviniese, cuanto para salvar su responsabilidad, seguimos con el mayor silencio posible á *Manteca*, que, como sabemos, era el

más conocedor del terreno. Había sido pastor durante muchos años, y ahora se dedicaba á la caza para mantener á su numerosa familia.

Con esto está dicho que no había paso de liebres vivar de conejos ó revolcadero de perdices que no tuviese estudiado de antemano.

Fué dejando las escopetas de trecho en trecho y en sitios en donde pudiesen ocultarse, ya detrás de una mata de jabinos, un tronco de pino ó un grupo de rocas. Antes de separarse explicaba á media voz á cada cazador el sitio por donde, en caso, entraría la caza con objeto de atravesar la línea, y cómo había de tirarse para no dar á los compañeros de derecha é izquierda.

También les encargaba mucho que en ningún caso disparasen cruzado, y que si la res venía con gran velocidad que esperasen á que atravesase completamente la línea, que se volviesen entonces y que la tirasen huída de espalda.

A nosotros nos tocó quedarnos entre unas rocas que dominaban un pequeño valle, casi oculto por unas grandes matas de jabinos; *Manteca*, para congratarse con nosotros, nos dijo al oído:

—Este es el mejor sitio de todos; ó tiran ustedes ó no tira nadie.

Comprendimos lo que aquellas palabras querían decir, y le deslizamos un duro en la mano, duro que ocultó con tanta destreza y rapidez, que hubiese causado la admiración de un prestidigitador.

Nuestro criado, que debía ser muy partidario de las ideas gastronómicas de Sancho Panza, en

una mano llevaba la escopeta y en otra la alforja.

Dejó ambas cosas en el suelo, limpió un sitio detrás de las rocas para que pudiéramos sentarnos con toda comodidad, y nos dijo:

—Como han de tardar mucho tiempo en llegar aquí los ojeadores, creo que lo mejor que pueden ustedes hacer es almorzar.

Como el aire de la mañana y los cien aromas que embalsamaban el bosque nos habían abierto el apetito, la idea nos pareció muy aceptable.

—Saca lo que hay en la alforja, contestamos á nuestro espolista.

Este no se hizo repetir la orden y colocó sobre la hierba una redonda fiambra de madera de sauce, rellena hasta los bordes con lomo frito, una tortilla de chorizo, que deleitaba el olfato, un queso de Burgos, un pedazo de salchichón de Vich y una bota de excelente aloeque.

Miramos á nuestro derredor y observamos que nuestro compañero de derecha era un cura vestido de negro con monterilla de pana, más bien bajo que alto, tuerto, moreno, el cual contemplaba con cierta melancolía nuestros preparativos gastronómicos.

Comprendimos que no le vendría mal tomar un refrigerio para apuntar mejor y le hicimos señas para que se acercase.

Contestó que no, moviendo la cabeza; insistimos, y se decidió por fin.

Nos dijo que no tenía apetito tan temprano; que padecía mucho del estómago y que acababa de tomar un papelillo de bicarbonato de sosa.

Esto no impidió, sin embargo, que atacase tan vigorosamente la fiambarrera que pronto abrió por su lado una profunda brecha. Tampoco le disgustaron nuestra tortilla, nuestro salchichón y nuestro queso.

Insistió en que todo estaba tan bien condimentado que nunca había hallado nada más sabroso ni almorzado mejor.

También dió un par de cariñosos apretones á nuestra bota de aloque, y con esto se le deslió por completo la lengua, trabando con nosotros un animado diálogo que amenizaron unos excelentes cigarrros puros.

Entre otras cosas, nos dijo que odiaba la caza, porque sólo disgustos le había proporcionado desde su primera mocedad.

—Figúrense ustedes—prosiguió—que empecé tirando un mirlo que silbaba admirablemente en un zarzal; no le maté, porque he tirado siempre de un modo deplorable, pero en cambio llené de perdigones la espalda de un mendigo que estaba durmiendo tranquilamente la siesta al otro lado de las zarzas. El hombre, chorreando sangre, me persiguió dando desaforadas voces y diciendo que le habían asesinado. Un tío cura, con el cual vivía yo entonces y que me enseñaba gramática latina, pudo evitar, á fuerza de dinero, que me formasen una sumaria y me castigasen por temeraria imprudencia. Dos años después volví á tomar la escopeta de aquel excelente señor; tiré á unos gorriones que cantaban en el alero del tejado; pero los perdigones dieron en una piedra y rebotaron, con tanta desgracia, que nos dejaron

tuertos á mí y al ama que estaba á mi lado. Este incidente desagradable hizo que quedase yo sin estudios por entonces, pues mi tío dijo que era un peligro permanente y me arrojó sin piedad de su casa. Otro hermano de mi madre, cura también, se compadeció de mi suerte y me ofreció un asilo. A su lado viví feliz durante dos años, pero un verano me llevó á cazar codornices con él; fuimos á una espaciosa vega; salió una de aquellas avecillas, la tiré de frente, pero por esa fatalidad que dirige mi puntería.....

—¿No dió usted á la codorniz?

—No, señor; dí á mi excelente tío en una rodilla y le dejé cojo para toda su vida.

—¿Y desde que es usted coadjutor en este país—le preguntamos nosotros con algún recelo—no ha vuelto usted á tener algún lance desagradable?

—Diré á ustedes—nos contestó con su aire melancólico;—sí, y no: no he vuelto á herir, afortunadamente, á ninguna persona, pero he muerto sin saber cómo y á pesar de tomar, como siempre, las mayores precauciones, una vez al perro perdiguero del veterinario del pueblo y otra al burro del alcalde.

—¡Pero, hombre! ¿Quién no ve un burro, aunque sea á doscientos pasos?

—Tiene usted razón; pero no le veía, porque estaba medio oculto por unos cáñamos. Qué quiere usted, una mano desgraciada. Le dejé seco, y tuve que abonar treinta y cinco duros, desembolso que no me vino muy bien, por ser mi asignación más exigua que la de un barbero.

—Pues sabe usted, señor cura, que no es nada

tranquilizador estar colocado á su lado de usted en una montería en que se tira con bala.

— ¿Habla usted de veras?

— Y tan de veras, que voy á mudar de puesto si usted no lo lleva á mal.

— ¡Pero hombre!.....

— Que quiere usted, cuando se tiene la mano tan desgraciada, lo mismo se mata á un hombre que á un burro, y para evitarlo.....

— Lo que usted quiera—dijo el cura, levantándose, pero en este momento sorprendimos en sus labios una sonrisa tan burlona y que contrastaba tanto con su gravedad y su melancolía anterior, que nos hizo cambiar de resolución.

Un guiño de nuestro criado nos confirmó en nuestra sospecha. El buen cura había comprendido que aquel era uno de los mejores puestos, y había querido asustarnos para que se lo dejáramos.

El ardíd de caza tenía gracia, pero no le sirvió; pues le dijimos :

— Que confiando en que tomaría toda clase de precauciones nos quedábamos en nuestro puesto.

Pareció visiblemente contrariado, pero se volvió á su sitio.

Cuando desapareció, nuestro criado nos dijo: que todas aquellas aventuras que acababa de contar debían ser inventadas, porque pasaba por uno de los mejores tiradores del país. Que le querían mucho, porque era muy instruído y muy caritativo, no llegando nadie á su puerta sin que en el acto, y á pesar de su mucha pobreza, fuese socorrido.

—Vea usted, lo que es la pasión de la caza— pensábamos nosotros perfilándonos entre las aristas de las rocas para no ser vistos de los lobos que no podían tardar en aparecer.—He aquí un hombre respetable por su ministerio y por su educación convertido en bufón para hacer un disparo más ó un disparo menos. Esto prueba realmente que es un cazador de pura raza.

No se oía nada aún, como no fuese el canto de algún pajarillo de los bosques ó el triste graznido de algún cuervo que surcaba los aires.

Al cabo de un momento miré hacia el puesto del cura y éste me señaló unas matas que estaban delante de nosotros á unos cien pasos de distancia. Fijé en ellas mis miradas y ví una liebre que venía dando saltitos, volviendo á medias la cabeza y moviendo las orejas.

Era indudablemente que sus sentidos, mucho más delicados que los nuestros, le indicaban ya el peligro: oía lo que nosotros no podíamos oír ni percibiríamos acaso en mucho tiempo.

De pronto dió un salto formidable y pasó como una exhalación por entre nosotros. Nadie la había molestado; ni el murmullo más lejano siquiera había turbado el silencio imponente del bosque.

Dos ó tres liebres pasaron del mismo modo huyendo como si una recova las persiguiera.

Un momento después pasaron por encima de nosotros dos grandes bandadas de palomas torcaces.

Miré al cura y éste nos hizo seña de que estuviésemos prevenidos, porque el momento crítico llegaba.

Palpitaban con fuerza nuestros corazones, conteníamos involuntariamente la respiración en tanto que devorábamos con la vista la porción de bosque que teníamos delante; hubiésemos querido poder escudriñar todas las matas, ver lo que había detrás de cada roca ó de cada tronco.

Nuestra impaciencia no tenía límites, llegando nuestro deseo de disparar hasta el punto de separar nuestros dedos de las llaves de las escopetas para evitar que involuntariamente saliese el tiro.

Por fin empezaron á oirse ruidos lejanos, muy poco perceptibles aún, pero tan extraños, que nadie hubiese podido precisar si los producían voces humanas ó instrumentos de viento.

De pronto, muy lejos, á nuestra derecha, turbó una detonación de arma de fuego el silencio; á ésta sucedió otra, y otra; luego más de veinte, pero tan seguidas, que casi parecían una descarga cerrada y mal hecha. Como el ruido se hacía cada vez más distinto, comprendimos que una res venía corriendo por delante de la línea de las escopetas sin caer y sin acertar á cruzarla.

Nosotros teníamos bien apoyadas nuestras armas, bien segura la mano izquierda, la derecha en el gatillo, cerrado el ojo izquierdo y apuntábamos.... ¿ á qué? Este es el gran atractivo de la caza; á lo que entrase, á lo desconocido, pues si se supiese de antemano, como sucede en la espera de perdices, se perdería gran parte de la ilusión.

De repente apareció un lobo enorme con la boca entreabierta, la lengua colgando y barriendo el suelo con su larga y bien poblada cola.



Como suponíamos, pasaba á todo correr por delante de los cazadores, buscando un claro; habían tirado ya más de cuarenta tiros, pero con tan mala puntería, que no parecía estar herido, según la seguridad de su carrera.

Mi vecino de la izquierda le tiró, pero su disparo fué á dar dos varas por encima del lobo, arrancando la bala un pedazo de corteza del tronco de un pino.

Nosotros le tiramos también después de apuntarle perfectamente á la paletilla izquierda, pero tampoco le dimos. No nos habíamos quitado aún la escopeta del hombro y meditábamos con la rapidez del pensamiento sobre nuestra increíble torpeza, cuando resonó otro disparo.

El lobo esta vez dió media vuelta y cayó cuanto largo era para no levantarse más.

El cura había tenido mala mano esta vez también, pero había sido para la fiera.

— Ven ustedes — nos dijo nuestro criado entusiasmado — ven ustedes cómo les dije yo que el tal curita era una de las mejores escopetas del país.

— Esto le hará comprender — contestamos nosotros, cargando precipitadamente — que para el que tira, lo mismo da un sitio que otro.

Los ruidos lejanos se iban aproximando por momentos. Aun no se oían las voces humanas, pero sí ecos extraños como de instrumentos de música y golpes metálicos en todas direcciones.

Estábamos colocando el pistón, cuando resonó otro tiro, luego otros dos ó tres.

Esperábamos con ansia á que la escena anterior

se reprodujera proponiéndonos ser menos torpes y afinar mejor la puntería ; pero con gran sentimiento nuestro cesaron los disparos, lo que quería decir, ó que la res había sido muerta ó que había cruzado la línea burlando la vigilancia de los cazadores.

Nuestro disgusto, sin embargo, no duró mucho tiempo : se reprodujeron los disparos á gran distancia y vimos cruzar un corzo como una flecha por delante de nosotros.

No parecía mayor que una cabra ordinaria : llevaba el hociquito al aire y el cuello completamente doblado hacia atrás, las piernas recogidas, de modo que tenía el aspecto de una gran bola de goma elástica que, no bien da contra el suelo, rebota á prodigiosa altura.

Era preciso tirarle al saltar por entre las grandes matas de jabinos y nacientes pinos, lo cual hacía sumamente difícil el tiro.

Pasó por delante de nosotros como una sombra: el cura le tiró antes, pero sin resultado, lo mismo que nosotros, que ni con tres metros le alcanzamos; pero tuvimos el gusto de verle caer antes de que desapareciese completamente por entre los árboles que nos rodeaban.

El cazador de oficio, *Manteca*, más hábil y más práctico que todos los demás cazadores que allí nos encontrábamos reunidos, tuvo la suerte de colocarle una bala debajo de la paletilla derecha, con lo cual detuvo instantáneamente su carrera, dejándole seco sobre un lecho de salvias y de olorosos tomillos, que sirvieron de tumba al ligero y gracioso animal.

La batida, como se vé, empezaba bien, pero no para todos; pues de más de doscientas escopetas sólo dos habían logrado un resultado satisfactorio hasta entonces.

Nosotros nos desconsolábamos convencidos de que nos volveríamos sin haber muerto una pieza digna del lobo y del corzo que yacían en tierra, cuando se nos presentó en aquel mismo momento la ocasión de lucir nuestra habilidad, que no era muy grande, porque éramos muy jóvenes entonces y tirábamos siempre con demasiada precipitación, defecto gravísimo en la caza, pues es sabido que la serenidad da más resultados si cabe que la buena puntería.

Entre el puesto del cura y el nuestro, á unos treinta pasos por el lado del ojeo, se elevaba una soberbia encina cuyas copudas ramas se perdían entre las de los pinos más altos; su tronco hueco por la parte inferior, no mediría menos de metro y medio de diámetro.

De pronto un gato montés, de enormes proporciones, atigrado, los ojos encendidos, el pelo del lomo erizado, la boca entreabierta, la cola arrastrando, salió de la espesura con intención de esconderse en el hueco de la encina, pero sea que el ruido de los ojeadores se oyera cada vez más atronador y más próximo, sea que viese moverse alguna rama del puesto del cura ó del nuestro, se encaramó á uno de los pinos que rodeaban á la vieja encina.

Nuestra puntería le seguía desde que salió de la espesura, de modo que en el instante mismo de subirse al pino hicimos fuego: dió otro salto tremendo,

pero cayó al suelo sin poder correr, porque tenía el cuarto trasero destrozado.

Nada es comparable á la ferocidad y á la fuerza de este animal relativamente pequeño ; hubiese luchado, herido y todo, contra un león ; sus maullidos eran terribles, sus saltos convulsivos de más de metro y medio de altura ; sus poderosas garras se clavaban en los troncos y arrancaban pedazos enormes de corteza. Parecía arrastrarse en todos sentidos en busca de un enemigo con quien combatir.

Tomamos la escopeta de nuestro criado, aprovechando un momento en que pareció calmarse, y le enviamos otra receta de plomo que le curó para siempre.

No podíamos vanagloriarnos de haber muerto un animal dañino para los ganados, que era el objeto único de la batida; pero si de haber destruído uno de los enemigos más encarnizados de la caza menor. Los gatos monteses y los buhos de la grande especie diezman nuestros bosques. Sobre todo cuando crían, los alrededores de sus guaridas están literalmente cubiertos de huesecillos de perdices, conejos y liebres, que cazan con habilidad suma para que sus hijos se sacien, pues destruyen mucho más de lo que necesitan.

Hay en nuestros bosques otro animalejo muy poco conocido pero muy feroz, que el pueblo llama *turón*, y que, á nuestro juicio, no es otro que el *hurón*, en libertad ó completamente salvaje: destruye también cuantos conejos se establecen en la zona forestal que ocupa; entra en los vivares y no sale de ellos hasta que

no chupa la sangre de cuantos roedores encuentra.

El tiroteo se reprodujo á lo lejos, lo cual indicaba que alguna res quería forzar la cabeza de la línea, pero cesó pronto.

Un momento después volvió á empezar á nuestra izquierda, y, según lo seguidos que eran los disparos y lo que á nuestro puesto se acercaba el ruido de las detonaciones, comprendimos que otra res como el lobo venía corriendo por delante de la línea con tal rapidez que nadie le acertaba.

Parecerá extraño que una fiera recibida á tiros no retroceda; pero téngase en cuenta que esto le es casi imposible, pues si delante tiene las escopetas, le cierran la vuelta al monte cientos de ojeadores que se acercan haciendo un ruido atronador.

Nos preparamos, pues, con la emoción y el buen deseo que pueden suponerse, y vimos llegar un gran zorro, de pelo rojo, de puntiagudo hocico, de orejas cortas y levantadas, que barría el suelo con su magnífica cola.

Ya apretábamos casi el gatillo de nuestra escopeta cuando le vimos rodar mortalmente herido de magnífico balazo en la cabeza. Otro cazador de oficio, situado dos puestos por debajo del nuestro, acababa de quitarnos al cura y á mí la ocasión de volvernos á lucir, decepción tanto mayor cuanto que aquella fué la última peripecia de la batida.

Los ojeadores de los diferentes pueblos que componían la asociación llamada *Concordia*, llegaban en confuso tropel, haciendo un ruido tan extraordinario y tan grande como no habíamos oído otro igual

nunca. Unos daban voces desaforadas, otros gritos salvajes; este imitaba al ladrido de un perro, aquel el rebuzno de un asno; quien golpeaba con furor sobre una sartén rota ó sobre un almiréz; quien tocaba una flauta ó un guitarro. No faltaban tampoco cantares de jota ó remedos de ciegos vendiendo coplas. En fin, todos los sonidos discordantes; todas las notas que puede producir el aire comprimido; todo lo que el hombre inventa para turbar el silencio del espacio, formando un conjunto monstruoso imposible de explicar; tan propio para engendrar la tristeza, causar el espanto, ocasionar la ira ó despertar en fin, las más estrepitosas carcajadas. Algo que heria el timpano y lo destrozaba, que sacaba de quicio los nervios y los sobreexcitaba hasta un punto increíble.

Allí se veían mozos, ancianos y muchachos, todos con garrotes, ijadas de guiar á los bueyes, chuzos, azadones, sables viejos y cuantas armas punzantes y cortantes es posible imaginar.

Aunque estaban ya á cien pasos de la línea, todos seguían alborotando y dando tremendos palos en los troncos para ahuyentar sin duda á cuantas alimañas hubiesen podido quedar agazapadas y escondidas en tres leguas á la redonda.

Por fin, los alcaldes mandaron á sus administrados respectivos que callasen, orden que nos alegró sobremanera, porque aquel concierto infernal era insoportable.

Cada cazador salió de su puesto y como nosotros ocupábatnos próximamente el centro de la línea, el ala derecha y el ala izquierda de ésta empezaron á

replegarse hacia el bosque en qu ehabíamos presenciado la batida, formando todos un inmenso grupo de cazadores y de ojeadores.

Los de la parte alta traían en triunfo y arrastrando una loba atravesada de dos balazos, y dos zorras; los de nuestra izquierda un jabalí de unas cinco arrobas, un corzo pequeño y dos liebres muertas con bala por un sacerdote grueso á quien llamaban el cura *rojo*, y que con esto dió gallarda muestra de su habilidad.

La batida había dado, pues, por resultado, contando únicamente las piezas cobradas, que las heridas, según afirmaban los cazadores que, como es sabido, tienen los ojos de aumento y una aritmética especial, eran innumerables, dos corzos, un jabalí, una loba, un lobo, un gato montes y dos liebres.

Todos los ojeadores querían ver, tocar y pesar las reses muertas, no costando poco trabajo hacer que las dejaran. La confusión era inmensa, se comentaba la batida, se elogiaban unos disparos y se criticaban otros. Los de la parte alta decían que los de la parte baja se habían dejado ir la mayor parte de las piezas y viceversa. Quien echaba la culpa á los ojeadores; quien á los alcaldes que habían dirigido la batida, quien, en fin, á los que con poco acierto habían colocado las escopetas. Éstos á su vez, y los alcaldes, se defendían echando la culpa á los ojeadores. Todos disputaban, gritaban, gesticulaban, y momento hubo en que creímos que de las palabras se pasaría á vías de hecho, lo cual hubiese dado por resultado una batalla campal, pues no hubiesen dejado de salir á plaza las rencillas y enemistades que siempre existen

entre los pueblos, ya por la eterna cuestión de los pastos, ya por las denuncias hechas en los montes y cuando no por las célebres *décimas* de las quintas.

Atortunadamente, como no se había comido aun y las cabezas se mantenían serenas, todo se aplacó. Los pueblos se agruparon en torno de sus alcaldes y alguaciles; llegaron los asnos cargados de botas de vino y de sendas alforjas con provisiones, y unos debajo de un grupo de pinos, otros en un ribazo; quien al pie de un arroyuelo, y el de más allá sobre un inmenso tronco derribado por la tempestad, se pusieron á comer alegremente.

Más de setenta reuniones de esta especie ocupaban un kilómetro de bosque, encantando la vista con su aspecto pintoresco, y excitando el apetito por el entusiasmo con que los comensales de todas las edades y condiciones atacaban los manjares que tenían delante.

Los alcaldes presidían y los alguaciles servían el vino en tazas de loza, colodras de cuerno ó botillos.

Nosotros nos reunimos al cura tuerto que había muerto al lobo, y al cura *rojo* que había muerto las dos liebres con bala. Antes de empezar se nos agregaron con sus meriendas un ministrante y aquel famoso cazador llamado *Cruces*, al que habíamos visto matar al corzo con tanta habilidad.

Durante algún tiempo, como todo el mundo deseaba descansar, los ojeadores especialmente, que estaban andando y voceando desafortadamente desde el amanecer, apenas se oía otro ruido que el de las mandíbulas; pero cuando se fué templando el apetito, y



las libaciones, á fuerza de multiplicarse, calentaron las cabezas, empezó de nuevo el alboroto; el hablar todos á un tiempo y el no entenderse nadie. Al principio los ancianos refirieron las diferentes batidas á que habían asistido en sus mocedades, conviniendo todos ellos en que entonces los inviernos eran mucho más crudos; que nevaba durante dos ó tres meses seguidos, y que las lobadas eran entonces más numerosas y causaban mas daño. También añadían que los alcaldes eran más celosos, y que las batidas se organizaban mucho mejor que ahora, porque es ya cosa conocida por todas las clases sociales que lo de otros tiempos es mucho mejor que lo del presente, sin tener en cuenta que todas las generaciones que se han sucedido sobre el planeta han emitido siempre idéntico juicio, el cual, de ser cierto, probaría que cada época es un retroceso en vez de ser un progreso, lo cual está en contradicción con el desarrollo humano. Luego empezaron los cazadores á echarse la culpa de haber ó no haber tirado á tiempo. Uno había hecho una seña inoportuna, otro había roto una rama, otro había dejado caer una piedra ó se había separado de su puesto. El culpable se defendía vigorosamente y hacía los mismos cargos á su interlocutor. A creerlos, todos habían herido mortalmente alguna pieza, de modo que al día siguiente debían encontrarse muchas reses muertas y perdidas por todas partes.

Entretanto, *Cruces*, el cazador de oficio, que comía con nosotros, nos refería que veinte años antes, en un ojeo que se dió en el monte de Paones, habían muerto de una tremenda puñalada á su padre,

que era un honrado herrero del país. El homicida, borracho, sin oficio ni beneficio, fué á presidio por catorce años; pero su pobre madre se quedó viuda, con cinco niños pequeños y sin más amparo en el mundo que la caridad pública.

El *Cura rojo* á su vez nos contó, para hacernos comprender los graves peligros que lleva siempre aparejados la caza, que se toma como una gran diversión, cuando debiera mirarse como un castigo, que tuvo dos primos, médicos los dos, y muchachos de gran porvenir. Vivían en dos pueblos cercanos uno á otro, en los cuales ejercían la medicina con gran aplauso de las gentes, que los apreciaban por su natural afable y mucha instrucción. Los dos hermanos se querían tanto, que aprovechaban cuantas circunstancias podían para reunirse. Llegó el otoño, y como en el término municipal en que habitaba el mayor hubiese abundancia de reses, los del pueblo organizaron una gran montería que debía durar ocho días. Inútil es decir que los dos médicos, que eran aficionados á la caza y grandes tiradores, se reunieron como de costumbre para participar juntos de la fiesta. El primer día no ocurrió nada; pero el segundo, encontrándose el menor de los hermanos en su puesto, oyó á los ojeadores gritar que por aquel lado iba un jabalí; preocupado con la idea de verle de un instante á otro, apuntó á un gran grupo de jaras que tenía delante. De pronto éstas empezaron á moverse, creyó distinguir un bulto entre ellas, afinó la puntería y disparó...; un grito desgarrador le hizo comprender que acababa de herir á un hom-

bre. Creyó que habría sido á uno de los ojeadores, pero al acercarse encontró á su hermano mayor espirando. Algunos días después de esta desgracia, que fué muy sentida, el homicida perdió por completo el juicio é ingresó en la casa de locos de Ciempozuelos.

Impresionados por aquellas lúgubres narraciones, que estaban muy fuera de lugar en aquel momento en que todo el mundo se entregaba á la alegría, dijimos con algún recelo al cura tuerto:

—Afortunadamente, hoy no ha tenido usted mala mano más que para el lobo.

Fijó en mí su ojo mortecino, dejó vagar por sus labios aquella sonrisa melancólica que le era habitual, y contestó:

—Déje usted, que no ha concluido aún el día.

—¿Teme usted que ocurra algo?

—¡Quién sabe! —respondió levantándose. — ¡Una desgracia ocurre tan pronto!

A tener nosotros más edad y más experiencia, aquella filosófica exclamación debía habernos hecho reflexionar que terminada la batida y la merienda, lo mejor que podíamos hacer era pedir el caballo, coger nuestro gato montés como trofeo de nuestras hazañas y volvernos á nuestra casa.

Pero quién pensaba en marcharse aún, teniendo tres horas de día y un inmenso bosque delante, en el cual, con el auxilio de tantos cazadores, podían hacerse muchos y buenos disparos. El carácter distintivo de todas las pasiones es que en vez de saciarnos nos sobreexcitan.

Yo tenía una sed abrasadora de caza, y me con-

fundí con los grupos, esperando que se formase un ojeo de liebres y conejos para pasar alegremente lo que quedaba de tarde.

¡Qué locura y qué exposición! La alegría había llegado casi al período álgido. En todas partes, el mosto que se trasegaba con abundancia extraordinaria á los estómagos, circulando las botas y botellas de mano en mano, producía sus acostumbrados efectos. Aquí se bailaba, allá se jugaba al toro, acullá se cantaba sin afinación ninguna. Uno, subido sobre un tronco, predicaba con voz ronca y tomada por el vino un sermón de circunstancias, en que cada palabra era una atrocidad ó un latinajo incomprendible, pero que, sin embargo, excitaba la ruidosa hilaridad de los oyentes; otro recitaba una copla con el tonillo peculiar á los ciegos que van de feria en feria y de aldea en aldea; este contaba un cuento á gritos, y el de más lejos refería una aventura que decía haberle sucedido cuando servía al Rey.

Cansados por fin de gritar, de comer y de apurar los pellejos, y excitados por sus alcaldes y alguaciles, los habitantes de cada pueblo pensaron en regresar á sus casas.

Los cazadores volvieron á tomar sus escopetas que hasta entonces habian estado apoyadas contra los troncos de los árboles, y aquí comenzó el peligro, pues por una imprevisión de las autoridades, todas seguían cargadas con bala, en vez de haberse descargado al aire no bien terminó la batida.

Yo me uní á un gran grupo de cazadores de diferentes pueblos.

Algunos de aquellos parecían formales y en estado de cazar aún.

Los jefes, que eran *Cruces* y *Manteca*, declararon que ya no era hora ni había posibilidad de formar ojeos con gentes que estaban borrachas ó poco menos; que lo mejor era marchar en ala ó en mano, y que cada uno tirase la pieza que le saliese al paso.

Ocuparon las escopetas, en vista de esta orden, una extensión de unos dos kilómetros, y empezamos á caminar de frente; pero pronto comprendimos los que estábamos en nuestro cabal juicio que aquella segunda batida no daría resultado ninguno, pues más que escopetas parecíamos una banda de ojeadores asustando la caza en sentido contrario al que llevábamos.

Unos se quedaban rezagados, otros se adelantaban cien pasos; todos gritaban, hablaban, refán, se llamaban por sus apodos ó bien tiraban á diestro y siniestro, bien á una piña seca que colgaba de una rama, bien al extremo de un tronco sin hojas, ó bien á los nudos negros y redondos de los pinos, cortados en parte por el hacha del leñador.

Las balas perdidas se cruzaban en todas direcciones, y pasaban por encima de nuestras cabezas produciendo ese ruido especial que recuerda el maullido de los gatos.

Comprendimos por fin, á pesar de nuestra inmensa ceguera por la caza, que estábamos en un inmenso peligro, y que lo mejor que podíamos hacer era marcharnos de allí á toda prisa y cazar solos en otro punto del monte, pero muy lejos, detrás del grupo de que formábamos parte.

Ya íbamos á poner por obra esta prudente resolución, cuando un grito desgarrador hirió nuestros oídos.

El grito había sido de tal naturaleza, que todo el mundo conoció en el acto que acababa de pasar una desgracia, y al estrépito de voces y disparos sucedió profundo silencio.

De pronto vimos correr á algunos de los cazadores que estaban á unos doscientos pasos á nuestra izquierda y agruparse al lado de un árbol.

La curiosidad nos hizo correr también para saber lo que había sucedido. No tardamos en ver tendido en el suelo, revolcándose, arañando el suelo con las uñas y arrojando torrentes de sangre por la boca á un pobre hombre de unos cuarenta á cuarenta y cinco años, pobremente vestido á usanza del país.

A su lado se veía un hacecillo de leña hecho con ramas secas caídas de los árboles y recogidas trabajosamente en el suelo.

—¡El vaquero! ¡el vaquero de *Bayubas*! —exclamaron los primeros que llegaron.

El infeliz había recibido un proyectil en la boca en el momento de estar recogiendo combustible para calentarse con su familia aquella noche.

La herida nos pareció á todos tan grave, que quedamos consternados. El estupor, sin embargo, no duró más que un minuto; los que eran víctimas de su intemperancia recobraron instantáneamente la razón, y unos desaparecieron como por encanto para no verse mezclados en la sumaria, y otros corrieron en demanda de auxilio.

No tardaron en presentarse algunos alcaldes, los dos curas y el ministrante que había comido con nosotros.

Este reconoció al vaquero, y dijo que la herida era de tal gravedad que aconsejaba que un sacerdote le confesase en el acto.

El cura tuerto se arrodilló al lado del herido, que estaba recostado contra un tronco.

Nosotros, arma al brazo y profundamente impresionados, formamos un gran círculo alrededor de este grupo para impedir que se acercasen los ojeadores que llegaban corriendo de todas partes deseosos de presenciar lo que sucedía.

No hemos contemplado nunca espectáculo más conmovedor. Aquel sacerdote arrodillado, aquel moribundo que no hacía más que lanzar ayes lastimeros cada vez más ahogados, aquel círculo de cazadores pálidos y silenciosos, y allá en el fondo, destacándose sobre el verde sombrío del bosque, grupos arrodillados rogando por el infeliz que iba á morir.

El herido hizo un último movimiento y cayó al suelo. El sacerdote le bendijo, se levantó, y nos dijo con voz profundamente conmovida:

— Recemos por este desgraciado que acaba de entregar su alma á Dios.

Un murmullo sordo, grave, lúgubre, que turbó por algunos momentos el silencio sepulcral del bosque, indicó que todo el mundo cumplía con todo el fervor posible la piadosa recomendación del sacerdote.

El juez de primera instancia á cuya jurisdicción correspondía el término municipal en que nos encontrábamos, había asistido, según se dijo, á la batida; pero no sabemos por qué, porque estamos poco instruidos en prácticas jurídicas, se había marchado precipitadamente al saber la desgracia.

Era por lo tanto indispensable que aquel cadáver quedase en el bosque, custodiado por dos ó tres hombres del pueblo hasta que el juzgado, avisado de oficio, viniese á levantarlo.

Esto prueba que nuestras prácticas judiciales necesitan una reforma que piden de consuno la caridad y la opinión pública. ¿Lo que había de hacerse después por qué no se hizo entonces? ¿Si debía buscarse algún culpable, por qué no se buscó, por qué no se interrogó, por qué no se descubrió la verdad cuando todavía estaban allí reunidos cuantos habían presenciado el hecho y los que habían causado la muerte?

¿Se había cometido una temeraria imprudencia, como creemos? ¿Una venganza á la cual las circunstancias se prestaban admirablemente? Entonces se hubiese sabido acaso, después difícilmente.

Como puede comprenderse, aquella conclusión trágica de un día, que parecía consagrado únicamente á la expansión y á la alegría, apartó á todo el mundo del bosque como por encanto.

Solo el muerto y cuatro hombres que permanecieron á su lado por orden del alcalde, quedaron en aquel lugar de desolación y de tristeza.

Las gentes huían temerosas de que la justicia les



hiciera responsables de la desgracia, cuando las autoridades eran realmente las únicas que la habían causado, pues si se hubiesen mandado en tiempo oportuno disparar todas las armas que estaban cargadas con bala y no se hubiese permitido cazar en grupos después de comer, no hubiese muerto el pobre vaquero.

Cuando nos marchábamos oímos unos gritos desgarradores. Los lanzaba la pobre viuda, que acudía al lugar de la desgracia acompañada de sus pequeños, que desde aquel momento quedaban sin pan y sin apoyo en la tierra.

Como nada podíamos hacer para aliviar entonces su inmenso dolor, apretamos el paso; el eco de sus gritos y sollozos nos desgarraba el corazón.

A la salida del monte nos encontramos al cura tuerto, que montaba un caballo viejo, flaco y tuerto también.

Su aspecto nos produjo una impresión desagradable; comprendió sin duda nuestro pensamiento, y nos dijo:

—Yo no he podido ser porque estaba rezando, como han visto muchos cuando sucedió la desgracia.

—Es verdad, señor cura—le contestamos sonriendo;—pero estaba usted en la batida.

Así terminó aquel ojeo de lobos, que no hemos olvidado nunca. Algunas veces hemos sido invitados á otros que han tenido lugar en nuestro país; pero siempre hemos declinado la honra de asistir á ellos.

Teníamos siempre delante de los ojos aquel cuadro de última hora.

El cura tuerto confesando al moribundo, y el moribundo, cubierto de harapos y de sangre, exhalando su último suspiro recostado contra el tronco de un árbol.

---

## AVENTURAS DE UN VIAJANTE.

---

En una fría mañana de Octubre encontrábase tres personas en una de las principales calles de la villa de Almazán; la hora, que era la del alba; lo abrigadas que estaban, y su continuo pasear arriba y abajo, oprimiendo los pies con fuerza contra el durísimo suelo, entonces cubierto de escarcha, harto indicaba que eran viajeros impacientes por ocupar sus respectivos asientos en el coche-correo que, enlazando con el de Medinaceli, lleva la correspondencia del Burgo de Osma.

Componíase el grupo de una mamá, una niña de diez y siete á diez y ocho Añiles y de un joven que llevaba una caja debajo del brazo; caja que por su forma y por el cuidado que con ella tenía su dueño parecía guardar muestras muy frágiles ó muy expuestas á sufrir deterioro.

Este detalle, su movilidad, su traje y un no sé qué que imprime al hombre la profesión que ejerce, le denunciaban como viajante de comercio, ó *mostruario*, como ha dado en llamarse á todo el que enseña muestras, usando una figura tan poco graciosa como

sería la de llamar botica á toda medicina despachada en una farmacia.

Cuanto á la mamá y á la niña, difícil hubiese sido clasificarlas, pues por su traje parecían señoras, y por su conjunto aldeanas; ó mejor dicho, encontrábanse en ese período de transición en que la larva comienza á enseñar sus alas de mariposa á través de la envoltura triste y terrosa en que ha vivido.

Eran algo más que unas aldeanas ricas y algo menos que unas señoras advenedizas; algo, en fin, que se transforma rápidamente gracias á la fortuna, á los viajes y al trato de gentes, pero que no tiene aún ni casillero propio ni rotulación posible.

Esto es lo que el *viajante* (y permítasenos que le demos este nombre, equivalente al de *comis voyageur* estudiaba con la mayor atención, parándose de tiempo en tiempo y dejando vagar sus curiosas miradas, ya sobre la mamá, ya sobre la niña. Parecía preguntarse á sí mismo:

—¿Con quién voy á viajar yo? ¿Qué gente es esta tan diferente de la que suelo encontrar en mis continuas expediciones de Norte á Sur y de Este á Oeste?

Por fin llegó el anhelado carruaje, viejo, desgarrado, con las ventanillas torcidas, algunos cristales rotos, y sin más hueco para los viajeros que una especie de cajón interior, asaz estrecho, para cuatro asientos, pero que convertían sus dueños en seis ó siete cuando á sus intereses convenía, con lo cual transformaban el tal vehículo en un suplicio desconocido en los históricos tiempos del tormento, pero

no menos cruel que los que entonces se usaban. Sólo que entonces siquiera se aplicaba gratis, en tanto que en los modernos viajes por las líneas transversales, privadas casi todas ellas de vías férreas, es necesario pagar, y pagar con exceso, para recibirlo.

Dejó el viajante que las señoras se colocaran lo mejor que pudiesen, una enfrente de otra, en el fondo del carruaje al lado de las dos ventanillas del pescante, para que pudiesen examinar bien á su sabor la espalda del conductor y las orejas de las mulas de varas, que no otra cosa podían ver desde aquel sitio; se informó de si habían colocado en la baca dos grandes cajones, instaló su preciosa caja cubierta de cuero charolado sobre sus rodillas; se envolvió los pies en una manta, y encendiendo un pésimo cigarro, sin preguntar á sus compañeras de viaje si el tabaco las molestaba ó no, empezó á emponzoñar el reducido ambiente que le rodeaba con un perfume que no recordaba ni el incienso ni la mirra de los Reyes Magos.

Silbó por fin la tralla, repicaron las campanillas, y á las voces de

—¡Ah, perra! ¡ah, perra! ¡Mohína! ¡Ap, ap! ¡Up, up!—arrancó por fin el coche-correo, saltando sus ruedas sobre la mal empedrada calle, y dando la caja central tales vaivenes, que creyeron los viajeros que era aquello mucho peor que viajar por mar en día óe tormenta.

Ya fuera de la población y en plena carretera, que por el escaso tránsito, no estaba muy llena de baches, normalizóse el movimiento, y el viajante continuó

sus estudios y reflexiones frenopáticas, que, á decir verdad, no podían ser completas por no tener la niña que á su derecha estaba sentada más que medio rostro al descubierto, llevando el otro medio cuidadosamente envuelto en una toquilla obscura.

Veía, sin embargo, además de una frente blanquísimas y de unas preciosas cejas, unos hermosísimos ojos negros, que así llameaban cuando se fijaban en él como expresaban por modo elocuente todas las impresiones del alma: eran, en suma, de aquellos de los cuales, y no sin razón, se dice que *hablan*.

Si el resto del semblante correspondía á estas dos ventanas del alma, esperábale una expedición de las más distraídas, y ya se disponía á trabar conversación, cuando exclamó la niña, llevándose el blanco pañuelo á los labios:

—¡Ay, mamá de mi alma! ¡qué mala me pongo!

—¡Pues y yo!—contestó la mamá con voz ahogada.

Y madre é hija, después de dirigirse una mirada de angustia, se lanzaron como una avalancha en busca de la portezuela, cuyo cristal era el único que en aquel momento no estuviese echado. El viajante trató de defender sus pies y su caja, y no sin hacer titánicos esfuerzos consiguió salir de debajo de mantones, abrigos y toquillas, y colocarse en el ángulo que antes ocupara la niña.

Cuando ésta, gracias al aire fresco de la mañana y de haber conseguido todo lo que en estos casos se busca, se sintió un tanto aliviada, se retiró de la ventanilla, y dijo, haciendo muequecitas:

—¡Ay, cuánto molestamos á este caballero!

—De ningún modo, señorita—contestó éste con volubilidad;—estoy harto acostumbrado á viajar para que el mareo de las señoras me sorprenda.

Luego prosiguió:

—¿Me permite usted que ponga mi manta de viaje de modo que no la moleste á usted el aire frío que penetra por la ventanilla?

—No, señor, muchas gracias—respondió la mamá;—llevamos un almacén de ropa encima.

—¿Van ustedes á Valladolid?—preguntó el viajante.

—¡Cá! no, señor, nos quedamos en una venta del camino.

—¡Ah!—respondió el viajante, en tanto que dirigía una significativa mirada á la niña que estaba á su izquierda, la cual, por más que en aquel momento se encontrase pálida y trastornada por el frío de la mañana y por los efectos del mareo, dejaba ver el más picaresco y agraciado rostro que pueda imaginarse. Volvió un poco la cabeza hacia el viajante, y le contestó con otra mirada que quería decir:

—También siento yo que nos separemos tan pronto.

La mamá prosiguió:

—¿Usted será mostruario?

—Precisamente, señora; me llamo Pepe Bolaño, para lo que ustedes gusten mandar; soy de Valdestillas en la provincia de Valladolid, y trabajo por cuenta de una casa de la corte.

—¿En paquetería?

—No, señora.

—¿En tejidos?

—Menos; trabajamos en confitería y pastelería.

Y esto diciendo, abrió su caja y enseñó, perfectamente colocadas en sus diferentes casillas, varias muestras de almendras garrapiñadas, bombones finos, caramelos envueltos en papelitos con versos, y muñequitos de azúcar para adornar ramilletes de dulce.

—¡Qué preciosidades!—exclamó la mamá, mirando aquellas golosinas.

—¿Le gustan á usted?—dijo Bolaño, mirando á la niña.

—Sí; hay cosas muy lindas ahí.

—¿Me permitirá usted que le ofrezca esta mariposa?

—No, señor, no; de ningún modo.

—¡Bah! no faltaba más; á usted la mariposa, y á su mamá de usted este calabrés con su característica zampoña debajo del brazo.

Las señoras, después de cien dengues, admitieron el obsequio, que guardaron cuidadosamente en pedazos de periódico, razón por la cual Bolaño les hizo probar, uno tras otro, todos los confites que en su caja traía, para que pudiesen atestiguar la excelencia y primorosa factura de la casa.

Como los confites predisponen á la dulzura, y como fuesen los reiterados obsequios del viajante muy del agrado de aquellas señoras, que, á pesar de sus dengues, eran pasablemente golosas, trabóse muy cariñosamente el diálogo: hiciéronse confianzas y explicaciones de una parte y de otra, y no habían an-



dado dos leguas cuando ya sabía Bolaño que aquellas señoras eran la esposa y la hija de un rico fabricante de harinas, retirado ya del comercio, que tenían dos hijos varones, llamados Juanito é Hilario, además de la niña que se llamaba Carmencita; dos casas, un monte, y contiguo á éste una granja, á la cual iban á pasar el otoño de vuelta de los baños de Alhama, en donde habian permanecido muy agradablemente quince días.

No dejó de decir la mamá á Bolaño que su niña, sin merecimientos para ello, habia sido la más obsequiada en el balneario, la que más habia bailado todas las noches en el hermoso kiosko de Tello, y la que más pretendientes habia tenido; pero que no quería ella que su Carmencita se casase aún, tanto por su poca edad, cuanto porque siendo su dote uno de los más claros y más considerables del país, lo que le sobrarían á su niña serían maridos, sin contar que, según estaba el mundo y según lo informales y lo interesados que eran los hombres, paso de tanta trascendencia requería pensarse muy despacio.

Bolaño, por su parte, que se aficionaba á Carmencita, y que le hallaba nuevos atractivos cuanto más la miraba, se dió todo el relieve posible, afirmando que si viajaba era sólo para completar su esmerada educación, estudiando las costumbres de las diferentes provincias de la Península; que la casa que representaba, ó por mejor decir sus socios, le querian como á un hijo; que su padre, que era un rico hacendado, no deseaba otra cosa que casarle con una prima suya millonaria, pero que él no habia querido

sujetarse al santo yugo por no haber encontrado aún mujer de su gusto.

Después glosó muy detenidamente las afirmaciones de la mamá, y dijo que eran tales las exigencias de las señoritas de los grandes centros, tal su afición al lujo y tal su frivolidad y coquetería, que antes de casarse era preciso pensarlo muy despacio para no cometer una locura.

En estas conversaciones fueron empleando muy sabrosamente el tiempo, hasta que Bolaño cambió de tema y dijo que era apasionado por la música popular; no por la clásica, que no valía dos céntimos; que sabía el repertorio zarzuelesco como pocos, y que tenía tan buena voz, que todos sus amigos le aconsejaban que entrase en el teatro, cosa que hubiera hecho si no hubiese sido por las preocupaciones sociales y por los miramientos que á su familia tenía.

Contestó Carmencita que también ella deliraba por la música; que tocaba el piano, y que se pasaba días enteros sentada delante del atril haciendo gorgoritos.

Preguntóle la mamá á Bolaño, con ese candor provinciano que encanta, si sabía *La Gran Vía*, y el viajante, que otra cosa no deseaba que lucirse, sin reparar en el sitio, hora y circunstancias, entonó á voz en cuello la *Pobre chica* que hace tanto tiempo que está en Eslava tomando café.

Como las señoras aplaudiesen mucho y elogiases su voz, que por cierto, si bien fuerte y sonora, no tenía nada de bien educada, después de *La Gran Vía*

cantó *La Mascota*, y *La Marsellesa*, y *El Anillo de hierro*, y *La Vuelta alrededor del mundo*, y otras varias piezas, que de tal modo entusiasmaron á Carmencita, que ella también cantó acompañando á Bolaño.

En una palabra, la mañana fué deliciosa para los tres viajeros, que se sintieron tan atraídos unos hacia otros, que la mamá ofreció su casa á Bolaño, y que Bolaño prometió muy formalmente que la primera vez que á tan hermoso país volviese, iría á pasar un par de días á la casa de campo ó granja de aquellas señoras.

En esto llegaron á la venta en que tenían que separarse, que era una casuca de adobes, edificada en una llanura. Bajaron del coche correo, y en tanto que mudaban tiro, y que la mamá se separaba de su hija para dar las órdenes oportunas á sus criados, á los que hizo mudar las siltetas ó jamugas para llevar la espalda al sol cuando montasen á caballo, aprovechó Bolaño la coyuntura, y á quemarropa dijo con los labios á Carmencita lo que ya por modo elocuente le había manifestado con los ojos.

Encendida como la grana oyó la niña su amorosa declaración, y sin atreverse á dar aún un sí prematuro y atrevido, le permitió, sin embargo, que la escribiese, para lo cual le indicó la dirección que debía poner á sus cartas.

Con esto creyóse Bolaño el más afortunado de los hombres, y se separó de sus compañeras de viaje, deseándoles todo linaje de felicidades, y prometiendo muy formalmente que no llegaría el invierno sin hacerles la visita ofrecida.

Subieron las señoras sobre sus caballerías, volvió él á ocupar su asiento dentro del coche y á colocar su inseparable caja de confites de modo que no perjudicasen su contenido los rayos solares, y en tanto que las primeras tomaban un sendero abierto á través de la escueta llanura, emprendió el tiro su donoso trote por la carretera, pero no sin que de una parte y de otra se agitasen manos y flameasen pañuelos.

Así comenzaron las relaciones de Bolaño y de Carmencita.

Veamos cómo se desarrollaron y qué participación tuvieron en ellas los lobos.

## II.

Un edificio rectangular, con una puerta abierta al Mediodía, tres balcones en el piso principal y tres ventanillos en el segundo ó desván; todo él afectando hasta cierto punto la forma de una antigua gorra de cuartel, y adheridos á él, por el Norte, un extenso establo dedicado á ganado vacuno y caballar, un gallinero, un palomar, y al Mediodía una extensa huerta plantada de frutales, de limoncillos y de lilos, componía la granja de los señores de Adovera, progenitores de Carmencita.

Alrededor de la finca, que estaba situada en un claro de diez ó doce hectáreas, regadas por un arroyuelo, se extendían hermosos bosques de pinos, robles, carrascas, jabinos y jaras.

El lugar no podía ser más agreste ni más á propósito para entregarse al estudio de la Naturaleza. Allí un pintor hubiese podido hacer deliciosos paisajes, y un inspirado poeta componer el más delicado de sus poemas.

Los grandes árboles agitados por el viento, el arroyuelo quebrando sus hilos de plata entre los verdes juncos, y el melodioso gorjeo de las aves, despertaban en el fondo del alma esa dulce melancolía que la eleva insensiblemente desde el fondo de los valles hacia Dios, autor de la poesía y del sentimiento.

Como el medio ambiente en que se vive ejerce una influencia distinta sobre cada ser humano, sirviendo de elementos modificadores la edad, la vocación y la sensibilidad más ó menos exquisita, fácil es comprender que aquella poética soledad desarrolló poderosamente los gérmenes amorosos que la casualidad arrojara en el corazón de Carmencita.

En tanto que su padre se ocupaba de agricultura, su madre de economía doméstica y sus hermanos de caza, sentada ella sobre un añoso tronco bajo la apacible sombra del bosque, dejaba vagar su incierta mirada sobre las páginas de un libro que no leía, pues su pensamiento estaba muy lejos de aquellos sitios.

Se acordaba de su compañero de viaje, oía sus armoniosos cantos y vacilaba entre la duda y la esperanza, pues en tanto que su corazón le decía que llegaría pronto la deseada epístola, hacíale sospechar el buen sentido que Bolaño, como todos los hombres de su edad, no daría al amor más importancia que

Subieron las señoras sobre sus caballerías, volvió él á ocupar su asiento dentro del coche y á colocar su inseparable caja de confites de modo que no perjudicasen su contenido los rayos solares, y en tanto que las primeras tomaban un sendero abierto á través de la escueta llanura, emprendió el tiro su donoso trote por la carretera, pero no sin que de una parte y de otra se agitasen manos y flameasen pañuelos.

Así comenzaron las relaciones de Bolaño y de Carmencita.

Veamos cómo se desarrollaron y qué participación tuvieron en ellas los lobos.

## II.

Un edificio rectangular, con una puerta abierta al Mediodía, tres balcones en el piso principal y tres ventanillos en el segundo ó desván; todo él afectando hasta cierto punto la forma de una antigua gorra de cuartel, y adheridos á él, por el Norte, un extenso establo dedicado á ganado vacuno y caballar, un gallinero, un palomar, y al Mediodía una extensa huerta plantada de frutales, de limoncillos y de lilos, componía la granja de los señores de Adovera, progenitores de Carmencita.

Alrededor de la finca, que estaba situada en un claro de diez ó doce hectáreas, regadas por un arroyuelo, se extendían hermosos bosques de pinos, robles, carrascas, jabinos y jaras.

El lugar no podía ser más agreste ni más á propósito para entregarse al estudio de la Naturaleza. Allí un pintor hubiese podido hacer deliciosos paisajes, y un inspirado poeta componer el más delicado de sus poemas.

Los grandes árboles agitados por el viento, el arroyuelo quebrando sus hilos de plata entre los verdes juncos, y el melodioso gorjeo de las aves, despertaban en el fondo del alma esa dulce melancolía que la eleva insensiblemente desde el fondo de los valles hacia Dios, autor de la poesía y del sentimiento.

Como el medio ambiente en que se vive ejerce una influencia distinta sobre cada ser humano, sirviendo de elementos modificadores la edad, la vocación y la sensibilidad más ó menos exquisita, fácil es comprender que aquella poética soledad desarrolló poderosamente los gérmenes amorosos que la casualidad arrojara en el corazón de Carmencita.

En tanto que su padre se ocupaba de agricultura, su madre de economía doméstica y sus hermanos de caza, sentada ella sobre un añoso tronco bajo la apacible sombra del bosque, dejaba vagar su incierta mirada sobre las páginas de un libro que no leía, pues su pensamiento estaba muy lejos de aquellos sitios.

Se acordaba de su compañero de viaje, oía sus armoniosos cantos y vacilaba entre la duda y la esperanza, pues en tanto que su corazón le decía que llegaría pronto la deseada epístola, hacía sospechar el buen sentido que Bolaño, como todos los hombres de su edad, no daría al amor más importancia que

la que se otorga á un entretenimiento fugaz y pasajero.

Teniendo que recorrer constantemente todas las carreteras y vías ferreas de España, ¿con cuántas viajeras lindas no se hallaría en contacto diariamente? ¿A cuántas no dirigiría, por costumbre, las mismas frases lisonjeras, para olvidarse de todas un momento después?

¿Cómo podía haberla hablado con sinceridad, si en cuenta se tenía el corto trayecto en que habían estado reunidos? ¿Qué méritos tenía ella, pobre niña de los campos, privada de ese barniz que dan la educación y el roce de la sociedad; ella, despojada de esa coquetería que tanto realza la belleza natural? Luego aquella prima millonaria de que le hablaba Bolaño.....

Lógico era que la hubiese olvidado al verla desaparecer en la llanura que se extendía detrás de la venta.

Peró ella, que no veía otros viajeros elegantes y halagadores; ella, que vivía en medio de los bosques con sus recuerdos; ella, que se encontraba en la primavera de la existencia, época feliz en que el corazón parece entreabrirse para dar paso á los sentimientos más puros, como las flores para derrama sus perfumes más delicados, ella no olvidaba.....

Y como basta que nuestros deseos se vean contrariados por las especiales circunstancias que nos rodean para que se aumenten, los que sentía de volver á ver á Bolaño se transformaron primero en un idea fija, después en un sufrimiento..... y, por último



en un verdadero amor, de que ella no se dió cuenta por ser absurdo.

Desgraciadamente, las primeras pasiones se apartan por completo de todo razonamiento: amaba á Bolaño, porque le amaba sin saber por qué, tal vez porque no sabía quién era, ni si aquellas relaciones le convenían, ni si podían acrecentar su felicidad ó acarrear su desdicha.

Así fué que, cuando llegó la famosa carta, fechada en la Coruña y llena de frases pintorescas y vacías de sentido, Carmencita se creyó la mujer más afortunada de la tierra.

Llamó á su mamá aparte, y como esta señora, á pesar de su buena posición, no conocía los signos del alfabeto, se la leyó desde la cruz á la fecha, modificando aquellas palabras ó aquellas frases que el pudor no le permitía transmitir con toda fidelidad.

La mamá lo encontró todo muy correcto; dijo que aquel joven le había parecido á ella muy bien desde el primer momento, y hasta se enjugó una lágrima al oír las frases delicadas que le dirigía Bolaño al terminar la carta.

Como rogaba á Carmencita que le contestase, para cuyo objeto le daba de antemano la dirección de la respuesta, después de maduro examen, madre é hija decidieron que no había inconveniente en ello.

Carmencita, en vista de esta autorización, mudó cinco veces plumas de acero de la D, rompió cuatro ó cinco pliegos de un papel satinado, pequeño, apaisado y de filetes dorados que tenía á prevención, y consiguió escribir por fin veinte líneas pasable-

mente torcidas y con sus correspondientes faltas de ortografía.

Bolaño no reparó en ellas, porque, en España al menos, una señorita que tiene granjas y fábricas de harina puede escribir como mejor le convenga. No sólo se creyó tan feliz como Carmencita, sino que vió una soberbia posición en lontananza.

Su única ambición consistía en poder dejar para siempre aquella caja cubierta de vaca charolada, que tenía que llevar siempre con el mayor cariño sobre las rodillas, como ama de cría que cuida de, un niño recién nacido.

Multiplicó, por lo tanto, sus cartas y sus juramentos, y se lamentó amargamente de que las exigencias del comercio no le permitiesen volar al lado de su adorado tormento tan pronto como quisiera.

Como se le aguardaba en la granja, y aunque hubiese llegado el momento de abandonarla, la mamá y la niña, con gran asombro del amo de la casa, iban encontrando pretextos y poniendo dificultades siempre que se hablaba de marcharse. Ya era una indisposición que impedía que la mamá se pusiese en camino, ya unas conservas de frutas que la niña quería hacer, ó ya, en fin, una novena que la mamá y la niña deseaban terminar en paz y en gracia de Dios.

El papá decía para sí:

— ¡Cómo les gustará tanto el campo con el frío que hace, y cuando apenas se puede salir ya de casa!

Y el buen señor seguía aguardando pacíficamente, por más que lo avanzado de la estación y la cru-

deza del tiempo así le impidiese ocuparse de sus faenas agrícolas como de dar largos paseos con su hija por las sendas del bosque.

Un día, sin embargo, en que los rayos del sol, rasgando las plomizas nubes, dieron algún atractivo á los macilentos campos, salió Carmen furtivamente de su cuarto; anduvo largo tiempo á la ventura, y llegada que fué á un punto del bosque en que por lo tupido del ramaje y lo agrupado de los troncos podía abrigar la seguridad de no ser observada por indiscretas miradas, sacó del bolsillo un paquetito atado con una cinta de color de rosa, que otra cosa no contenía que las cartas de su adorado Bolaño, y se puso á leerlas una por una, extasiándose en cada frase de efecto y llevándolas alguna que otra vez á sus labios. Por más que de memoria las supiese ya, hallábales nuevo encanto, y con más fuerza se acendrabá su primer amor. Por desgracia, como el que camina con el pensamiento en las alturas y lleva la mirada en lo porvenir no sabe muchas veces lo que hace con sus manos, dejaron éstas caer inconscientemente una de las cartas más apasionadas.

Bien podía haber pasado por el mismo sendero, después de Carmencita, un aldeano cualquiera que en papel más ó menos no reparase, pero quiso la desgracia que siguiese sus huellas su padre, que venía de disponer una corta de leña. Ver la carta, levantarla del suelo y leerla dos ó tres veces para enterarse bien de las relaciones de su hija, fué todo uno.

Meditó largo rato y dijo, como hombre pacífico y prudente:

—Han hecho muy mal en no decirme la verdad; pero como es indudable que la mamá lo sabe todo, y, por lo tanto, que es tan culpable como la niña, no conviene que lleve la perturbación y el desconsuelo al seno de la familia. Obremos con prudencia; averigüemos si la persona en cuestión es digna de mi hija ó no lo es, y en vista de los informes que obtenga, así obraré.

Después de monologar de esta suerte, moderó sus ímpetus paternos, lo que no le costó poco trabajo, porque aquella falta de confianza de parte de los seres más queridos para él en este mundo afligía su corazón y hería su amor propio; comió poco, habló menos; mandó después que le ensillasen una bonitísima mula, sobre la cual solía hacer sus viajes, y pretextando un motivo cualquiera fué á buen andar á la villa de Almazán que á cuatro leguas estaba situada.

Ya en ella, recorrió todas las tiendas y almacenes haciendo preguntas á los dueños y dependientes sobre los viajantes que solían surtir sus respectivos establecimientos, y como se comprenderá, no tardó mucho tiempo en conseguir lo que deseaba.

Supo, pues, que Pepe Bolaño era un buen muchacho, muy charlatán y muy cantarín, natural de Valdestillas en la provincia de Valladolid, y que trabajaba por cuenta de un fabricante de confites y de pasteles de la corte. Esto último no le entusiasmó gran cosa, tanto porque los dulces le gustaban menos que á las señoras de su casa, cuanto porque, á pesa de ser hombre de pueblo y de haber cargado sacos d

harina sobre sus hombros más de una vez, soñaba una posición más brillante para su hija.

Ambición muy natural en un buen padre, que no podía comprender que se amalgamasen bien los hojaldres y las magdalenas, las auroras y las almendras garrapiñadas con sus montes y con sus tierras de pan llevar.

—Es posible—decía volviendo á montar en su mula—que los dulces, por bien confeccionados que estén, hagan perder el sentido común á dos mujeres que hasta ahora han dado muestras de ser tan recatadas como discretas.

El no sabía una palabra del concierto matutino dentro del cóche correo, ni que la *pobre chica* de Eslava, *La Mascota*, *La Marsellesa* y *La vuelta al rededor del mundo* habian tenido la culpa de todo.

Desgraciadamente, el amargo brebaje estaba dentro de la copa y tenía, no que apurarlo, sino que revolverlo con su habitual prudencia para saber de qué clase eran las heces, bien para arreglarlas antes de que envenenasen por completo á su familia, ó bien para permitir que su hija las llevase á sus labios.

No le faltaban amigos en Valladolid, y escribió á uno de ellos para que tomándose todo el tiempo necesario y con la prudencia acostumbrada se informase de aquel nuevo *Pastelero de Madrigal*, que de todo tenía trazas menos de ser otro rey Don Sebastián, muerto y resucitado en las africanas arenas.

Como dar noticias á todo el mundo agrada, y mucho más cuando con ellas puede desbaratarse un

proyectado enlace, no tardó el papá de Carmencita en recibir una carta que le llenó de amargura.

Pepe Bolaño era hijo de unos honrados labradores de estos que van tirando de las mulas y guiando la esteva; era excelente muchacho y trabajaba bien por cuenta de la casa que le tenía á sueldo para enseñar sus productos y colocarlos en las confiterías del reino, pero pasaba entre sus compañeros por un calavera desecho, gastador, pendenciero y aficionadísimo á las bebidas fermentadas, fuesen éstas de la clase que quisiesen.

Los informes como se ve, no eran de los más tranquilizadores, pues dando de barato que hubiese alguna exageración y no poca mala fe en ellos, siempre resultaba que Pepe Bolaño no tenía ni fortuna ni buena reputación, ni condiciones siquiera para crearse una fortuna y sostener decorosamente una familia.

Se trataba de dar un asalto al capital del ex fabricante de harinas. El joven sentimental y filarmónico habría dicho:

—«Para qué he de pasarme la vida cuidando una cosa tan fragil y tan fundente, como son los confites cuando hay en el mundo un buen señor, lleno de simplicidad y de buena fe, que ha tenido el talento de reunir unas cuantas talegas para mí. Tonto seré yo si no las recojo al paso, sobre todo cuando van acompañadas de una preciosa criatura que tiene unos ojos que hablan y que encuentra que canto muy bien.»

Pepe Bolaño, hagámosle esta justicia, no había pensado con el cinismo que el ex fabricante suponía

muy lejos de esto, amaba sinceramente á Carmencita y era tan desinteresado, se ocupaba tan poco del porvenir, que lo mismo se hubiese casado con ella siendo pobre que siendo millonaria.

Pero el ex fabricante no lo sabía y su mal humor aumentaba á medida que pensaba en las consecuencias funestas que aquellas relaciones podían haber tenido, á no encontrar la denunciadora carta que le enteró de todo.

¡Qué madre aquella tan ligera de cascos, que así comprometía el porvenir de su hija; y qué hija, que apenas puesta de largo ya se permitía fundar una nueva familia á espaldas de aquel que había empleado toda su vida, su fuerza y su inteligencia en crearle una honrosa posición!

Llegó á su casa y encontró á las culpables tranquilamente sentadas delante de una gran chimenea de campana, sobre cuyos morillos de hierro con remates de bronce dorado ardían dos magníficos troncos de roble. La felicidad brillaba en sus ojos, y una alegre sonrisa vagaba por sus labios; lo cual prueba que no siempre deja el delito huellas indestructibles en el semblante.

El ex fabricante lo observó, y un hondo suspiro se escapó de su pecho.

—¡Ni remordimientos!—pensó.—Están tan satisfechas y tan felices como si hubiesen hecho una torta de almendra ó una fuente de sobadillos para festejar el día de mi santo. Las mujeres son unos niños grandes, después de las muñecas los novios, después de los novios los muñecos otra vez; y cuando ya no

pueden distraerse personalmente se divierten con los juguetes de sus hijas.

Comenzó á pasearse con aire sombrío por delante de la chimenea.

Carmencita quiso quitarle el poncho cubierto de copos de nieve que brillaban al reflejo de las llamas, pero no quiso.

La mamá le aproximó una silla, tampoco quiso admitir.

Aquello la sorprendió y dirigió una mirada significativa á la niña, la cual, como no tenía su conciencia muy tranquila á pesar de su rostro angelical,

—¿Qué tienes, papá?—le preguntó con voz alterada.

Silencio absoluto.

—¿Estás malo, Crisóstomo?—exclamó la mamá, dejando su labor con alguna inquietud.

Crisóstomo tosió por dos veces, se sonó, escupió, estuvo á punto de lanzar un apóstrofe, pero siguió paseándose sin pronunciar una palabra.

La mamá y la niña no se engañaron ya. Su secreto estaba descubierto, y la nube no tardaría en estallar.

Carmencita, por lo que pudiera suceder, se puso detrás de su mamá, y su mamá se puso detrás del velador.

Don Crisóstomo se paró al fin; cerró cuidadosamente las puertas para que los criados no se enteraran de la escena doméstica que iba á representarse en aquel antes pacífico teatro, y exclamó con un gesto, una postura y una inflexión de voz que hubiera hecho honor al mismo Isidoro Maiquez.



—Es decir, ¡que yo no soy ya nada en esta casa! ¡Que no tengo autoridad ninguna! ¡Que no se cuenta conmigo, que no se me consulta, que se teje á mi espalda la más odiosa de las intrigas! ¿Y por quién? Por mi mujer, por hija, por los dos seres que más he querido; por los cuales he trabajado sin descanso durante cuarenta años, sin permitirme entrar en un casino, sin permitirme el lujo de comprarme un reloj ni una sortija de similar.

Don Crisóstomo se paró asfixiado por la indignación.

Carmencita estaba encendida como la grana; su mamá temblaba.

Aquel prosiguió: ¿Quién es Pepe Bolaño?...

—Un joven viajan...—balbuceó la mamá; pero su esposo no la dejó terminar.

—¡Un confitero! ¡un pastelero! ¡una chicharra! Un órgano de Móstoles sin porvenir, sin fortuna, sin carrera, sin buena conducta siquiera. Un libertino, un calavera, un gastador, y como si esto fuese poco, un mosquito de bodega, un chupa botellas.

—¡Eso es una calumnia!—exclamaron madre é hija con indignación, como movidas por un resorte.

—Aquí está la prueba—exclamó Don Crisóstomo dando tan tremendo puñetazo sobre una mesa, que las dos señoras cayeron sobre sus sillas respectivas.

—¿La prueba?...—balbuceó Carmencita poniéndose pálida como un espectro.

Don Crisóstomo por única respuesta sacó lentamente de su bolsillo la carta de Valladolid y la leyó subrayando cada uno de sus conceptos.

Hubo un momento de espantoso silencio: ¿Qué podían decir aquellas señoras en defensa de su protegido si no conocían su pasado, si no le habían tratado más que un par de horas en un carruaje público?

Entonces comprendió la mamá toda su falta, toda su imperdonable ligereza y estuvo á punto de arrojarse á los pies de su marido, rogándole que la perdonase.

Carmencita lloraba su silencio; Don Crisóstomo lo vió, y temiendo que aquellas lágrimas, que tanto caían sobre su bondadoso corazón como sobre el de su hija, le enterneciesen y le arrastrasen á cometer una debilidad irreparable, exclamó con una inflexión de voz que no admitía réplica.

—Os perdono á las dos la falta que habéis cometido obrando sin mi autorización y sin mi consejo, pero estas desgraciadas relaciones que debieran llenaros de remordimiento y de vergüenza, quedan rotas desde ahora.

Carmencita, que hasta entonces lo había conseguido todo de su buen padre, se dirigió con aire suplicante hacia él para implorar su piedad.

Se encontraba en aquel momento tan pálida, tan llorosa, tan profundamente afligida, que Don Crisóstomo estuvo á punto de estrecharla entre sus brazos para consolarla y evitar que cayese enferma, pero recordando que de su porvenir entero se trataba, se opuso, y sacando fuerzas de flaqueza, exclamó con una voz que procuró hacer aterradora.

—Te prohibo que sigas en relaciones con ese *salti in banco*, que recibas sus cartas y que las contestes.

Lo prohibo terminantemente sin admitir réplica ni observación alguna; teniendo bien entendido que si sé que me desobedeces—que sí lo sabré—porque desde hoy mandaré que vigilen todos tus pasos, te hago entrar en un convento del país hasta tu mayor edad.

Carmencita cayó sollozando entre los brazos de su mamá; Don Crisóstomo tiró tres ó cuatro sillas á rodar para que su sentencia hiciese más ruido, y salió de la sala dando un tremendo portazo.

Cuando madre é hija quedaron solas, ésta dijo sollozando que quería morir; luego que quería entrar en un convento para profesar al año y no salir más de su celda; luego que quería envenenarse con fósforos y por último que quería ahogarse en el estanque grande de la huerta.

Su mamá la tranquilizó diciéndole que en todas las relaciones amorosas había bribonazos sin corazón y sin conciencia que se complacían en atormentar á los novios y engañar á las familias; que aquella carta no sería probablemente más que un tejido de enredos, pero que se descubriría la verdad y que su padre no tendría más remedio que transigir y labrar su dicha.

Esto consoló grandemente á Carmencita, que comprendió entonces cuánto amaba á Bolaño, puesto que la sola esperanza de no tener que quebrar con él para siempre, le devolvía la vida.

La mamá, que sólo pensaba en aquel momento en la salud de su hija, se prometió disuadir á su marido, y llevar adelante el proyectado casamiento por muchas dificultades que éste ofreciera.

Dió una taza de tila á Carmencita, la acostó, la arropó cuidadosamente y le dijo que tratase de conciliar el sueño.

Don Crisóstomo por su parte, comprendiendo que su hija lo que necesitaba ante todo era volver á un centro en donde se distrajera, pues la soledad de aquellos sitios y la monotonía del invierno, sólo podían aumentar su melancólico amor; dió orden á sus criados de que arreglasen el viaje que debía verificarse al día siguiente sin más tardanza.

Pero el hombre propone y Dios dispone.

Al día siguiente, la mamá tuvo una fluxión de muelas que le inflamó la cara desmesuradamente, y la niña fué acometida de un violento acceso de fiebre.

Se llamó al médico, y éste dijo que tendría probablemente una gástrica; era preciso cuidarla mucho para que ésta no pasase del primer setenario, y no se convirtiese en fiebre tifoidea.

Don Crisóstomo y su mujer, que adoraban á su hija, no se apartaron desde este momento de su cacerera, y tanto la cuidaron y con tanta puntualidad se cumplieron las prescripciones del facultativo, que al noveno día declaró éste que ya estaba limpia de fiebre.

Pero quedó la niña tan débil, tan pálida y tan desganaada, que no se atrevieron sus padres á emprender el viaje hasta que por completo no se repusiese. Quedáronse, pues, en la granja, y en esto llegó el tiempo de Navidad, que era el designado en las cartas de Bolaño para hacer su famosa visita.

Ni la mamá, por temor á su esposo, se había atre-

vido á escribir al viajante, ni la niña, á causa de su enfermedad, había podido enterarse de lo que pasaba, de suerte que la situación era tan difícil como comprometida.

Carmencita, sin embargo, no quería que Bolaño se marchase sin verla, así pues, optó por enviar un criado de confianza á Almazán con una carta, en que le decía que viniese á la aldea vecina, que distaba una legua de la granja; que permaneciese en ella so pretexto de cazar, y que aguardase hasta que su mamá le avisase el día, el sitio y la hora en que podrían verse sin que su papá lo supiese.

Atrevido era el caso, pero como su mamá estaba en el complot, pensó que podía verle sin menoscabo de su decoro.

### III.

Pepe Botaño llegó á la villa de Almazán por la carretera de Medinaceli, y no quedó poco sorprendido al ver que un labrador del país le estaba aguardando para darle misteriosamente una carta que conoció en el acto ser de su adorado tormento.

—¿Hay alguna novedad?— preguntó con ese apresuramiento que denota ciertos derechos sobre la cosa ó persona en peligro.

El demandadero, que había estado dos ó tres veces en el templo de Baco para hacer tiempo; se rascó la frente como hubiera podido hacer Bertoldo; se encogió de hombros, abrió una boca enorme, se echó á

reir sin saber por qué, y respondió con voz tan parda como su traje.

— Dicen que ha estao... intrecadente.

Después se marchó saludando y dando traspiés.

Bolaño leyó la carta tres veces consecutivas, y aunque sacó de ella que había oposición muy marcada por parte del papá, cobró aliento y esperanza grandísima al ver que no sólo Carmencita seguía invariable en su propósito, sino que estaba decididamente apoyado por la mamá.

¡Cómo podía dudar del éxito cuando contaba con auxiliares tan poderosos!

— ¡Oh! ex fabricante de harinas; ¡oh! padre desnaturalizado que tiranizas á tu hija porque alimenta en su corazón el más puro y el más noble de los sentimientos! ¿Sabes por ventura quién soy yo? ¿lo que valgo? ¿de lo que soy capaz? Lucharía contigo aunque dispudieses del ejército de Xerjes. Un viajante de buena sangre y de corazón apasionado no retrocede nunca.

Y dicho esto se puso á cantar á voz en cuello estos conocidos versos de Roger de L'isle.

Allons enfant de la patrie  
Le jour de gloire est arrivé...

Después, y como la obligación es antes que la devoción, fué á enseñar á las tiendas las últimas novedades en confites, pastelillos y muñecos de azúcar para ramilletes.

Hecho esto; se detuvo en uno de los casinos de la

localidad con otros dos viajeros. Bebió alegremente á su lado un par de botellas de manzanilla, sustancia fermentada que le gustaba mucho, porque decía que le aclaraba la voz; contó unas cuantas historias extraordinarias, y sin hablar de la aventura que tenía en perspectiva, se fué á alquilar una buena mula de paso para hacer su expedición á la granja.

La mañana siguiente amaneció tan mala como era de suponer, dada la estación. El cielo no tenía una sola nube; ó por mejor decir, una sola nube gris, profunda, tristísima, le cubría por completo. Silbaba el viento norte y todo hacía presentir una de aquellas borrascas de nieve, que no porque estén señaladas por el observatorio de New York dejan de ser más temibles para los que se aventuran por las grandes llanuras de la meseta central de Castilla.

Así se lo hizo observar el mozo de la posada, que le ayudó á montar aconsejándole de paso que llevase una buena manta de abrigo del país.

Bolaño la rechazó con indignación, pensando que una manta de arriero burda y con flecos, por muy artísticamente plegada que estuviese, debía destruir toda la poesía y todo el encanto estético de un trovador.

También le aconsejó el cebadero que llevase un guía, porque los días eran muy cortos, no se veían más que sendas cruzadas en el monte y corría gran riesgo de perderse.

Esta observación era muy razonable y Bolaño no dejó de comprenderlo así, pero como se le recomendaba en la carta que procediese con toda la pruden-

cia posible, no quiso exponerse á que un guía charlatán divulgase su secreto.

Así, pues, contestó resueltamente que un viajante como él encontraba todos los caminos del mundo, y además que por todas partes se iba á Roma.

Se embozó lo mejor que pudo en su elegante capota negra con vueltas de terciopelo *broché*, y á la salida del pueblo, es decir, á la entrada del gran puente de piedra, que por allí sirve para cruzar el Duero, se informó muy minuciosamente de los caminos de herradura que debía seguir para llegar á Monasterio, nombre de la aldea en que Carmencita le mandaba esperar. Hizo algunas anotaciones en su cartera por si se le olvidaban los datos que le daban, y entró resueltamente en la zona forestal que se llama de Matamala, sin duda por lo viciosa y dura que es la madera que en aquellos pinares se cría.

Ya tenemos en marcha á nuestro Pepe Bolaño, nuevo Don Quijote en busca de su Dulcinea, tan enamorado y desinteresado como aquél, pues debemos hacerle la justicia de decir que sus defectos antes eran producidos por el género de vida que llevaba, que consecuencia de un fondo viciado y corrompido.

Suponiendo, como era natural, que en Almazán todo el mundo conocería al ex fabricante de harinas, así como su posición social, á nadie dijo cosa alguna que comprometer pudiera el éxito de sus relaciones amorosas. Correspondía Carmencita á su pasión y lo demás le importaba tan poco como la dote que pudiese darle el autor de sus días.

Este desinterés hubiese disminuído la mala idea



que de él tenía el ex fabricante, pero como no poseía otros datos que los que su amigo de Valladolid, tan por extenso y tan sin circunstancias atenuantes le comunicara, seguía considerándole como una verdadera calamidad, de la cual debía libertar á todo trance á su hija; pero á pesar de sus buenos deseos, el peligro se acercaba á medida que quería alejarlo, y tanto que aquella misma tarde lo tendría delante de su puerta.

Así llegan todas las desgracias, cuando menos se esperan.

Cuanto á Bolaño, por indiscreción y por no conocer los peligros que acarrea viajar en invierno por montes y encrucijadas, sin postes indicadores, tenía que pasar no pocos trabajos antes de conseguir sus deseos. El mayor de éstos era llegar á Monasterio antes de que fuese de noche.

Desgraciadamente al mediar el día descargó la borrasca de nieve que desde el amanecer se venía anunciando, y pronto los blancos copos, que sin interrupción caían impulsados por las ráfagas de un viento glacial, empezaron á cubrir los caminos tan bien y tan pronto que el viajero tuvo que detener su mula, tanto por no saber hacia qué lado guiar sus pasos como por sospechar que iba perdido por en medio de la maleza.

Su capota apenas le abrigaba, agitábala el viento en todas direcciones y cubriase su cuerpo de la cabeza á los pies de una capa de nieve que por momentos se endurecía.

En vista de esto, saltó al suelo; sacó de la alforja

una botella de ron viejo, que por suerte había tenido la precaución de comprar antes de salir; tomó unos cuantos sorbos de aquel precioso líquido, y un tanto reanimado volvió á caminar á pie, y llevando la mula del ramal,

El frío arreciaba por momentos y no encontraba á nadie que le guiase por entre aquel laberinto de pinos.

Por fin oyó esquilas de ganado, y dirigiéndose á la parte del matorral de donde salía el ruido, encontró un rebaño de ovejas. Al oír ladrar á dos perros que con furia se precipitaban sobre el viajante, acudió el pastor y los contuvo dándoles sendos palos. Era aquel un zagalón, que enterado de que Bolaño se dirigía á Monasterio, y después de examinarle muy detenidamente para cerciorarse de que nada tenían que temer ni él ni su ganado, le dijo que iba completamente perdido, pues antes volvía ya la espalda á aquella aldea, que no la cara.

—¿Y no hay nadie que me sirva de guía por aquí?

—¿Y qué es guía —preguntó el zagalón riendo estúpidamente.

—Una persona que me acompañe hasta Monasterio.

—Quiá —respondió el pastor;—estamos á legua y media del pueblo más cercano; yo no puedo dejar el rebaño; nadie está en una tarde tan mala en los campos, sino antes bien, al lado de la lumbre, de modo que no tiene usted más remedio que seguir solo su camino adelante.

—¿Conoces la granja de un tal Don Crisóstom

Adobera?—le preguntó Bolaño, dándole un puro, que el pastor tomó con curiosidad después de exclamar.

—Yo no fumo, pero se lo daré á mi padre, que también lo gasta los domingos cuando va á la taberna.

—¿Digo si conoces la granja?...

—Ya, la granja... una casa así en el campo pa la labor.

—Eso es.

—¿De quién dice usted que es?

—De don Crisóstomo Adobera, un fabricante de harinas retirado del comercio.

El pastor meditó un buen rato y luego contestó apoyándose en el garrote y poniendo el cuerpo en forma de arco.

—Como no sea uno que llamaban el tío *Cabila*, que iba vendiendo tienda y botica en unos burros... ¡Y muy majos que eran aquellos burros, sin agraviar á nadie!

Bolaño no pudo menos de echarse á reír de la imbecilidad completa del pastor, pero luego empezó á reflexionar muy seriamente sobre su posición, que no podía ser más desagradable. Hallábase perdido en medio de los bosques, cubiertos los caminos con más de una cuarta de nieve, sin guía, sin mantas, sin alimento, con un frío intenso, y esto en el momento de aproximarse una noche obscurísima.

Otro peligro había, con el cual no contaba entonces por desconocer completamente la montuosa y solitaria región en que se encontraba y que era tal vez el más grave de todos.

Su incertidumbre duró poco; convencido de que el pastor no podía ni orientarle ni pretestarle ningún auxilio, le dió una moneda de plata; le hizo que le ayudase á montar, cosa no muy fácil, pues estaba completamente entumecido; volvió á reanimarse con un buen sorbo de ron viejo, é hincando ambas espuelas en los ijares de la mula, dirigióse casi á rienda suelta hacia el norte, no para hallar la aldea á que se dirigía, cosa casi menos que imposible á no tomar un guía, sino para salir á terreno más abierto y llano. Allí pensaba dejar á su montura en completa libertad y confiarse á su instinto, que no dejaría de sacarle del mal paso, pues las caballerías, aunque no conozcan el país por donde viajan, rara vez dejan de encontrar pueblo, venta ó granja que les sirva de albergue, mucho más hábiles en esto que los hombres, incapaces casi siempre de orientarse en sendas cubiertas de nieve.

Seguía Bolaño sosteniendo con voces y espolazos el desenfrenado galope de su mula de alquiler, galope tan destemplado y violento que le hacía echar, como vulgarmente se dice, los hígados por la boca, cuando se vió detenido por un jinete, que apuntándole con una escopeta de pistón le gritó con voz alterada por el miedo.

—¡Alto, alto, ó disparo!

—No tire usted—exclamó Bolaño, parando á su mula con tal presteza, que estuvo á punto de apearse por las orejas.

El viajero del caballo le miró entonces más detenidamente, y bajando la escopeta, que hasta entonces

había mantenido apoyada contra el hombro derecho, dijo:

—Dispense usted, caballero; creía que me venía usted persiguiendo con malos designios.

—;Pues me gusta!—contestó Bolaño, que se había quedado sin sangre en las venas. —¿Tengo yo por ventura traza de facineroso? ;Pues no me ha dado usted mal susto!

—Dispense usted—volvió á decir su interlocutor bajando el pie de gato, muy satisfecho de que aquél que creyó un mal encuentro hubiese concluído tan pacíficamente.—El sitio es tan solitario..... luego la hora..... y la profesión que ejerzo.

—¿La profesión?—exclamó Bolaño.—¿Y qué profesión tiene usted?

—La misma pregunta podría hacerle yo á usted—dijo el del caballo.

—Pues no tengo inconveniente en satisfacerla—contestó Bolaño recobrando su habitual buen humor y locuacidad. -- Soy viajante de comercio. Vengo á ver á un amigo establecido en este país, y ando perdido por estos bosques hace más de cuatro horas, por haber cubierto la nieve todos los caminos de herradura.

—Pues yo soy recaudador de contribuciones — le contestó el del caballo, poniéndose tranquilamente á caminar á su lado.

— Mal oficio.

—No lo sabe usted muy bien. El país es generalmente seguro, porque sus habitantes son honradísimos; pero cuando se llevan fondos encima, siempre

está uno expuesto á tener un mal encuentro; por es no extrañará usted que al ver á un hombre desconocido que se dirigía hacia mí corriendo á estas horas y en lo más espeso del monte, le haya recibido echándole la escopeta á la cara.

—Yo hubiese hecho lo mismo — dijo Bolaño —; esto me recuerda que no tengo encima ni un ma cortaplumas. Ya se ve, como nosotros viajamos siempre por vías férreas ó por carreteras muy frecuentadas y no llevamos metales preciosos, sino muestras sin valor.... ¿Y vive usted en un pueblo cercano?

—Sí, señor; vivo en Osona, á donde le aconsejo á usted que venga á pasar la noche, pues de otra suerte se expone usted á perecer de frío ó á ser devorado por los lobos.

—¿Qué dice usted? ¿Hay lobos en este país?

—Muchos.... sobre todo este invierno.

—¿Y atacan á las gentes?

—Es muy raro que eso suceda, porque nadie cruza los bosques de noche; sin embargo, se dan casos.

—Casos, ¿eh?

—Hace pocos días que se encontraron en un camino de travesía, que conduce á un punto llamado *Sotohondo*, los restos de un mendigo muy conocido en este país.

—¡Qué horror!

—Cuando el invierno es tan frío como éste, los lobos descienden de la sierra, se juntan en manadas y atacan á las gentes que encuentran de noche.

—¿Y no se dan batidas bien organizadas?

—Sí, señor; y tanto es así, que varios pueblos de

este país han pedido autorización al Gobernador de la provincia para dar una.

—Mucho me alegraría asistir á ella. Debe ser un espectáculo muy curioso.

—Curiosísimo; algunas veces se reúnen los vecinos de doce ó quince pueblos; cercan los montes de sus respectivas demarcaciones municipales y van ojeando las alimañas hacia una línea que ocupan las escopetas.

—¡Magnífico espectáculo!

—¿Por qué no se queda usted á verlo?

—Tal vez me detenga. ¿Quiere usted un puro?

—Mil gracias; tengo las manos tan heladas, que no puedo mover los dedos.

—Lo mismo me sucede á mí; sin embargo, vamos á ver si podemos llevarnos esta botella de ron viejo á los labios.

Y no sin dificultad, alargó la botella al recaudador, que no se hizo repetir dos veces la invitación.

La noche había cerrado en esto tan completamente, que no se veían los objetos á dos pasos de distancia. Afortunadamente, el caballo del compañero de Bolaño sabía el camino, de modo que al poco tiempo, y sin tropiezo alguno, dieron los viajeros en el pueblo de Osona.

El recaudador le indicó una casa en donde podría cenar y pasar la noche sobre una saca de paja extendida delante del hogar, y se despidió de él, sintiendo en el alma no poderle recibir en su morada, por estar él mismo de huésped y ser aquélla estrechísima.

Pasaremos por alto todos los suplicios que aguar-

daban al pobre Bolaño; la infame cena que le proporcionaron; el frío intenso que tuvo durante doce mortales horas, acurrucado al pie de un mortecino hogar, dormitando poco menos que en compañía de cabras, gatos, perros, cerdos y gallinas, que en tanto le pisaban los pies y las manos como se ponían á cacarear estrepitosamente sobre su estómago.

Por fin amaneció, y nadie pudo exclamar con más razón que él:

— ¡Ay, amor, cómo me has puesto!

Se entendió con un hijo de la casa, que le ofreció ponerle sano y salvo en Monasterio antes de tres horas; pagó á su improvisado posadero, jurando no volver nunca á dormir en su casa ni á cruzar siquiera por aquel desgraciado país, y montando en su mula, volvió á seguir su viaje á través de pinos, carrascas y robledales.

Muchas veces vaciló su guía, y muchas veces tuvo que retroceder sobre sus pasos, consultar el horizonte desde un alto, salir del valle y tomar á media ladera, porque el suelo estaba cubierto por más de un pie de nieve; pero al fin cumplió su palabra.

Bolaño entró en Monasterio á las tres de la tarde: despidió á su guía, pagándole generosamente, y ya se proponía buscar para guarecerse una de las miserables chozas que formaban la aldea, cuando vió acercársele una mujer entrada en años, la cual le preguntó con misterio:

— Usted será el señorito de la señorita Car.....

— ¡Silencio! — interrumpió bruscamente Bolaño mirando á su alrededor con desconfianza, lo cual era



completamente ocioso, pues ni gallinas había siquiera en la calle.

—Lo sé todo—dijo la buena mujer.—Soy rentera de D. Crisóstomo, y quiero á la niña como si fuese hija mía. ¡Pobrecita de mi alma! Es más buena que el pan..... ¡Pero ese padre! Ya ve usted, los padres..... porque al fin son padres.'

—Mire usted, señor Portaño—prosiguió —¿no se llama usted Portaño?

—No, señora; Bolaño, para servir á usted.

—Pues mire usted, señor Malaño, ate usted la mula debajo de ese cobertizo, que ahora vendrá mi Manuel con leña del monte y le quitará la albarda y le echará un pienso....., y venga usted á tomar otro aquí á la cocina, que con este tiempo estarán ustedes los dos muertos de hambre y atarecidos.

Siguió Bolaño á su amable conductora y penetró en una cocina bastante espaciosa, limpia, bien enjalbegada de tierra blanca, con su friso de media vara color de almazarrón, y en la cual ardía una magnífica lumbre de leña de roble.

Tomó un banquillo de pino, y en tanto que con grandísima satisfacción extendía sus botas cubiertas de hielo en dirección de las brasas y pascaba sus manos doloridas sobre las llamas, puso la aldeana á su lado una mesita, como de media vara de alta por dos pies de ancha, que cubrió primero de una bonita servilleta adamascada, y de exquisitos fiambres después. Manjares que harto indicaban haber sido confeccionados por manos más hábiles que las de la rústica aldeana.

Aquella atención delicada llenó de júbilo el corazón de Bolaño y de lagrimas sus ojos, pues comprendió el afecto que le profesaban Carmencita y su mamá cuando, á pesar de la oposición de D. Crisóstomo, así procuraban restaurar sus abatidas fuerzas y hacerle más llevaderas las fatigas del viaje.

En tanto que comía Bolaño con los apetitos que dan los pocos años, el frío y las satisfacciones, de pie, á un lado de la microscópica mesa, referíale la buena aldeana cómo, después de haber pasado sus mocedades sirviendo en casa de D. Crisóstomo, hizo éste que se casase con Juanache, el criado más forzado de la fábrica, y le dió en arrendamiento su finca de las *Tres Nogueras*, situada en el término de Monasterio, y una de las mejores del país, sin agraviar á nadie. Díjole también que tanto la esposa de su señor como Carmencita la querían cual si á la familia perteneciera; que todos los veranos, á boca de tarde y forzando el paseo á través de los bosques, venían á verla, bien para darle un regalillo comprado en Almazán, bien para comer la regalada fruta que producía la finca á manta de Dios; que de esta confianza, nacida del buen servicio, dimanaba el que la hicieran partícipe de sus secretos. Por eso había recibido las cartas de Bolaño, y por eso le habían mandado las señoras que con todo regalo en su casa le recibiera, hasta que ellas dispusiesen otra cosa. Tampoco dejó de enumerar las muchas riquezas de D. Crisóstomo, pero esto interesaba poco á su huésped, que embargado por el amor, en otra hacienda no pensaba más que en su Carmencita, oríger

para él de todas las dichas y bienandanzas del porvenir.

Después que hubo concluido de comer, le entregó con mucho misterio un billeteito que decía así:

«Por arriesgado y por extraño que le parezca á usted el paso que vamos á dar, las circunstancias lo exigen. La granja está situada en un claro del monte, á una legua escasa de Monasterio. Venga usted esta tarde, procurando que nadie le vea; dé usted la vuelta á las tapias de la huerta, y espere usted al lado de una puerta que encontrará cerrada y que se halla al Mediodía. Entre dos luces, si es posible, saldremos mamá y yo y contaremos á usted todo lo que sucede. Soy muy desgraciada, pero estoy resuelta á cumplir mi palabra.—CARMEN.»

Esta carta, como puede suponerse, aumentó el amor de Bolaño, á par que le entristeció ligeramente, pues harto se le alcanzó que la relación de sus locuras había llegado hasta la granja, con gran perjuicio de su fama; pero ¿quién retrocedía, fuesen las que quisiesen las consecuencias, cuando tan resuelto estaba el objeto de su cariño á imponerse á la voluntad paterna?

No había más que seguir la aventura hasta el fin y obrar según la prudencia y discreción de la mamá aconsejasen.

No queriendo, por otra parte, más que el afecto de Carmencita, y prescindiendo por completo de su fortuna, poco podía importarle la animadversión del ex fabricante de harinas.

Si la niña se empeñaba, se casarían, y el tiempo y

la reflexión trabarían de nuevo las relaciones de familia y limarían poco á poco las asperezas del momento.

Se acicaló, pues, lo mejor que pudo; arreglóse las guías del bigote con cosmético á la esencia de lirio de Florencia; hizo que la dueña de la casa le indicase, desde lo alto de una colina que dominaba gran parte del extenso bosque, el camino que debía seguir, y seguro de no extraviarse, dirigióse á grandes pasos hacia la granja.

Pero por mediar el mes de Diciembre y ser muy cortos los días, no había andado Bolaño dos kilómetros por entre la maleza cuando, con gran disgusto suyo, desaparecieron los últimos resplandores del crepúsculo.

La nieve caía casi sin interrupción hacía cuarenta y ocho horas, de suerte que el suelo estaba cubierto de una capa tan profunda, que hacía casi imposible caminar sobre ella.

Nuestro viajero resbalaba en unos puntos, se hundía en otros, pero asiéndose, cuándo al tronco de un roble, cuándo á una mata de jabinos, seguía adelantando terreno con ese ardor vertiginoso que sólo pueden producir los pocos años y el vehemente deseo de ver á la mujer amada que con impaciencia nos aguarda.

Á pesar de lo difícil de su posición y de tener que guiarse por el vago resplandor que proyectaban los astros sobre la blanquecina nieve, única luz que le impedía perder la buena dirección, estuvo á punto de entonar una de sus zarzuelas favoritas.

No lo hizo, sin embargo, por no llamar la atención de los que cruzar pudiesen el bosque, que no serían muchos, á juzgar por el frío intenso que en aquellos momentos helaba la atmósfera hasta el punto de hacerla casi irrespirable.

Una hora larga llevaría Bolaño de caminar con extraordinario arrojo, cuando comprendió que, á pesar de todas sus precauciones, iba perdido.

Decididamente le perseguía la desgracia en aquella singular expedición.

Perdido el día anterior y perdido en el momento crítico: sólo que ahora la posición no sólo era difícil, sino peligrosa, pues ni sabía dar con la granja ni volver al punto de partida, lo cual le obligaría á pasar la noche al raso.

Horrible perspectiva para un joven que desconocía por completo la vida de los bosques, que no llevaba sobre sus hombros más que una ligera y elegante capota, y que no tenía medio alguno de encender lumbre para desentumecerse; pues aunque se sirviese de sus fósforos, no estaba la hojarasca en disposición de inflamarse.

Bien le vino á las mientes entonces el recurso empleado en tales casos por los viajeros de los cuentos y leyendas infantiles. Subirse á lo alto de un árbol para buscar desde su copa, y á través de las sombras, la salvadora lucecita, y bien hubiese querido ponerlo él en práctica, pero ni era gimnasta ni llevaba ropa aparente para trepar á los árboles.

Estuvo á punto, sin embargo, de tentar la aventura y hasta se abrazó á un corpulento pino, pero

desistió de su empeño al reflexionar que no podía presentarse delante de unas señoras que le merecían el mayor respeto, y por más que fuese de noche, con los pantalones hechos trizas.

Una *mise en scene* de esta clase le hubiese hecho perder en el acto todo su prestigio, porque un héroe, un trovador tiene el deber de ostentarse á los ojos de su amada de un modo irreprochable.

El ridículo no admite circunstancias atenuantes en ninguna época de la vida de los mortales; es ó no es, y en caso afirmativo, pobre de aquel que cae bajo su fallo inapelable.

Detúvose, pues, pateando sobre la endurecida nieve y sin saber qué partido tomar ni hacia cuál de los puntos cardinales enderezar sus pasos.

Afortunadamente, el astro de la noche, que desde los primeros tiempos toma á los amantes bajo la égida de sus melancólicos rayos, se compadeció de Bolaño.

Iluminóse el bosque como por encanto, y de tal suerte se reflejaba la luna en el suelo, que á treinta pasos se distinguían los objetos como si fuese de día.

Trató entonces de orientarse de nuevo, recordó los puntos que, designados por la aldeana, debían guiarle, y convencido de que estaba sobre el buen camino, prosiguió su interrumpida marcha con un ardor digno de ablandar el más empedernido corazón.

Parecía un tren expreso lanzado á toda velocidad sobre un plano inclinado; las puntas de su capota y de su corbata de seda negra flotaban al viento for-

mando contraste con la blancura del suelo y dándole algo de fantástico.

De fijo que los aldeanos del país le hubiesen tomado por un loco, las viejas por un fantasma, Carmencita y su mamá por el tipo más poético y más atractivo de la creación.

Pero aquella carrera gimnástica, por impetuosa que fuese, no debía durar.

Un aullido formidable, lanzado de repente á espaldas de Bolaño, hizo que éste se detuviese en seco y permaneciese clavado en la nieve como un hombre herido por una descarga eléctrica.

La procedencia de aquel aullido, por más que el viajante no hubiese oído ninguno de su especie jamás, no podía dejarle la menor duda.

En efecto, al volverse, con espanto vió dos bultos que caminaban al trote y que, al observar que el hombre á quien perseguían se paraba, hicieron alto también.

Bolaño, al ver su tamaño, su hocico puntiagudo, sus orejas cortas y derechas sobre la cabeza, su gran cola que barría el suelo, y sobre todo el resplandor fosforescente de sus ojos, conoció que tenía delante dos lobos magníficos.

¡Dos lobos hambrientos! Y en el acto recordó, sintiendo que un frío bien diferente del que hasta entonces había tenido circulaba por sus venas, lo que el día anterior le contara el recaudador de contribuciones. Pensó en aquel mendigo conocido en el país, cuyos despojos sangrientos habían aparecido en una senda del monte.

No llevaba ni un bastón, ni un mal cortaplumas, con que defenderse.

Los dos lobos permanecían inmóviles, pero haciendo sonar sus mandíbulas unas contra otras, como diciendo de una manera por todo extremo elocuente:

—Pedimos un pedazo de viajero con mucha necesidad.

Bolaño era, naturalmente, caritativo; no le gustaba que nadie tuviese hambre á su lado, pero no podía entregar su cuerpo sin protesta.

Además, aquello era pedir gollerías.

Si hubiese llevado su bonita caja de muestras, se la hubiese entregado toda entera con sus figuritas de azúcar como un soberbio regalo de Navidad; pero no la llevaba y no sabía con qué sustituirla.

Tampoco sabía, por desconocer por completo el grado de cultura de sus compañeros de viaje, qué partido tomar con ellos; si permanecer en actitud respetuosa como implorando piedad, si seguir andando con aire indiferente ó si echar á correr con todas sus fuerzas.

Creía haber tenido toda especie de encuentros en sus continuas expediciones, pero se engañaba; aquel era el más grave de todos.

Dos minutos llevaría parado y mirando á sus perseguidores, cuando delante de él, y á otros treinta pasos de distancia oyó nuevos aullidos.

Estaba cercado; se trataba de una familia bien avenida, y de un ataque en toda regla.

¿Cómo romper las líneas enemigas?



Entretanto, el castañeteo de dientes se repetía de un modo aterrador. Hubiérase dicho que una comparsa de boleras probaba la sonoridad de sus castañuelas entre bastidores.

Los dientes de Bolaño, tal vez por sugestión hipnótica, también empezaron á chocar unos contra otros, con lo cual el repique de instrumentos de marfil fué general.

Nunca se amó tanto á sí mismo el viajante, no hubo fibra ni parte alguna de su cuerpo que en aquel momento no le pareciera tan necesaria como perfecta; llegando á suponer en su egoísmo que era su conjunto superior al de las figuras inmortales creadas por Fidias y Miguel Angel.

Por eso sentía tan de veras los desperfectos que los lobos pudieran causarle. Era animoso, pero en aquel momento todo su valor se iba á pique; sus rodillas parecían atacadas del baile de San Víctor; ni andaba ni se estaba quieto.

Cualquiera al ver la movilidad de sus labios hubiese creído que encomendaba su alma; pero no era así; maldecía, sin poderlo evitar, á todos los ex fabricantes de harinas, á todas las novias de Castilla, á todos los tontos de España.

Los lobos seguían aullando y repicando con los dientes como si también tuviesen frío.

Uno de los que componían la retaguardia, dió dos ó tres pasos al frente con una gallardía sin igual.

—Vamos—pensó Bolaño, tiritando cada vez con más fuerza y como si estuviese en plena invasión de fiebre intermitente —éste viene á buscar un aperitivo

para hacer boca, como si dijéramos, una mano ó una pantorrilla.

En este instante supremo se acordó el viajante de una cosa que había oído en su infancia, cosa extraña, que no se explica bien, pero sin embargo, muchos afirman que es medio infalible para no ser mordido por los perros más feroces, por lo menos en tanto que acuden sus dueños advertidos por sus ladridos, cada vez más breves, rápidos y terribles. Consiste esto en levantar un palo, un bastón grande, ó una rama de árbol, y mantenerla siempre levantada, pues en tanto que esto tiene lugar y que la vara no cae en una dirección ó en otra, los perros no muerden.

¿Por qué? ¡quién lo sabe! Porque tienen buen instinto para apreciar el peligro. ¿Temen que la vara caiga sobre ellos, mientras avanzan para morder? Tal vez.

No lo sabemos, pero como Bolaño viese una gran rama seca de pino á sus pies, la levantó de pronto sobre su cabeza como un estandarte desplegado al viento, y el medio de defensa no le pareció malo, pues si bien los lobos no se marcharon, observó que retrocedían algunas varas y que dejaban de aullar y de repicar con los dientes.

Esto era ya una gran cosa; se aplazaba el drama.

Echó á andar con su lábaro enhiesto, flameando al viento los embozos de la capota; el paso inseguro, el cabello caído sobre la cara y tan pálido como si al último suplicio lo llevasen.

Los lobos que componían la retaguardia y la vanguardia, se pusieron en marcha también graduando la velocidad de sus pasos por los del viajante.

Este se acordó de que uno de nuestros reyes recibía á los embajadores extranjeros, teniendo un soberbio león tendido á sus pies; bien podía él presentarse á su novia escoltado por cuatro lobos de pura raza y dispuestos á hacer las mayores proezas.

Aquello era regio pero incómodo. Sin embargo, nuestro héroe seguía andando de frente, haciendo oscilar su gran rama sobre su cabeza, no por precaución precisamente, sino por aquel maldito temblor nervioso que no le dejaba sosegar.

¿Cuánto duró la procesión? No sería fácil determinar lo; pero ya observaba Bolaño con infinito terror que los lobos, acostumbrados sin duda al espantajo que hasta entonces les impusiera, comenzaban á acortar las distancias otra vez y á entonar aquella especie de salmodia lúgubre, que bien hubiera podido traducirse en un dístico de esta clase:

Ansiosos de un viajero todos vamos,  
Y ni se para el necio ni cenamos.

Ya veía aproximarse el instante del sacrificio, y casi se puede afirmar que sentía las zarpas de los lobos apoyarse sobre sus hombros y penetrar en sus carnes aquellos incisivos que rivalizaban en blancura con la nieve. Un sudor frío inundaba su cuerpo, sus pies se negaban á andar, sus ojos se velaban... Un momento más y caía inerte entre las garras de sus perseguidores.

Pero, ¡oh, Providencia! Al salir de entre un grupo de pinos vió un claro y en el centro de éste unos cuantos edificios.

Dió algunos pasos más y observó que una puerta estaba entreabierta. Verla, tirar le rama y lanzarse hacia aquel punto de refugio, saltando como una liebre, fué todo uno.

Los lobos, sorprendidos también por aquel arranque inesperado, y comprendiendo que su presa se les escapaba, se lanzaron sobre ella. Pero era ya tarde, ni uñas, ni dientes, ni obstáculos pudieron detener la vertiginosa carrera de Bolaño; el miedo centuplicaba sus fuerzas, derribó con los puños á uno de los lobos que quiso cerrarle el paso y penetró con su escolta detrás por la puerta medio entornada que daba acceso á una granja ó establo de vacas; pero allí le esperaba un peligro tal vez mayor, pues apenas había andado dos ó tres varas cuando sintió un tremendo topetazo que le derribó al suelo; después dos astas formidables le cogieron por debajo del cuerpo y le lanzaron al aire con tal violencia, que dió con los pies en las vigas del techo. Afortunadamente cayó magullado, pero sin herida alguna, sobre un montón de heno que en el fondo del cobertizo estaba hacinado cuidadosamente para servir de pienso al ganado que en el establo pernoctaba.

Esta fué su suerte y su salvación, pues desde aquel palco improvisado pudo oír y comprender, ya que la obscuridad le impedía ver la escena más conmovedora y terrible que pueda imaginarse.

Los lobos, furiosos y cada vez más hambrientos, saltaban en todas direcciones como tigres y acometían á las vacas para quitarles sin duda alguna de sus terneras, bocado exquisito en aquella región. Las

vacas por su parte, comprendiendo la inminencia del peligro, habían formado un círculo, cuyo centro ocupaban las asustadas crías y con los cuernos recibían á los lobos.

Estos aullaban con furor, las vacas bramaban; volaban por los aires, paja, gamellas, pesebres rotos y pedazos de viga.

Bolaño sintió dos ó tres veces que los lobos pasaban por encima de él desgarrándole la ropa con las uñas, pero sin acometerle, porque su objetivo único eran ya las terneras.

El ruido era ensordecedor, el drama terrible; afortunadamente duró muy poco, pues resonaron voces y gritos humanos, en el interior del edificio ladraron perros con furor y Bolaño oyó decir.

—Haz fuego sobre todos los bultos que veas.

—¡Ay, Dios mío!—pensó instantáneamente Bolaño;—los lobos huyen, el único bulto sospechoso que queda aquí soy yo, y me van á llenar el cuerpo de balas y de perdigones.

Loco entonces de terror, se precipitó desde su palco de hierba seca, y desliziéndose por entre las coces, las cornadas y los topetazos de las vacas, llegó á la puerta, salió como una flecha y empezó á correr para internarse en el bosque otra vez.

Pero no bien había andado veinte pasos, oyó una detonación, sintió un dolor vivísimo hacia la parte baja y posterior de su americana, extendió los brazos y cayó sin sentido sobre la nieve.

Cuando después de dos horas de asiduos cuidados volvió en sí, se halló extendido sobre una buena cama.

Un ministrante asistido de un criado, después de terminar la primera cura, le hacía aspirar un frasquito de amoniaco.

Un caballero entrado en años, vestido con un chaquetón y cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas, le miraba con inquietud.

—¡Ay! ¡Ay!—exclamó Bolaño, haciendo una mueca y queriendo llevarse la mano á la parte dolorida.

—Quieto—dijo el ministrante—quietecito ahora.

—No tenga usted miedo, señorito—dijo el criado haciendo esfuerzos para no reír—la escopeta estaba afortunadamente cargada con sal desde este verano.

—¡Con sal!—exclamó Bolaño con voz lúgubre.—  
¡Con sal! yo creí que lo estaba con granos de pimienta negra según lo que me escuece.

En este momento oyó un sollozo, dirigió la mirada hacia el fondo de la alcoba, y en la penumbra creyó distinguir dos señoras que se cubrían los ojos con sus pañuelos.

Una de ellas era Carmencita; la otra su mamá; las dos lloraban las consecuencias de su ligereza.

Aunque estaban en el campo y en medio de un monte, la aventura no podía por menos de traspasar, de extenderse por todo el país y de traer fatales consecuencias para Carmencita.

En ellas pensaban, aunque por causas diametralmente opuestas, el ex fabricante y Bolaño.

Las explicaciones vinieron después; hubo disculpas y recriminaciones, palabras solemnes y denegaciones rotundas.

Sin embargo, como el culpable no podía ser trasladado á otro punto, por no haber sitio aparente en aquellas soledades y por exigir la caridad más rudimentaria que no se cometiera con él un atropello, tuvo que quedarse en la casa durante algunos días.

Fué, pues, indispensable que don Crisóstomo tratase íntimamente á su huésped. A la ira sucedió la templanza, á la templanza la conmiseración.

El ex fabricante encontró que Bolaño era un buen muchacho, trabajador y con la capacidad necesaria para crearse una posición.

Por otra parte, Carmencita tenía los ojos encendidos de llorar, se demacraba por días y al sonrosado de sus lindas mejillas sucedía una mortal palidez.

La mamá por su parte, contemplaba con desconfianza y con animadversión á su marido, á quien había mirado siempre con tanto respeto como cariño. Nadie dormía en paz ni comía con apetito. La casa, antes alegre, parecía ahora un cementerio. Todos se huían por temor de comunicarse sus impresiones.

Era urgente que aquella situación difícil concluyese, pero el ex fabricante no tenía bastante energía para dar el golpe de gracia á aquellos dos seres á los que había unido la fatalidad, y que cada día se querían más.

Las mejillas pálidas de su hija le desconsolaban, la reserva con que su mujer le trataba después de treinta años de honrado y pacífico matrimonio, le hacía insoportable la vida doméstica.

Tomó, pues un término medio.

—Vamos á Valladolid—dijo—me informaré personalmente de si este chico ha sido calumniado ó si realmente tiene todos los defectos de que se le acusa.

Esta era la mejor resolución, y salió al día siguiente con Bolaño que tenía vivísimos deseos de presentarle á su familia.

Ignoramos lo que sucedió durante este viaje, y si el papá de Carmencita quedó ó no satisfecho de los nuevos informes que le dieron.

Lo único que podemos decir es que un año después y á vuelta de esas peripecias, chismes y contrariedades que preceden á la mayor parte de los matrimonios de amor, Carmencita se casó al fin con Pepe Bolaño, el cual dejó el comercio por completo y guardó su caja de figuritas de azúcar para entretener con pastillas y bombones á otros muñequitos de en-sortijados y rubios cabellos que saltaban alegremente sobre las rodillas del ex fabricante, al que daban el cariñoso nombre de abuelo.

Lo primero que hizo el nuevo propietario al volver á la granja, fué organizar en sus inmediaciones una batida tan minuciosa, que desde entonces no se ha vuelto á ver en ellos ni un lobo siquiera, lo cual prueba que á pesar de las dulces alegrías de su nuevo estado no había podido olvidar las violentas emociones de su primera visita.

---



## CONSECUENCIAS DE UNA BROMA.

En cierta época de mi vida, en que para arrendar unas tierras blancas tuve que pasar unas cuantas semanas de invierno en un poblachón de Castilla (á donde no te aconsejo que vayas nunca, carísimo lector, así te nombren arcipreste como *adelantado* ó *cacique* moderno, que es lo mismo), iba yo á pasar las noches al casino del referido pueblo, tanto por ser éste mejor que mi posada, como para oír el eco de la voz humana. Y digo el eco, porque siendo todos los socios jugadores de mus ó de tresillo, y teniendo yo natural aversión á los naipes, ni nadie hablaba generalmente conmigo, ni yo con nadie cambiaba la palabra, como un cortés saludo no fuera. Hasta creo que me miraban todos con prevención y como diciendo para sus adentros (que tal vez lo expresarían en voz alta cuando no estuviese presente): «¿A qué vendrá aquí este imbécil, que no sabe ni perder su dinero siquiera?»

Sentábame al lado de la chimenea, encendía un mal cigarro de medio real, que más parecía confeccionado con virutas de caoba que con hojas de la

odorífera planta que ha hecho tan célebre la *Vuelta de Abajo*, y pésimamente extendido sobre una quejumbrosa silla de Vitoria, meditaba tristemente sobre mi suerte, escuchaba las continuas disputas y voces altisonantes de los jugadores, y pedíale á Dios muy de veras que de aquel lugar me sacara con los honores de la guerra, es decir, con mis tierras arrendadas; tierras que me dejó una buena tía, y que antes han sido siempre un castigo para mí que hacienda de provecho.

Algunas noches, sin embargo, solía sentarse á mi lado un hidalguillo de la localidad, cojo de la pierna derecha, zambo de la izquierda, de corta estatura, color moreno, ojos brillantes, nariz aguileña y labios sobre los cuales vagaba de continuo una sarcástica sonrisa. Llamábase D. Paulino Borreguero, tenía algunas fincas dadas en arrendamiento, y ayunando unas veces, de merienda con sus amigos otras, siempre mal vestido y peor afeitado, pasaba alegremente la vida desollando al prójimo, para lo cual no puede negársele que tenía especial habilidad.

Contábame á media voz la vida y milagros de las personas que algo figuraban en el pueblo, sin respetar ni sexos ni edades, amigos ó adversarios, pues á todos con igual vara medía; en todos encontraba algo que criticar, y cuando no, inventaba defectos para tener ocasión de censurarlos.

Escuchábale yo, cuándo en silencio, por temor de que aquellas narraciones indiscretas nos trajeran la animadversión de los jugadores, que algo oían de lo que al lado de la chimenea se decía, y cuándo riendo

por lo bajo de las mordaces y picantes reflexiones de mi interlocutor.

Un tomo podría componerse, y no pequeño, con las historias que sabía; pero dejando éstas para mejor ocasión, que tal vez algunas de ellas, por mi pluma descritas, salga algún día á luz para solaz de los que á fondo no conocen las intrigas y miserias de los pueblos, me ocuparé sólo de la cojera de D. Paulino.

Preguntéle una noche si había sido militar en sus mocedades, por más que en vista de su corta estatura y piernas en forma de arco, esto me pareciera improbable, y me contestó:

— ¿Me lo pregunta usted por la cojera?

— No, señor; lo pregunto por.....

— Porque al verme tan estirado y tan buen mozo, dirá usted: «Este, cuando menos, ha sido capitán de la Real escolta.»

Y prorrumpió en una sonora carcajada.

Yo, por mi parte, le imité esta vez, pues sabía que no era quisquilloso.

Luego prosiguió, aproximando su silla al ángulo de la chimenea en que yo estaba.

— Ni fuí á servir por mi suerte, porque esta talla de gigantón que Dios me dió asustó á los sargentos talladores, ni como voluntario fuí yo nunca á buscar esta cojera á trueque de un mísero retiro, que bien sabía yo que no medra más que el que halla padrino, ni merece consideración más que el que posee alientos varoniles para andar á sablazos con todo el mundo.

—Ya ve usted lo que le pasó á Cervantes—le dije yo;—después de haber perdido una mano en Lepanto.....

—Pues yo no perdí la pierna en Lepanto—me interrumpió D. Paulino, temeroso tal vez de que le abrumase con mi erudición, cosa que desatina á las gentes de los pueblos. —No, señor, no la perdí en Lepanto, ni fui nunca en busca de guerreras aventuras, que bastantes batallas, contiendas y reyertas de todas clases había en el pueblo, y tantas y tan buenas, que esto ha sido siempre otro campo de Agramante, no vislumbrándose aún cuando llegarán los días de paz y bienandanza, porque la generación que nace hereda los odios de la que muere; á los caciques viejos suceden los caciques nuevos, y el fuego de la discordia sigue siempre chisporroteando. Pero si no dió mi pierna derecha, que no hay para qué decir que era tan torcida como la izquierda, con los hombres de guerra, los hombres de guerra dieron al traste con ella.

—¡Cómo! ¿En alguna escaramuza de la pasada guerra civil?—exclamé yo.

—No, señor.

—¿En algún desafío?

—¿Está usted en su juicio? Si por aquí los hay, es siempre á puñadas y á coces, que no de otra suerte se dirimen las exacerbadas personales contiendas cuando, por exceso de sustancias fermentadas ó de bilis, pasan los que las sustentan á vías de hecho.

—Pues entonces no comprendo.....—dije yo.

—Ni es fácil tampoco que usted lo acierte—dijo

mi interlocutor--porque la causa de haberme yo quedado cojo para toda mi vida es de las más raras que puedan imaginarse. Pero para que una aventura se sepa es necesario contarla, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Y para llegar al fin, tiene que comenzarse por el principio.

—¡Quién lo duda!

—¿Tiene usted cigarros?

—Todos los que usted quiera.

—Me he dejado la petaca en casa..... Este rubito no me parece malo.

D. Paulino siempre se dejaba la petaca en casa.

—¿Ha tomado usted café?—le pregunté en tanto que le daba una cerilla para que encendiese el puro, cuyo extremo cortaba ya con un viejo cortaplumas, roto por la punta.

—Ni lo he tomado ni lo tomaré, ni le aconsejo á usted que lo tome aquí—dijo acercando sus labios á mi oído—porque lo hacen con castañas quemadas en el mismo caldero en que confeccionan la papilla á dos cerdos terreños que está engordando la dueña del casino.

—¡Pero hombre!

—Con decirle á usted que frien los huevos en puchero, y que hacen las sopas en el calentador de la cama.....

Esto, por supuesto, era falso, pero él lo inventaba para que no me sorprendiera no verle tomar nunca nada en el casino, sobre todo desde una famosa reyerta que, según me contaron, tuvo con los dueños

del establecimiento por traer su café hecho desde su casa, en un cazuelillo y debajo de la capa, para no verse precisado á pagar el real de vellón que costaba según la tarifa convenida con los socios y pomposamente firmada por la Junta directiva.

Pero volviendo luego sobre el asunto que su cojera motivara, y después de bien encendido el cigarro, díjome de este modo, extendiéndose cómodamente en su silla y lanzando al aire espirales de humo:

—Tuve yo un tío llamado D. Roque Nafria, que después de haber permanecido treinta años en las filas y de haber alcanzado por su mucho valor y buena conducta el grado de capitán, vino á vivir, á expensas de su exíguo retiro, á este pueblo, que era el de su nacimiento. Pero como otra renta no tuviera que sus pagas, y como anduviesen éstas tan atrasadas entonces, que muchas veces cobraba en Noviembre la de Mayo ó Junio, tuvo que dedicarse á la caza y á la pesca para no morir de hambre. Era gran tirador de escopeta, y no con menos habilidad manejaba redes y aparejos, lo cual daba por resultado que no sólo surtía abundantemente su despesa, sino que muchas veces, y valiéndose para ello de una sobrinilla de su ama de llaves, vendía las piezas que no podía consumir, allegando algunos cuartos, que en tabaco, calzado y municiones invertía.

A pesar de ser hombre entrado en años, era de tan robustas complexiones y de pie tan firme, que, insensible al rigor de las estaciones, arrostrando el calor canicular unas veces y un frío de seis grados baj

cero otras, andaba leguas y leguas por valles y pedrizas, sin que á seguirle se atreviese nadie, pues sus propios perros se quedaban rezagados y rendidos detrás de él.

Pescaba en primavera, cazaba en mano en verano y otoño, y lo más crudo del invierno andaba de vivar en vivar con el hurón á cuestras.

Nunca quería compañeros de caza, pues tirando él primorosamente, antes le servían aquéllos de estorbo y socaliña que de eficaz ayuda, porque dada la habitual costumbre de repartir las piezas entre los cazadores, y derribando él mayor número de aquéllas que los demás, siempre salía perjudicado.

Sólo á mí, por ser hijo de su hermano y por distraerle mis juveniles conversaciones, me permitía que le acompañase algunas veces, siquiera debiese yo volver molido y destrozado, de tanto andar, para una semana. Así es que procuraba ir con él cuando la caza se reducía á esperar las liebres en la salida del pinar ó á los conejos á la entrada de los vivares.

Consistían sus únicos bienes, además del mal pagado retiro, en un guardarropa, confeccionado á su modo, con uniformes viejos; un excelente cañón, forjado y taladrado por los arcabuceros reales, como lo demostraban las tres flores de lis esculpidas en la recámara; un asno viejo y de tan corta alzada, que cuando montaba en él casi le iban dando los pies en el suelo; un perrillo zarzalero, que comía poco y rastreaba bien; dos reclamos de perdiz, cantarines como ellos solos, y un hurón hembra, al que llamaba *Chispa*, tan feroz y bien amaestrado, que por el me-

por caballo de la Loma no le cambiase él, porqu  
aquel le hubiese costado mucho de mantenimiento  
y arreos, y la *Chispa* era una finquita de la cual sa  
caba una muy buena renta.

Montaba en su asno, llevando la escopeta cruzada  
delante sobre la albarda y suspendida la alforja de  
trás, bien rellena de vino aloque, escabeche y ques  
burgalés, duro como una piedra, pero que era su  
manjar favorito. Seguía yo á pie, con mi escopeta  
de pistón al hombro, saltando y riendo, y no sólo me  
permitía entonces hablar cuanto se me venía á las  
mientes, sino que remojar de cuando en cuando las  
fauces con lo añejo del botillo para restaurar las fuer  
zas; pero llegados que éramos al sitio de la espera ó  
al vivar, ya no me permitía ni pronunciar una palabra  
ni hacer el menor ruido, pues todo lo que con la caza  
se rozaba mirábalo él con la misma solemnidad y  
respeto que si de prácticas y ritos sagrados se tratase.

Una rama rota, una piedra desprendida, un mal  
paso, un incidente cualquiera, en fin, capaz de hacer  
huir á un barbo ó á una liebre, le sacaba de quicio; así  
es que ni á estornudar me atrevía yo cuando está  
bamos ejerciendo nuestras funciones de cazadores.

Salimos una tarde de invierno, fría y desapacible;  
con el hurón, y fuimos con él á un tallar vedado que  
se llama la *Majada honda*, muy lleno de vivares en  
tre las rocas que en aquel pago abundan, y muy apa  
rente para traer á casa una media docena de conejos,  
cuando no la docena completa, porque en aquellos  
tiempos, en que no habían acudido los pastores á  
descastar la caza con lazos y trampas, multiplicábase



aquella que era una bendición. Nos detuvimos al lado de una peña que como un metro se elevaba sobre el nivel de la colina. Veíase al pie de ella, y á raíz de la tierra, un ancho vivar, que por el sitio que ocupaba y por tener en sus inmediaciones escaraduras recientes, juzgó mi tío muy á propósito para *echar el bicho*.

—Más de treinta conejos hay aquí exclamó mirando como perito consumado el agujero y como si llegase con su penetrante mirada hasta el fondo de la tierra.

—¡Más de ciento! — contesté yo por no quedarme corto.

Dicho esto, examinamos muy detenidamente los contornos de la peña, tapando cuantas *bocas* había en ellos con piedras y hojarasca, y bien convencidos de que los conejos sólo por el vivar abierto podían huir, hicimos entrar al hurón y pusimos la red con estaquillas sólidamente clavadas en el suelo.

Subímonos después acompañados del perro *zarzaleiro*, que, bien amaestrado por su amo, nunca se separaba de sus pies mientras la orden de avanzar no recibía, sobre la peña, y con las escopetas montadas, la vista clavada en la red y el oído atento aguardamos.

Pero ni mis cien conejos ni los treinta de mi tío salieron. Pasóse media hora..., luego otra media, luego otra, y nada...; ni bullía ningún roedor, ni el hurón, ni se oía ruido alguno dentro del vivar, ni siquiera el cascabelillo que llevaba la *Chispa* atado al cuello para que se la oyera cuando salía, é impedir de este modo que se perdiese internándose sin ser vista entre la maleza.

Aquello era cosa de desesperarse, máxime cuando estaba prohibido hacer el menor movimiento para desentumecerse los pies, y cuando el frío, que había sido intenso todo el día, aumentaba por momentos al caer la tarde.

Por fin cansóse mi tío de tan larga espera, y saltando de la roca con gran contentamiento mío, exclamó:

— Nada; los conejos han debido escaparse por alguna *boca* que ha quedado abierta.

—¿Y el hurón?—dije yo.

—El hurón, como si lo viese, ha muerto algún conejo dentro del vivar, se ha chupado la sangre y está durmiendo tranquilamente.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Esperar á la *bicha* hasta que salga—respondió mi tío como si se tratase de la cosa más natural del mundo; y como viese que miraba yo con cierta inquietud hacia el oscuro horizonte, pues ya la noche fría y tenebrosa se nos echaba encima á todo correr, prosiguió:

—¿Quieres tú que por cobardía y por huir del frío perdamos un hurón que es el mejor del país y que ni por dos mil reales daría yo!

—Pero, señor.....—me atreví á contestarle -- ¿y si da en dormir la mona?.....

—Le aguardaremos.

—¿Aunque no salga en toda la noche?

— Aunque no salga en toda la noche —respondió mi tío con tal sequedad y firmeza que me convenció de que cuanto yo dijese sería en balde. Era naturalmente terco, é incomodado además en aquel mo-

mento por el mal resultado de la cacería hubiese reñido agriamente con cualquiera que se hubiese empeñado en probarle que hacía un desatino en quedarse á campo raso, sin ropa y con un frío que hendía las piedras.

Y todo por un hurón que estaba durmiendo tranquilamente en una galería subterránea abrigada de la intemperie y sobre el blando y sedoso cuerpo de un conejo.

Aunque aquella terquedad traspasaba todos los límites de la razón y de la prudencia, y aunque me causaba vivísima inquietud quedarme toda la noche en medio del monte, me encogí de hombros, dejé en el suelo la escopeta, cuyo cañón me helaba las manos, que tenía ya amoratadas, y me puse á dar paseos arriba y abajo para desentumecerme los pies.

Cuanto á mi tío, acercó una piedra rodadiza al vivar, se sentó sobre ella, apoyó la espalda contra la roca y se puso tranquilamente á fumar.

De pronto, y antes de que la noche cerrase completamente, me dijo:

— Mira, lo mejor que podemos hacer es cenar aquí.

— ¡Aquí, tío!—exclamé yo, dirigiendo una mirada oblicua hacia las alforjas, que yacían completamente exhaustas de víveres al pie de una carrasca.

Mi tío prosiguió tranquilamente:

— ¿Crees que quiero yo que comamos corteza de árbol como los conejos? Desata el asno, súbete sobre él, ve al pueblo, dile á mi criada que te llene la fiambra y la bota, toma un cuartal de pan en la

tienda, echa sobre la albarda un par de mantas, y vuelve sin perder un minuto.

—Pero, señor.....

—¡Pero, señor! ¿Tendrías miedo acaso á los diez y siete años cumplidos? ¿Qué tienes? ¿que te coma el cocón ó que te aullen los lobos? Bueno eres tú para haberte visto como yo en Arlabán, herido en el fondo de un barranco, sin poder mover ni manos ni pies, y rodeado de buitres feroces que estaban esperando que cerrase el ojo para despedazarme con sus picos de acero.

—¿Usted se vió así?—exclamé yo abriendo desmesuradamente los ojos y sintiendo que los cabellos se me ponían de punta.

—Yo me he visto así, sí, señor, y peor todavía, y, sin embargo, he vuelto sano y salvo á nuestro pueblo; con que mira si puedes tú ir por la cena á una legua de aquí, bien montado sobre un asno que sabe el camino, y por un camino que os llevará el solito al asno y á tí.

No había medio de replicar; obedecí á mi tío, y una hora después llegué al pueblo con tanto frío, que tuvo el ama que bajarme del asno y sentarme delante de la chimenea de la cocina, pues tal estaba yo que no podía moverme. Lamentóse, como era natural, de las excentricidades y rarezas de su señor, al cual traerían el mejor día sobre unas parihuelas exánime ó muerto, pues no mejor resultado podían dar aquellas cacerías y pescas que le tenían vuelto el seso; si bien, añadió después, gracias á sus habilidades no faltaba nunca ni una horza de perdices en la despensa ni una liebre en el garabato.

Yo, entretanto que la buena ama peroraba que daba gozo oirla, restablecía el equilibrio de mis fuerzas y ponía en circulación mi sangre, tomando alguno que otro anticipo sobre la cena, que se componía de lomo adobado y chorizo frito, manjares que si no eran de los más finos parecíanme á mí de los más sabrosos.

Guarneció por fin la alforja con una fiambreira de madera de sauce, de aquellas que se llaman de *padre Jerónimo*, con un cuartal de hembrilla roja que quitaba las penas, y con una bota que se tenía de pie de puro panzuda y rellena hasta el brocal.

Sacó dos buenas mantas de viaje preparadas para las expediciones nocturnas de mi tío, y díjome que me marchase inmediatamente para que no se incomodase su señor, que era hombre poco sufrido en todo lo que se rozaba con la comida.

Sabíalo yo tan bien como ella, y me propuse no hacerle aguardar mucho, sólo que habiendo arreariado extraordinariamente el frío aquella noche, opté por dejar el asno y dar á pie la vuelta al cazadero, llevando acuestas la alforja y las mantas, cuyo peso antes debía servirme de abrigo que de molestia.

Lo aprobó el ama, que daba diente con diente en la puerta de la calle, y con la escopeta debajo del brazo derecho y cargado como una acémila, tiritando unas veces, sudando otras, tan pronto cantando para ahuyentar el miedo, como maldiciendo mi suerte, que de aquel modo por montes y vericuetos me traía, me dirigí á buen andar hacia el cazadero, que,

como ya he dicho, se encontraba en lo más hondo del taller del pueblo.

Pero antes de proseguir, veamos lo que hacía mi tío en tanto que yo tan mal de mi grado cumplía aquella noche memorable sus encargos.

Tres cuartos de hora llevaría ya sentado filosóficamente al lado del vivar tiritando, fumando, dando palmaditas sobre la tierra y prestando atento oído al cascabel del hurón, el cual seguía durmiendo tranquilamente en las subterráneas galerías abiertas debajo de la roca, si es que ya por haberse escapado bonitamente por una boca oculta entre la maleza, no corría en toda libertad por el taller, cuando observó que el perrillo *zarzalero*, que andaba olfateando las hierbas del contorno, volvía jipando, temblando y procurando á todo trance colocarse entre la roca y la espalda de su dueño.

Atribuyó éste todo aquello al intenso frío de la noche, y asiendo al perro por las encrespadas lanas le separó del sitio en donde pugnaba por refugiarse para que no le molestase; pero el pobre animal volvió á gruñir y á dar las pruebas más inequívocas de espantó.

Esto ya llamó la atención de mi tío; se incorporó y trató de ver entre las tinieblas que le rodeaban al pronto nada distinguió, pero á fuerza de fijarse, y como á unos cincuenta pasos, distinguió entre el monte bajo que cubría el taller dos puntos luminosos....., después otros dos..... y otros dos más lejos.

Estos puntos luminosos permanecían inmóviles unas veces, se movían otras....., alejándose alternati

vamente á derecha é izquierda. Estaba mi tío harto acostumbrado á todas las peripecias de la caza para no comprender lo que aquellos puntos luminosos significaban. Tenía enfrente tres lobos.

Uno no le hubiese importado gran cosa, que no era aquella la primera vez que enfrente de estos animales se encontraba; pero tres, de noche, en pleno invierno y en medio de un monte solitario, era ya digno de tenerse en cuenta.

Registróse precipitadamente los bolsillos y buscó en las esquinas del morral de cuero que suspendido llevaba á la espalda para ver si por casualidad tenía alguna bala; no halló ninguna.

Tirar á distancia con perdigones sólo podía dar por resultado herir levemente á uno de los lobos, sin contar que de este modo se quedaba desarmado.

Resolvió, pues, esperar á pie firme, apoyada la espalda contra la roca y no hacer fuego más que á quema ropa.

De este modo estaba seguro de destruir á uno de sus enemigos, pero siempre quedarían por lo menos otros dos, que tal vez no le darían tiempo de cargar, sino que se arrojarían sobre él, y en cuatro dentelladas le despedazarían.

Bien se le alcanzaba que si podía encender lumbré, las llamas tendrían á raya á los lobos, pues es sabido que el fuego asusta á los animales más feroces, pero tenía que buscar ramas secas para conseguirlo, cosa no tan fácil como parece en una noche obscurísima, en que es preciso ir palpando el suelo; pero observó que en el momento en que se apartó

de la peña empezaron á aproximarse los puntos luminosos, visto lo cual, y temiendo que le cortasen la retirada, se volvió precipitadamente al punto de partida, que por lo menos tenía la ventaja de cubrirle la espalda.

Los lobos estaban hambrientos, y todo hacía suponer que no se marcharían sin intentar un asalto; mi tío lo comprendía, y conociendo la ferocidad y fuerza extremada de estos animales, bien se le alcanzaba que su vida estaba realmente en peligro.

No menos le desconsolaba la posición en que yo iba á encontrarme al volver al taller, y más de una vez pensó en salirme al encuentro para defenderme; pero lo difícil era abandonar la roca. Estaba seguro de que en el momento en que echase á andar los lobos le rodearían y le cerrarían el paso en todas direcciones.

Entonces, más por mí que por él, pues era hombre de gran corazón y que no temía á la muerte, maldijo al hurón y lamentó la imprudencia que había cometido al enviarme solo en busca de la cena, imprudencia que, según todas las probabilidades, nos iba á costar la vida, pues si bien sólo seis puntos luminosos se observaban, era muy verosímil que otros lobos anduviesen cazando por el taller. Generalmente, cuando el frío es muy intenso estos animales, que andan el resto del año en parejas solitarias, se reúnen en manadas, y entonces sus depredaciones y sus audacias no tienen límites, pues á las altas horas de la noche así recorren las calles de las aldeas como los montes bravos.



De este modo se pasó una hora de mortal ansiedad, adelantando los lobos unas veces, retrocediendo otras, dando vueltas y viendo sin duda la mejor manera de dar el asalto, como no fuese que aguardasen refuerzo; y mi tío, siempre apoyado contra la roca, la navaja clavada en el suelo, á sus pies, para servirse de ella cuando fuese necesario, la escopeta amartillada y dispuesto á defender cara su vida, luchando cuerpo á cuerpo, hasta lanzar el último suspiro si era necesario.

En cuanto al perrillo *zarzalero*, estaba tan asustado que se dejaba pisar por su amo sin dar señales de vida.

De pronto desaparecieron los puntos luminosos sin saber por qué, y si bien mi tío creyó al pronto que los lobos habían desistido de su empresa, luego cayó en la cuenta de que probablemente cambiaban de plan para saltar de pronto sobre él desde lo alto de la roca, que, según hemos dicho, tenía como un metro de altura sobre el plano inclinado de la colina. Como esto era muy verosímil, y hacía aun más peligrosa su situación, redobló su vigilancia, bien convencido de que había llegado para él el momento supremo.

Yo, entretanto, sin ver lobos ni cosa alguna que interrumpir pudiese mi marcha, acudía al vivar sudando bajo el peso de la alforja y de las mantas. Estas, dobladas sobre uno de mis hombros, arrastraban hasta el suelo y se hacían pedazos sobre los picos de las rocas y los troncos secos.

A pesar de la obscuridad de la noche, no bien lle-

gué á lo alto de la colina distinguí el sitio del vivar, y entonces se me ocurrió la más desdichada idea que pueda darse. Tal vez las frecuentes libaciones con las cuales durante el camino traté de hacer frente á la extremada rudeza del tiempo aumentaron mi natural jovialidad y excitaron mi malicia hasta el punto de poner á prueba el carácter bravucón de mi tío, que había herido mi amor propio comparando mi poltronería con su fiereza á prueba de buitres hambrientos y de grandes heridas en los famosos campos de Arlabán y de otros pueblos históricos recibidas.

Hice una especie de pelele con las mantas, acerquéme sin ruido al vivar, imité lo mejor que pude el castañeteo de los lobos, y de pronto, prorrumpiendo en un ¡hum! hambriento y feroz, por la espalda y desde lo alto de la peña se lo arrojé encima á mi tío con el caritativo fin de que creyese que una de aquellas fieras le acometía de improviso.

Figúrese el lector el efecto que esta pesada broma haría en él; fuertemente preocupado su ánimo con la sospecha de que los lobos que delante había tenido durante más de una hora iban á acometerle por la espalda, sin acordarse ni remotamente de mí en aquel momento, y tomando el pelele por una fiera, volvióse con la rapidez del rayo é hizo fuego.

Un grito desgarrador lanzado por mí le heló la sangre en las venas; comprendió su equivocación, y más muerto que vivo corrió en mi auxilio. Había yo recibido casi todo el tiro en la pantorrilla derecha, y yacía en el suelo desangrándome y víctima de los más atroces dolores.

Rasgóse precipitadamente parte de la camisa, púsome una compresa mojada en vino, que era el único medicamento anestésico que á manos tenía, sobre la espantosa herida; apretóme la pierna con fuertes ligaduras hechas con su pañuelo de hierbas y con algunos cordelillos que por suerte encontró en su zurrón de caza, y tomándome como un niño entre sus poderosos brazos echó á correr fuera de sí por el monte sin curarse de si los lobos nos seguían ó no.

Llegamos á la una de la noche al pueblo; mi pobre tío me colocó en su propia cama, y en tanto que el ama daba grandes voces de desconsuelo, que atrajeron á toda la vecindad, se fué á buscar á mi madre, á mis hermanas y á los dos médicos de la localidad, los cuales, asistidos del señor Blas el barbero, de la señora Eugenia *la partera* y del padre D. Agustín Palomera, teniente cura de la parroquia, después de estudiar, sondar, meditar y contender, y en tanto que á mí la vida se me marchaba á toda prisa, declararon que era indispensable hacerme la amputación de la pierna pulgada y media más abajo de la rodilla; pero como mi afligida madre se opusiese á que esta terrible operación se llevase á cabo sin que me viese un médico, lumbrera del país entonces, y que á dos leguas, en un cercano pueblo residía, suspendióse la operación.

A este retraso debo conservar aún la pierna, pues el Galeno llamado en consulta fué de distinta opinión que sus colegas, declarando que si á él le confiaban mi asistencia se proponía curarme sin acudir á la proyectada operación.

Accedió á ello mi madre, colmándole de bendiciones, y fuese porque la lumbrera del país acertase grandemente en aquella ocasión, ó fuese que á la ciencia ayudase una novena que mi madre y mi hermanas hiciesen á Ntra. Sra. del Carmen, de la cual eran muy devotas, lo cierto es que á los dos meses salté de la cama sin otro contratiempo que el de haber perdido por completo el juego de la rodilla derecha.

Pero como una desdicha no viene nunca sola, sino que antes bien se enredan unas á otras como las cecezas, á raíz de mi curación cayó en cama mi buen tío, que ya venía padeciendo desde la aventura del tallar. Bien que mi herida le impresionase demasiado, á pesar de su aparente desabrimiento, ó bien que su precipitada carrera conmigo en los brazos en noche tan cruda le ocasionase una lesión interior, lo cierto es que desde aquella noche se le vió palidecer, sufrir y perder por completo la afición á la caza, prueba evidente de que su dolencia revestía caracteres muy graves.

Por fin acostóse una tarde acometido de una gran fiebre, y quince días después, que era el de Nuestra Señora de las Candelas, entregó su espíritu á Dios, después de haberme dejado en prueba del gran afecto que siempre me tuvo, su asno, su excelente cañón taladrado por los arcabuceros reales y sus arreos de caza y pesca, que eran los únicos bienes que en el mundo tenía después de una larga vida consagrada á la defensa de su patria.

Recibí aquellos avíos de caza, de que ya no podía

servirme tampoco, como santas reliquias que de mi hogar no debían salir nunca, y lloré amargamente sobre la tumba de aquel excelente hombre, al que á pesar de su habitual rudeza amaba yo como si padre mío fuese.

—De esta manera—concluyó diciendo tristemente D. Paulino—se perdió el hurón, murió mi tío y me quedé yo cojo para toda mi vida.

Y como en este momento, por ser ya las once dadas, se levantasen los jugadores disputando y alborotando como de costumbre para irse á cenar, apreté cordialmente la mano de mi compañero de chineña y me fuí á mi posada.

En ella me aguardaban, además de un braserillo de cobre medio apagado, de una cama llena de hondonadas y jorobas y de una mesa enorme, alumbrada con una vela de sebo, una ensalada de escarola bien cargada de pimentón picante, unas albondiguillas y una jarra llena de aloque de Sacedón.

Miré mi cena con desaliento, probé la ensalada, abandoné por imposible las albondiguillas, me humedecí los labios con algunas gotas de aloque, y después de recogidos por una moza rechoncha y medio dormida los tristes despojos de mi triste festín y de bien atrancada la puerta con dos sillas y con mi maleta, puse la capa doblada sobre las montañas de mi cama, me acosté, y cansado de hacer gimnasia en todos sentidos, conseguí al fin quedarme dormido.

---



## ENTRE LOBOS Y MICROBIOS.

---

Si tratásemos de imitar á los antiguos novelistas, pondríamos por comienzo de esta muy verídica historia el siguiente epígrafe:

«De como D. Dieguito, afeminado mozalvete de Madrid, muy compuesto y muy adamadito, por una serie de causas que se enlazan entre sí, cual si fuesen eslabones de una misma cadena, tuvo que habérselas frente á frente con los lobos á 36 leguas de la corte y á 920 metros sobre el nivel del mar.» Pero á poner pomposos y conmovedores títulos, preferimos referir sencillamente las aventuras que á nuestro héroe le acontecieron; haciendo la salvedad de que si bien durante unas cuantas páginas nada se dirá de lobos ni de cosa que se le parezca, no por eso aprenderá menos el curioso lector.

Entre otras cosas, sabrá que el miedo exagerado es el mayor de todos los peligros, y que no está en la mano del hombre evitar los males, sino que éstos le persiguen cuando por conveniente lo tienen, sea cualquiera el derrotero que aquél tome y por más precauciones con que procure amparar su persona, que está siempre en manos de la Providencia.

Pues D. Dieguito, que frisaba en los veinte años encontrábase solo en Madrid el 15 de Mayo de año 1855. (Ya ve el lector que damos un paso atrás de alguna consideración; pero la historia, historias, y no hay más remedio que tomarla en donde empieza.)

Vivía su familia en Sevilla, en donde ejercía su padre un cargo de importancia, y él, después de haber comenzado dos ó tres carreras sin tener aliento para terminar ninguna, pasaba alegremente la existencia de baile en baile y de tertulia en tertulia, sin curarse para nada del porvenir y confiando en la hacienda que su difunta madre le dejara y que él bonitamente se comía.

Pero como entonces menudearan en la coronada villa casos de cólera, enfermedad que le inspiraba inmenso terror, y como viese que hoy un amigo, mañana una linda joven de las que más le encantaban dejaran este mundo tan de prisa y con tanto sigilo que apenas le era conocida la dolencia cuando ya tenía que llorar su prematura muerte, determinó marcharse de la corte para libertarse de la epidemia asiática, cosa mucho más fácil de anhelar que de poner en práctica.

Ir al lado de su familia era punto menos que imposible para el que sólo de su propia existencia se ocupaba, por estar Sevilla entonces más que otra alguna ciudad invadida; para marcharse al extranjero le faltaban los fondos que un largo viaje exige, de suerte que optó por irse á Guadalajara, en donde se aseguraba no haberse presentado ningún caso aún.



Hizo su maleta, y el 18 de Mayo, á las diez de la mañana, entró en aquella ciudad, y aquí dieron comienzo sus penas. Fuese que fondas, paradores y casas de huéspedes estuviesen realmente llenas de viajeros madrileños que huían del contagio, ó sea que el pálido semblante de D. Dieguito inspirase sospechas á los dueños de aquellos establecimientos, lo cierto es que ninguno le quiso admitir. Ofreció pagar espléndidamente, pero todo fué en vano; de suerte que se encontró á las cuatro de la tarde rendido de dar vueltas y sin saber qué partido tomar, como no fuese el de alquilar un carruaje particular y volverse á Madrid, paso que le aterraba, porque su espanto y confusión por momentos crecían.

Sentóse melancólicamente sobre uno de los bancos de la plaza, y allí, con la maleta á los pies, llamando la atención de cuantos pasaban, que le miraban ya con recelo, ya con lástima ó ya con aire de mofa, porque un mozalvete cariacontecido divierte siempre á la plebe, se puso á meditar sobre su triste suerte.

Podía comer en un café ó en un parador, pero no podía andar errante con la maleta en la mano, ni dormir como un mendigo en un portal.

De pronto se le ocurrió una idea luminosa: alquilar una casa. ¿Quién podía impedirlo?

Llamó á un muchacho de estos que están siempre dispuestos á servir á los viajeros y le preguntó:

— ¡Muchacho!

— ¡Señorito!

— ¿Eres de Guadalajara?

—Sí, señor.

—¿Sabes si hay alguna casa ó prendería en donde se alquilen camas y muebles?

El chico era listo y contestó:

—No lo sé; pero conozco á una prendera que se llama la señora Matona, y se lo preguntaré.

—Anda, te pagaré bien.

Media hora después sabía que la señora Matona alquilaba, dando fianza, desde el sofá viejo hasta el último utensilio de cocina.

Al oír esto don Dieguito saltó de alegría, y dijo al muchacho:

—Carga con mi maleta, si puedes, y sígueme.

—¿A dónde vamos?

—A buscar un cuarto desalquilado.

Echaron á andar, y una hora después se detenían delante de una casita nueva, de dos pisos, situada en una plazoleta y al lado de la parroquia de Santa María.

Un papel atado á la reja del piso bajo indicaba que éste esperaba inquilino.

Don Dieguito llamó; abriéronle la puerta, y supo que la casa pertenecía al sacristán de la expresada parroquia, el cual no tuvo inconveniente en extender el recibo de inquilinato mediante un mes adelantado y otro en fianza.

Por otra parte, el alquiler no era caro; sólo exigía el propietario trescientos reales mensuales por un cuarto obscuro, húmedo y que sólo tenía cinco habitaciones; pero nuestro viajero estaba harto satisfecho para regatear; pagó, tomó la llave, hizo que el mu-

chacho depositase la maleta en medio de la sala, se sentó sobre ella, sacó su libro de memorias y escribió la lista de cuantos muebles y enseres le hacían falta.

Gracias á la actividad de la prendera y de sus agentes, don Dieguito estaba instalado en su casa á las ocho de la tarde de aquel memorable día. Podía disponer de una cama sin hacer, de un sofá cubierto de polvo y lleno de recosidos, de una mesa, de una docena de sillas, de una palmatoria y de unos cuantos utensilios más que sería prolijo enumerar.

Se marchó al parador en donde tomó una sopa y un asado, únicos manjares que se propuso comer durante la epidemia, desterrando como nocivas las salsas y las frutas; después al café, en donde no halló un alma con quien hablar, y á las diez y media volvió á su nuevo domicilio.

Hizo su cama por primera vez en su vida, por lo cual se comprende que no se podría dormir en ella, acercó una bujía á su cabecera; sacó una novela de su maleta, se acostó y se puso á leer.

Pero no había terminado el primer capítulo cuando dos formidables golpes dados en la puerta de la calle, y que retumbaron de un modo lúgubre en toda la casa, le hicieron incorporarse.

Abrieron la puerta, tirando con una cuerda desde el piso principal, habitado por el sacristán de Santa María, por su familia y por dos monaguillos.

— ¿Quién?—preguntó una voz chillona.

Y otra voz acongojada contestó desde la puerta de la calle.

— Que lleven corriendo la unción para don Fulano de Tal, que se está muriendo y no da espera.

Al oír esto don Dieguito se arrojó de la cama, corrió á su reja, que, como hemos dicho, daba á la plazuela y preguntó como si conociese perfectamente á don Fulano y como si le interesase mucho el estado de su salud.

— Conque ¿está malo ese pobre señor?

— ¡Qué desgracia! ¡qué desgracia! — contestó sollozando la persona que estaba en la puerta.

— ¿Y de qué se muere? — insistió don Dieguito cada vez más afectado.

— ¿De qué ha de ser? ¡del cólera!

— ¡Del cólera! — repitió don Dieguito como un eco.

— El pobre señor -- prosiguió su interlocutor -- volvió tan bueno y tan sano de Madrid á las cuatro de la tarde; comió como de costumbre con su familia; de pronto..... ¡qué desgracia!..... ¡Pero si dicen que todos los que llegan de la corte vienen ya contaminados de esa pícara enfermedad!

Don Dieguito cerró violentamente su ventana y se llevó instintivamente las dos manos al estómago para ver si era cierto lo que aquel hombre decía.

En esto salían precipitadamente el sacristán y el monaguillo en busca del coadjutor de guardia y de los Santos Óleos.

Don Dieguito, convencido de que otro mal no tenía que un susto grandísimo, volvióse á la cama y siguió la interrumpida lectura.

Al cabo de un momento, otros golpes dados en la puerta y otra voz pidiendo la unción á toda prisa,

turbaron el lúgubre silencio de la casa, y como esta escena, por siete ú ocho veces se repitiera, creyó don Dieguito que la población entera por momentos se moría. Tiró la novela cuyas líneas buscaba en vano con sus extraviados ojos; vistióse precipitadamente, y se puso á pasear por su cuarto pensando en cuál no sería su triste fin si la epidemia se cebaba en él solo y abandonado como estaba en aquel triste cuarto y en una población en que á nadie conocía.

Entonces sintió acaso haber dejado la corte, y encontrarse lejos de su familia, á cuyo lado debió volar desde que se inició el peligro, tanto para cuidarla, como el más rudimentario deber ordenaba, como para recibir sus amorosos auxilios, que en estos casos tristisimos en los deudos más cercanos es en los únicos en quienes se encuentra algún apoyo y consuelo; pero ya no había medio de retroceder: se había colocado por su propio gusto en un foco infeccioso, y tenía que morir como el más oscuro de los seres ó permanecer allí resignado hasta que Dios fuese servido sacarle de él.

Así pasó la primera noche nuestro viajero, en tanto palpándose el abdomen para estudiar si algún dolor, siquiera fuese de los más vagos, sentía en aquella porción de su individuo, y en tanto, mirándose á un espejo, para ver si algún sintoma extraño sorprendía en su semblante. Y á fe que este último examen no debió tranquilizarle mucho, pues siendo él flaco y naturalmente pálido, y siendo la luna del espejo de aquellas que hacen la cara larga, bien pudo

causarse miedo á sí mismo por encontrar que su figura era la más triste que imaginarse pueda.

Sin embargo, como las horas se suceden sin parecerse, después de una noche de angustias apareció la aurora, y tras ella el sol que inundó de luz esplendorosa la antigua, sucia y consternada población.

Cuando comprendió que el astro del día había templado la humedad y disipado hasta cierto punto los miasmas malsanos que suben del Henares, salió á la calle, y, como era de suponer, no oyó hablar de otra cosa que de los estragos que hacía en todas partes la epidemia.

Lo que le consoló algo fué que —según público parecer— toda invasión, seguida de rápida muerte, reconocía un exceso por causa determinante que hasta cierto punto justificaba la desgracia.

Este había cenado fresa, aquél había tomado un sorbete en la botillería; el uno se puso malo por un disgusto habido con su esposa, el otro por haberse mudado de ropa estando fría la habitación, y otras cien causas tan abonadas como éstas. A nadie se le ocurría que aquellos excesos, que no lo eran, ante ni un mal dolor de cabeza causaran siquiera.

Estas reflexiones, por absurdas que fuesen, tenían sin embargo, una ventaja, y era la de tranquilizar las gentes, pues cada uno se decía:

—No haciendo yo excesos, causa y origen de tantas desdichas, es muy probable que me libre de la invasión.

Don Dieguito se asió fuertemente á esta tabla y se propuso morir mil veces de hambre antes que

cometer la más mínima imprudencia; así es que á los pocos días y á pesar de su mocedad, estaba enjuto como un pergamino y pálido como un convaleciente.

No dejaba, sin embargo, de concurrir por las noches al teatro y de visitar algunas familias con las cuales había contraído relaciones de amistad, antes por el buen nombre y posición de su padre que por sus prendas personales, que eran muy pocas, como ya hemos dicho.

Desgraciadamente el teatro estaba casi desierto, pues el público que tenía delante de los ojos, y harto á su pesar, el más conmovedor de los dramas, no podía interesarse entonces por fábulas acaso mal escritas y peor interpretadas. En vano acudían los actores á las obras de más efecto, como *La Abadía de Castro*, *Forge el armador* y *El terremoto de la Martinica*; en vano bajaban las localidades á precios inverosímiles; cada día se veían más desiertos los palcos y las galerías; sólo en las bucatas se contaban dos ó tres docenas de espectadores melancólicos y cejijuntos que parecían pensar en todo menos en la obra, y que aprovechaban los entreactos para informarse de si lá epidemia decrecía ó aumentaba. Hubo día de siete espectadores, contándose entre ellos á nuestro héroe, y entonces se cerró el teatro y se trasladó la compañía, completamente arruinada y sin vestuario, que quedó empeñado como de costumbre, á otra localidad menos desgraciada que aquélla.

A donde solía ir con más frecuencia D. Dieguito

era á la tertulia del Gobernador y á casa del jefe de Telégrafos. Gobernaba la provincia entonces uno de aquellos progresistas vueltos á la vida política en los comienzos del famoso bienio; el cual temía la cesantía mucho más que la epidemia, así es que solía exclamar, paseándose por su casa, con los brazos detrás de la espalda y la cabeza caída.

—No sé por qué se ástustan ustedes de estas cosas; ¡qué más epidemia que los once años de mando de los *moderados* en que no se nos dejaba parar en ninguna parte, y sin embargo, no nos hemos muerto!

Luego proseguía:

—Animo Dieguito, que no se diga que la generación que está llamada á sustituirnos es de cartulina. Después de estos días de prueba, vendrán otros de fortuna. Cuántas calamidades mayores ha presenciado y sufrido la humanidad. Lea usted los *Prometidos esposos* de Mazoni é inspírese usted en el heroísmo de San Carlos Borromeo.

—Pero yo no soy San Carlos Borromeo—contestaba D. Dieguito;—tengo escasa salud, un miedo cerbal á esta muerte.... poco pulcra, y daría cuanto poseo por vivir en un punto en que no me atormentasen, siempre la misma idea, la misma conversación, el mismo sobresalto, siquiera fuese aquél el picacho más alto de España.

—Pues yo le prometo á usted que no bien sepa oficialmente que alguna región ofrece seguridad en nuestro país, se lo diré á usted para que no sucumba de miedo; aunque, tenga usted entendido, que no hay peor cosa que cambiar de residencia en tiempos



de epidemia, pues huyendo del perejil suele nacer en la frente.

Reían todos, y no menos se divertía á costa del buen D. Dieguito la hija del Gobernador, preciosa niña de quince años, que lejos de asustarse con lo que sucedía se pasaba la mayor parte del día y de la noche tocando el piano, cantando y bailando con los empleados del gobierno.

Bien hubiese querido nuestro héroe tener aquella juvenil despreocupación, pero el estado de sus nervios no se lo permitía, de suerte que sufría pacientemente las burlas de que era objeto, sin pensar en otra cosa más que en marcharse á otro punto que no estuviese invadido.

Otra de las casas á donde iba con más frecuencia, como ya hemos dicho, era la del jefe de Telégrafos. Vivía este con su señora: eran los dos gruesos, de baja estatura, de carácter apocado, entrados en años y no pensaban en otra cosa, por no tener hijos, sin duda, que en cuidarse uno á otro.

Á las diez entraba la señora y decía á su marido:

—Anda, hijo, toma esta tacita de caldo para que no se te quede frío el estómago.

Á las once iba el marido á buscar á su mujer y le decía:

—Anda, hijita, moja un bizcocho en esta copita de jerez.

—Pero hombre, si no tengo gana de nada.

—¿Quieres que vaya un ordenanza á buscar al médico?

—¡Qué disparate! no me siento mal.

—Pues toma entonces un par de bizcochitos.—Y el buen jefe de Telégrafos los mojaba él mismo en el jerez y, quieras que no, se los hacía comer.

Esto se repetía de hora en hora, de modo que se gastaban el sueldo en caldos sustanciosos y chucherías, de las cuales con el mayor interés hacían partícipe á D. Dieguito, cuyo cutis de color de nácar y demacrado semblante les inspiraba la mayor compasión.

Por las tardes salían juntos al campo; y no bien llegaban á cierta fuentecilla rodeada de muy frondosos álamos negros, sacaba el matrimonio de sus hondos bolsillos, chocolatera, molinillo y jícara. Reunían los caballeros ramas secas y hojarasca, con las cuales encendían lumbre entre dos piedras rodadizas, hacía la señora el chocolate con singular habilidad é invitaba á sus acompañantes á que lo tomaran sentados sobre la fresca hierba bien con tortitas de Santa Catalina, bien con sendos bizcochos de Calatayud anchos como la palma de la mano, que no perdonaba aquel excelente matrimonio el medio de satisfacer su paladar con cuantas chucherías tenían buen sabor y merecida fama.

En ocupaciones tan útiles como éstas ó en hablar de los *casos diarios* pasó D. Dieguito lo que faltaba del mes de Mayo, época en que salió de la corte, todo Junio y parte de Julio sin hacer exceso alguno ni dar motivo para que el mal reinante le atacase. Este no aumentaba, siendo generalmente de diez á doce las invasiones y de cinco ó seis diarias las defunciones, de suerte que los inteligentes pronosticaban que

pronto se marcharía de la población el terrible huésped del Ganges, pero lejos de suceder así, de pronto y sin causa conocida aumentaron de tal suerte las víctimas que todo el mundo creyó que había llegado su última hora.

Fueron tantos los invadidos en Marchamalo, pueblo que surte de pan á Guadalajara, que esta localidad se quedó durante cuatro ó cinco días sin este importantísimo artículo de primera necesidad, con lo cual, desprovistas las clases menesterosas de su casi exclusivo alimento, aumentaron las víctimas en proporción desconsoladora y creció el espanto en todos los espíritus.

Muchas familias acamparon en lo alto de las colinas y en el fondo de los montes en donde sucumbieron muchos miembros de ellas sin auxilio facultativo de ningún género y otras se dedicaron á hacer novenas y rogativas fervorosísimas, cumpliendo con la Iglesia y pidiendo á Dios misericordioso que templase su cólera y apartase la hora del tremendo castigo.

D. Dieguito no pudo resistir por más tiempo aquel espectáculo que ponía miedo en los más animosos corazones; atropellando por todo y sin premeditar en las contingencias y peligros de emprender un viaje á campo atraviesa en aquellas circunstancias en que, desarrollada la animalidad humana hasta el más alto grado, nadie miraba por su próximo ni se apiadaba de él, resolvió marcharse de Guadalajara y situarse en lo más alto y escabroso de los montes *Carpetanos*, que como es sabido, separan la provincia de Soria de la de Logroño y Segovia.

Obtuvo del Gobernador un oficio en el cual rogaba á las autoridades que no le pusiesen obstáculo en su marcha, por ir á hacer estudios orográficos de gran importancia; ajustó dos mulas con un arriero, una para que de montura le sirviese, y otra para que le llevase su maleta; compró una muy gentil escopeta de dos cañones, fabricada en Eibar, arreos de caza y municiones; llenó unas amplísimas alforjas con cuantas provisiones cupieron en ellas, y precedido de su guía, hombre resuelto á todo con tal de ganar sendos duros, que no fué corto en pedir ni mirado en el concertar, el 20 de Julio salió por fin de Guadalajara en donde tanto había sufrido, y se dirigió por Jadraque, Atienza, Berlanga de Duero, punto en que cruzó el río por el puente Ullán, Torre Andaluz, La Aldehuela y Almarza al puerto de Piquera, abrupta y friísima sierra que sirve de paso á los que se dirigen á tierra de Cameros, cuna de los mejores y más acaudalados comerciantes de España.

Prolijo sería enumerar los peligros, sustos, calores excesivos, desapacibles noches y disgustos de toda especie de este largo trayecto, fuera de carreteras y buenos caminos de herradura. Acordonados todos los pueblos, y creyendo que cada viajero traía la epidemia con todos sus horrores, quien los recibía á palos, quien á pedradas ó quien á tiros desde kilómetro y medio disparados. Nadie les quería vender lo más indispensable para su mantenimiento, de suerte que á no haber contado con lo que en la alforja traían se hubiesen muerto de hambre en la linde de una senda. Las mulas, por su parte, faltas de cebada,

avena ó centeno, y sin hallar más que hierba seca como yesca, iban sin fuerza y con poquísima gana de echar un paso tras otro. El arriero, cubierto de polvo y sin un trago que le reanimase, juraba contra todos los santos del almanaque y decía á D. Dieguito que si no le pagaba una tercera parte más de lo convenido le dejaba con su maleta en medio de los campos. Nuestro héroe, que iba más muerto que vivo, á todo contestaba que sí y de esta suerte, al finalizar el sexto día, después de haber dormido cinco noches sin más colchón que la tierra durísima ni otra manta que el aire ambiente, llegaron á un pueblecillo situado al pie de la sierra.

Llamábase éste la Póveda y estaba rodeado de dilatados bosques de hayas, robles y robustas encinas. Lo ameno y apacible del sitio, la abundancia de aguas y el natural bondadoso de las gentes, brindaban á quedarse en aquel apartado rincón olvidado de los geógrafos, desconocido entonces de los viajeros y tranquilo refugio de las aves que, al llegar nuestros caminantes, por ser la hora en que á los ardientes rayos de un sol canicular sucedían las frescas y perfumadas brisas de la tarde, en todas partes gorjeaban.

Allí debió quedarse D. Dieguito por no haber sido invadido aún el país, pero firme en su descabellado plan de huir sin saber á dónde, determinó, pasada que fué la noche, cruzar el elevado y tristísimo puerto de Piquera.

Mandó que le hicieran cena, y como le dijeran que otra cosa no había aquella noche que dos ardillas

cazadas en los pinares, y como añadieron que eran exquisito y sabroso manjar, consintió en que las preparasen según costumbre del país.

En tanto que esto hacían, sentóse al pie de un extenso hogar redondo, como de metro y medio de diámetro y cubierto con una inmensa campana, á cuyo extremo veíase el cielo. Más que chimenea parecía el interior de una torre, y como estuviese deseoso de adquirir noticias, trabó al poco rato conversación con unos maragatos que entraron en la posada. Venían éstos de Astorga, y sobre unas poderosas mulas reatadas unas á otras, conducían á Castilla fardos de congrio ahumado, bacalao y especería.

Eran gente buena, que por su desgracia, y para dar cumplimiento á su parroquia, tenían que andar por los caminos en aquellas azarosas circunstancias. Enterados del propósito que tenía D. Dieguito de cruzar el puerto de Piquera á la siguiente mañana para llegar á la Rioja y librarse de la epidemia que diezmaba los pueblos de Castilla, dijéronle con mucha cordura que tal no hiciese si en algo apreciaba su vida; que al otro lado del puerto encontraría más desdichas que en todo lo que llevaba recorrido; que habían visto ellos no pocos cadáveres insepultos en sendas y caminos, y que era tal la devastación y desdicha de aquellos pueblos de Cameros, que tenían que enterrar los padres á los hijos y los esposos á sus mujeres, por no haber ya sepultureros que quisiesen hacer esa gran obra de caridad; y por último que puesto que se hallaba errante y sin familia, en aquellas tristes circunstancias lo mejor que podí-

hacer era volver sobre sus pasos y quedarse en un muy buen pueblo, que como á dos leguas á su espalda había dejado á la mano derecha, llamado Almarza. Por ser lugar de mercado los jueves y punto de tránsito, encontraría fácilmente mantenimientos y posada adecuada á su clase, y en él podría esperar con toda seguridad á que Dios fuese servido dar fin y remate á su castigo, librando á España de tan tremendo azote.

Con estas noticias acrecentóse, si era posible, el miedo de D. Dieguito. Dió gracias á los maragatos, y comprendiendo que lo más cuerdo era seguir su consejo, pasada que fué la noche, pagó á su arriero que no se cansaba de pedir y de sacar titulillos nuevos, y fuese con ellos atravesado entre dos fardos á Almarza, en donde se quedó, prosiguiendo los maragatos por la cuenca del Duero hacia la villa de Almazán y Campo de Gómara, en donde debían dejar sus mercancías.

El pueblo, aunque pequeño y compuesto de casas desniveladas, en su mayor parte de adobes; de calles estrechas y sucias y de fuentes poco cuidadas, estaba también situado al pie de un hermoso arroyuelo y de extensos bosques, que todo hacía suponer que allí no llegase la epidemia.

Esto creían por lo menos sus sencillos habitantes, sin tener en cuenta que su mercado semanal, su camino que á la Rioja conducía y su abundancia de aguas, eran causas más que suficientes para ser invadido de un momento á otro. Pero D. Dieguito, que estaba dejado de la mano de Dios, como suele decirse,

no tuvo nada de esto en cuenta y se puso á buscar una casa de huéspedes, por no ofrecerle comodidad alguna la posada pública, que era estrecha, oscura y sucia.

Después de rogar mucho y de ofrecer una cantidad exagerada, dado el sitio y la época, consiguió que un confitero de esos que suelen ir de pueblo en pueblo y de curato en curato con una caja de hoja de lata á la espalda, con azucarillos rancios y bizcochos duros, le cediese una salita y una alcoba. Llamábase el dueño *el Tío Chiquitin*, y era bizco, de tal suerte que con un ojo miraba á la torre y con el otro al fondo del pozo. Estaba casado de segundas nupcias con una mujer enjuta, de destemplado carácter y que le doblaba la estatura; madre de una muy graciosa muchacha habida en el otro matrimonio y que hacía tan poco caso de la que le diera el ser como ésta de su marido, de modo que pronto tuvo ocasión de observar D. Dieguito que andaban á la greña por la cosa más baladí, convirtiendo la casa en un campo de batalla.

Instalóse nuestro viajero lo mejor que pudo en su nueva vivienda, y por más que ésta no tuviese comodidad alguna, respiró al fin con libertad y se creyó libre de la losa de plomo que le ahogaba; volvió á comer como en tiempos mejores, y en compañía del secretario del pueblo, del cura y de un cazador de oficio empezó á recorrer el país, discurriendo unas veces por los extensos bosques que hacia la frontera de la Rioja se extendían, y estudiando otras los usos y costumbres patriarcales de las inmediatas aldeas.



Durante ocho días vivió feliz y tranquilo; escribió una extensa carta á su familia, contándole todas sus aventuras y desdichas, y esperó que los acontecimientos le permitiesen regresar á la Corte.

El cazador de oficio que acabamos de citar, por ser mozo y de buen natural, se hizo muy amigo suyo y le tomó bajo su protección, tanto para enseñarle á tirar, cosa que no sabía, como para defenderle de toda agresión ó peligro en los campos. Era huérfano y con su escopeta mantenía á su madre y á cuatro hermanos pequeñuelos. Tiraba tan primorosamente que rara era la pieza que se le marchaba. Solía traer tantas cuantos pistones llevaba en el bolsillo del chaleco, y era tal su puntería y acierto que muchas veces al ir en mano con otros cazadores, solía dejar que todos tirasen antes que él: si la perdiz ó becada á gran distancia ya, salía ilesa, apuntaba él y la dejaba *seca*, como se dice en términos técnicos.

Figúrese el lector la gracia que le haría presenciar á cada momento la torpeza de su discípulo, que ni á los pajarillos que se posaban á veinte pasos podía derribar con su buena escopeta de dos cañones.

Dábale, sin embargo, muy buenas lecciones, y le decía que el arte de cazar, tanto consiste en apuntar bien como en no dejarse sorprender por las piezas, pues si el cazador se asusta y no tira con calma, casi todas se marchan. Que cuando viese saltar una liebre encamada, diese tiempo á que emprendiese una carrera recta y segura, pues si la tiraba al hacer ella los primeros corcobos á derecha é izquierda para desorientar al cazador, nunca la mataría, y que al

arrancar un bando de perdices con el estrépito de alas y los cloqueos de costumbre, sólo en una se fijase, prescindiendo completamente de las demás. De otro modo, el cazador confundido por tantas piezas revoloteando en todas direcciones, no sabe á cuál de ellas apuntar, y esta vacilación y aturdimiento, siquiera sea momentáneo, da ocasión á que todo el bando se escape sin que tire el cazador como no sea á *tenazón*, modo reservado únicamente á los maestros y que da por resultado casi siempre perder la carga y la paciencia.

Como la caza sea de suyo oficio muy entretenido, cobróle nuestro viajero errante gran afición, y apenas se separaba un punto de Estebanillo (que así se llamaba su maestro), al que socorría muy liberalmente; pero pronto echó de ver que no eran las costumbres tan puras y tan patriarcales en aquel país como al pronto supusiese.

Habiendo muchos curatos muy próximos unos de otros, y no teniendo sus titulares ni mucho que hacer, ni autoridades competentes que les fuesen á la mano, dedicábanse con pasión al juego de la banca, siendo rara la tarde que no hubiese partida abierta en una de aquellas aldeas. Extraño y repugnante parecerá esto, pero desgraciadamente era cierto. Reuniáanse veinte ó treinta aficionados, tanto eclesiásticos como seculares, en una casa, avisándose previamente, y allí tiraban la oreja á Jorge hasta las tantas de la noche en que cada uno de los jugadores volvía por extraviadas sendas, montes y vericuetos, maldiciendo ó riendo, según su suerte ó su desdicha, á su

respectiva localidad, con gran pena de su familia y gran escándalo de las gentes honradas que tan fuera de quicio veían á los que trataban de inculcar al pueblo máximas de prudencia y de moralidad. Hay que suponer, piadosamente pensando, que ni el Arcipreste de aquella región ni mucho menos el Obispo de la diócesis, tenían conocimiento de estos escarceos, puesto que no los corregían, de donde resultaba que los tales curas, por su punible afición á las cartas, sobre alentar á los labradores un tanto acomodados del país, comprometían su alta reputación social y se empeñaban hasta los ojos.

No tardó D. Dieguito, que ni conocía las cartas ni tenía afición á perder con ellas su dinero, ya muy mermado por los múltiples gastos ordinarios y extraordinarios de aquella larga expedición veraniega, en seguir el ejemplo de los demás; de suerte que no bien comía, preguntaba en dónde estaba aquella noche la partida, y acompañado unas veces de los tahures del pueblo, entre los cuales se contaba el confitero bizco, y otras veces solo, se encaminaba al punto de reunión, en donde jugaba bonitamente durante horas enteras ganando algunas noches y perdiendo las más, sin tener en cuenta la falsa posición y los múltiples compromisos en que aquella vida desacertada podía colocarle si duraba mucho.

Así las cosas y cuando ya nadie en aquél país se acordaba de la epidemia, formóse de pronto una nube obscurísima; retumbaron los truenos con inusitada violencia, y abriéndose las cataratas del cielo inundáronse los campos de tal suerte que en me-

nos de una hora se convirtieron en un extenso lago.

Y no fué esto lo peor, sino que casi en el mismo momento, y como si del seno de la nube saliesen los microbios ó bacilus coléricos por millares, veintitas personas fueron invadidas al mismo tiempo, muriendo ocho ó diez de ellas aquella noche.

Aún viven muchas personas que aquello presenciaron por su desgracia, y que pueden afirmar que pocos pueblos de España fueron castigados más cruelmente que Almarza. Baste decir que el cura fué de los primeros que sucumbieron, que el médico, espantado faltando cobardemente á su deber, huyó del país, que murió en pocos días una tercera parte de los habitantes. Doce casas quedaron cerradas y el Gobernador tuvo que enviar una porción de huérfanos á las casas de Beneficencia.

No parecía, sino que la fatalidad perseguía con ensañamiento á don Dieguito, y que la Providencia quería probarle que el hombre no puede huir de su suerte á su capricho.

Entonces pudo ver los horrores de que son teatro aquellas localidades que no saben lo que es higiene, ni cuentan con los auxilios de la civilización y de la caridad bien entendida. Sin los consuelos de la religión, sin los esfuerzos heroicos de la ciencia, y sin la palanca de la fortuna que todo lo remueve, el egoísmo se manifiesta con su horrible y fría grandeza. El alma y la razón, reguladores de la existencia humana, ceden su puesto á la materia que nada oye ni comprende. Los lazos sociales se rompen con violencia.

la familia se desgrega, los dulces afectos, el amor de padre, el cariño de hijo, el afecto de esposo desaparecen y quedan sustituidos por el afán de la propia conservación. Nadie se entiende y concierta; las autoridades, faltas de inteligencia y de recursos, se cruzan de brazos, y el pánico acrecienta por momentos los males y multiplica las víctimas.

Los cuerpos insepultos vician el aire, y á unos miasmas deletéreos se unen otros; los gritos de dolor se confunden con los gritos de rabia; las gentes espantadas, olvidándose de sus más sagrados deberes, huyen de la muerte, y ésta los persigue con encarnizamiento y los concluye en medio de los campos, en donde acaso sirven de pasto á las fieras y á las aves de rapiña; pero apartemos los ojos de este cuadro de horror, rogando á los gobiernos que empleen todos los medios de que disponen la buena Administración y la ciencia moderna aplicada á la higiene pública para evitarlos, ó atenuarlos al menos, y no nos ocupemos más que de nuestro don Dieguito. ¿Formaba ya parte de aquella inmensa hecatombe? ¿Se había entregado sin resistencia al monstruo que sin piedad le perseguía, harto ya de luchar, ó se había muerto de terror, encerrado á piedra y lodo en la sala alta del *Tío Chiquitin*, el confitero ambulante?

Nada de eso; fiel á su propósito de salvar su persona y de no prestar á nadie el menor auxilio, si quiera fuese éste uno de aquellos casos excepcionales y extraordinarios en que el hombre más pusilánime expone su propia existencia por salvar la de sus se-

mejantes, no bien comprendió el giro gravísimo que tomaban las cosas, tomó su escopeta, un pan y una manta de viaje, y huyó á lo más alto y más intrincado de la sierra, acompañado de Estebanillo, quien dió veinte duros para que pudiese atender á la subsistencia de su madre y de sus hermanos.

Hizo alto con su compañero sobre una pequeña planicie, que á gran altura situada, permitía ver desde gran distancia á cuantos se acercasen, ventaja inapreciable para evitar encuentros y tratos contagiosos. Estaba el suelo cubierto además de grandes robles verdes y frondosos, de una tupida alfombra de tomillos, salvias y ajedreas que embalsamaban el ambiente con su penetrante perfume. De entre las piedras, y como á dos terceras partes de la altura de la montaña, brotaba una cristalina fuente, cuyas aguas, como hilos purísimos de plata, serpenteando y descendiendo por entre las altas y olorosas hierbas, iban á perderse en el seno del valle.

Nada turbaba el silencio de aquellas soledades extensas, más que el gorjeo de alguna *totouta*, el silbido agudo de algún *mirlo*, que saltaba alegremente entre los zarzales ó los gritos de las águilas, cerniéndose á gran altura sobre los picos de las rocas.

Si á esto se agrega el ser aquel sitio uno de los más elevados de España, se comprenderá que no hubiese podido escogerse otro de aires más puros, de mejores aguas, y más apartado de toda comunicación, pues á no ser algún pastor de cabras, ovejas y vacas, difícil era encontrar un ser humano entre aquellas montañas.

Estebanillo, como estaba ya convenido, cortó grandes ramas de roble, con un hacha pequeña que le servía para fabricar esperas de perdices, y fabricó con ellas en el centro de la planicie un chozo cónico, bastante espacioso, y tan sólido y bien cubierto de tupida hojarasca, que ni era fácil que el viento le derribase, ni que el agua penetrase en él por mucho que lloviese.

Hecho esto reunió un gran haz de hierba perfumada y seca é hizo con él una bien mullida cama dentro del chozo, á cuya puerta, á más de dos grandes piedras rodadizas para que sirviesen de hogar, agrupó una buena provisión de leña seca.

Don Dieguito le indicó la piedra sobre la cual, sin avisarle siquiera, debía dejar todos los días un pan y un pedazo de carne asada, caso que hubiese quien de esto en el pueblo quisiera ocuparse; y después de regalarle unos específicos contra el cólera, que si no le servían de nada, tampoco podían hacerle daño, y de darle las señas de su familia para que á ésta escribiese, caso de sucumbir él en aquellas soledades, le dió un apretón de manos y le despidió con lágrimas en los ojos.

Y hé aquí á nuestro don Dieguito haciendo la vida de un anacoreta á mediados del siglo XIX, perdido entre los montes más ignorados y desiertos de la Península, á ciento cincuenta leguas de su familia, sin ropa aparente para resistir el frío de aquellas alturas, sin alimento tónico restaurador y sano, sin nadie que en el país le conociese y se interesase por su suerte; sin médico, sin botica, sin

cama, sin auxilio de ninguna especie, y muy e puesto á ser devorado por los lobos, cuando no morir del cólera entre la maleza ó dentro de aqu chozo miserable.

¿Dígasenos ahora sino es el miedo la peor de las er fermedades, y si por huir de un mal que, despué de todo, puede combatirse con la higiene bien apli cada, y con los muchos auxilios de que dispone li ciencia, no se arrojan los hombres completamente ciegos y desalentados en brazos de los peligros más graves?

Si nuestro don Dieguito hubiese podido pensar con calma en lo triste de su posición, en su abandono y en su miseria, que miserable cual el último mendigo es aquél que carece de los auxilios de la ciencia y de la caridad de los hombres; completamente entregado á la vida salvaje y retrocediendo casi á los tiempos prehistóricos, creemos que se hubiese muerto de pena.

Cuánto mejor estuviera entonces en el seno de su familia, cumpliendo sus deberes de hijo y de hermano piadoso, atendiendo á sus males y recibiendo por premio de sus buenas acciones el cariño de los suyos, la consideración de los extraños y el aplauso interior de su conciencia, que fortifica y que engrandece al hombre en las circunstancias más deprimentes y aflictivas de su existencia. Y cuando á tanto no llegase su virtud, y sólo el egoísmo inspirase sus acciones, con cuanta mayor seguridad no se hallara él en su casa de huéspedes de la calle de Cádiz, rodeado de excelentes facultativos, y pudiendo dispo-



ner á su voluntad de cuantos medicamentos y específicos preconiza la ciencia.

Pero él, afortunadamente, de nada de esto, que tan razonable era, se acordaba. Huía de los hombres, y creía que con esto evitaba el contagio; lo demás incluso la muerte de la humanidad entera, le importaba poco.

Pasaba los días de otero en otero y de risco en risco, poniendo en práctica las lecciones de Estebanillo, hiriendo aquí una liebre y asustando allá una perdiz, que otra cosa no sabía hacer.

De cuando en cuando tomaba un pedazo de pan, le devoraba sentado sobre los olorosos tomillos, bebía un trago de agua, arrodillado delante de la fuentezuela de la ladera, y cuando se cansaba, contemplaba las caprichosas formas y giros de las nubes, que impelidas por el viento cruzaban el espacio.

Algunas veces, sin embargo, afectado por aquella muda contemplación, que hasta cierto punto elevaba sus ideas, caía de rodillas, y como un San Jerónimo ó un San Antonio, rogaba á Dios desde la montaña dándose golpes de pecho con un canto rodadizo y vertiendo alguna que otra lágrima de arrepentimiento; pero siguiendo su natural egoísmo no rogaba que amparase y perdonase en su rigor á la humanidad afligida que allá en el llano moría sin consuelo, sin auxilio de nadie, sino que de sí mismo se acordaba únicamente, rogando muy devotamente al Ser Supremo, que de aquellos montes y multiplicadas aventuras le sacase con bien.

Ni la natural curiosidad le movía á acercarse á

Estebanillo cuando, fiel á su compromiso, le traía todos los días su alimento y lo depositaba al pie de la roca convenida. Antes bien, se apartaba de él y le contemplaba desde lejos sin curarse de preguntar lo que en el pueblo sucedía, ni si se marchaban huyendo y espantados sus habitantes, ó se morían resignados en sus miserables casas.

Lo mismo sucedía con las demás personas que por aquella sierra por acaso transitaban en busca de leña ó de ganados, pues no bien divisaba alguna á lo lejos, cuando, imitando á los criminales, por la ley y la justicia de los pueblos perseguidos, se escondía en lo más espeso del monte.

Sucedió un día que, por estar distraído y mirando muy atentamente unas florecillas que le eran desconocidas, se le acercaron de pronto un hombre y una mujer. Andaba él cabizbajo, con un palo en la mano, y un lío de ropa atado á la espalda, y ella le seguía sollozando y limpiándose de cuando en cuando las enrojecidas pupilas. Todo inducía á creer que se trasladaban á algún punto de la sierra después de haber perdido á los seres más queridos.

Venían tan pobremente vestidos y demostraban estar embargados por tan hondo pesar, que el hombre menos caritativo, sintiéndose conmovido á su presencia, se hubiera acercado á ellos, ya que no fuese para inquirir la causa de sus infortunios, para darles siquiera alguna limosna, que no á menos estamos todos obligados en semejantes casos; pero no tanto, ni mucho menos, hizo D. Dieguito, sino que antes bien, al verlos de improviso tan cerca de sí y

creyéndose ya contagiado, echó á correr por un barranco abajo, y tomando el ruido de sus pasos por el de aquellas pobres gentes, no paró hasta no dar con su cuerpo en una gruta que entre las rocas encontró por casualidad abierta.

Entró dentro y se sentó sobre una piedra: al cabo de un rato que dedicó al descanso, acostumbrada su vista á la obscuridad, empezó á examinar muy detenidamente aquella excavación, y hasta se atrevió á llegar hasta su fondo, que era estrecho y largo.

Parecía la entrada de una mina, en otros tiempos explotada tal vez por los romanos, pero como no tuviese á mano linterna, hacha de viento, ni rama resinosa con que alumbrase, suspendió su exploración, y de allí á poco rato volvió á internarse en lo más espeso del monte, que era el modo más seguro de no hallarse con nadie.

Así transcurrieron diez y siete días sin que D. Dieguito supiese si el pueblecillo de Almarza estaba ya despoblado ó si quedaba con vida alguno de sus desgraciados habitantes; lo único que podía afirmar, era que Estebanillo vivía aún, puesto que todos los días y á la misma hora, encontraba al pie de la roca el pan y la carne con que se alimentaba; y á fe que le estuvo bien ser generoso con aquel muchacho y mirar por su desamparada familia, pues sin su apoyo bien puede asegurarse que hubiese muerto de hambre, prefiriendo este triste fin á volver al pueblo.

Entanto llegó Septiembre, y con esto y encontrarse á gran altura sobre el nivel del mar, comenzó á refrescar el tiempo y á helar por las noches con tanta

intensidad, que D. Dieguito daba diente con diente envuelto en su manta de viaje; pero no lo sentía él, pues suponía que con este cambio cesaría la epidemia y podría volver á Madrid.

Con el cabello sin peinar, flaco como un espectro, hundidos los ojos, curtido por el sol y el viento, sucia la camisa y desgarrado el traje, antes parecía un facineroso huido de todo trato social, que persona decente y de regular hacienda.

Bien puede asegurarse que ni su propia familia le conociese si en aquel lastimoso estado le encontrara, pero él se salvaba de la muerte y lo demás le importaba poco; con mudarse de ropa blanca, ponerse otra de abrigo y embellecerse el cutis con los cien mejunges que en la maleta traía, volvería á su primitivo estado.

Estaba, pues, satisfecho y triunfante su egoísmo, y todo hacía suponer que saldría de aquel mal paso sin más que penalidades y sustos, pero la suerte que se empeñaba en perseguirle, le tenía reservado, tal vez en castigo de su egoísmo, una jugarreta que tanto sirviese de contera á todas sus aventuras, como de provechosa enseñanza á su mal proceder.

El 3 de Septiembre cayó una nevada y comenzó á hacer tanto frío, que D. Dieguito se quedó todo el día sentado delante de su chozo envuelto en su manta de viaje hasta los ojos y alimentando incesantemente la hoguera que ardía en aquel fogón que, con piedras rodadizas y delante de la puerta estrecha y baja de su vivienda, le fabricase Estebanillo.

Aquella noche, entre once y doce, oyó grandes

carreras, crujir de ramas al quebrarse, y como un castañeteo de dientes. Poco familiarizado aún con la vida de los bosques, desconocedor de sus misterios y pusilánime por temperamento, levantóse azorado, tomó su escopeta y salió del chozo.

Las carreras se repitieron por otras dos veces hacia la fuentecilla que á media ladera estaba situada, y luego todo volvió á quedar en sileacio, con lo que D. Dieguito, sin comprender quién las daba, acostóse de nuevo sobre las olorosas hierbas y se quedó dormido.

Al día siguiente, sin embargo, reconoció por precaución los alrededores de su morada, y no tardó en encontrar estampadas sobre la nieve muchas huellas de perros (al menos así lo creyó él) que se cruzaban y se borraban unas á otras, lo cual indicaba que aquellos animales habían pasado varias veces por los mismos lugares, y como entre aquellas huellas de digitigrados viese otras pequeñitas de paquidermo ó de pezuña hendida por el centro, vino á sacar en consecuencia que unos perros de ganado habían perseguido aquella noche una cabra extraviada, lo cual no era para asustarse.

Siguió por curiosidad los rastros que no se perdían por estar fuertemente impresos sobre la nieve, y como á media legua, en el fondo de un barranco, encontró indicios de haber tenido lugar en aquel sitio una lucha de fatales consecuencias para el pobre animal perseguido, pues á más de grandes manchas de sangre, veíanse esparcidas cuatro pezuñitas y una cabeza de corzo.

A tener más conocimientos venatorios, hubiese comprendido en el acto, que siendo aquellos animales de los más ligeros y sueltos de la creación, pues no hay liebre que en el correr y saltar les aventaje, no podían ser perros de ganado, mastines en general, los que le dieran alcance, ni los que de aquella suerte le devorasen sin encontrarle muerto, cosa que no había sucedido, puesto que todo indicaba que el corzo había sido perseguido por numerosos enemigos durante mucho tiempo.

Otros animales, pues, más hábiles y más feroces que los perros, andaban en manadas por aquellas sierras, pero D. Dieguito no se preocupó más de este incidente, y pasó el resto del día saltando de roca en roca como de costumbre, sin ver nada nuevo que pudiese llamarle la atención.

Llegó la noche y no tardó en oír un concierto de lejanos aullidos, que si bien creyó al pronto que fuesen lanzados por los perros de las majadas, no tardó en comprender que podrían ser de lobos.

Esta idea fué una revelación para él; nunca había visto aquellos animales más que en los grabados de las obras de Historia natural, pero sabía, por haberlo leído cuando era niño, cuánta era su fuerza y su ferocidad. También recordó que en ciertos países, sobre todo cuando hace mucho frío, se reúnen en manadas y atacan al hombre, al que devoran si cosa de mejor gusto no encuentran al paso para saciar su hambre.

La estación no estaba muy adelantada aún puesto que empezaba Septiembre, pero en aquella región

hacia ya un frío intenso, las grandes ganaderías habían emprendido su trashumación anual hacia el mediodía de España, de suerte que no tenía nada de extraño que aquellos carnívoros, careciendo de la opípara comida que durante todo el verano habían tenido, se reuniesen en manadas en el corazón de la sierra, desde la cual, y cuando entrase más el invierno, descenderían de noche á las aldeas vecinas.

Nada indicaba mejor su hambre, su habilidad y su número que haber capturado un corzo la noche anterior, pues sin ser muchos para renovarse en la carrera, y sin emplear mil tretas á cual más ingeniosas, nunca lo hubiesen conseguido.

Todas estas reflexiones helaron la sangre en las venas del pobre D. Dieguito que no pudo menos de decir para sí:

—Pues si un corzo que es tan ágil no ha podido escaparse, ¡cómo me escaparé yo que, por ser hombre, y hombre torpe por naturaleza, no puedo apenas moverme!

Triste era morir del cólera, espantoso ser arrojado como una cosa en la fosa común, sobre el montón anónimo, pero más horrible era aún ser devorado por una manada de lobos, sentir en la carne palpitante sus agudos dientes, sentirse arrancar miembros enteros antes de espirar.

Al pensar en esto, sintió que un sudor frío inundaba su cuerpo; que se le erizaban los cabellos, y que la escopeta, única arma defensiva que poseía, temblaba entre sus manos como hoja impelida por el viento.

¿Qué haría él si durante una de aquellas interminables noches le acometía un rebaño de lobos? ¿Qué haría él escondido dentro de aquel chozo de ramas, que con las zarpas podrían derribar cuando se les antojase? ¿A quién pediría auxilio, ni quién los espantaría con voces, pedradas y tiros, cuando descendiesen de lo más escabroso de la sierra?

Los dos términos del dilema eran igualmente aterradores para él: ó volver al foco infeccioso, con la casi seguridad de ser invadido, y de morir desastrosamente á las pocas horas, ó quedarse en su retiro con la casi seguridad de ser destrozado y roído hasta los huesos.

Esto último, sin embargo, le pareció peor, y tanto, que resolvió marcharse aquel mismo día con Estebanillo, dado caso que su protector y maestro, insensible á las dádivas y á los ruegos, no quisiese quedarse en la sierra con él para defenderle. No podía ser más sensata esta resolución; pero, por desgracia, no le fué dado ponerla en práctica, pues precisamente aquel día dejó Estebanillo de traerle el pan y la carne de costumbre.

Acaso estaba enfermo ó á punto de espirar su madre. Este contratiempo acabó de desconsolarle, no porque en uno ó dos días le faltase el necesario sustento, sino porque sin su compañero de caza, gran tirador, como hemos dicho, y mozo de tan gran corazón, á quien todos en el país con respeto miraban, no se atrevía él á marcharse de aquel sitio. Si volvía al pueblo después de tantos días de ausencia y después de haber dado tan pocas pruebas de humani-



dad, temía que le recibieran á tiros, y á otro punto de la sierra no se atrevía tampoco á dirigirse por no conocer los caminos y no contar con el apoyo de nadie en el país.

Resolvió, pues, quedarse, siquiera tuviese que combatir frente á frente con los lobos.

Como el hambre es madre y ocasión de todas las habilidades humanas, aquel día, por primera vez, mató un hermoso macho de perdiz. Lo desplumó como la mejor cocinera y lo asó atravesado en la baqueta sin sal y sin aliño alguno; pero no por eso dejó de templar con él las ansias de su estómago.

Reunió después gran cantidad de leña seca para tener una buena hoguera encendida durante la noche, se envolvió lo mejor que pudo en su manta, y aguardó sentado los acontecimientos.

Cierto es que tenía á mano una escopeta de dos cañones y buena provisión de pólvora y perdigones, pero su conciencia le decía que no tenía él arrojo bastante para defenderse en el momento decisivo, sino que antes bien se confirmaba en la idea de que le devorarían á él como él al macho de perdiz, y ya se sabe la fuerza que pierde el que se degrada á sus propios ojos. Para defenderse con probabilidades de éxito en todas las ocasiones supremas de la vida, es necesario despreciar por completo la muerte y sentir el deseo novilísimo de luchar hasta exhalar el último suspiro. Quien así no piensa es vencido antes de comenzar el combate.

Como la noche anterior, no bien medió ésta, em-

pezó á oír D. Dieguito los aullidos de los lobos, que se llamaban y contestaban en todos los extremos del monte como ejército que se pone previamente de acuerdo para dar un asalto, sólo que ahora no se alzaron los aullidos, como otra vez sucediera, sino que se fueron oyendo cada vez más clara y distintamente, de lo cual dedujo nuestro anacoreta que se le venían encima, como así sucedió, pues á la luz de la hoguera vió algunos bultos que en todas direcciones se movían buscando sitio aparente para el asalto.

Vió sus ojos brillar en la sombra como puntos fosforescentes, y pronto adquirió el convencimiento de que, ó su miedo le hacía encontrar puntos luminosos en donde no los había, ó que sus enemigos pasaban de una docena, número muy respetable, no para un hombre como D. Dieguito, sin alientos para servirse del arma que tenía entre sus manos, sí que para otros de mucho más brío.

Comprendió que su única salvación era mantener bien encendida la hoguera, y como estaba prevenido de antemano, no dejó de echar brazados de ramas secas sobre las brasas. Con esto se levantaban grandes llamaradas que, proyectando su luz á gran distancia, ahuyentaban á los lobos; pero no bien disminuía la intensidad de las llamas, acercábanse éstos aullando y chocando las poderosas mandíbulas unas contra otras.

Algunas veces se aproximaban tanto, que veía distintamente sus cabezas erguidas, sus puntiagudas orejas y sus entreabiertas y sanguinolentas fauces, llamándole particularmente la atención las hileras

de blancos y puntiagudos dientes con que estaban guarnecidas sus mandíbulas. Otras veces daban vueltas alrededor del chozo, y momentos hubo en que creyó que ya estaban abriendo en él un portillo para acometerle por la espalda. Tuvo entonces tanto miedo que se le escaparon á un tiempo los dos tiros: había oprimido los gatillos sin saber lo que hacía, así es que los perdigones fueron en dirección de la luna en vez de dar en los lobos.

Excusamos decir que los órganos todos de D. Dieguito se sublevaron y que dió rienda suelta, y sin poderlo impedir, á todas las funciones físicas de la débil naturaleza humana.

El pobre tuvo la colerina sin saber que tal enfermedad padecía, y sin darse cuenta de ello siquiera.

Así pasó aquella terrible é interminable noche, pero fuese que los lobos no tuviesen bastante hambre para atravesar la hoguera, ó fuese que la hora de D. Dieguito no hubiese sonado aún, ó fuese, por último, que la suerte se hubiese propuesto hacerle sufrir una tras otra todas las torturas del miedo, lo cierto es que los primeros resplandores del alba le encontraron ileso.

Los lobos se volvieron á sus guaridas y D. Dieguito pudo arrojarle sobre su misero lecho, en donde, gracias al cansancio y al aniquilamiento moral en que se hallaba, pudo conciliar un sueño reparador.

Levantóse decidido á marcharse con Estebanillo no bien llegase éste, pero por su desdicha tampoco vino aquel día; tal vez habría muerto y se encon-

traría ya completamente abandonado en medio de los montes.

Entonces sí que maldijo una y cien veces su escaso valor y su escaso juicio, que á tan desastroso fin le habían conducido; entonces sí que, echado sobre el suelo y con la cara oculta entre las manos, lloró amargamente, acordándose de su familia, que había abandonado tan injustamente, y pidió á Dios misericordioso que le perdonase.

Pero ya era tarde; él mismo se había arrojado entre las garras de las fieras, y tenía que sucumbir sin emperador, sin damas romanas, sin gladiadores y sin plebe que le contemplase en sus últimos momentos.

Tenia que morir en aquellas soledades como el corzo inocente, cuyos ensangrentados despojos había encontrado dos días antes en el fondo de un barranco.

Y decimos que tenía que morir, porque á pesar de ser tan grande su miedo y de haber visto tan de cerca, no ya la oreja, sino las orejas á los lobos, optó por quedarse en la sierra un día más, esperando que en este tiempo viniese Estebanillo, que, de no haber muerto, no podía abandonarle tan despiadadamente ó alguna persona á quien preguntar pudiera lo que pasaba en Almarza, si había cesado la epidemia que con tanta fuerza comenzara ó seguía haciendo estragos aún.

Tomada esta resolución, que á todas luces era la peor de todas, pensó en atender á su sustento como el día anterior y en mudarse á otro punto en donde

pudiese pasar la noche con más tranquilidad, pues ya sabía por experiencia que el chozo era una fortaleza abierta á los cuatro vientos.

Como estuviese tan débil, que ni andar por los vericuetos podía, sobre tener grandísimo miedo de encontrarse con la lobada si se internaba en el monte, se contentó con cuatro ó cinco zorzales que mató sin trabajo entre los árboles más próximos, y que asados como el día anterior calmaron por el momento su apetito, que no era muy grande por los trastornos que sufriera durante la noche su aparato digestivo.

Después se dirigió á la gruta ó boca de mina que por casualidad hallara tres ó cuatro días antes; hizo en ella, después de apartar las piedras rodadizas, un lecho de hierbas secas en que descansar, y acumuló á la entrada de su nueva y ascética morada cuantas ramas de árbol y jaras resinosas halló á mano, por arder estas últimas como teas y derramar una luz viva y aparente para el caso.

Hecho esto se creyó relativamente seguro, pues el interior de la excavación estaba cerrado por la roca viva, y por delante servíale la hoguera de infranqueable muro.

Todo se reducía, pues, á no dormir y á pasar el tiempo alimentando el fuego.

Cerró la noche, y á la misma hora poco más ó menos, oyó los acostumbrados aullidos en la sierra, las carreras desenfrenadas sobre la nieve y el castañeteo de dientes, que era lo que más le aterraba.

Según pudo comprender, anduvieron olfateando

y revisando el chozo, y como no encontrasen en él nada que comer, empezaron á seguir la pista del cazador, no tardando en presentarse en confuso tropel á unos veinte pasos de la gruta.

El sistema de defensa y la posición estratégica de su víctima, á la que creían tener ya entre sus dientes, pareció desconcertarles. Se quedaron quietos formando un semicírculo y entonces don Dieguito pudo contarlos y examinarlos á su sabor. Eran doce, cuatro mucho mayores que los demás, de lo cual dedujo que éstos eran los padres y los ocho restantes las crías; ó si se quiere, dos familias distintas establecidas sin autoridad de las justicias en aquellas montuosas sierras, y unidas por el hambre y el frío á pérdidas y á ganancias, prontas á prestarse ayuda en el momento del peligro y dispuestas á devorar sin conciencia cuanto encontrasen en sus nocturnas expediciones.

Como no tenían en donde escoger, y como por otra parte, sus paladares no eran de los más delicados, don Dieguito debió parecerles, aunque flaco como un espectro, excelente bocado, y se propusieron repartírselo equitativamente hasta el último músculo. Por eso sin duda le perseguían con tanto encarnizamiento, y por eso daban visibles muestras de despecho al ver que se les escapaba de entre los dientes.

Don Dieguito, por su parte, aunque las circunstancias no eran para bromas, se reía para sus adentros de la jugarreta que causaba el mal humor de sus perseguidores, y agregaba rama seca sobre rama seca y jara sobre jara para persuadirles de que perdían el

tiempo y la noche que podían emplear en más fructuosas aventuras.

Los lobos permanecían inmóviles mirando la hoguera y mirándose unos á otros; momentos hubo en que el sitiado creyó que estaban calentándose pacíficamente sin pensar ya en él.

De pronto, sin embargo, empezaron todos á aullar de un modo ensordecedor, acercándose hasta tocar en las brasas, alejándose, dando vueltas y revueltas, castañeteando con los dientes, y manifestando una furia y una osadía tales que don Dieguito creyó que iban á saltar por cima de la hoguera y á precipitarse sobre él.

Espantado entonces empezó á tirarles tizones encendidos, y fuese que el fuego que caía sobre ellos como una lluvia los espantase, ó sea que cambiasen de propósito, se calmaron y se retiraron de la hoguera formando el mismo semicírculo de antes. Algunos desaparecieron perdiéndose entre las tinieblas, y don Dieguito respiró, persuadido de que los que quedaban mirándole desde lejos harían pronto lo mismo, con lo cual quedaría libre de aquel asedio que le ahogaba por momentos como si una losa de plomo tuviese sobre el pecho.

Sus esperanzas se realizaron en efecto, pues al poco rato observó con grandísimo júbilo que ya no había ningún lobo delante de la hoguera. No por esto se entregó al *dolce far niente*, sino que antes bien puso en orden el esparcido combustible y se mantuvo muy sobre aviso para defenderse con más valentía que nunca si se renovaba el ataque.

Y á fe que bien necesitaba apelar á las escasas fuerzas que le quedaban, pues en aquel momento sucedió una cosa tan imprevista como espantosa. Olfateando los lobos por entre las malezas que dominaban la gruta, y atraídos tal vez por algún vago resplandor, dieron con una boca, grieta ó pasadizo que comunicaba con aquélla. La ensancharon con las garras y se precipitaron por ella, derribando y quebrando cuanto encontraron á su paso.

Don Dieguito creyó que la gruta se desplomaba, pero al volver la cabeza distinguió en la obscuridad de la cueva aquellos puntos luminosos que tan conocidos le eran. Los lobos le asaltaban por retaguardia, y dentro de un segundo le tendrían entre sus dientes, pues ni tiempo, ni valor, ni fuerzas, ni medio alguno tenía para defenderse de aquella lobadambrienta que le caía encima como una avalancha.

Entonces, por un movimiento inconsciente, pero más rápido que el pensamiento, saltó por encima de la hoguera y echó á correr por la quebrada abajo sin saber á dónde iba y sin comprender que en dos saltos le alcanzarían los lobos.

No era la voluntad la que llevaba al cuerpo, sino éste el que se precipitaba hacia adelante como piedra que sale de una honda sin saber á dónde se dirige ni en dónde caerá.

Los lobos le seguían en confuso tropel, unos delante, otros detrás, otros á los lados; saltando, aullando, dando castañeteos formidables con los dientes; sentía el cálido ambiente de sus entreabiertas bocas al lado de la cara; hasta creyó que un lobo,



más osado que los otros, le desgarraba el vestido, llevándose de paso una parte de la piel de la espalda; pero en aquel momento supremo, que creyó el último de su vida, le faltó tierra y cayó en un hoyo profundo, arrastrando á un lobo en su caída.

Esta fué tan grande que perdió por completo los sentidos. Cuando los recobró, era ya de día; miró con espanto y solo vió al principio la boca de aquel pozo que podría tener tres metros y medio de profundidad y que había sido abierto, á no dudar, por una caída continua de aguas torrenciales sobre una tierra más blanda, más arenosa y más aparente para la filtración que las inmediatas; después sintió un entumecimiento general producido por la caída. Sin embargo, comprendió que por haber encontrado un lecho de hierba seca, arrastrada de la ladera y aglomerada allí, no tenía fractura alguna. Trató entonces de incorporarse haciendo una flexión sobre sus manos, pero un gruñido sordo paralizó este movimiento; examinó entonces con más atención cuanto le rodeaba, y apoyado contra el muro fronterero del pozo, echado y con la cabeza levantada, vió un lobo enorme, de pelo entre rojo y gris arrancado en algunos puntos, que le miraba fijamente, enseñándole dos filas de blancos y poderosos dientes. Don Dieguito creyó perder entonces la poca vida que ya le quedaba: un estremecimiento convulsivo agitó todos sus músculos; cerró los ojos, y si no volvió á perder los sentidos como antes, le abandonaron de tal modo las fuerzas que dejó caer la cabeza sobre

la hierba seca y se quedó tan sin alientos como si el ánima por completo le abandonara.

Difícil era su posición, pero no tanto como el suponía, pues desde el momento en que una fiera se encuentra en un punto, del cual no puede huir á pesar de todos sus esfuerzos, sea porque tenga conciencia de su impotencia, sea porque comprende que está bajo el dominio del hombre al que supone más fuerte, ó sea, en fin, que la imposibilidad de triunfar modifique sus instintos, lo cierto es que pierde su tendencia agresiva y se mantiene á la defensiva. Es decir, que no acomete en tanto que no se encuentra en inminente peligro de muerte. Y no sólo esto le sucede cuando se halla en presencia del hombre; sino cuando se halla en contacto con los animales que más odia ó que más persigue generalmente. Se ha visto un lobo y una cierva en el fondo de una sima, sin que el primero, que había caído en ella probablemente al correr tras de la segunda, le hiciera el menor daño.

Todos los animales cuentan con la impunidad que les ofrece la velocidad de su carrera y la extensión de los campos libres de obstáculos; la cautividad fortuita les hace comprender que aquella impunidad deja de existir y de aquí proviene, á nuestro juicio, á perder tan por completo sus feroces instintos que quedan transformados en sombría desesperación.

No referiremos todas las angustias que dentro de aquel pozo sufrió nuestro héroe, porque ni él mismo supo después referirlas. Estaba adherido á la materia por algunos frágiles hilos de vida, que por su

mentos se iban quebrando. Bastara quizá que el lobo hubiese colocado sobre él una de sus enormes garras para que su corazón dejara de latir para siempre. Sólo diremos que pasó de este modo todo aquel día y toda la noche que siguió á éste, y que cuando asomaron los primeros resplandores de la aurora vivía aún.

Dios, por fin, se compadeció de él, pues á corto trecho de haber amanecido oyó unos pasos que se iban acercando lentamente hasta dar en la boca del pozo; entonces vió una sombra, parecióle que alguien, con gran cuidado miraba desde arriba, tratando de estudiar á través de la luz opaca lo que en el fondo de la excavación sucedía. De pronto oyó una detonación de arma de fuego y sintió que el lobo se revolcaba á sus pies salpicándole con su sangre; pero aquellas convulsiones terribles concluyeron pronto; herido de un certero balazo entre los dos ojos, cuyo resplandor debió servir de punto de mira al que había hecho fuego, espiró lanzando un ahogado rugido.

Entonces oyó á Estebanillo que gritaba con voz angustiada.

— ¿Don Diego, don Diego..... está usted herido?

Don Dieguito hizo un esfuerzo y contestó con voz apagada.

— No; sácame de aquí por amor de Dios.

— ¿He muerto al lobo?

— Si.

— Pues estése usted quieto, que pronto le sacaré á usted.

Y dicho esto, cortó con el hacha que siempre lle-

vaba, dos árboles de cuatro ó cinco metros de longitud y de unos treinta centímetros de diámetro; les dejó el comienzo de las ramas laterales para que de escalones sirviesen; deslizólos con cuidado dentro del pozo y descendió por ellos.

Ya en el fondo del pozo incorporó, no sin trabajo, á D. Dieguito, que no podía tenerse de pies, tanto por los grandes dolores que en todo el cuerpo sentía, cuanto por estar casi yerto, le colocó sobre su espalda, le ató los manos con una correa de sus abaracas por debajo de su barbilla para que no pudiese caer, y llevándole suspendido de este modo, volvió á subir por los dos palos. Hecho esto, le depositó sano y salvo sobre la ladera, en donde le vivificaron los benéficos rayos del sol.

Estebanillo contemplaba con infinita compasión á aquel pobre ser, preguntándose si sería posible que sobreviviese á una aventura de aquella clase, porque la verdad es que nuestro héroe, que no podía hacer otra cosa que oprimirle las manos y llorar en silencio, tanto de gratitud como de dolor físico, más parecía un cadáver que persona viviente, tal era su demacración y la palidez extremada de su rostro.

El cazador le hizo tomar un poco de aguardiente que llevaba en una calabaza, y viendo que se reanimaba, le dijo con mucho cariño:

—Han muerto mi pobre madre y uno de mis hermanos estos días, y como no tenían á nadie que les asistiera no he podido dejarlos hasta no *darles tierra*; por eso ha pasado todo esto, que siento á par de mi alma; pero puesto que se ha salvado usted milagro-

samente de esos condenados lobos, que han hecho de las suyas porque no andaba por aquí mi escopeta, lo demás se arreglará, Dios mediante. Los tres hermanillos que me quedan han sido recogidos por el Gobernador y ya no pasarán penas, porque los alimentarán y los vestirán decorosamente en el Hospicio del Burgo: de suerte que me dedicaré exclusivamente á usted de hoy en adelante mientras permanezca usted en este país y quiera usted utilizar mis servicios, que no olvidaré yo nunca que gracias á usted he podido atender á la subsistencia de mi familia en este calamitoso verano, en que no he tenido medio de vender ni una sola pieza de caza.

Y dicho esto, que no poco consoló á D. Dieguito, y que le enseñó que el que siembra en buena tierra, siquiera sea con intención de servirse á sí mismo, recoge ciento por uno, volvió á cogerle entre sus brazos, como si de un niño se tratase, y le llevó á su antiguo chozo. Arregló bien la cama de hierbas y hojarasca, mulléndola y añadiendo nuevo contingente de tomillos, que más blanda y perfumada la tornara; le hizo que se acostara sobre ella, le arropó bien con su manta y su anguarina de paño pardo, encendió una hermosa hoguera cerca del chozo para que su benéfico calor fuese poco á poco dando flexibilidad á sus ateridos miembros, y le dijo:

—Estése usted aquí quietecito y sin miedo alguno, que dentro de una hora, todo lo más, estaré de vuelta con lo que le hace á usted falta.

Dicho esto, echóse la escopeta al hombro, y corriendo en lo más llano y saltando como un corzo por

entre los riscos, dirigióse á la Póveda, que, como ya sabemos, fué la aldea en que D. Dieguito habló con los maragatos que venían de Astorga.

Grandísimo contento le causó á nuestro héroe ver que tenía alguien que en el mundo se interesase por él, como un hermano cariñoso pudiese hacerlo; pero tal estaba de anémico y quebrantado, que creyó que todo auxilio vendría ya tarde; de suerte, que derramando abundantes lágrimas, cruzadas las manos y puesto el pensamiento en Dios, encomendóle su alma y le pidió que sus muchas faltas y desaciertos perdona-se.

En esta buena obra estaba aún entretenido y recobrando poco á poco las fuerzas, sin que de esto último se diese cuenta, cuando vió llegar á Estebanillo montado en una buena mula en compañía de un joven, que luego supo que era el cirujano de la Póveda.

Apeáronse los dos, y después de haber pulsado el facultativo á D. Dieguito y de haberle reconocido detenidamente, declaró que era urgente llevarle con el mayor cuidado posible á un punto en donde pudiese acostarse en un buen lecho. Colocáronle sobre la mula entre dos costales de paja; le abrigaron bien, y llevando Estebanillo la mula del diestro para hacerla caminar por el terreno menos escabroso, y cuidando el cirujano del enfermo, se dirigieron á la Póveda, libre ya de la epidemia hacia ocho días.— Enterado el facultativo de que D. Dieguito podía pagar generosamente la hospitalidad que se le dispensase, no consintió que saliese de su casa. En ella permaneció, pues, y tan bien y con tanto esmero le

cuidaron Estebanillo y la familia del cirujano, que tras dos semanas de permanecer en el lecho y de tomar drogas, y otras dos de respirar los aires del país impregnados de perfume, encontróse por fin en disposición de volver á la corte. Había cesado ya la epidemia en casi toda España y el viaje no ofrecía peligro alguno. Sólo negras vestiduras, unidas á la palidez y tristeza de los semblantes, indicaban en todas partes el paso de la epidemia asiática que por segunda vez asolara nuestra patria,

Despidióse D. Dieguito de la familia del cirujano y de aquellas montañas en que había estado á punto de morir devorado por los lobos, y acompañado de Estebanillo, del que no quiso separarse en memoria de los inmensos servicios que le debía, dirigióse á Sevilla, en donde tuvo el gusto de abrazar á su padre y á sus hermanas, que por milagro se habían salvado también.

Fué tanto el interés que el bueno de Estebanillo inspiró al padre y á las hermanas de D. Dieguito, que no sólo le colmaron de dádivas por su generoso proceder, sino que en adelante le consideraron como un individuo de la familia.

---





## LA LOCA.

---

Uno de nuestros amigos recibió un telegrama en que su familia le decía que una desgracia inesperada exigía que se presentase cuanto antes en Barcelona; como su señora, establecida en esta localidad, se hallaba algo enferma, supuso que habría muerto y partió inmediatamente.

Sus sospechas no se realizaron sin embargo: la desgracia que acababa de herirle era, si cabe, más terrible que la muerte.

A los pocos días regresó con sus hijas; una de siete años, otra de tres, y con su esposa, que había perdido la razón.

Fuimos á recibirle; le acompañamos á su casa, y como ni en aquel acto ni durante las visitas que después tuvimos ocasión de hacerle, notásemos nada extraordinario en la conversación de su esposa, supusimos que la demencia, si había existido en algún tiempo y por algún disgusto especial, había desaparecido ya.

Hablaba de todo con ilación en las ideas, con propiedad en las palabras, y si algo llamaba en ella la atención era su mirada vaga y triste.

Algunas veces tomaba á sus niñas sobre sus rodillas, las arreglaba el cabello y las cubría de apasionados besos.

Procurábamos tranquilizar á su esposo, que estaba tan preocupado como inquieto, diciéndole lo que los profanos á las ciencias médicas dicen siempre en semejantes casos: «Que el cambio de clima, de alimentos y de sociedad la restablecerían por completo.»

Nuestro amigo movía tristemente la cabeza y nos contestaba:

—No; la locura está confirmada; los médicos más eminentes de Barcelona me lo han asegurado, aconsejándome, que para mi reposo y la seguridad de mis hijas, la haga ingresar en un manicomio. Tal vez he debido hacerlo, pero me ha faltado valor. Cuando la veo abrazar á sus pobres niñas, que casi contemplo ya como huérfanas, se me arrasan los ojos en lágrimas, y creo que es un crimen separarlas, quizá para siempre, del ser que más debiera amarlas en el mundo.

Pasáronse diez ó doce días en estas vacilaciones; nosotros firmes en nuestra creencia, de que aquella señora había recobrado el juicio, y su esposo, aguardando que un nuevo y fatal acontecimiento le pudiese en el caso de pedir á los facultativos de la localidad que instruyesen el oportuno expediente de demencia confirmada.

Lo que si observábamos era que la esposa de nuestro amigo se volvía cada vez más triste. Se paseaba de un lado á otro de la sala en que nos recibía y se ponía á hojear libros con cierto disgusto, sin pararse á leer en ninguno de ellos.

El ruido que hacían sus niñas al correr por las habitaciones contiguas la ponían febril; una vez la vimos arrancarse los guantes con violencia, rasgarlos y tirarlos detrás de un sofá; pero como al hacer esto su lindo rostro no perdía su gracia natural, y como si alguna vez cruzaba por su frente una nube sombría, un instante después vagaba por sus labios una sonrisa encantadora, no dábamos importancia alguna á impaciencias y contracciones nerviosas tan frecuentes en el bello sexo.

Por desgracia, el invierno que hasta entonces había sido más benigno que de costumbre, cambió bruscamente; el cielo se cubrió de densas nubes plomizas; bajó la temperatura y las ráfagas del viento Norte anunciaron que la nieve, tan frecuente en nuestro país, no tardaría en caer con abundancia.

Así sucedió, en efecto; mediaba el mes de Noviembre, y una mañana, al levantarnos, vimos que el suelo y el techo de las casas estaban cubiertos de un blanco sudario, que aun no tenía más que unas cuantas pulgadas de espesor, pero que no tardaría en aumentar considerablemente.

Encontramos á nuestra amiga sentada en una silla baja, con las manos cruzadas sobre las rodillas y mirando caer la nieve á través de los cristales del alcón. Estaba más pálida y más melancólica que de costumbre.

— ¡Qué triste es esto! — nos dijo; — ¡qué triste, y cuánto siento haber venido á este país!

— ¿Por qué? — le contestamos nosotros; — en esta

estación del año la Naturaleza está muerta en casi toda Europa y sólo presenta cuadros impregnados de tristeza.

—Es cierto—nos contestó enjugándose una lágrima que brillaba entre sus párpados.—No puede encontrarse un tiempo más aparente para abandonar este mundo.

Y luego levantándose con viveza nos preguntó:

—¿Es bonito el cementerio de esta localidad?

La pregunta era tan extraña que sonreímos sin saber qué contestar.

Ella prosiguió:

—Será muy feo ¿no es cierto? Un recinto murado sin una tumba de mármol, sin un árbol, sin una flor.....

—¿Quiere usted que variemos de conversación—le dijimos, haciendo un esfuerzo para dominar la impresión desagradable que aquellas melancólicas reflexiones nos producían.

—¿Y por qué? ¿Acaso los pobres muertos que duermen bajo una espesa capa de nieve no merecen que les consagremos un recuerdo?

—Cuando yo me encuentre entre ellos no se acordarán ustedes de mí, no llevarán ustedes á mis pobres niñas para que recen sobre mi tumba.

Y dicho esto, prorrumpió en llanto.

En esto entró su esposo y trató de calmarla; pero en vano; entonces comprendí que mi pobre amigo tenía razón. El mal había cedido acaso por efecto de viaje, pero no tardaría en manifestarse de nuevo.

Cuando pasamos al despacho de la casa, nuestra

amigo nos dijo qué hacía dos días que su esposa no tomaba alimento por temor de que la envenenasen.

Era el principio de un acceso de locura. Debía redoblarse la vigilancia y procurar á todo trance que recobrará algunas fuerzas.

Mi amigo confió las niñas á una doncella intimándole la orden de que no se separase un punto de ellas aun en el caso de que su pobre madre quisiese tenerlas á su lado.

Otra doncella debía estar siempre á la vista de la señora. Se encargó además al portero que bajo ningún pretexto abandonase su puesto.

Aquella tarde pudo conseguirse que la enferma tomase algunos dulces secos y que bebiese un poco de vino generoso.

Nuestro amigo estaba más tranquilo y pudimos decidirle é que viniese á tomar una taza de café al casino que estaba situado á unos doscientos pasos de su casa.

Cuando salimos encontramos que la capa de nieve que cubría el suelo había aumentado tanto que apenas se podía andar.

En un salón contiguo á las habitaciones que en el casino ocupaban los socios había un termómetro; lo miramos y vimos que el mercurio estaba á cinco bajo cero, lo cual indicaba que en campo raso y sobre las montañas no marcaría menos de nueve ó diez grados.

Esto nos hizo pensar involuntariamente en los desgraciados que tuviesen que viajar aquella noche. En buenos carruajes pasarían momentos crueles; á pie ó á caballo correrían el riesgo de helarse.

El día anterior se había hablado de un peatón correos desenterrado en el fondo de un ventisquero por los perros de un rebaño. Su cuerpo estaba completamente rígido.

Aunque nuestro amigo sólo pensaba permanecer unos cuantos minutos en el casino, se vió contrariado en sus designios por uno de los socios que hizo una consulta sobre el registro de unas fincas. Tuvo que contestar á ella por el cargo que en la localidad ejercía y esto nos detuvo próximamente media hora. Por fin nos vimos libres del importuno salimos.....; pero demasiado tarde por desgracia.

Al llegar á la puerta del casino encontramos á una de las doncellas que venía á anunciarnos, pálida y azorada, que su señora había desaparecido de la casa.

Registramos todas las habitaciones y nos convencimos en efecto de que por un descuido inexplicable la enferma había huído, llevándose unos cubiertos de plata y unas alhajas de algún valor.

Este detalle nos tranquilizó algo, porque probaba que no podía abrigar la idea de suicidarse, sino antes bien la de dar con alguna estación del ferrocarril, subir á un tren y volverse á su país.

Examinado su guardarropa, vimos con profunda pena que sólo debía haberse puesto sobre los hombros un ligero y elegante abrigo de teatro.

Júzguese de la consternación que se apoderó de su esposo y de todos los de la casa.

Se trataba de una encantadora joven de veintiséis años, de delicadas formas, no acostumbrada á las inclemencias del tiempo y que corría de noche sin

guía y sin abrigo por un terreno montuoso que le era completamente desconocido.

Dado el espesor de la nieve que cubría los caminos haciéndolos de todo punto intransitables hasta para los cazadores más robustos, y dado sobre todo lo bajo de la temperatura, era inevitable una desgracia.

Todo el mundo lo comprendió así, y amigos, conocidos y criados se reunieron en el acto y se pusieron á las órdenes del dueño de la casa para hacer cuanto éste creyese oportuno en aquellos difíciles momentos.

Las autoridades locales no fueron las menos activas y solícitas. Formaron cuatro brigadas de seis hombres cada una. Estas brigadas dejarían una solución de continuidad de trecho en trecho y marcharían de frente hasta llegar al límite del término municipal. De este modo en menos de hora y media se podría dar una batida al rededor de la localidad con la completa seguridad de hallar muerta ó viva á la pobre enferma que por su juventud y por su belleza inspiraba á todos las mayores simpatías.

Había huído por una puertecilla del jardín, y aunque durante algún tiempo se encontraron las huellas de sus pasos perfectamente impresas en la nieve, pronto se perdieron por haber pasado otras muchas personas por las mismas calles.

Quedaba la duda de si estaría dentro de la población, se hallaría oculta bajo algún pórtico ó sitio obscuro ó si habría salido al campo. Esta convicción fué la que prevaleció, pues de un lado apenas conocía á nadie y de otro los cubiertos y las alhajas indicaban de sobra sus intenciones de huir del país.

Las brigadas salieron inmediatamente llevando por jefes cada una de ellas á personas entendidas ; resueltas á pasar fuera toda la noche si era necesario.

Nosotros acompañamos á nuestro amigo. Un criado nos seguía con ropa de abrigo, antorchas de viento y algunas sustancias estimulantes que se tomaron al pasar en una farmacia.

Nos tocó por casualidad recorrer la parte Norte del término municipal. Nuestro amigo tenía el vago presentimiento de que su esposa se había dirigido hacia este punto por estar en él la carretera que conduce al ferrocarril de Zaragoza.

A unos cien pasos de las últimas casas entramos en un inmenso barranco formado por colosales rocas casi cortadas á pico á derecha é izquierda y en cuyo fondo corren uno al lado de otro y formando varias curvas, un camino de herradura y un río de poco caudal de agua que se llama el *Escalote*.

Como á la entrada del barranco hubiese un molino harinero, llamamos á su dueño y le preguntamos si había visto pasar á la persona que buscábamos.

Nos contestó que ni él ni su familia habían visto á nadie aquella noche, pero que hacía como unos tres cuartos de hora que los perros del molino habían ladrado mucho, señal de que alguien había pasado por el barranco.

Seguimos andando, pero como no se veían huellas humanas sobre la nieve, por momentos se acrecentaba nuestra profunda pena.

De pronto, y al atravesar un puentecillo de piedra



medio derruido, nuestro amigo arrebató con violencia el hacha de viento de manos del criado, y acercando la luz al suelo empezó á examinar detenidamente la nieve. No tardamos en ver huellas que por lo diminutas debían pertenecer á un niño ó á una mujer, pero lo más extraño es que eran de pies desprovistos de todo calzado.

¿Sería posible que la infeliz á quien buscábamos, por una locura inexplicable se hubiese quitado las botinas forradas con que salió de casa? Y si era así ¿cómo podía caminar sobre aquella nieve endurecida que debía llenar sus pies delicados de dolorosas heridas?

Lo que más nos sorprendía era no haber encontrado huellas hasta el puentecillo; pero una inspección minuciosa nos dió la clave del enigma. La persona á quien pertenecían había descendido por un ventisquero abierto en una de las laderas de la montaña. De día y con el piso seco aquel descenso hubiese sido tan difícil como peligroso, figúrese el lector lo que lo sería de noche y con un metro de nieve.

Este rasgo de audacia no dejaba ya ningún género de duda, pues sólo una persona completamente privada de razón podía hacer aquello.

No teníamos otra misión que cumplir que la de seguir las huellas pequeñas y acelerar el paso cuanto nos fuese posible si no queríamos encontrar un cadáver en medio del camino.

La temperatura era tan baja entonces que á soplar el viento Norte como había sucedido durante todo el día nos hubiera sido imposible dar un solo paso.

Adelantábamos, sin embargo, con febril ardor, hundiéndonos en unos puntos, resbalando en otros y ensangrentándonos las manos y las rodillas contra los agudos picos de las rocas.

Por fin salimos del barranco, y guiándonos siempre por las diminutas huellas descalzas entramos en un extenso robredal llamado *Monte de Oca*.

Nuestra inquietud crecía por instantes, porque harto comprendíamos todos que á los peligros del frío y de los ventisqueros se uniría en el bosque el de los lobos, que no podían menos de andar aquella noche por él hambrientos y deseosos de dar un asalto á los diferentes rebaños establecidos en aquel sitio.

Si nuestra pobre enferma daba con una manada de fieras, su muerte sería tan rápida como espantosa.

Nuestro amigo se estremecía de horror al pensarlo. Nosotros procurábamos cambiar el curso de sus ideas, pero hablábamos sin resultado, porque el mismo terror y la misma angustia desgarraba nuestros corazones.

Mentira parecía que una mujer tan delicada hubiese podido andar tanto por tan quebrado terreno y en tan poco tiempo. De cuando en cuando los majorrales nos hacían perder sus huellas y nos ponían en el caso de detenernos y dar cien vueltas hasta encontrarlas de nuevo.

Por momentos nos internábamos en lo más espeso y más quebrado del bosque. Nada indicaba la menor vacilación en la fugitiva; en vez de volver sobre sus pasos, su marcha era recta, rápida y segura.

De pronto turbó el silencio de la noche un aullido

lúgubre y prolongado que ahogó la sangre en nuestras venas. Mi amigo se apoyó en mi brazo para no caer.

—Son los perros de los rebaños—dijeron los hombres que nos acompañaban.

Otro aullido..... y luego otros varios, que resonaron en diferentes direcciones, se encargaron de probar lo contrario.

—No, no; son lobos que siguen una pista—exclamó nuestro amigo con voz ahogada;— corramos, por Dios, ó llegaremos tarde.

No necesitaba excitarnos, pues todos, como movidos por el mismo sentimiento de horror y de compasión, nos precipitamos en su seguimiento, sin fijarnos ni en las huellas ni pensar en el peligro.

Nuestro paso parecía el de una avalancha, que rompe, aplasta y destroza cuanto encuentra delante, se nos veía rodar en los ventisqueros, levantarnos, volver á caer y volver á levantarnos como sombras. Nos ahogábamos; los arbustos desgarraban nuestras ropas y el frío intensísimo restañaba la sangre que manaba en abundancia de nuestras manos y de nuestros rostros.

Por fin, asiéndonos convulsivamente de las plantas, llegamos á lo alto de un promontorio de rocas negras que dominaba una extensa ladera blanca y unida entonces como si hubiese sido de mármol.

Casi llegamos todos al mismo tiempo, y de todos los pechos se escapó un grito de horror que hizo huir espantada una manada de lobos que se dispersó en todos sentidos.

Nuestro amigo cayó sobre las rocas, ocultándose el rostro entre las manos, en tanto que los sollozos comprimidos hasta entonces se escapaban de su pecho destrozado.

Los hombres que nos acompañaban se apresuraron á sostenerle, tratando de reanimarle con palabras de consuelo.

Yo tuve el valor de dar algunos pasos más.....

Pero ¡ah! me faltan fuerzas para describir el cuadro que se ofreció á mis ojos. La pluma se cae de mis manos y siento aún, algunos años después de este triste acontecimiento, que el frío de la muerte paraliza los latidos de mi corazón.

Allí estaban sus vestidos desgarrados, allí su elegante abrigo de teatro, allí envuelto en un pañolito de batista los cubiertos y las alhajas, allí sus botitas forradas de armiño, que debió quitarse para andar con más facilidad, y que sin duda llevaba en la mano..... Pero ella..... ella.....

Desgraciados de aquellos que ni siquiera tienen el consuelo de descansar en una cristiana sepultura construída por la piedad de los hombres y bendita por las preces de la Iglesia.

No menos afortunados los pobres niños á los cuales no se les puede referir cuál fué el desastroso fin de su madre, por temor de que sucumban de horror al saberlo con todos sus detalles.

Hemos colocado una cruz sobre la ladera en que ocurrió la desgracia..... La mayor parte de los cazadores que la miran al pasar ignoran por qué causa se encuentra en aquel sitio funesto.

La verdadera tumba de nuestra infortunada amiga está en el corazón de los que supieron apreciar sus virtudes cuando aun era de este mundo y que lloran aún su prematuro fin.

Algunos días después, nuestro amigo presentó la dimisión de su destino y abandonó para siempre un país que tan dolorosos recuerdos tenía para él.

Al despedirme de la mayor de las niñas, me preguntó con su vocecita argentina y suave.

¿Dígame usted si es verdad que mamá nos está esperando en Barcelona?

Sí, Paulina, le dije, allí os aguarda, y me retiré con viveza de la portezuela del carruaje para que no viese las lágrimas que se agolpaban á mis ojos.

---



## UNA NOCHE EN LOS BOSQUES.

Vamos á tener el honor de acompañar á nuestros lectores á un poblachón de Castilla, notable en otros tiempos por los príncipes y personajes célebres que en él vivieron hasta el último reinado de los Austrias; pero sin otro mérito hoy que la suciedad de sus calles; la guerra perpetua en que viven sus habitantes por una animosidad de familia á familia, difícil de explicar, y por el completo abandono en que yacen sus históricas ruinas.

Inútil es que digamos su nombre.

Lo único que nos interesa es entrar en una casa sobre cuya puerta principal se ve un escudo de armas esculpido en mármol blanco y que así prueba la habilidad primorosa del escultor que lo hizo, tal vez en los comienzos del siglo xvi, como el linajudo abolengo de los que lo mandaron labrar para que los señores de horca y cuchillo que residían en el inmediato almenado y roquero castillo les dispensaran la debida consideración.

El edificio, que es rectangular y casi todo él de piedra caliza, ennegrecida por la intemperie, se encuentra situado entre un extenso jardín cercado de

tapias, sobre las cuales levantan sus ramas años á lamos negros, y una calle larga y estrecha forma de soportales sostenidos por postes de enebro.

Es el veintidós de Febrero del año mil ochocient setenta y ocho.

Una espesa capa de nieve compacta y dura cubre el pueblo y los campos que desde él se descubren. El viento norte sopla con violencia, y sus ráfaga aullando unas veces, silbando otras, golpean con fuerza las cerradas ventanas del edificio.

El reloj de la torre da las dos de la tarde.

Si entramos á esta hora en la casa, que es espaciosa y tiene cierto *comfort* poco acostumbrado en nuestros distritos rurales, hallaremos un comedor iluminado por dos grandes balcones que se abren sobre el jardín, y calentado por los troncos de roble que arden en una chimenea de piedra situada en el lado opuesto á los balcones.

Cerca del fuego hay dos grandes butacas de tapicería, y sentada sobre una de éstas, una señora entrada en años que lee *La Época*.

A su derecha, también sentadas delante de la mesa del comedor, se ven dos niñas, la una de diez y siete años, la otra de doce; las dos rubias, de ojos azules y de exquisita corrección de facciones. Están jugando al asalto con un joven de unos diez y seis años, pálido, nervioso, de ojos negros y resueltos, que por la familiaridad con que las trata y las miradas expresivas que de cuando en cuando dirige á la mayor de las niñas, se comprende fácilmente que no sólo está unido á ellas por vínculos de paren-



tesco, sino por los sentimientos más dulces del corazón.

La señora que lee el periódico es viuda de un magistrado, madre del joven de ojos negros, que se llama Carlos, y tía de las dos niñas cuyos nombres son: él de la mayor, Gabriela, y el de la más pequeña, Margarita.

Reside en aquella triste localidad y en aquella casa no menos triste, desde que tuvo la desgracia de perder á su esposo, presidente de Audiencia. No tiene más heredero que su hijo Carlos, pero se sacrifica para conservarle sus bienes inmuebles, en tanto que él sigue una carrera especial. Desgraciadamente el joven estudiante tiene una salud delicada y ha tenido que dejar por algún tiempo los libros y volver al lado de su cariñosa madre, que le cuida y le fortalece para que pueda regresar á la corte y terminar en ella una carrera que, unida á su patrimonio, pueda proporcionarle un brillante porvenir.

Gabriela y Margarita son hijas de una hermana de la mamá de Carlos, casada con un rico propietario de Aranda de Duero. Sus padres han consentido en dejarlas pasar una temporada al lado de su tía, tanto para que Margarita, que debe entrar de un momento á otro en las Ursulinas de Medina, se distraiga un poco, como para que den una prueba de afecto á su primo, que sufre y que se aburre en el poblachón de que hemos hablado.

Esta autorización ha sido una verdadera felicidad para las niñas, pues si es cierto que en pleno invierno no suele haber distracciones campestres en Castilla, hay una edad en que todo distrae, y más que todo,

un pequeño viaje que interrumpa la monotonía habitual de la vida, de las cotidianas labores y de la enojosas lecciones de historia y de gramática, de escritura y de bordado.

Gabriela, sobre todo, que amaba con pasión á su primo desde muy niña, y que formaba ya el proyecto de unirse á él para siempre no bien concluyera sus estudios, era intensamente feliz. Aunque un punto no se separase de su tía, siempre tenía ocasión de dirigir una mirada afectuosa al que amaba ó de oír de sus labios una de esas promesas que se graban en el corazón con caracteres de fuego.

La mamá, aparentando no comprender nada, lo veía todo, y si bien redoblaba su vigilancia, no se oponía á unas relaciones que sólo podían consolidar más tarde su felicidad, pues no sólo era Gabriela una preciosa joven llena de sinceridad y de buen sentido, sino que también, por su mucha hacienda, uno de los mejores partidos del país.

Margarita, linda niña traviesa, viva y tan maliciosa como se lo permitían sus pocos años, sorprendía todos los movimientos, todos los gestos, todas las miradas y todas las furtivas palabras de los novios, y se complacía en hacerlos rabiarse, asustándoles unas veces y amenazándoles otras con divulgar sus inocentes secretos.

Ninguno de los tres paraba la atención en que la nieve caía sin descanso, en que el viento soplabá con furor golpeando los balcones, y en que era de todo punto imposible dar un paso fuera de casa.

Estaban juntos, se miraban, se decían palabras

sin sentido y se refan estrepitosamente sin saber de qué.

Eran felices, porque la felicidad brotaba del fondo de sus almas como el perfume del cáliz de las flores.

¿Qué les importaba ni el pasado ni el porvenir? Para ellos no había más que un presente que bebían como el néctar más puro y con la mayor avidez posible, por presentir acaso que con el transcurso del tiempo sólo quedarían heces amargas y desabridas en el fondo de la copa.

Nada más encantador que aquel grupo animado por la alegría y formado por ese conjunto de líneas poéticas y vaporosas de la belleza juvenil. Ninguna arruga en el cutis sonrosado y fino indicaba un pesar oculto en el fondo del alma. Recordaban esas flores llenas de aromas y de brillantez que se agrupan para recibir los rayos del sol que las vivifica.

¡Pobres niños! cuán lejos estaban de creer que aquella felicidad que parecía tan sólida, no sería más duradera que una sombra que cruza sobre la superficie tranquila de las aguas, y que su reposo se convertiría en la situación más angustiosa y más terrible que pueda imaginarse.

Si Margarita, sobre todo, que tan impresionable era, hubiese podido leer de pronto en el porvenir, acaso se hubiese quedado muerta ó próxima á exhalar el último suspiro al lado de aquel buen fuego y sobre aquel silloncito forrado de tapicería en que hacía rabiarse á su hermana y á su primo que la amenazaba de cuando en cuando con el índice de la mano derecha, en tanto que con la iz-

quiera y sonriendo hacia adelantar ó retroceder las fichas.

De pronto la mamá de Carlos dejó caer el periódico sobre sus rodillas y dijo á su hijo con aire de bondadosa reconvención:

—Si leyeses estas partes no te quejarías tanto de nuestro clima.

—¡Cómo, mamá!—dijo éste con su locuacidad habitual.—¿Es posible que haya sobre el planeta un país peor que éste?

—Mucho peor—insistió su madre.

—Mi primo Carlos—exclamó Margarita, levantándose—no sueña más que con el Paraíso terrenal.—Luego añadió mirando á su primo con aire burlón:—¿No te da vergüenza decir que hace frío, cuando el tiempo no puede estar más hermoso?

—¡Hermoso!—interrumpió Gabriela—¡cuando hace tres días que está nevando sin interrupción!

—Como Margarita tiene un temperamento africano tan pronunciado—contestó riendo Carlos—la nieve no la impresiona.

—Pues ya lo creo que no me impresiona; sobre todo cuando oigo decir que á los pobres rusos se les hiela la nariz en cuanto salen á la calle.

—No tardará en sucedernos lo mismo si este tiempo sigue.

—¡Pobrecito!—exclamó Margarita.—¡Bonito te quedarías sin esa protuberancia que no sirve para otra cosa que para hacer más intolerables los resfriados.

—¿Querrías quedarte sin ella?

— Mi nariz es tan pequeñita, que sería una crueldad dejarme sin nada: cuanto á tí, ya es diferente, puedes dar la mitad á los elementos y quedarte con una buena porción todavía.

—¿Es decir que Carlos es narigudo?— exclamó su hermana con cierta indignación.

—Narigudo es prueba de talento, hija mía; los chatos son malos ó tontos.

—Vamos—dijo Carlos—vuelves la hoja y me haces cumplimientos.

—Haré más—prosiguió la traviesa niña riendo á carcajadas.—No bien ingrese en las Ursulinas, y por vía de distracción, te confeccionaré un capuchón-careta como los que llevan los samoyedos del Norte. Lo guatearé perfectamente, y en cuanto sople un poquito de aire, podrás abrigarte.

—Para que me tengan por un viejo achacoso.

—Ó por un salvaje.

—Vamos niña—exclamó su hermana—que descarrilas.

—Lo cual no tiene nada de extraño con la nieve y el hielo que cubre los caminos.

—Margarita tiene razón: veréis lo que dice este periódico.

—Veamos—exclamaron las dos niñas acercándose á su tía, en tanto que Carlos, recostado contra uno de los ángulos de la chimenea, encendía un cigarrillo de papel colocado en una boquilla de ambar.

Su mamá volvió á tomar *La Epoca*, y desviándose un poco de la lumbre para ver mejor, leyó lo que sigue:

«TEMPORAL DE NIEVES.

»Un fuerte temporal de nieve se ha desencadenado en las provincias del Norte.

»En Navarra, según anuncian los despachos oficiales de anteanoche, se hacen difícilísimas las comunicaciones, temiéndose grandes avenidas en los deshielos.

»El tren de viajeros que anteayer salió de Miranda, hubo de retroceder por ser imposible la marcha de la máquina, encontrándose la vía cubierta por más de dos metros de nieve.

»Los trenes correos y mixtos han sido suprimidos.

»En Santander la nieve alcanzó 2 metros 50 centímetros de altura.

»Hay dos trenes de viajeros perdidos entre las nieves y cuyo paradero inspira la más viva inquietud.

»Salieron dos máquinas exploradoras de Santander, teniendo que regresar á los pocos momentos por hacerse imposible su marcha.

»Toda clase de comunicaciones se hacen con grandes dificultades en dichas provincias.

»En los centros oficiales se han recibido ayer los siguientes despachos telegráficos:

»*Vitoria* 18 (1,20 tarde). — Los viajeros del tren correo de Bilbao, que estaban detenidos en el kilómetro 188, han llegado á Tinoso, en donde permanecen por no haberse podido restablecer las comunicaciones con Miranda ni con Bilbao.

»*León* 18 (11,58 mañana). — Hay dos máquinas enterradas en la nieve en el kilómetro 48. La vía

está completamente interceptada. El temporal continúa.

»Despachos de Bilbao dan cuenta de que faltan tres trenes correos.

»De León comunican que hay 2 metros 50 centímetros de nieve, y en la carretera 5 metros.»

¡Jesús! — exclamaron las niñas — eso es espantoso.

— Provincias enteras se van á convertir en sorbete — prosiguió Margarita. — Los tejados no podrán soportar un peso tan enorme.

— Lo cierto es — exclamó Carlos — que nosotros no tenemos derecho á quejarnos, pues la capa de nieve que cubre nuestros campos mide apenas medio metro de espesor.

— Lo ves, lo ves — dijo Margarita dando palmadas con sus manecitas color de rosa. — Todavía vamos á pedir á Dios que nos envíe otro poquito más de nieve por no ser bastante la que nos regala este invierno.

— Y del extranjero, tía, ¿no dice nada su periódico de usted? — preguntó Gabriela con curiosidad.

— Sí, por cierto — contestó la buena señora buscando. — Me parece que he leído algo de Inglaterra..... ¡Ah! aquí está precisamente, y doblando el periódico para manejarlo con más comodidad, leyó:

«Dicen de Lóndres que el miércoles último ha sido el día más frío de la estación: el viento soplabá con violencia, y sobre la capital cayó la nieve con abundancia grandísima.

»La mayor parte de los trenes del Mediodía y del Oeste de Inglaterra, sufrieron grandes retrasos. Un

tren estuvo detenido muchas horas cerca de F Worth por haber apagado la nieve la caldera de máquina. Esta línea estuvo bloqueada durante algún tiempo, así como la de Diveres.

Varios empleados han desaparecido, y se practican activas diligencias para encontrarlos, aunque se hace presumir que habrán sido víctimas del temporal.

— ¡ Pobres empleados! — exclamó Gabriela. — ¡ Qué cosa tan horrible perecer en medio de la nieve!

— Pues afirman los hombres de ciencia — contestó Carlos — que la muerte de los que sucumben por efecto del frío es la más dulce de todas. Se siente un bienestar grandísimo, y se pasa á mejor vida sonriendo.

— ¡ Bonita sonrisa! — exclamó Margarita estremeciéndose.

— Esto sí que es espantoso — exclamó la mamá de Carlos, que seguía recorriendo con la vista las columnas del periódico; — ¡ qué horror!

— ¿ Qué es ello, mamá? ¿ un choque de trenes?

— ¿ Un asesinato?

— No; será de fijo alguna mujer de París que han cortado en pedacitos. Papá nos leyó hace poco una atrocidad de esa especie. En Francia parece que tienen una afición especial á esa clase de crímenes.

— No, no es eso; pero no es menos horrible; tanto, que casi estaba por dejaros con la curiosidad de saberlo, porque la lectura de estos sueltos hacen en las niñas de vuestra edad una impresión demasiado fuerte.



—¡Ah! ya sé lo que es—exclamó Margarita poniéndose pálida.—Un aparecido.... un fantasma que sale por la noche de un cementerio. ¡Qué horror! No lea usted eso, porque voy á estar soñando ocho ó diez noches seguidas con el muerto.

—¿Y es posible, señorita, que crea usted todavía en esas patrañas inventadas por las viejas y por los tontos de aldea? Lea usted, mamá, lea usted para que no abrigue esas ridículas preocupaciones.

—Tienes razón, hijo mío; los peligros proceden de los vivos, y no de los pobres muertos, que, desgraciadamente para nuestro cariño, sólo en polvo y ceniza se convierten; pero oid.

Y leyó:

«Escriben de Viena.....

—Que sus panecillos para tomar chocolate son los mejores del mundo, lo cual no es verdad, porque papá me trajo dos cuando regresó de Madrid, y no los pude comer. ¡Puat! ¡qué asco! Me supieron á centeno.....

—¡Pero, Margarita!—exclamó su hermana poniéndose encendida:—sabes que estás muy mal educada. ¡A quién se le ocurre interrumpir á la tía!

—Como hablaba de Viena.....

—Vamos, calla y escucha.

—Pero.....

—Calle usted, señorita—exclamó Carlos;—ó si no, se queda usted sin cenar esta noche.

—¡Inquisidor!—gritó Margarita riendo.—Vamos, siga usted, tía, y dispense usted que me haya acordado de los panecillos.

La buena tía puso cariñosamente una de sus manos sobre los rubios y sedosos cabellos de Margarita, y prosiguió:

«Escriben de Viena que, por efecto de las copiosas nevadas que estos días han caído en aquel distrito, muchos lobos dejan sus guaridas, bajando hasta los pueblos y causando grandes estragos en los ganados,

» Víctima de las fieras ha sido un vecino de Villarino de Couso, á quien atacaron entre Chaguazoso y Mormentelos, y después de desesperada lucha fué devorado por los feroces animales, no encontrándose más que las ropas desgarradas é informes restos del desgraciado.

» Se trata de dar una batida general á fin de librar al país de tan tremendos enemigos. »

— ¡Qué horror! ¡qué horror! — exclamó Margarita aproximando cuanto pudo su silla á la de su tía, como si ya tuviese á su espalda una manada de lobos.

Carlos soltó una carcajada y dijo:

— Tranquilízate, pobre Margarita; esas cosas sólo suceden en el centro de Austria, que está cubierta de grandes é impenetrables bosques.

— Pues en nuestro país también hay lobos — contestó Gabriela, tristemente impresionada por la aventura de Vallarino de Couso.

— ¡Quién lo duda! pero aquí se ven raras veces, y según he oído decir á todos los aldeanos, antes piensan en huir del hombre que en acometerle. El lobo es generalmente cobarde.

— Más cobarde soy yo — exclamó Margarita. — Creo que me arrojaría al fuego por no verme enfrente de

una fiera así. Por supuesto, que tengo á quien imitar; mamá tiene tal miedo á los ratones, que siempre que ve uno se pone mala.

En este momento se abrió la puerta del comedor y apareció en ella, inclinándose respetuosamente y con el sombrero de fieltro en la mano, un hombre de unos cuarenta y cinco años, cuyo aire marcial y poblados bigotes grises indicaban un veterano retirado ya del servicio militar.

— ¡Bruno! ¡Bruno! — exclamaron las niñas levantándose y corriendo precipitadamente al encuentro del recién venido.

Bruno había pertenecido á la guardia civil durante muchos años, y acumulaba en casa de las niñas los empleos de cochero, jardinero y hombre de confianza.

Como Gabriela, y sobre todo Margarita, le habían conocido desde la más tierna infancia, le trataban con especial cariño. El viejo soldado, en cambio, hubiese dado la vida por evitarles el menor peligro.

Desgraciadamente, en aquel momento no correspondió con la alegría de costumbre á las caricias de las niñas. Su aspecto grave y preocupado indicaba que sucedía algo en la familia.

La señora de la casa lo comprendió en el acto, y le preguntó con visible inquietud:

— ¿Qué ha sucedido, Bruno?

Bruno, por única respuesta, dió dos pasos al frente y le entregó respetuosamente una carta, que la mamá de Carlos recorrió de una ojeada, poniéndose intensamente pálida.

Las dos niñas exclamaron, casi á punto de llorar  
—¿Mamá se ha puesto mala? ¿Es mi papá? Habla, habla por Dios, Bruno; ¿qué ha sucedido en casa?

Bruno permaneció silencioso y mirando á la señora de la casa, como para preguntarla si debía responder ó no. Aquélla hizo un violento esfuerzo para dominar su emoción, y contestó:

—No os asustéis, hijas mías: vuestra madre está un poco enferma, pero el médico afirma que no será nada.

Gabriela y Margarita no contuvieron ya sus sollozos, y empezaron á llorar amargamente.

—¡Ah! no—dijo Gabriela—mi mamá debe de estar muy grave; si no, no nos hubieran enviado á buscar con este tiempo; porque has venido á buscar-nos, ¿no es cierto, Bruno?

—Sí, señorita.

—Pues vámonos, vámonos al momento; ¡pobre madre! tal vez no exista ya cuando lleguemos.

—¡Qué disparate, hijas mías! ya sabéis lo que os ama, y nada tiene de extraño que quiera teneros á su lado. Lo que me aflige es que mis padecimientos me impidan acompañaros.

—Iré yo, mamá.

—Sí, hijo mío, es necesario; ¡en qué noche, gran Dios! ¡en qué noche!

Las niñas habían ido á vestirse.

Carlos se acercó á su madre y le dijo:

—¿Pero tan mala está?

—Gravísima—exclamó la pobre señora echándose á llorar.

Carlos preguntó á Bruno:

—¿Cómo has venido?

—A caballo; pero como están aquí la americana y la yegua de tiro, dejaré el caballo y guiaré el carruaje.

—¿La yegua es buena?

—De las mejores.

—¿A qué hora crees que podremos llegar?

—Aunque el camino está muy pesado por la nieve, si salimos al momento, llegaremos al amanecer.

—¿Has traído armas?

—¿Para qué? el camino es seguro.

—No importa, tomaré mi revólver. Engancha.

—Voy, señorito.

Quince minutos después las niñas, bien abrigadas y envueltos los pies en una excelente manta de viaje, ocupaban los dos asientos debajo de la capota. Bruno y Carlos, abrigados con anchas capas, iban en el pescante.

*Franca*, que era el nombre de la yegua normanda, caminaba al paso, pues la nieve no estaba todavía helada y ofrecía gran resistencia.

Eran las cuatro de la tarde; dentro de media hora sería ya de noche, por efecto de las densas nubes que cubrían el cielo.

El viento Norte había cesado casi por completo; pero una nieve fina y dura como puntas metálicas se incrustaba al caer en la epidermis.

Las niñas lloraban en silencio.

De cuando en cuando Carlos se volvía y dirigía algunas palabras de consuelo á sus primas para reanimarlas.

A las seis se detuvieron en una venta para que la yegua, que estaba algo cansada, respirase un momento.

Bruno tomó una copa de aguardiente. Carlos se bajó también del pescante y se puso á hablar con sus primas, á las cuales abrigó lo mejor que pudo, porque estaban heladas.

De pronto salió la luna é hizo resaltar con sus rayos la deslumbradora blancura de los campos.

—Bueno—dijo Bruno—eso es lo que yo esperaba. Vamos á ver como si fuese de día, además, como está helando á canto seco, antes tendrá la yegua que trabajar para detener el carruaje que para tirar de él.

Carlos miró el reloj: eran las siete menos cuarto.

—¿No enciendes los faroles?—dijo á Bruno.

—¿Para qué?

—Para no detenernos si desaparece la luna, lo que no dejará de suceder si vuelve á soplar el viento.

—No es necesario. Tendremos una noche hermosísima. Dios querrá que las señoritas puedan resistir el hielo.

Volvieron á subir. Bruno tomó las riendas, hizo silbar la fusta, y *Franca* salió como una exhalación.

La noche, aparte del frío que se hacía cada vez más insoportable, era espléndida. Sobre la nieve se destacaban, como fantasmas, los grandes árboles negros, que elevaban sus ramas desnudas de follaje hacia el cielo.

Ningún ruido, por pequeño que fuese, turbaba entonces el silencio de los campos.

Sólo se oía el trote sostenido de la yegua, cuyos

cascos hacían temblar el camino, que cada vez ofrecía menos tiro, porque la nieve se endurecía por momentos.

—¿La yegua llevará herraduras ordinarias?—preguntó Carlos con inquietud.

—Sí, señor: en estos pueblos no saben poner otras.

—Pues es un grandísimo peligro: pues si el frío va en aumento, la yegua no tardará en resbalar.

—Ahora no hay cuidado—respondió Bruno con su sangre fría acostumbrada.

—¿Por qué?

—Subimos, y la yegua se afianza con los bordes de los cascos, que hinca antes de dar el paso, de suerte que no es fácil que pueda dar un resbalón de consecuencias.

—¿Cuándo empezaremos á bajar cuestras peligrosas?

—Cuando salgamos de los bosques de los Condestables.

—¿Enfrente de Valdenebro?

—Poco más ó menos.

—¿Cuánto distamos de ese punto?

—Unas tres leguas.

—Y los bosques ¿son seguros?—preguntó Carlos, mientras llevaba la mano al revólver para asegurarse de que permanecía en su sitio.

—¡Ladrones por aquí!—dijo Bruno sonriendo.—Este es el país más honrado de España.

—¿Tú le conoces bien?

—Como que soy de la provincia.

—¿De qué pueblo?

—De Olmedilla de la Sierra. Me tocó la suerte de ir al servicio el año 59; hice la guerra de África con el general Echagüe, que era un buen militar, valiente y sereno como el que más. Me hirieron en Wad-Ras, y permanecí tres meses en el hospital de Málaga, si me cortan el brazo izquierdo, si no me lo cortan. Por fin, curé del balazo, que me lo atravesó de parte á parte. Volví á mi regimiento, que era el de Borbón, mandado entonces por el brigadier Caballero de Rodas, hombre valiente hasta la temeridad. Cuando cumplí, como mis padres habían muerto, y no tenía nada que hacer en mi pueblo, pues hasta la casucha de adobes y de paja había sido vendida para pagar las deudas de la familia, entré en el Instituto de la Guardia civil, en el cual, ya en un puesto, ya en otro, permanecí hasta fines del 75. Tenía entonces el grado de sargento segundo, y por antigüedad rigurosa sería ahora oficial; pero estaba ya cansado de servir; las noches de invierno pasadas en las carreteras para custodiar el tránsito de las diligencias y correos, no me sentaban bien: comenzaron á apuntarse los reumas.... En suma, que dejé el servicio y que tuve la suerte de entrar en casa de su tío de usted, el cual no ha sido un amo para mí, sino un padre.

Luego prosiguió, exhalando un profundo suspiro y bajando la voz para que sólo su interlocutor pudiese oírle:

—¿Qué lástima tan grande será que la señora....

—¿Pero tú crees?....

—Ya ve usted: una pulmonía se la juega á los mejores facultativos.



Cuando salí de casa había pocas esperanzas.

—¡Pobres niñas! — murmuró Carlos sintiéndose profundamente conmovido.—Volvió la cabeza hacia la capota para ver á sus primas; pero éstas seguían apoyadas la una contra la otra, juntas las rubias cabezas, y abrigadas con las mantas de viaje.

De cuando en cuando, un ahogado sollozo se escapaba de sus pechos. Era el primer golpe que recibían en su vida.

Poco á poco el corazón se acostumbra á sufrir, y pierde gran parte de la exquisita sensibilidad que tiene durante la juventud.

—¡Arrea, Bruno, arrea!

Bruno hizo silbar la fusta, y se oyó el trote de *Franca* más vivo y sostenido.

Cruzaban entonces una gran llanura, limitada en todas direcciones por grandes masas negras.

—¿Qué hora es?—preguntó Bruno.

—Las diez menos cuarto. ¿Vamos bien?

—Muy bien; pero tendremos que dar hora y media de descanso á la yegua.

—¿En dónde?

—En Lodares.

—¿Conoces allí á alguien?

—Sí, señor.

En aquel momento atravesaban una pequeña aldea, que fué del Patronato de San Juan de Jerusalem, y que tiene un pequeño puesto en la Historia.

Hasta ella llegaron ciento veinte lanzas, que á las ordenes de un capitán mandó el Cardenal Arzobispo de Toledo, para recibir á Isabel de Valois, que llegaba

de Francia por Burgos, Aranda y San Esteban de Górmaz.

Descansó aquel día y el siguiente en el magnífico palacio del Condestable Don Iñigo de Velasco, enlazado con la Marquesa de Tobar, y situado á tres cuartos de legua de esta aldea.

Después, la ilustre princesa de la casa de Francia prosiguió su marcha con su servidumbre particular y los ciento veinte hombres de guerra hasta Guadalupe, en que casó con Don Felipe II; que por tercera vez contrajo nupcias, que ni fueron muy felices ni muy duraderas, pues Isabel de Valois murió muy joven, asfixiada tal vez por la etiqueta enojosa y sombría de aquella corte.

Un momento después atravesaron el Duero y penetraron en los hermosos bosques de los Condestables, hoy descuidados y poco menos que destruídos. En ellos se conservan las ruinas de otro palacio, que fué incendiado por las tropas francesas en 1811.

En estos bosques cazó, durante los días 2 y 3 de Febrero de 1702, el joven Don Felipe V de Borbón, el cual se cruzó en Irún con el Condestable, que iba á la corte de Luis XIV con una misión diplomática.

El terreno que cruzaban, como se ve, estaba lleno de recuerdos históricos, y aun mayores eran los del camino que les quedaba que recorrer, pues tenían que dejar á su izquierda las ruinas de la antigua Oxama, y algo más lejos las de la gran Termencia romana, para penetrar en las llanuras en donde libró Ordoño II las dos batallas más sangrientas de su reinado.

Cuando salieron de estos bosques, que cruzan la carretera en su parte más estrecha, se ofreció á su vista un gran claro en forma elíptica, circundado de pinos, que se proyectaban como gigantes negros sobre un fondo blanquísimo.

La nieve cristalizada por el hielo reflejaba los rayos de la luna con tal intensidad, que ofendía la vista.

El silencio era imponente: hubiérase dicho que hasta los árboles y las rocas dormían el sueño de la muerte bajo el inmenso sudario que los envolvía.

El terreno era ligeramente inclinado; allí empezaba una pendiente que, formando ondulaciones más ó menos pronunciadas, debía seguir hasta la terminación de los bosques, en que empieza el verdadero descenso, que es tan rápido, como peligroso.

Esta circunstancia casual fué de grandísima importancia para nuestros viajeros, como vamos á ver.

Unos cuatrocientos pasos llevarían andados por aquel gran claro de forma elíptica, abierto por el hacha de los leñadores, en medio del pinar, cuando la yegua, que seguía su trote sostenido y vivo, dió de pronto una huída que, á no haber estado Bruno con las riendas bien sujetas, hubiese ocasionado un vuelco en la cuneta de la carretera.

—¿Qué es esto?—dijo Carlos que había estado á punto de caer del coche.

—¿Qué pasa?—gritaron las niñas asustadas.

*Franca*, después de la huída, se paró sin que Bruno tirase de las riendas, y dió dos ó tres bufidos, lo para tomar aliento como hacen algunas veces los aballos, sino más bien para expresar su miedo.

—¡Ah!—dijo Bruno, que miraba con recelo en todas direcciones.—¡Ya sé lo que es!

Y señaló á Carlos unos bultos negros, situados á unos cien pasos por encima de la carretera.

—¿Troncos?—murmuró Carlos en voz baja.

—Lobos—le dijo Bruno.—Y como si estos animales hubiesen querido probar que no se engañaba, un lúgubre aullido, que repitieron los ecos de los bosques, turbó el sepulcral silencio de la noche.

Al oírlo *Franca*, se encabritó, retrocedió y salió por fin escapada sin que los fuertes puños de Bruno pudiesen detenerla.

—¿Qué es eso, Carlos?—preguntó Gabriela con voz aterrada.—Pero antes de que su primo tuviese tiempo de contestar, lanzó un grito penetrante, retiró la cabeza que tenía inclinada hacia el pescante, y abrazó convulsivamente á su hermana, que estaba ya medio muerta de terror.

La pobre niña acababa de distinguir dos ó tres cabezas negras que la miraban con ojos centelleantes, y aunque jamás hubiese visto lobos, como en algún mal dibujo no fuese, la ferocidad de aquellos animales que seguían el carruaje, la forma especial de su hocico y de sus orejas cortas y puntiagudas, su pelo salvaje y su gran cola, la hicieron comprender en el acto su especie, y lo que se proponían al asaltarles de noche y en medio de un bosque desierto.

Carlos, como hemos dicho ya, era muy joven aún, pues apenas contaba diez y siete años; pero el valor es una manera de ser: ó se nace animoso ó no; en este último caso, ni la edad, ni la fuerza, ni el mando

modifican al hombre, ni le dan un poco de esa serenidad sublime que hace afrontar sin retroceder los mayores peligros. Carlos pertenecía al primer grupo; había nacido con un esforzado corazón y no pensó en lo difícil de la situación, sino en dar su vida por las dos inocentes niñas, que estaban confiadas á su guarda, y principalmente por aquella á quien adoraba con ese entusiasmo loco del primer amor.

— Defiende ese lado hasta morir, Bruno, que yo defenderé éste.

— No tire usted todavía, por Dios—gritó Bruno— porque si la yegua se desboca, somos perdidos sin remedio.

Al decir esto ató fuertemente las riendas á la balastrada del pescante para tenerlas sujetas y poder disponer de sus manos.

Hecho esto, los dos apoyaron una rodilla en el fondo del pescante para estar más seguros, y en tanto que Bruno enarbolaba el mango de la fusta para dejarlo caer como una maza, Carlos, bien asido al pescante con la mano derecha y recogido sobre sí mismo, clavaba sus ojos centellantes en los lobos como diciéndoles: «Saltad, que aquí os aguardan los seis tiros de mi revólver.»

La yegua, espantada, con las narices desmesuradamente abiertas, arrojando por ellas una nube de vapor, corría con tal velocidad que apenas se oía el ruido de las ruedas.

Los lobos saltaban, aullaban y chocaban sus mandíbulas unas contra otras; unas veces se agrupaban delante de la yegua como para saltar sobre su cabeza;

otras retrocedían un poco y parecían querer acometer á los viajeros; otras, en fin, se dividían en dos grupos y seguían saltando á derecha é izquierda del carruaje.

Las niñas, fuertemente asidas una á otra, daban gritos desgarradores que aumentaban la ferocidad de los lobos y el espanto de *Franca*.

Y sin embargo, ¡cuán lejos estaban de comprender la gravedad de las circunstancias! Cualquiera que hubiese podido presenciar aquel espectáculo se hubiese convencido de que nuestros viajeros corrían á una muerte tan próxima como inevitable.

Ó la yegua resbalaba sobre la carretera que estaba cada vez más helada, ó se desbocaba, salía de la carretera y hacía pedazos el carruaje contra los árboles del bosque; ni en un caso ni en otro había salvación posible.

Los lobos que, á más de formar un grupo que no bajaría de doce, estaban ya enfurecidos por la carrera, no tardarían tres minutos en despedazar á sus víctimas.

Si lo que acabamos de decir no había sucedido aún, era porque el carruaje subía una cuesta bastante pina, para ofrecer alguna resistencia á la yegua; pero ¿qué sería de todos en el momento en que encontrasen una bajada un poco pronunciada? ¿De qué servirían las fuerzas y la habilidad de Bruno? Ó las riendas se harían pedazos entre sus manos ó tendría que abandonarlas para que la yegua, sin sentir ya el freno, los precipitase haciéndolos pedazos, pues dada su fuerza poderosa, centuplicada por el miedo, el golpe tenía que ser espantoso.

Arrojarse del carruaje era de todo punto imposible, so pena de caer ya destrozados entre las garras de los lobos.

Éstos, cansados sin duda de correr inútilmente y deseando saciar su hambre devoradora, resolvieron concluir de una vez: en tanto que unos saltaron á la cabeza de la yegua, otros intentaron hacer lo mismo por los dos estribos, pues como ya hemos dicho, el carruaje era una americana, y por lo tanto, había un gran hueco entre la capota que estaba echada y los dos asientos del pescante; pero la empresa ofrecía más dificultades que las que ellos creían.

La yegua, que era una normanda de alzada, llevaba la cabeza tan alta y presentaba una resistencia tal con el pecho y el juego de los brazos, que los lobos que la acometieron de frente fueron rodando á veinte pasos; no por esto se desanimaron, pues otros volvieron á la carga con el propósito de hacer presa y sujetarla.

Los más feroces fueron rechazados á la derecha por Bruno, con la fusta; á la izquierda, por Carlos, con tiros de revólver á quemarropa; pero esta resistencia sólo dió por resultado enfurecer más á los lobos, que, á semejanza de los perros, á los que se parecen mucho, acometen con más brío cuanto mayor es la resistencia que se les hace.

La lucha, á partir de este momento, fué espantosa, y hubiese helado de espanto á cualquiera que la presenciara.

Bruno, con la americana desgarrada y los brazos y manos ensangrentados, descargaba golpes terribles

que eran contestados con arañazos, mordiscos y aullidos de dolor; Carlos, por su parte, no teniendo tiempo de volver á cargar, había cogido el revolver por el cañón, y frenético, loco, sin saber lo que hacía, descargaba golpes sobre las cabezas de los lobos, como un herrero que forja el hierro sobre el yunque. También tenía ya el brazo derecho sin otro abrigo que algunos fragmentos de ropa que flotaban al viento y que se empapaban con la sangre que con abundancia manaba de su piel desgarrada en cien puntos.

Pero aquel combate terrible no podía durar; tanto él como Bruno sentían desfallecer sus fuerzas; el aire silbaba al salir con dificultad por entre sus labios fuertemente comprimidos; sus brazos se cansaban de golpear y sus corazones parecían estar á punto de romperse dentro de sus pechos.

Un momento más y todo habría concluido, pero de pronto retumbó á lo lejos el mugido de una res vacuna y los lobos detuvieron instantáneamente su agresión, parecieron consultarse, y por fin se lanzaron hacia el punto de donde había salido el mugido.

Entonces Carlos y Bruno vieron que el carruaje no corría ya por la carretera, sino por el bosque, en el cual habían entrado sin darse cuenta de ello siquiera.

La yegua, casi desbocada, seguía su vertiginosa carrera; el carruaje saltaba por encima de la nieve como una pelota de goma. De pronto un obstáculo infranqueable lo detuvo; las ruedas chocaron con fuerza extraordinaria contra unos troncos apilados



en el suelo y completamente cubiertos por la nevada.

Bruno y Carlos fueron arrojados sobre los troncos, pero no se mataron por la gran cantidad de nieve que amortiguó el golpe; las dos ruedas pequeñas se hicieron pedazos, y aunque la yegua quiso arrastrar el coche y seguir corriendo, no pudo conseguirlo, porque el pobre animal se había roto una mano. Las niñas chocaron con violencia contra el pescante, pero gracias á las mantas de abrigo en que estaban envueltas, no recibieron más que fuertes contusiones.

El primero que se levantó, aturdido y cubierto de sangre, fué Bruno; dirigió sus espantados ojos en derredor y no tardó en distinguir, á unos cincuenta pasos de los troncos, una de esas barracas de tablas, troncos y tierra que hacen los serradores para guarecerse de la intemperie.

Bruno la conoció á pesar de estar completamente cubierta de nieve, por el hueco bajo y estrecho que le servía de puerta y que entonces aparecía como el ojo negro de un cíclope.

—¡Ah! ¡aquí, señorito Carlos, aquí!

—¿Qué hay? — dijo éste, levantándose penosamente.

—Una cabaña de serradores. Lleve usted á la señorita Margarita que yo llevaré á la señorita Gabriela.

Un momento después las dos pobres niñas, yertas de frío y medio muertas de terror, estaban instaladas en aquella huronera oscura y fría.

Carlos las abrigaba con las mantas y les rogaba

que se tranquilizaran porque había desaparecido el peligro.

Bruno desenganchaba y lanzaba un ahogado suspiro al ver que la yegua estaba mortalmente herida, porque la fractura de una de las manos no podía tener cura.

De todos modos la dejó en libertad para que pudiese defenderse si los lobos volvían.

Después cogió en sus brazos dos grandes troncos y los colocó de frente y uno sobre otro para cerrar la puerta de la choza que la Providencia acababa de depararles.

—¿Volverán?— dijo por fin Gabriela con voz casi imperceptible.

—¿Volverán?— repitió como un eco su hermana.

—¡Qué han de volver!— contestó Bruno con toda la entereza que pudo para tranquilizar á las niñas.

—Y si vuelven, los recibimos como merecen— prosiguió Carlos.— Aun me quedan cartuchos, y ahora que me dejarán cargar veremos quién puede más, si ellos ó nosotros. ¡Canallas!

—Lo que importa es ver si podemos encender aquí un poco de lumbre para que estas pobres niñas no acaben de helarse.

—Sí, lumbre, mucha lumbre; porque he oído leer á papá que el resplandor de las llamas ahuyenta á las fieras— exclamó Margarita, y la pobre niña se puso á reunir á tientas hierbas secas y ramitas esparcidas sobre el fondo de la choza.

—¿Tienes fósforos?— preguntó Gabriela á su primo.

—Sí; pero apenas puedo servirme de la mano derecha.

—Lo mismo me sucede á mí—dijo Bruno.

—Trae tu fosforera — exclamó Gabriela haciendo un violento esfuerzo para dominar el entumecimiento é infinito malestar que tenía postrado su delicado cuerpo. Luego prosiguió: — ¿Puedes reunir algo que arda, Margarita?

—Sí — contestó ésta; — ya tengo aquí una porción de combustible. Dame un fósforo encendido.

La animosa niña, que se sentía renacer desde que oyó decir que los lobos no volverían, consiguió hacer lumbre, y alegres llamaradas iluminaron el interior de aquella pobre morada compuesta de unas cuantas tablas de pino apoyadas unas contra otras, formando un gran ángulo obtuso, en cuyo vértice había una pequeña abertura que servía de chimenea.

Al resplandor de las ramas resinosas los hombres lanzaron un grito de alegría y las niñas una exclamación de dolor. Aquéllos habían visto una hacha grande, de esas que sirven para labrar vigas, cuidadosamente colocada en el hueco que formaban dos maderos, y éstas los trajes rotos y los brazos ensangrentados de sus defensores.

— ¡Oh, qué horror! — exclamó Gabriela, poniéndose aún más pálida. — ¡Están ustedes heridos y no decían nada!

Luego prosiguió, poniéndose de rodillas, porque era imposible estar de pie en aquel reducido tabuco:

—Pronto, Margarita, tu pañuelo de hilo y tu pa-

fuelo de seda, vamos á vendar sus heridas para detener siquiera la sangre que sale por ellas.

—Esto no significa nada—exclamó Bruno—no se molesten ustedes ni se priven de esos pañuelos que les hacen falta.

Pero las niñas no quisieron demorar un momento la cura, y convertidas en hermanas de la caridad, de rodillas, á los resplandores de aquella miserable luz que antes las ahogaba con sus columnas de humo, que las calentaba con sus llamaradas, en tanto que Margarita, temblando, vendaba lo mejor que podía á Bruno, que la dejaba hacer, con los ojos humedecidos por lágrimas de gratitud, Gabriela curaba á su primo, que casi se sentía orgulloso de sus heridas, puesto que daban origen á los solícitos cuidados de su prima.

—¡Y Franca!—preguntó Margarita,—¿qué va á ser de ella si la dejamos abandonada?

—El pobre animal nos ha salvado á costa de su vida—contestó Bruno tristemente.

—¡Cómo!—exclamaron las niñas—¿ha muerto?

—No, pero se ha roto una mano al caer sobre los troncos de árboles, y si no la matan los lobos esta noche..... dudo mucho que cure. Pero callen ustedes.....—prosiguió acercándose á la puerta que, como sabemos, había procurado cerrar con troncos;—me parece que se marcha huyendo.

—En efecto, se oyen sus pisadas sobre la nieve.

—Y muy de prisa—prosiguió Gabriela escuchando;—parece que da grandes saltos.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Margarita volviendo

á abrazarse con toda su fuerza á su hermana;—¿si volverán de nuevo los lobos?

Carlos y Bruno nada contestaron. Escuchaban con el oído aplicado contra las tablas de la choza.

Este silencio, que permitía oír distintamente los latidos de todos los corazones, fué de corta duración.

Los aullidos de los lobos les indicaron que estos animales volvían después de haber devorado su presa en el fondo del bosque. Pronto se les oyó correr y saltar como una recova de perros alrededor del chozo. Parecía que su número había aumentado y que estaban más feroces y más envalentonados que antes. Sin duda, la presa que acababan de matar, era demasiado pequeña para los muchos comensales que querían participar del festín, y sólo había servido de aperitivo.

Tenían unos viajeros á prevención y volvían por ellos para terminar alegremente la noche.

—Pronto, pronto—exclamó Bruno;—que se pongan las señoras en este rincón para dejarnos el mayor espacio posible. Usted, señorito Carlos, cargue usted corriendo el revólver y fuego á la primera cabeza que aparezca entre las tablas; cuanto á la puerta, yo me encargo de ella.

Y al decir esto descolgó el hacha que estaba escondida entre los dos maderos; cogió el astil por la mitad y se puso de rodillas al lado de la puerta, dispuesto á decapitar á cuantos lobos intentasen penetrar por ella.

Carlos, por su parte, también de rodillas, con el revólver cargado en la mano y el oído atento, estaba

dispuesto á impedir que los lobos separasen las tablas, ó á fuerza de arañar penetrasen por debajo de ellas, pues como puede comprenderse, el edificio no tenía cimientos y sólo se sostenía por el peso mismo de las maderas y de la tierra.

Las niñas, acurrucadas en un rincón y confundidas en un convulsivo abrazo, cerraban los ojos para no ver lo que iba á suceder.

De pronto, Margarita, lanzó un grito desgarrador, había sentido en su mejilla el contacto frío del hocico de un lobo.

Las dos hermanas rodaron hacia el otro extremo del chozo.

Bruno se precipitó hacia el lado que dejaban las niñas, y su hacha cayó sobre la cabeza del lobo que pugnaba por entrar. El animal retrocedió con el cráneo partido y pronto se le oyó revolcarse sobre la nieve, lanzando lúgubres aullidos.

Carlos, por su parte, oía á los lobos saltar por encima del chozo. La tierra y la nieve que lo cubrían caían rápidamente al suelo arrastradas por sus poderosas zarpas, y todo hacía presentir que no tardarían en levantar algunas de las tablas que ni clavadas estaban.

Ya por fin vió moverse una de éstas y una zarpa pasó por la hendidura. Carlos hizo fuego y oyó rodar un cuerpo por el plano inclinado.

Desgraciadamente, los enemigos eran tan numerosos y se daban tal prisa en destruir, que en tanto Carlos defendía uno de los ángulos del chozo que parecía más fácil de franquear, un lobo, más atrevido

que los demás, se subió al caballete y, sea por casualidad, sea porque tal fuese su intención, cayó por la abertura que servía de chimenea.

Carlos, que fué el primero que lo vió, corrió á él, y antes de que hubiese tenido tiempo de moverse le hizo dos pedazos; el lobo, herido, dió un aullido de dolor y se precipitó sobre el animoso joven, que retrocedió, presentándole el brazo derecho; pero la fiera no tuvo tiempo de hacer presa, pues cayó con la columna vertebral partida de un hachazo.

Entonces hubo un momento de horrible confusión; la fiera se revolcaba en todas direcciones, mordiéndolo cuanto encontraba. Afortunadamente no podía ya incorporarse, y Bruno, colocado delante de las niñas, descargaba golpe sobre golpe con tal brío, que á los pocos segundos el animal permaneció inerte y sin dar señal ninguna de vida.

Desgraciadamente, su caída primero y su agonía después, habían apagado por completo la lumbre.

La obscuridad aumentaba el peligro y el espanto.

Las tablas empezaban á crujir y á perder su aplomo. No se veía á los lobos y no se les podía herir sin temor de herir á las niñas, que, locas de espanto, se arrastraban de uno á otro extremo de aquel reducido espacio, lanzando agudos gritos.

Carlos y Bruno veían acercarse el momento supremo y no sabían qué hacer; el convencimiento de que la lucha era ya imposible paralizaba sus fuerzas y embotaba su inteligencia.

Por fin cayeron rodando cuatro ó cinco tablas, dejando al descubierto uno de los lados de la caba-

ña: Bruno corrió á tapar aquel hueco fatal con su pecho.

Las dos niñas se precipitaron en los brazos de Carlos y oprimieron sus cabecitas rubias contra su corazón. El pobre joven contempló con inmenso dolor á aquellos dos seres que le eran tan queridos, y esperó la muerte.

Pero su hora no había llegado aún. Eran demasiado jóvenes para que Dios misericordioso no se compadeciese de ellos.

Ahora, como antes, los lobos se detuvieron, escucharon y, después de un momento de vacilación, huyeron y se ocultaron entre los grupos de árboles.

Los pobres viajeros permanecieron mudos de estupor, sin dar crédito á sus sentidos. Por segunda vez se veían libres de sus enemigos, precisamente en el instante en que, sin ningún género de duda, iban á ser devorados por ellos.

Sin embargo, su asombro duró poco, pues oyeron voces humanas y las pisadas de varias personas que corrían sobre la nieve endurecida.

Bruno separó vivamente los dos grandes troncos que obstruían la puerta y salió por ella, en tanto que Carlos se precipitaba por uno de los portillos que acababan de abrir los lobos.

A unos cien pasos de la choza se veían diez ó doce hombres envueltos en mantas y armados unos con largas varas y otros con chuzos y escopetas.

Carlos se acercó á ellos y supo que eran habitantes de una aldea inmediata. Buscaban una ternera que se había escapado de su cobertizo, la cual, á su



vez, iba sin duda á la querencia de su madre, que había sido vendida el día antes.

Carlos les explicó que debía de haber sido devorada dos horas antes por la manada de lobos que le habían acometido á él y á sus primas en la carretera.

Compadecidos los aldeanos al oír aquella narración que les llenó de espanto, le ofrecieron hospitalidad y escolta hasta la aldea.

Se encendió una de las linternas del coche; Bruno tomó en brazos á Margarita, que estaba casi exánime; Gabriela se apoyó en su primo, y atravesando montones de nieve y acompañados de sus salvadores, que dejaron en paz los restos de la ternera, llegaron á la aldea á las cinco de la mañana. La esposa del maestro de primeras letras, enterada de las aventuras de los viajeros, dispuso que las niñas se acostasen en una cama bien caliente.

Un propio fué á buscar al médico del partido; otro salió con una carta que escribió Carlos para su madre antes de entregarse al descanso.

Bruno fué á buscar á la pobre yégua que estaba en el fondo de un barranco con nieve hasta el cuello.— Fué extraída de aquel sitio, no sin gran trabajo, y llevada al pueblo. El veterinario que la reconoció lijo lo que Bruno suponía ya, que lo mejor de todo era matarla para que no sufriese.

Las niñas pudieron por fin conciliar el sueño. Cuando despertaron, un sol espléndido inundaba el quartito en que estaban acostadas.

La señora de la casa entró y les entregó una carta que acababa de traer un criado de Aranda.

Era de su padre: les decía que su madre estaba mucho mejor, que los médicos habían dicho que la pulmonía había hecho crisis y que terminaría felizmente. Les advertía que si aquella carta llegaba á tiempo no se separasen del lado de su tía hasta que él fuese á buscarlas. Que se volviese Bruno con el carruaje, etc.

El criado que había traído esta epístola, había llegado á su destino en el momento de recibir la excelente madre la carta de su hijo. La pobre señora estuvo á punto de volverse loca de terror al saber los inmensos peligros que Carlos y sus sobrinas habían corrido aquella noche.

Mandó alquilar un carruaje cualquiera para irlos á buscar ella misma, pero antes de que se cumplieran sus órdenes, se abrió la puerta del comedor y los viajeros se precipitaron en sus brazos.

Carlos y Bruno tardaron mucho tiempo en curarse, pues los arañazos y mordeduras que los lobos les hicieron en los brazos, se enconaron con el frío intenso de aquella noche cruel y por la falta de auxilio en que se encontraron durante muchas horas.

Sin embargo, curaron. Las niñas pudieron volver al lado de su madre á la que hallaron completamente restablecida, y Carlos prosiguió sus interrumpidos estudios en la corte.

Cuatro años después era ingeniero de Caminos; Gabriela le amaba siempre y él amaba como un loco á Gabriela que se encontraba entonces en todo el apogeo de su belleza.

## EL CAZADOR DE LOBOS.

---

Era una tarde del mes de Noviembre de 1831.

Por un áspero sendero de la frontera de Portugal adelantaba penosamente un grupo de jinetes compuesto de paisanos y de militares de diferentes armas y grados. Cualquiera que en nuestra época los hubiese hallado en lo más fragoso de la sierra, los hubiera tomado por partidarios de una idea política, caminando á toda prisa hacia el país vecino después de abortado el *pronunciamento*, y mucho más si hubiese sabido que los hombres de guerra que en el grupo figuraban, formaban parte de la guarnición de Badajoz. Pero tranquilícense nuestros lectores, en aquellos tiempos, por fortuna, no eran habituales las sublevaciones militares; pues si bien Riego enseñó al ejército en las Cabezas de San Juan el funesto camino, por el cual debía perder más tarde su prestigio ante Europa, componíase aún de hombres incapaces de faltar al honor y de poner su espada en la balanza de los partidos.

El mal había comenzado, trabajaba lentamente á la oficialidad, pero no había llegado aún la hora de hacer su explosión y de causar daños irreparables,

pues los apetitos malsanos que despertó el fatal levantamiento de que acabamos de hablar, no se ha saciado aún después de setenta años de sangrientas luchas, de indisciplinas y de asesinatos infames, en que los más pundonorosos han entregado su vida por defender sus banderas.

¡Cuántas veces han huído por aquel mismo sendero hombres de prestigio, oficiales superiores que eran la esperanza de la patria, bien solos, bien acompañados de regimientos enteros que iban á pagar en la expatriación y en el destierro el crimen de sus jefes! Dejaban en pos de sí los organismos todos de la nación perturbados, quebrantado el crédito, muertas la industria y el comercio, y sumidas en amargo llanto á millares de honradas familias; en cambio tenían delante la miseria y el remordimiento. Todo había fracasado para ellos con la idea política que habían defendido sin comprenderla; ilusiones, ascensos, gloria y porvenir. En adelante tendrían que trabajar en tierra extraña como trabaja el forzado con la cadena del desprecio público al pie, sin amigos, sin familia, lejos de la mujer amada, lejos del valle que los vió nacer y sin recibir otro consuelo, otra compensación á tantos infortunios, que una mezquina limosna oficial. Es decir; los bizarros soldados que vestían restos del uniforme de nuestra patria, tenían que confundirse en los caminos con los mendigos portugueses.

Pero, ¿qué les importaba esto á los jefes de la sublevación? ¿No habían contraído grandes merecimientos para el porvenir? ¿Éste un entorchado,

aquél una cartera, el de más allá un nombre imperecedero? ¿Qué encontraría en cambio el mísero soldado, caso de que no sucumbiese bajo el peso del infortunio y pudiese volver al suelo que le vió nacer amparado por una amnistía general? La tumba de sus ancianos padres, muertos por encontrarse sin aquel hijo que debía haber sido el apoyo de su vejez, la casa que le sirvió de cuna, vendida para pagar las deudas de la familia; la mujer amada en los primeros años de la juventud, casada con otro.

Toda una existencia perdida porque unos cuantos oficiales sin pundonor y sin lealtad, acaso sin principios políticos fijos, tuviesen un grado más. ¡Ah! porque no saben todo esto los infelices que se dejan engañar en los cuarteles; porque no se eleva el nivel de su cultura intelectual para que no sean víctimas de su inexperiencia y, sobre todo, de su ignorancia! Los hombres que sostienen una idea que creen mejor que otra, no tienen derecho á quejarse si fracasan; pero no así el desgraciado que se juega la vida por un ideal que no comprende, que no puede comprender siquiera. Cada gota de sangre de este infeliz merecería represalias terribles, porque pertenece á la nación que sabe honrarla cuando se vierte en su defensa; pero no es en modo alguno patrimonio de una colectividad ambiciosa ó de un hombre osado que la mira correr con indiferencia suma.

Todo se lo perdonaron los Senadores romanos á Sila después de aquellas fraticidas luchas con Mario, que diezmaron á Roma, menos haber corrompido al ejército, pues comprendieron con su buen

instinto político que el mal no tendría remedio. La fuerza armada no perteneció desde entonces á la nación sino á los Pretores. Aquellas legiones antes tan respetuosas á las leyes y que con sus virtudes y con su disciplina habian sabido dominar el mundo, fueron víctimas desde entonces de sus ambiciones, y concluyeron poco á poco con el prestigio primero y con el poder, después del imperio más grande y mejor cimentado de la tierra.

¡Qué hubiese dicho Sila si hubiese presenciado los postreros días de Bizancio! ¡Qué remordimiento tan horrible no hubiese destrozado su corazón, caso que conservase algún vestigio de amor patrio!

Pero no nos acordemos de aquellos grandes hechos ni los coloquemos por respeto al lado de nuestros pronunciamientos militares, que no porque hayan acarreado grandes desdichas, dejarán de ser pequeñas nubes en el cielo esplendente de nuestra historia patria más fecunda en hechos gloriosos que en vergonzosas luchas de partido, y volvamos á nuestros amigos que no pensaban en huir, como hubiese podido presumirse, sino en cazar reses.

Concertada la cacería algunos días antes entre militares y propietarios del país, los expedicionarios habian salido de la plaza, al despuntar el alba, bien provistos de municiones de boca y guerra, y después de recoger en el camino dos recovas de magníficos perros y cierto número de *escopetas negras*, nombre que ya se daba en aquellos tiempos á los cazadores de oficio, todos ellos grandes tiradores de bala, pugnaban por llegar antes que anocheciese á

los lugares ó *manchas* designadas de antemano para dar los ojeos.

Eran estas unas grandes dehesas que no sabemos por qué olvido ó por qué pleito internacional, no pertenecían entonces ni á Portugal ni á España; de suerte que no ejerciendo jurisdicción sobre ellas ninguna de las dos naciones, no estando por nadie vigiladas, tanto servían de refugio á la caza mayor y menor como de *asilo* á los contrabandistas y escapados de las cárceles.

A ellas llevaban á pastar sus rebaños los ganaderos españoles y portugueses de los pueblos limítrofes, y como los pastos han sido en todo tiempo motivo de lucha, y mucho más en términos sin dueño en que no hay más ley que la de la fuerza ni más derecho que la posesión conquistada á tiros cada día, eran conocidas con el triste nombre de *Dehesas de las contiendas*.

Pocos sitios presentaban en toda la frontera un aspecto más sombrío y fragoso. Altas rocas de tonos metálicos oscuros, cortadas en unos puntos á pico y formando en otros escalones dentados como la hoja de una sierra gigantesca; profundos barrancos tapizados de lúpulo y de plantas trepadoras; cascadas lanzándose en el abismo con ruido ensordecedor; *manchas* casi impenetrables compuestas de cien arbustos de especies diferentes; altas hierbas, robles, encinas, pinos, lentiscos, jabinos, jaras y madroñeras plantadas en todos sentidos formaban un conjunto parecido al cabello desordenado por los vientos de la inmensa cabeza de un titán.

Ninguna casa, ninguna ruina, ningún vestigio de la vida civil.

Allí residían en ameno solaz y compañía, apartados de los hombres y como en terreno propio y nunca disputado por la agricultura, las pèrdices al lado de los mirlos, de los alcotanes, de los milanos y de las águilas reales; los lobos, las zorras, las ginetas y los gatos monteses siguiendo la pista de los *paletos* de asta aplastada, y la carrera de los ciervos de gran arboladura, de los corzos y cabras monteses.

Los conejos corrían por docenas en el fondo de los valles, prontos á entrar en sus múltiples vivares al menor ruido que llamase su atención.

Sólo algún rebaño de cabras ó alguna vacada aparecía de cuando en cuando en los claros del monte; sólo algún hombre de aspecto patibulario, desgarrado el traje, desgredado el cabello y luenga la barba, se alzaba de pronto sobre el pico de una roca, dirigía una mirada recelosa en torno suyo, se echaba al hombro el trabuco ó la escopeta de chispa y volvía á internarse en la espesura como una fiera.

De pronto, los ecos repetían el bramido de un toro ó el grito de un ave de presa que volaba formando grandes círculos concéntricos en los aires ó que se abatía de pronto, con la velocidad del rayo, sobre su presa. Luego todo volvía á su acostumbrado silencio.

Los cazadores que habían tenido que apearse por temor de rodar en el fondo de los barrancos con sus cabalgaduras, que apenas podían sentar los cascots sobre el borde de las rocas, entraron en un desfiladero largo y estrecho, y resbalando unas veces, cayendo



otras y precisados á asirse siempre á los troncos de los arbustos y á las plantas trepadoras, flexibles como serpientes, llegaron por fin á un vallecito de medio kilómetro de longitud por treinta pies de anchura, resguardado al Norte por altas piedras puntiagudas y en cuyo fondo corría y quebraba entre las hierbas sus plateados hilos un manso arroyuelo. Allí se veía un gran chozo cubierto de ramas y de tierras que servía de refugio por las noches á unos cuantos pastores extremeños que aguardaban á los expedicionarios.

Un comandante de infantería llamado Díaz del Pozuelo, alto, de bigote negro y simpático rostro, que parecía tener cierta influencia sobre sus compañeros, mandó á los asistentes que le acompañaban, que descargasen las caballerías y levantasen al lado del chozo dos buenas tiendas de campaña capaces de dar hospitalidad á la plana mayor de la expedición.

Hízose una gran hoguera, y al rededor de ella, sobre sus mantas de viaje se sentaron los cazadores que estaban rendidos por la ruda jornada que acababan de hacer. Trabáronse los caballos y se les dejó en libertad para que pastasen la abundante y fresca hierba que tapizaba el vallecito durante un par de horas, pues más tarde hubiese sido imprudente dejarlos sueltos en un terreno que estaba poblado de lobos.

Los perros, para que no levantasen la caza de los alrededores, permanecieron atados de dos en dos á los troncos de los arbustos, á cuyo pie se echaron después de ladrar, enseñarse los dientes y pugnar inútilmente por recobrar la libertad y lanzarse en persecución de las reses que ya venteaban.

En tanto que los pastores mataban las mejores terneras á espaldas de su legítimo dueño, y que los criados preparaban los mejores trozos en calderetas colocadas á la lumbre sobre un trípode de ramas, comenzaron á circular las botellas de Jerez, manzanilla, malvasía, ajensos suizos, marrasquino y ron. Las frecuentes libaciones, ya puras, ya acompañadas del agua delgada, á par que aromática, del arroyuelo, templaron la fatiga de los cazadores y desligaron sus lenguas. Se generalizó la conversación y dió comienzo una edición de anécdotas de caza, de aventuras de viaje, de chascarrillos y de gracejos, que coleccionados y corregidos hubiesen podido formar un buen tomo de sabrosa lectura.

Nada más delicioso que estas tertulias en medio de la sierra, teniendo el inmenso y purísimo cielo por dosel, una manta de lana por alfombra; al lado de una espléndida hoguera de plantas resinosas que á par que embalsama el olfato deleita la vista con sus alegres llamaradas, sus columnas de humo y sus torrentes de chispas que recuerdan los fuegos artificiales.

Estos momentos de expansión en que cada uno dice lo que sabe y lo que quiere sin atildar la frase ni pararse en las exigencias de la etiqueta; este desroche de ingenio natural que brota de los cerebros excitados como el agua de una fuente abundosa y clara; este cúmulo de invenciones y de hipérbolas grandísimas en que todo el mundo miente y pondera sus hazañas, son uno de los atractivos mayores de la caza, atractivos que los hombres graves buscarían con

infinito placer si no estuviesen acompañados de fatigas y de no pocos peligros.

—Con que aquí es en donde vamos á cazar el elefante en leche y el hipopótamo en conserva—dijo el comandante que estaba tendido á par que apoyado negligentemente sobre el brazo derecho, dirigiéndose á uno de los pastores extremeños que se le acercó con el sombrero en la mano.

—No conozco esos animales—respondió el interpelado;—pero fuera de esto, aquí encontrarán ustedes cuantos bichos ha criado Dios, pues no se camina cien pasos sin tropezar con una alimaña.

—Y *alimaña* ¿qué es?—preguntó un joven teniente, ofreciendo un cigarro al pastor.—¿Tiene la forma de una perdiz?

—Quiá, no señor, por aquí llamamos alimañas á todos los animales que hacen daño.

—¿Como los perros que muerden y los caballos que cocean?

—¡Vaya! el señorito quiere tomarme el pelo.

—Buena falta haría que en él entrase un podador hacha en mano—dijo el oficial riendo.—Pero si tantos animales dañinos hay en estas asperezas ¿cómo podéis vivir en ellas con vuestros ganados?

—Diré á usted—contestó el pastor;—como á nosotros los que más nos perjudican son los lobos, y como desde que anda por aquí el *tío Mierero* se ven muchos menos que antes.... Vamos, se puede vivir.

—Según eso, ¿ese *tío Mierero* los tiene á raya?

—Sí, señor.

—¿Él solo?

—Él solo.

—¡Diablo!— dijo el comandante.—¿Será hombre de pelo en pecho?

—De pelo en todas partes, porque parece un oso.

—Tan valiente es, ¿eh?

—Más que ninguna fiera de las que andan por estos montes.

—¡Hola! ¿Buen tirador?

—¿Tirador?..... en donde pone la bala pone el ojo.

—¡Habilidad es!—exclamaron todos, riendo á carcajadas.

—Señores, cualquiera se equivoca— contestó el cazador que acababa de hablar.—He querido decir...

—Que pone la bala en donde deja la escopeta.

—¿Me dejarán ustedes explicarme?.....

—¿Con corrección académica?

—Señores, silencio—dijo un capitán.—D. Aquí lino, limpia, pule y da esplendor.

—Tiene la palabra.

—Que se preparen los taquígrafos.

—Que limpien el hemicíclo.

—¡Cuerno!—gritó uno de los cazadores llevándose la mano á la parte posterior de su *marsellé*.

—Acabo de herirme con una zarza.....

—¿En el arco del violín?

—En la cuerda más sensible de mi individuo.

—Será el tacón de la bota.

—No señor, es la línea geográfica que divide los emisferios.

—Puesto que entramos en el terreno de las cien

cias—exclamó Díaz del Pozuelo—estudie mos los círculos.....

—¿Polares?

—No, del salchichón.

—Señores, el comandante se pone malo, pide píldoras.

—Hombre, buena idea, que caiga una lluvia de aceitunas.

—Muchachos, un olivar.

—Una vara para dejarlas caer dentro del almacén del comandante.

—Está sin existencias, de modo que admite todos los ultramarinos que se quiera.

—Señores, el comandante Díaz de Pozuelo anda ya á vueltas con una mona sentimental.

—¿Por qué?

—Porque cree que las aceitunas vienen de las Indias orientales.

—Pasando por el golfo de Fitlandia.

—Y por los cuños de Carmona.

—Se dice, caños de Carmona.

—Usted está peor que yo. Se dice cuños de aceitunas.

—Señores, orden, orden, la campanilla del presidente: exclamó un propietario rollizo y colorado dando desaforados golpes con el mango de un cuchillo sobre una sartén.

—¿Ejerce usted la calderería, D. Serapio?

—No señor, ejerzo mi derecho, quiero orden.

—Pues hágase usted conspirador.

—No necesito exponer mi respetable existencia y

el porvenir de cinco hijos y una hija para decir una cosa.

—Según sea la cosa.

—¿Pero me dejarán ustedes hablar?

—Silencio, que va á hablar por primera vez el papá....

—Moscas de Burgos.

—¡Silenciooooo!—Y todos empezaron á hacer el abejorro con tanta fuerza que los perros asustados se pusieron á ladrar con furor. Esto unido á las carcajadas estrepitosas de criados, asistentes y pastores y á los redoblados golpes que D. Serapio daba á la sartén, hacía un ruido tal que se oía á media luega.

Nada parecido había turbado jamás el silencio de aquellas soledades.

—Señores—dijo el comandante poniéndose de rodillas—si seguimos rezando el rosario de este modo, vamos á desterrar á cuantas piezas de caza hay en estos montes. Parece que estamos ojeando á los jabalíes y paletos para que los tiren en Lisboa ó en Oporto.

—Tiene usted razón; estas solemnidades requieren moderación y silencio, exclamó un joven, y apoderándose de un cuerno empezó á soplar en él con todas sus fuerzas.

—A la cárcel ese.

—A los Toribios.

—Una carrera de baquetas.

—Un auto de fe.

—A la hoguera; comamos boticario en parrillas.

—Pero ¿qué diablos tiene D. Serapio cuando así

conceita la opinión pública contra un joven músico que no pide más que domesticar á las fieras con los acordes de su lira.

—Tendrá su novia en los infiernos como Orfeo.

—Y querrá sacarla con su cuerno.

—Poquito á poco con esas armas; no pertenezco aún á la cofradía de San Marcos.

—Pero ¿me permiten ustedes colocar dos palabras?—insistió D. Serapio, blandiendo la sartén en cuyo fondo obscuro se veían ya dos ventanillos y un balcón.

—Muchacho, una ensaladera—gritó el teniente.

—¿Para qué?

—Para que D. Serapio coloque sus dos elucubraciones.

—Yo las encuaderno en vitela, con cantos dorados—exclamó otro oficial cogiendo al vuelo una rajita de salchichón.—Vamos, largue usted su Odisea.

Sale el dios Pan bailando con un archimandrita joven.

—Si no es el dios pan.

—Pues será el dios queso.

—Quería hablar del famoso tío *Mierero*, terror de los montes, que va á ser mañana nuestro capitán de montería.

Y volviéndose D. Serapio á los pastores, les preguntó:

—¿Le habéis avisado?

—Sí, señor—contestó uno de los interpelados.—Yo hablé con él esta mañana; le dije lo que pasaba, y me contestó que vendría en cuanto escondiese unas

cargas de géneros que le han confiado los contrabandistas portugueses.

—¡Conque contrabandista también!— exclamó uno de los cazadores.— Ese hombre acumula todas las funciones diplomáticas del país; matador de lobos, cazador de oficio, cómplice de contrabandistas y...

—Etcétera, etcétera—dijo D. Serapio riendo.

—¿Si estará pagado por el oro inglés?

—Español querría verlo él.

—No, señor—contestó el pastor que había hablado con D. Serapio;—no es nada interesado; sólo desea que le den un poco de pan para vivir y municiones para cargar su escopeta.

—Es cierto—dijo D. Serapio;—nunca he podido conseguir que admitiera un cuarto.

—¿Hace mucho que le conoce usted?

—Hace siete años, época en que vine á cazar á estas dehesas con unos amigos de Badajoz. Ya por entonces andaba escondiéndose de risco en risco.

—¿Con que escondiéndose?

—Sí.

—Su vida debe de ser una historia.

—Y bien desgraciada.

—¿La sabe usted?

—A medias, porque es hombre de muy pocas palabras.

—Ya deseo conocerle.

En este momento, y como si la casualidad se hubiese encargado de satisfacer la curiosidad del comandante, se oyó en la sombra una voz bronca que decía:



—A la paz de Dios, caballeros.

Y antes de que nadie hubiese tenido tiempo de contestar, se descolgó un hombre por entre las plantas trepadoras que tapizan las altas rocas, como hubiese podido hacerlo un gato, y se presentó al lado del corro iluminado por la luz rojiza que lanzaba la hoguera.

Aunque D. Scrapio no hubiese dicho á media voz: «Ese es el tío *Mierero*», todos le hubiesen reconocido por los escasos datos que sobre él les había dado el pastor.

Aquel ser humano no se parecía á los demás de su especie más que en el hecho de serlo. Tenía las formas y el alma de un hombre, pero se apartaba sensiblemente de su origen para aproximarse á los ejemplares más salvajes de América.

Si nuestros lectores se han fijado alguna vez en los grabados que representan á las tribus nómadas que viven cerca del Amazonas ó del Orinoco, que recuerden el tipo más acabado de aquellos seres degradados, que le vistan de pieles, que cubran su cabeza con un sombrero hecho jirones y tendrán una idea aproximada del hombre que acababa de descolgarse de roca en roca y de liana en liana como un reptil.

Era pequeño; desproporcionadas sus piernas y sus brazos; su gruesa cabeza, cubierta de un bosque de cabellos grises que caían en desordenadas guedejas sobre sus hombros; su color era cobrizo; su frente estrecha y deprimida; sus ojos pequeños, negros y brillantes. Le faltaba una oreja, parte de la nariz y

cicatrices profundas cubrían su mejilla derecha, que había desaparecido casi por completo, notándose que sólo una piel rugosa cubría su mandíbula superior. También tenía la boca destrozada, viéndose por un hueco una muela y un colmillo de la mandíbula inferior.

La barba, que cubría aún parte de su rostro, era cana, dura como cerdas, y caía en mechones sobre su desnudo pecho.

No llevaba camisa ni otro traje abrigaba su cuerpo que unos calzones que le llegaban hasta la rodilla y un colete de piel de cabra sin curtir, amarrado á la cintura por un pedazo de soga de cáñamo, vieja y llena de nudos. Sus pantorrillas rasgadas en cien partes por las espinas, zarzas y ramas secas, también cobrizas como su rostro, estaban desnudas, y oprimían sus pies unas abarcas de tórdiga de toro fuertemente atadas sobre los tobillos. Un sombrero negro que debió ser, en tiempos de anchas alas, pero que ahora caía en todas direcciones hecho pedazos, preservaba un poco su cabeza de la intemperie. Llevaba á la espalda un gran morral de piel de cabra, y al cinto, pendiente de dos cuerdas de esparto, una gran navaja, un cuerno de pólvora y una bolsa de lona que debía servir para guardar balas, perdigones y pistones. La escopeta de chispas que oprimía con su mano derecha, era viejísima y estaba sujeta en varios puntos con abrazaderas de cordel de cáñamo.

Cuanto á su edad, por más que fuese muy difícil señalarle una aproximada, puede afirmarse que pasaría de los cincuenta años.

La primera impresión que este ser singular producía era de repulsión y de miedo; la segunda, si se le seguía observando con detenimiento, era de profunda compasión.

¿Qué le había dejado la Providencia á aquel pobre ser después de haberle arrebatado, no ya la belleza, que ésta no la tuvo nunca, sino la integridad de sus formas humanas? Una inteligencia para reflexionar sobre su espantosa situación, un alma para sentir su desgracia, ojos para ver su deformidad. ¿Por qué la suerte, unida á la naturaleza, habían sido tan avaras de dones y de felicidad con aquel ser que sólo repulsión y horror podía causar á sus semejantes?

Pero ¿á qué hacemos estas reflexiones cuando al lado de la belleza, del poder y de la fortuna encontramos á cada paso mendigos repugnantes que se arrastran sobre la alfombra dorada de la civilización, como pudiera hacerlo un reptil sobre un montón de perfumadas flores? ¿A qué preguntar si estamos convencidos de que hay en este mundo castigos que no tienen explicación y códigos mil veces más tremendos que los que inventan y promulgan los legisladores?

Pero se nos preguntará: esos castigos, caso de que lo sean, ¿están en relación de la culpa como en el orden jurídico sucede?

¡Cuántos seres que no han cometido delitos sufren horriblemente ó pagan, lo cual es mucho más injusto y doloroso, las faltas ajenas.

Hay aquí dos horizontes, uno visible, otro invis-

ble; algo que cae bajo el dominio de la lógica y algo que unos llaman *determinismo*, otros *fatalismo* y no pocos *casualidad*.

En la inmensa mayoría de los casos la causa explica los efectos y viceversa. En otros, confesamos que hay un abismo en que no penetra con fruto el razonamiento.

Tal vez sucede esto porque nuestra inteligencia es demasiado limitada para apreciar, condensar y analizar las causas que dan origen á los efectos que nos espantan: éstos son visibles y hieren nuestros sentidos, aquéllas se pierden en lo abstracto, en lo infranqueable para la humana razón.

Pero volvamos á nuestro asunto, porque los hombres dejan de entenderse desde el momento en que se separan una línea del camino trillado.

Tenemos que envolvernos en nuestra ignorancia como en un manto romano y seguir inmóviles en el tren de viajeros que nos conduce con vertiginosa rapidez á la eternidad.

Ni sacar podemos siquiera la cabeza por una de las ventanillas para interrogar con la mirada el obscuro horizonte, porque nos aturde el vocerío de los sabios..... ó de los ignorantes, que se pasean tranquilamente sobre el camino de la vida.

—¡Loco, loco, fanático, herético..... necio!

Este es el coro que acompaña al tren por montes y por valles, por aldeas y por ciudades.

Los modernos conocimientos han demostrado, si no probado, que ese coro es estúpido algunas veces; confiemos en que poco á poco se irá haciendo luz en

medio de las tinieblas. Confiemos en que el hombre no mirará como un delito la facultad ilimitada que tiene de examinarlo todo, de entrar y de salir en los abismos más profundos, pues seguros estamos de que este viaje, por lo desconocido, no le separará, como se supone, sino que, antes bien, le acercará más y más á Dios, cúspide de la pirámide, clave del edificio, principio y fin de todo lo bello, de todo lo sublime en el orden físico y moral.

Decíamos que el tío *Mierero* acababa por inspirar profunda compasión, porque era imposible hallar reunidos ni más fealdad, ni más miseria, ni más abandono.

Sus miradas, que tenían á veces resplandores feroces que indicaban un valor salvaje, cambiaban de repente, y aparecían vagas, recelosas, tristes.....

Tan pronto se le hubiese tomado por un loco pronto á escaparse para destruir inconscientemente cuanto se opusiera á su paso, como por un ser cuerdo, que caía abrumado bajo el peso de su inmensa desgracia.

Era indudable que la vida de aquel hombre ocultaba algún hecho extraordinario que había modificado su manera de ser física y moral.

Aquella mirada indefinible lo probaba bien: aquel conjunto de ferocidad y de timidez, de locura y de razón; de indiferencia y de sufrimiento profundo; hasta aquellas cicatrices que devoraban parte de su cabeza, dándole un aspecto repugnante, indicaban que no había sido siempre lo mismo.

Don Serapio, que era el único de los cazadores allí

reunidos que le conocía, se levantó; le dió la mano le sirvió un poco de ron en un cubilete de plata, y dijo, volviéndose á sus compañeros:

— Señores, presento á ustedes la mejor escopeta de Extremadura. Todos, por bien que tiremos con bala, tenemos que aprender del tío *Mierero*. No he visto nunca que se le haya ido una pieza, que en caza de montería es cuanto puede decirse.

El tío *Mierero* le miró con indiferencia; paseó luego una recelosa mirada sobre los demás cazadores que le contemplaban en silencio, y por fin dijo con voz ronca:

— Gracias.

— Don Serapio prosiguió:

— ¿Tendrá usted mañana inconveniente en dirigir los ojeos y en colocar las escopetas?

El interpelado vaciló un momento antes de contestar, volvió á mirar con recelo á los cazadores, sin duda con el objeto de ver si conocía á alguno de ellos, y dijo por fin con indiferencia:

— No.

— ¿Hay muchas reses por aquí?—le preguntó Díaz del Pozuelo.

— Muchas.

— ¿Y lobos?—exclamó imprudentemente uno de los cazadores más jóvenes.

Al oír esto el tío *Mierero* se puso intensamente pálido, sus labios temblaron y fijó una mirada tan terrible en su interlocutor, que éste estuvo á punto de dar un salto hacia atrás, creyendo que iba á caer sobre él para destrozarle.

Hubo un momento de silencio, de malestar: todos comprendieron que aquella pregunta había herido la cuerda sensible de aquel hombre extraño, excitando tal vez su mal apaciguada locura.

Era indudable que entre los lobos y el tío *Mierero* había una historia terrible que excitó hasta el más alto grado la curiosidad y el interés de los cazadores.

—Vamos, tío *Mierero* —dijo el comandante, ofreciéndole un cigarro, siéntese usted aquí á mi lado y cene usted con nosotros, que no le vendrá á usted mal restaurar las fuerzas.

El interpelado contestó secamente:

—Gracias.

Y estuvo á punto de marcharse, pero el comandante insistió con tal bondad y franqueza que la fiera acorralada en todos sentidos se dejó amansar por fin — tal vez tuviera hambre, mucha hambre. — Dejó apoyada la vieja escopeta contra los rocas, se quitó el morral de encima de los hombros, trajo una piedra enorme, cuyo peso no bajaría de seis ó siete arrobas, y se sentó sobre ella, á una vara de distancia del comandante.

Los criados sirvieron una cena tan apetitosa como abundante, y nadie volvió á acordarse por entonces del pobre tío *Mierero*, que devoraba en silencio cuantos manjares don Serapio y Díaz del Pozuelo le ponían delante.

Volvió la alegría interrumpida por un momento y con ella las anécdotas de caza, las historias inverosímiles y las exageraciones de todas clases.

El comandante miraba de reojo al tío *Mierero* y observaba con placer que su frente se desarrugaba, y que las frecuentes libaciones, las narraciones y la general alegría cambiaban el curso sombrío de sus ideas.

Cuando acabó de comer y creyó propicia la ocasión, entabló con él un diálogo indiferente sobre las dehesas y modo de tirar á las reses, y poco á poco, y sin que su interlocutor se apercibiese de ello, le decidió á contar su historia.

Al principio los cazadores, advertidos por algunas señas del comandante fingieron no prestar atención, pero pronto cesaron las conversaciones particulares, así como el ruido de los vasos y de los platos, y sólo se oyó la voz del tío *Mierero*, que recostado contra su asiento de granito, con un cigarro entre los dientes, haciendo abstracción completa de los demás comensales, dijo al comandante:

— Soy de Almendralejo: allí nací, y allí pensaba morir como murieron mis padres, que fueron unos honrados y cristianos labradores, de los cuales nunca tuvo nadie que decir nada malo, sino antes bien mucho bueno en alabanza de sus costumbres apacibles y extremada caridad para los de su clase. Me quedé sólo con una hermana, entrada apenas en los doce años, pero que prometía ya ser con el tiempo una de las muchachas más garbosas y más listas del pueblo. Amábala yo como un padre y compartía mi tiempo en cultivar las dos yuntas de labor que poseía y en cuidar á mi hermanita, enseñándola á ser tan honrada como lo fué su difunta madre,



para que su buena crianza, sanas costumbres y agraciado rostro la proporcionasen con el tiempo un ventajoso acomodo.

Ni yo frecuentaba entonces, á pesar de mi mucha juventud, las tabernas, ni se me veía nunca con los naipes en la mano. Siempre en el tajo labrando mis tierras, que tenía á gala llevar mejor cultivadas que ningún propietario del pueblo, ó siempre con algún vecino que otro que venía á pasar las primeras horas de la noche á nuestra casa.

Sólo en el tiempo muerto para las faenas del campo, ya por la dureza de la tierra, ya por los temporales de lluvia, solía salir de caza, bien solo ó bien acompañado. Tal vez cometía una falta en dejarme dominar por esta afición que crecía en mí por momentos, pues por habilidad natural, y sin poner apenas nada de mi parte, tiraba mejor que cuantos venían conmigo, dándose el caso muchas veces de que rematase yo piezas que por la distancia á que estaban de mí, y por haberlas tirado ya los demás cazadores, parecía imposible que cayesen heridas por el plomo de mi escopeta.

Hasta entonces sólo había tirado con perdigones del quinto y con mostacilla; tenía, pues, deseo de saber si tendría el mismo acierto con bala, que al fin, este es el examen de los buenos cazadores. Se concertaron varios señores del país para una montería, y aunque yo no era de su clase, como habían oído hablar de mí, no tuvieron inconveniente en llevarme en su compañía.

Llegamos á las *manchas* de monte que estaban

designadas de antemano, y aunque, como puede suponerse, no me colocaron en los mejores puestos, sino que me pusieron en uno de aquellos que se reservan á los principiantes para que presenciando y viendo pitillos la habilidad de los maestros, tuve la suerte ó la desdicha de que en tres ojeos me entrasen seis reses y que las seis cayesen atravesadas.

Aunque muchos sintieron que un novato como yo, que sólo había muerto perdices, liebres, y cuando más un sisón, las hubiese despachado tan bién, no pudieron por menos de declarar que era uno de los mejores tiradores del país. Volví á Almendrales cubierto de gloria, y aquellas alabanzas me malearon de tal suerte que cada día me fui ocupando más de cacerías y menos de labores, y como aquéllas sólo gastos y pérdida de tiempo me acarreaban, y el producto de éstas disminuía, claro está que los negocios marchaban mal y que poco á poco desaparecía la holgura y bienestar de que antes disfrutábamos.

Pero con ser este un grandísimo mal no era, sin embargo, el peor de los que producía mi desmesurada afición, que de pasatiempo en los días festivos habíase trocado en pasión tan fuerte, que no encontraba alegría más que cuando corría por lo más espeso de los jarales con la escopeta en la mano, y lo más grave del caso consistía, en que al par que mi labranza disminuía, mi hermana, hermosa y codiciada, se hallaba sin nadie que la diese consejos ni velase por su honra.

Pedíame por Dios y por la Virgen que no la des-

amparase de aquella suerte, haciéndome ver que no tenía á nadie en su compañía. Contestábale yo, que mujer que quiere guardarse nada tiene que temer, pues de todos es respetada, y con una ceguedad que sólo comprenden los que han tenido la pasión de la caza, que es una de las mayores que puede sentir el hombre en su juventud, volvía á las andadas, ya con el pretexto de que las tierras no tenían el oportuno atempero para labrarlas; ya porque las yuntas necesitaban descanso; cuándo para acompañar á un amigo que había venido de su pueblo, con el exclusivo objeto de verme tirar; cuándo para dirigir una montería concertada entre unos señores del país y otros que debían llegar de Madrid.

Todo el mundo se complacía en tenerme á su lado, en ofrecirme su mesa, sus armas, sus recovas y sus montes, lo cual me llenaba de vanidad, pero no de pesetas. Vinieron dos malas cosechas seguidas, y yo, que estaba ya atrasado y que no podía salir del atolladero sin ayuda de vecino, tuve que acudir en demanda de auxilio á un escribano del pueblo llamado don Teodoro Lebrija, hombre devoto y de muy sanas costumbres, muy apreciado de todos, el cual me dió más dinero que el que yo le pedí, pero teniendo buen cuidado de hacerme firmar antes una escritura, cuya importancia y trascendencia no conocía entonces, pero que luego supe para mi desgracia que se llamaba un *pacto de retro-venta*.

Al verme entrar mi hermana con un talego grande lleno de duros se echó á llorar amargamente.

—¡Ay, Juan de mi alma! ¡qué has hecho! Ese dinero que traes será la ruina de nuestra casa. Pronto nos verán en la calle.

Yo para tranquilizarla le contesté:

—Todo el mundo toma dinero prestado para atender á sus labores. Averigua en el estado en que están las mejores casas del país, y verás que todas se hallan empeñadas hasta los ojos. Con dos años buenos que vengan, y con que se vendan el trigo y la cebada á un precio regular, pagaré á D. Teodoro Lebrija lo que le debo y nos quedaremos como antes.

—Pero y si no puedes pagar—exclamó mi hermana llorando.

—Si no puedo pagar me venderán la hacienda que me corresponde, y respetarán la tuya, pues siendo menor de edad nadie puede tocar á tu hijuelas.

Con esto calmóse algo mi hermana; pero pronto comprendí que sus recelos sobre mi porvenir eran fundados, pues cuanto con la labor de mis campos ganaba era para pagar réditos al bueno del escribano, que se hizo muy amigo nuestro. Iba con frecuencia á mi casa, solía jugar á la malilla y al tute conmigo, y cuando me veía apesadumbrado, me decía:

—No te apures, Juan; que yo no soy de aquellos usureros sin más amor que el del dinero, ni otro afán que el de quedarse con las hipotecas de los infelices propietarios que caen entre sus manos. Cierto es que la escritura de pacto que me tienes otorgada está á punto de espirar y que podría apropiarme

todos tus bienes; pero yo te concederé los plazos que quieras para que puedas retraerlos.

Con esto cobraba yo cada día más afecto al tal notario á quien consideraba el mejor y más honrado de los hombres, y en vez de hacer un esfuerzo para salvar mi hacienda, dejaba correr el tiempo marcado en la escritura, y me entregaba con más ceguedad que nunca á mi pasión favorita, que era la caza.

Mi hermana, por su parte, tanto por no disgustarme como por manifestarse agradecida, sufría las visitas del *escribano*, que cada vez eran más numerosas y más largas.

No faltó quien me hiciese observar que aquellas tenían lugar especialmente cuando yo me encontraba fuera de casa, lo cual empezaba á llamar la atención á los vecinos; pero como D. Teodoro, además de encontrarse casado gozaba fama de hombre honrado y de sanas costumbres, supuse que estos avisos eran hijos de la mala fe y de la envidia que corroe á las gentes de los pueblos, y no les di la menor importancia.

Así transcurrieron los años, mi hermana contaba ya veintidós, la escritura de pacto había vencido, y yo dependía completamente del notario, el cual podía dejarme en la calle cuando por conveniente lo tuviese.

Por fin, un día, al volver á mi casa después de una semana de ausencia, invertida como de costumbre en correr por breñas y jarales, se me acercó mi hermana llorando y me dijo que puesto que yo me empeñaba en dejarla sola y en no hacer caso de ella se

veía en la precisión de abandonarme, para que viviendo en compañía de otra familia pudiese defender su honra.

Cegóme la ira al oír esto, y asiéndola con violencia por un brazo, hícela caer de rodillas delante de mí.

—Habla claro y de una vez—le grité.—¿Quién es el que te falta cuando yo no estoy á tu lado?

—Si no lo has comprendido ya—exclamó sollozando—¿por qué quieres que te lo diga? Déjame que me marche, y así no tendrás que comprometer tu hacienda.

—Conque es el escribano—grité soltando á mi hermana.—¿Y has podido creer que por interés aguantaré yo que nos falte, á tí por hacerte indignas proposiciones y á mí por presentarme ante la vecindad como encubridor de maldades? ¡Ah! ¡desdichada, por qué no has hablado antes!

—Porque no quería que te comprometieses con un hombre que por pertenecer á la curia y ser el brazo derecho del corregidor, á más de arruinarte, puede envolverte en un sumario que te prive de la libertad y de la buena fama de que disfrutas.

—Y qué me importa tener cuatro tierras si es á costa de lo que más quiero en el mundo, que es mi honra y tu felicidad. Antes muerto de hambre me vea yo y pidiendo de puerta en puerta que permitir que ese hipócrita, mal padre, y mal casado, vuelva á franquear el dintel de mi puerta.

—Por Dios, Juan de mi alma—decía mi hermana arrastrándose á mis pies—calla hasta que puedas desempeñar tu hacienda y deja que me oculte:

—Las mujeres honradas no se ocultan, y si lo hacen es siempre en desdoro de su fama, pues el mundo achaca á vergonzosa falta lo que es acto de prudencia. Te quedarás en tu casa y saldrás con la frente alta para que todo el mundo pueda ver en ella tu inocencia.

—Pero y ese hombre, Juan, ese hombre me perseguirá á todas partes, porque así me lo tiene jurado.

—Ese hombre te respetará de hoy en adelante— exclamé yo ciego de rabia;—te respetará como respeta á sus propias hijas si las tiene, pues una sola palabra ofensiva que te dirija, una sola, entiendes, le costará la vida.

—¡Juan, Juan, óyeme..... que te pierdes!

Pero yo no la escuchaba ya; atravesé como un loco las calles que separaban la casa del escribano de la mía; entré en el despacho de éste, cogí por el cuello á dos escribientillos que trabajaban sentados delante de una mesa y los tiré rodando por un corredor, cerré la puerta con llave y me acerqué lentamente al escribano.

Mi manera de entrar y la expresión de mi rostro le sobresaltaron de tal manera que se levantó pálido como un muerto, y tal vez sin saber lo que hacía se dirigió á un rincón del despacho en donde había dos ó tres escopetas cargadas.

Su conciencia le dijo que mi hermana me lo había contado todo por fin, y creyó que iba á matarle.

—No soy un asesino—le dije con voz ronca—

Deje usted esas armas que para nada le hacen á usted falta; si hubiese tenido la intención de vengarme, su alma de usted no estaría ya en este mundo.

Al concluir estas palabras le cogí por un brazo, le sacudí como si hubiese tenido una caña entre las manos y le empujé hacia su sillón, en el cual cayó como una masa inerte.

Me contemplaba con ojos espantados y sin tener fuerza para articular una sola palabra.

Le miré durante algunos segundos, que debieron parecerle siglos.

Me vengaba contemplando á aquel miserable á quien únicamente su conciencia acusaba, pues no le había dicho nada que le probase que sabía sus malas artes. Lo sospechaba y nada más.

Por fin, di un paso hacia él, y tirando algunas escrituras viejas sobre su mesa de despacho:

—Aquí tiene usted la titulación de los bienes que heredé de mis padres; no he podido retraerlos y justo es que usted los disfrute.

El escribano respiró como el pez que se desclava del anzuelo y vuelve á caer en el agua fresca; pero su reposo fué de corta duración, pues dando otro pasó hacia él le dije poniéndome lívido y rechinando los dientes de rabia:

—Cuanto á mi hermana, siendo ella soltera, usted casado, y yo muy amigo de defender mi honra, ni creo que debe usted volver á poner los pies en mi casa ni yo consentirlo. Así, pues, guarde usted sus infames proposiciones y su dinero para mujeres que no lleven mi nombre y que no se hallen bajo mi



custodia, pues si insiste usted en faltar á mi hermana, en tomarme las vueltas y en dar que hablar á los vecinos, el día que yo lo sepa será el último de su vida de usted. Ya sé que usted pertenece á esos cobardes que ocultan la cara y que hieren por la espalda; ya sé que tal vez irá usted acompañado en adelante para que me asesinen á la vuelta de una esquina, achacando luego mi muerte á una riña; pero todo será en vano, Sr. D. Teodoro Lebrija; me he propuesto quitarle á usted de en medio, y me saldré con la mía, si usted se empeña en ello, porque ya sabe usted cómo manejo la escopeta y con qué suerte coloco una bala en donde me propongo ponerla. Y con esto que Dios nos ampare á todos y hasta el valle de Josafat.

Abrí la puerta que, como he dicho, había cerrado con llave, y salí del despacho sin que el escribano encontrase palabra que dirigirme ni amenaza que hacerme. Llegué á mi casa y dije á mi hermana, que me aguardaba más muerta que viva, temiendo que hubiese pasado á vías de hecho con D. Teodoro, cosa que bien merecida tenía:

—Ya estoy sin bienes que cuidar y tú sin enemigo que temer. Vive con recato, cuida la escasa hacienda que te dejaron nuestros padres, y si alguien te vuelve á ofender no tardes en decírmelo, que te juro por nuestro Salvador en la cruz que he de castigarle tan bien y tan pronto que no ha de quedar nadie con gana de mirarte á la cara siquiera.

—Pero y tú, desgraciado, ¿qué vas hacer ahora privado de tus tierras y de tus yuntas?

—Mira—le contesté enseñándole la escopeta— con esto me basta y me sobra para vivir. Hasta ahora he cazado por afición, en adelante cazaré por oficio; tengo vista de águila, pies de corzo y salud de hierro, pues si Dios me ha privado de la belleza y de la gracia que tanto halagan á las gentes, me ha dado en cambio aquel esfuerzo varonil que vence todos los peligros. Malo ha de ser que no traiga del fondo de los jarales lo poco que me hace falta para atender á mi subsistencia y á mi ropa.

—Pero qué vida tan desastrada—exclamó mi hermana llorando.—Sin contar que con los malos ratos, las lluvias y los fríos no puedes tardar en caer enfermo.

—¡Bah!—contesté yo alegremente.—¡Qué cazador piensa en eso! Si caigo enfermo tú me cuidarás, y cuando se concluyan tus recursos me quedará el santo hospital, que á más de ser bueno y de poseer más rentas que las que necesita, tiene la ventaja de que todos huyen de él, por amor propio, con lo cual los pocos enfermos que á él acuden son atendidos como príncipes.

Mi hermana se quedó llorando como una Magdalena, porque se acordaba del mucho amor que me habían tenido mis padres, y le destrozaba el corazón la idea de que yo pudiese verme pidiendo de puerta en puerta cuando no postrado en el lecho de un refugio; pero yo que á nada tenía miedo ni me asustaba por nada no hice caso de sus lágrimas, me puse el morral á la espalda, tomé mi escopeta, llamé á un hermoso perdiguero que era entonces mi

compañero inseparable, y dejando el pueblo me interné en el monte.

Volví, por la noche cargado de perdices y de conejos muertos en los jarales; mandélos vender á una muchacha de la vecindad y como aquella volvíese al poco rato con el delantal lleno de cuartos, entre los cuales blanqueaban algunas monedas de plata, consideré que mi porvenir estaba asegurado; porque había tanta caza en aquellos tiempos que bastaba tirar medianamente para ganar un buen jornal.

De esta suerte transcurrieron tres meses sin que yo volvíese á ver al escribano, y como por otra parte mi hermana no tornó á hablarme de él, creí que mi amonestación había dado fruto y que no teníamos ya nada que temer. Siendo tan cobarde como hipócrita, por más que me odiase en el fondo de su alma y por más que desease que se presentase ocasión oportuna de vengarse, no se atrevía á ponérseme delante, porque sabía que cumpliría lo que le tenía ofrecido, que era mandarle á mejor vida en compañía de una onza de plomo.

Concluyó el otoño que dediqué á cazar polladas de perdiz y dieron comienzo los días nublados y tristes. Empezaron entonces los señores del pueblo á hablar de monterías, y no tardó en concertarse una á la que debían concurrir unos cazadores de Madrid que tenían fama de grandes tiradores. Como no había montería sin mí, contaron desde luego conmigo, tanto porque siendo gran conocedor del terreno querían que yo dirigiese los ojeos, cuanto porque los de

mi pueblo tenían cierto orgullo en que los forasteros me vieses tirar.

Yo, por mi parte, me prestaba de muy buena gana á lucir mis habilidades, que no eran pocas, pues como ya he dicho, rarísima era la res que se me escapaba por muy lejos y por muy mal que saliese. Este acierto en la puntería debía ser sin tardar mucho la causa de mi perdición.

Pasamos una semana fuera ojeando varias manchas situadas á lo largo de la frontera y volvimos con treinta y dos reses cargadas sobre mulas adornadas con ramas de jabino y de madroñeras. De aquellas treinta y dos, seis jabalíes, dos paletos y dos venados hermosísimos habían caído bajo el certero plomo de mi escopeta, que era tal vez la más vieja y la peor de todas. Volvía yo tan elogiado por todos y tan orgulloso, que no hubiese cambiado mi triste condición de cazador de oficio ni por el más rico corregimiento ni por la más descansada canonjía de España. Harto de recibir sendos apretones de manos y no pocos mazos de puros, me separé de mis compañeros y me dirigí á mi casa que estaba situada en una calle obscura y estrecha del pueblo. Brincábame el corazón de alegría y ardía en deseos de ver á mi hermana para referirle todas mis hazañas durante la montería, pero encontré que la puerta de la calle estaba entornada.... Llamé á voces pero sólo el eco repercutiendo de habitación en habitación me contestó, de un modo tan triste que me heló la sangre en las venas.... Mi casa estaba desierta y mi hermana había desaparecido con la ropa de su uso más inmediato....

Pregunté con insistencia á todos mis vecinos, pero nadie supo decirme una palabra. Ninguno de ellos la había visto salir, ni sabía cuánto tiempo hacía que faltaba de su casa, ni había oído voces pidiendo auxilio.....

Al pronto supuse que por temor al escribano, que tal vez habría vuelto á importunarla con sus galanteos, y no queriendo que yo interviniese en el asunto con daño para todos, se habría refugiado en algún convento de monjas de la localidad ó en casa de alguno de nuestros parientes; parecía esto tan natural que cuando salí en su busca creí que no tardaría una hora en encontrarla, pero con gran zozobra y desencanto mío salieron fallidas mis esperanzas. En ninguno de los dos conventos de monjas de la localidad habían visto á mi hermana hacía más de quince días, ni de ella tenían tampoco conocimiento nuestros parientes.

Entonces una sospecha terrible se apoderó de mi espíritu. Mi hermana había sido secuestrada por orden del escribano, el cual habría apelado á este medio infame para satisfacer sus culpables deseos y evitar al mismo tiempo mi venganza.

Podía haberme presentado al culpable, pero como no tenía ningún dato que me autorizase á sospechar ostensiblemente de él, temí que en el acto que me viese en su casa mandase á los alguaciles del corregidor, que, como he dicho ya, era muy amigo suyo, que se apoderasen de mí, con lo cual no sólo no averiguaría la verdad sino que de ningún modo podría ser útil á mi hermana.

Opté pues por ocultar á todos mis sospechas, y por espiar con la mayor prudencia cuantos pasos diese el escribano, porque de ser éste culpable, como yo presumía, no podía tardar en encontrar el rastro de su crimen.

De noche rondaba alrededor de su casa y de día cruzaba por los caminos de herradura y por las veredas que conducían á Almendralejo.

Como tenía el tal escribano algunas fincas rústicas, también ejercía sobre ellas gran vigilancia enterándome con maña de los criados, boyeros y pastores que dependían de él, y por este medio me convencí, ó que mis sospechas eran de todo punto infundadas, ó que mi hermana estaba secuestrada y oculta en alguna casa del pueblo.

Mi desesperación no tenía límites; cien veces estuve á punto de encerrarme con el escribano en su despacho, y allí, teniéndole bien enfrente del cañón de mi escopeta, obligarle á confesar qué es lo que había sido de mi hermana; y cien veces desistí de mi intento por no comprometer para siempre mi libertad dejando de ser útil á la que quería salvar.

Así se pasaron veinte mortales días sin adelantar un paso; yo corría de jaral en jaral y de risco en risco como una fiera que busca á su enemigo para hacerle pedazos, pero sin hallar otra cosa más que mi propia desdicha. Una tarde me arrojé medio muerto de hambre y de dolor sobre una gran mata de jabinos que se levantaba en el borde de un sendero abierto en lo más espeso del monte como á una legua de Almendralejo; dejé la escopeta á mi lado y

recliné la cabeza sobre el morral; pero no tardé en levantarla precipitadamente. Acababa de oír los pasos de algunas caballerías que á buen andar se acercaban por la senda. Estaba yo tan bien oculto que nadie podía distinguirme aunque pasase rozando conmigo, en tanto que me bastaba separar un poco las entretejidas ramas para ver á los que se acercaban.

Eran éstos el alcalde corregidor de Almendralejo, el escribano D. Teodoro Lebrija y un criado: montaban los primeros dos poderosas mulas y el segundo una jaca de dos cuerpos.

Aunque las caballerías iban al trote largo y aunque su paso por delante de la mata de jabinos que me ocultaba fué tan rápido como el pensamiento, tuve tiempo de fijarme en los viajeros y de oír unas frases del corregidor. No eran aquéllas propias de hombres que se ocupan de asuntos judiciales, sino antes bien alegres y casi truhanescas.

Helas aquí:

—Le digo á usted que hemos debido tomar más precauciones. Volvemos demasiado pronto.

No puedo explicar la extraña y desagradable impresión que la inesperada presencia de aquellos dos hombres me produjo, ni qué extraña sospecha cruzó por mi mente.

Hubiérase dicho que un reptil había infiltrado su veneno en la sangre que corría por mis venas.

¿De dónde venían? ¿Qué precauciones eran aquellas? ¿Qué es lo que querían ocultar?

No venían de evacuar asuntos de su cargo como

lo indicaba la falta de alguaciles, ni de cazar, puesto que no traían armas, ni de ningún pueblo de los límites, porque aquella vereda sólo á lo más espeso del monte conducía, es decir, á sitios en que no había ningún cortijo, ni tierra labrada, ni dehesa.

¿De dónde vendrán? me preguntaba yo cada vez más preocupado.—Cierto es, decía yo, que el corregidor, hombre austero y rígido como pocos, acompañaba al escribano Lebrija; pero el escribano Lebrija, á quien todo el mundo tiene por el más honrado padre de familia de Almendralejo, ¿no es un grandísimo bribón capaz de todos los crímenes? ¿Quién me asegura que no son tan infames el uno como el otro y que no traen entre manos algún asunto digno de la reprobación de las gentes y del castigo de las leyes? ¿Quién me asegura que no saben en dónde se oculta?.....

No pude proseguir, la sangre subía á borbotones á mi cerebro y me ahogaba. Estaba ya de pie y tuve que apoyarme en un árbol para no caer.

—¡ Ah! si fuesen ellos, si fuesen los dos! —exclamé por fin rechinando los dientes. —¡ Qué justicia tan buena vería Almendralejo! Pero ante todo sepamos de dónde vienen.

Y dicho esto empecé á seguir las huellas impresas en el monte por las caballerías, tan bien y con tanta insistencia como mis perros hubieran podido seguir el rastro de un corzo.

Como aquéllas entraban cada vez más en la fragosidad de la sierra y las hierbas secas unas veces, las grandes piedras otras, me las ocultaban con frecuencia, llegó la puesta del sol y después la noche



sin que hubiese podido conseguir mi objeto. Entonces, aunque el tiempo era desapacible, me envolví cuidadosamente en mi manta, puse el morral debajo de mi cabeza y esperé, durmiendo unos ratos y fumando otros, á que amaneciese.

En cuanto alumbraron las cimas de los montes los primeros rayos del sol, volví á seguir las huellas de las mulas y no tardé en encontrarme al pie de un inmenso barranco, sombrío y estrecho, en cuyo fondo poblado de moreras, chopos y álamos negros, mugía un torrente que se despeñaba de risco en risco formando cascadas.

Dí la vuelta al valle, siguiendo la parte más elevada de la montaña que estaba herizada de peñas oscuras y puntiagudas, y me encontré delante de una depresión del terreno, por el cual serpenteaba el camino de herradura que servía de salida y de entrada á la parte más profunda del barranco. Como estaba rendido, me senté sobre una gran roca, cortada á pico, y desde aquel balcón natural vi un molino, cuyo tejado medio hundido, blanqueaba á trechos por la harina que se adhería poco á poco á las quebradas tejas. Formando cuerpo con el molino por la parte Norte, se elevaba una bonita casa de dos pisos con balcones bolados que daban sobre un extenso huerto partido en tablas de regadío sembradas de hortalizas, legumbres y flores. Detrás de la casa y sirviendo de valladar al huerto, extendían sus ramas de un verde obscuro, álamos negros, tanto más altos y más rectos cuanto más pugnaban por alcanzar los rayos del sol que apenas descendían hasta el fondo.

No se veía á nadie ni en la puerta del molino, cuyas piedras parecían estar paradas, ni en los balcones de la casa, recién rebocada, ni en las sendas cubiertas de arena que cruzaban el huerto.

Contemplaba yo en silencio y con escrutadora mirada aquel solitario paisaje del cual no había oído hablar nunca, sin duda por lo oculto que estaba á las miradas de cazadores y viajeros, y que, en realidad, más que finca rústica parecía vivienda de anacoreta retirado para siempre del mundo, cuando me pareció oír un grito de mujer que, partiendo del fondo del barranco, llegó hasta mí que, como he dicho, me encontraba sentado sobre la cima de una inmensa roca cortada á pico.

¿Había sido realmente un grito lanzado por una mujer al verme suspendido sobre el abismo, ó puramente una ilusión producida por mi imaginación sobreexcitada?

No podré decirlo; pero sí que me separé con viveza del sitio en que me encontraba y que me interné en la maleza para pensar si debía bajar ó no al fondo del barranco.

Si mi desgraciada hermana se encontraba secuestrada en aquel sitio, mi presencia sólo podía empeorar su situación, pues llamaría en el acto la atención de los que la custodiaban, haciéndoles tomar medidas que desorientasen mis pesquisas.

Era, pues, indispensable obrar con prudencia y tomar cuantos datos fuesen posibles antes de dar un paso en falso.

Lo que más urgía era averiguar á quién pertene-

necía aquella finca desconocida de casi todo el vecindario de Almendralejo. Para conseguirlo seguí cazando como de costumbre por las inmediaciones del barranco, y acababa de matar un sisón y de colocarlo en mi morral de caza, cuando distinguí un rebaño de cabras blancas y de color de ante que bajaban saltando por una ladera á pesar de cuanto hacía el pastor que las guardaba para detenerlas.

Como supuse que aquel podría decirme lo que deseaba saber, por haber pasado probablemente toda su vida en aquella parte de la sierra, ayúdeme á cambiar el careo de su rebaño, y acercándome á él le di la petaca para que echase un cigarro.

Como este obsequio es siempre muy del agrado de los pastores, que por su extremada pobreza de todo carecen menos del mísero pan con que restauran de cuando en cuando sus fuerzas, sentóse á mi lado y entabló un animado diálogo conmigo sobre la caza y el modo mejor y más fácil de matarla.

De un asunto en otro llegamos al molino que acababa yo de ver por casualidad en el fondo del barranco, y me dijo que había pertenecido toda la vida á un rico hacendado natural y vecino de Plasencia, el cual, por no lidiar más con los administradores de Almendralejo, y por aquel adagio: «hacienda la que cuides y casa la que vivas», se lo había vendido haria cosa de unos dos meses, con otras heredades enclavadas en el término municipal del pueblo, al escribano D. Teodoro Lebrija, el cual había mandado arreglar la casa para pasar en ella algunos días de campo, ya solo ó ya en compañía del Sr. Alcalde Corregidor.

—¿Y por qué tiene el molino parado?—le pregunté yo.

—Porque despidió, sin motivo, á los honrados molineros que lo habían llevado en arrendamiento toda la vida, y que pagaban de alquiler anual dos mil quinientos reales.

—¿Sin motivo dices?—exclamé yo fijando una mirada escrutadora en mi interlocutor que hacía heroicos esfuerzos para liar un pitillo grueso como un dedo.

—Dijo el escribano que pensaba poner un par de piedras más, pero como esto es imposible porque no hay agua bastante, sobre todo en el verano, supongo yo que lo que quiso fué quitar de en medio testigos de vista que le estorbaban.

—¿Y por qué supones tu eso? Siendo tan aficionado al dinero D. Teodoro Lebrija, no es probable que por capricho tire á la calle dos mil quinientos reales.

—Y qué quieres, Juan, me dijo el pastor con sonrisa maliciosa— hay hombres que parecen una cosa y son otra...

—¿Sospechas?...

—Sospecho que el tal escribano y su amigo el Corregidor, que cada año envían á dos ó tres infelices á la horca, son más dignos de ella que los sentenciados... Pero no vayas á comprometerme, porque muchas veces escapan los bribones y pagan los inocentes.

—Pero, en suma, ¿quién vive ahora en esa finca que parece abandonada?

—Lo único que puedo decirte es que he visto desde lo alto de la sierra, guardando mis cabras y sin espiar á nadie, porque bien sabe Dios que no me importa un bledo que el escribano sea un bribón ó un hombre de bien como le creen todos...

—Concluye; ¿á quién has visto en el fondo del barranco?

—A un hombre que no es del país y que tanto parece vigilar el barranco, para que nadie pase por él, como cuidar el huerto... Y algunas mañanas, paseando por el jardín, una mujer entrada en años que tampoco es de Almendralejo.

—¿Y á quién más — pregunté yo, tratando de dominarme para que el pastor no comprendiese la impresión que me hacían sus revelaciones.

—Pues además he visto una joven que está siempre vestida de luto.

Aquellas palabras me taladraron el corazón como hubiera podido hacerlo la punta de un puñal, porque me acordé que mi hermana vestía siempre de luto desde la muerte de nuestra madre.

El pastor siguió diciendo que aquel hombre, según él había podido observar, iba por las noches á Almendralejo y volvía al romper el día con una caballería cargada de provisiones; que estas servían para las francachelas que algunas tardes, y aun muy entrada la noche, tenían en aquella finca el escribano y el alcalde Corregidor, y otra porción de cosas más que yo no escuchaba ya porque hacía las siguientes reflexiones:

Si la joven vestida de luto es mi desgraciada her-

mana y ha sido secuestrada contra su voluntad, ¿por qué no se escapa puesto que pasea libremente por un barranco que ofrece tantos sitios aparentes para ocultarse durante los primeros momentos y para huir después á favor de la noche?

¿Es tal la vigilancia que ese hombre y esa vieja ejercen sobre ella que le es de todo punto imposible hallar un momento favorable para internarse en lo más fragoso de la sierra?

¿Sigue secuestrada por miedo, ó es, por el contrario, cómplice del más odioso y más repugnante de los crímenes?

¿Se ha pervertido hasta tal punto de que hoy mira con placer lo que antes le causara horror? ¿Huye ahora de mi, por temor al más justo de los castigos, la que antes impretara mi fuerza, mi valor y mi auxilio?

Todas estas dudas se cruzaban y se chocaban como nubes sombrías en mi imaginación, excitada hasta el más alto grado por una rabia que no tenía límites.

Necesitaba hacer un ejemplar castigo, pero antes quería averiguar la verdad—toda la verdad—para que mi sentencia de muerte fuese tan justa, que no me quedase ningún remordimiento dentro del alma.

Cuando me levanté y miré al pastor, debía yo estar tan pálido, y mis ojos debían expresar tanto odio y tanta ferocidad, que aquel retrocedió espantado. Presentió una desgracia y hubiera dado cuanto poseía por no haber sido tan franco conmigo, pero ya era tarde.

Le arrojé á los pies un duro que era el único cau-

dal que poseía, y sin querer escucharle me interné en los jarales.

Aquella noche dejé la escopeta que solía llevar ordinariamente, y tomé otra de dos cañones que empleaba en las monterías; la limpié cuidadosamente, la cargué con la pólvora mejor y más seca que tenía y con dos balas que hice entrar á fuerza de mazo; puse dos piedras nuevas y cebé los dos oídos con esmero.

Aquellos eran los dos últimos disparos que debía hacer en Extremadura y quería que fuesen seguros y que dejaran memoria.

Eché algunas provisiones en el morral y salí de mi casa con el firme propósito de no volver á pisar jamás el dintel de aquella puerta por la cual habían entrado, sin saberlo yo, la desgracia y la deshonra.

Tres días anduve errante por la sierra sin tirar un tiro ni presentarme delante de ningún pastor para no inspirar sospechas en caso de que el escribano tuviese apostado alguno para vigilar mis pasos.

Por fin una tarde le vi desde lo alto de un cerro; iba en su mula de andadura acompañado, como la otra vez, del alcalde corregidor y de un criado de confianza.

Como sabía á donde se dirigían, no tuve necesidad de seguirles.

Aguardé á que anocheciese: entonces, descolgándome de roca en roca como un gato montés, llegué al huerto, situado detrás del molino, y con mi escopeta colocada á la espalda, trepé á las primeras ramas de un olmo.

Me detuve á la altura del piso principal de la casa y me senté lo mejor que pude entre las ramas: descolgué la escopeta que llevaba sujeta á la espalda con el portafusil, amartillé las dos llaves y aguardé.

Al cabo de un rato, un criado entró con dos candeleros, en los que ardían velas de cera y los colocó sobre una mesa ricamente servida. Como yo estaba enfrente del balcón, cuyas maderas sin duda por el calor permanecían medio abiertas, y á unas cinco varas de distancia, podía ver perfectamente cuanto pasaba en aquella habitación del piso principal.

Un momento después entraron en ella el Alcalde corregidor, el escribano Lebrija y una joven vestida de luto.

Era mi hermana.

Se sentó ésta á la mesa; el Alcalde corregidor se puso á su izquierda y el escribano se colocó enfrente.

El criado sirvió unos cuantos manjares y se retiró.

Yo no apartaba los ojos del rostro de mi hermana; quería leer en el fondo de su pensamiento, contar los latidos de su corazón y apreciar los sentimientos que en aquel momento agitaban su alma.

¿Para qué he de referir con todos sus detalles lo que leí sobre aquella frente antes pura como la de una virgen y empañada ahora por el más repugnante de los crímenes? ¿Para qué he de decir que la coquetería le había vuelto el juicio, y que aquella criatura, que era una humilde hija del pueblo, se sentía feliz y satisfecha al verse obsequiada por los dos hombres de más importancia de la localidad. No se tra-



taba de un secuestro, de un atentado criminal, sino de una complicidad vergonzosa.

El único engañado era yo: allí se jugaba con el honrado nombre que llevaron mis padres para hacerme el ludibrio y el hazme reir de todo el país.

No cabía, no podía haber la menor duda; veía los menores detalles, los menores gestos..... Oía las palabras que publicaban á gritos mi deshonra; el viento de la noche las traía hasta mí y me golpeaba las mejillas con ellas.

Comprendí que la sangre iba á cegarme..... Era preciso concluir.

En un momento en que el Alcalde corregidor aplicaba sus labios impuros al oído de su querida, que reía mirando alegremente al escribano..... apun-té, se oyó una detonación y la misma bala deshizo los cráneos de aquellos dos seres, que pasaron á mejor vida sin darse cuenta de su muerte.

El escribano Lebrija se levantó espantado, pero se oyó otra detonación y cayó también sobre sus cómplices con la cabeza atravesada de parte á parte.

Realizada mi justicia y mi venganza me descolgué del árbol, trepé por las piedras salientes del barranco, me interné en la sierra sin que nadie hubiese tratado de detenerme, y andando siempre cara al sol, cinco días después, rendido, desgarrado, ensangren-tados los pies, el rostro y las manos, y más muerto que vivo, llegué, por fin, á estas dehesas de *las con-tiendas*, en donde sabía yo que no me perseguiría nadie, ni justicia alguna me pediría cuenta de las tres muertes que dejaba á mi espalda.

Dios solo, que sabía el proceder de los culpables, debía ser mi juez. Según las leyes de los hombres, soy un infame criminal, digno de morir en la horca; según mi conciencia soy un hombre honrado que ha castigado con su mano lo que el verdugo no castiga nunca.

Oculto y misterioso como la ofensa fué la venganza. Si alguno ha llegado á sospechar por qué se encontraron juntos aquellos tres cadáveres en la casa del barranco y sobre la mesa de un festín, tal vez se haya acordado de mí.... para perdonarme.

Al llegar aquí el tío *Mierero*, nombre que si no era el que aparecía en su partida de bautismo, era al menos el que le daban los pastores de las Dehesas, dirigió una mirada triste y sombría á los cazadores que le escuchaban en silencio, como si hubiese querido averiguar la impresión que en ellos acababa de hacer la pasada y extraña historia de su vida. Aquellos nada dijeron, porque ninguno estaba en el caso de entablar una polémica filosófico-moral con un hombre que tan gallarda muestra acababa de dar de su ferocidad y vengativo carácter. Dicen que genio y figura.... y bien podía el tío *Mierero* mandar á uno de sus oyentes á la eternidad por una controversia de escasa importancia. Así, pues, nadie aplaudió ni reprobó su conducta, antes bien todos trataron de cambiar el curso de sus ideas, quien ofreciéndole una copa de ron, quien un hermoso veguero y quien haciendo recaer la conversación sobre su nueva existencia de cazador anacoreta.

Ya se sabía por qué aquel infeliz tenía corroído

el corazón por los remordimientos, pues aunque parecía estar muy satisfecho de la justicia que un día se tomara por su mano, hartó se comprendía que aquellas tres muertes, y la de su hermana sobre todo, pesaban sobre su existencia como una losa de plomo. La soledad no borra el recuerdo del crimen, antes bien lo aquilata, lo pondera y le da proporciones abrumadoras.

Esto es lo que al asesino de Almendralejo le sucedía, sin que tal vez se diese cuenta de ello. El empeño que había puesto en justificar su abominable atentado, haciéndolo aparecer como una vindicación indispensable de su honor ultrajado, lo probaba de sobra.

Lo que más preocupaba ahora á los cazadores era averiguar por qué estaba mutilado de aquel modo horrible; porque tenía casi la mitad derecha de la cabeza devorada hasta los huesos, y la parte baja de las piernas, que llevaba desnudas, estaban surcadas por hondas cicatrices.

Ninguno de los comensales se atrevía á preguntárselo directamente, porque un secreto instinto parecía indicar á todos que una confesión explícita sobre esto le sería más dolorosa que la confesión que de su crimen acababa de hacer ante todos.

¿Por qué causa? Porque no era necesario ser muy perito para comprender que el tío *Mierero*, si no estaba loco en aquel momento, lo había estado alguna vez; que podría acometerle de nuevo esta terrible dolencia por un incidente cualquiera, y que tal vez esta perturbación mental tuviese cier-

los puntos de contacto con la mutilación que le desfiguraba.

Ahora bien, como todos sabían que no hay nada ni más difícil ni más peligroso que hablar á un loco de aquello que es el origen y causa principal de su locura, ninguno se atrevía á abordar de frente la cuestión, y los cazadores hubieran quedado completamente defraudados—en aquella ocasión al menos—si una pregunta casual de D. Serapio, que como sabemos había cazado ya otras veces en las Dehesas de *las contendas* con él, no hubiese acudido en auxilio de la curiosidad general, desatando de imprevisto la lengua del tío *Mierero*.

—¿Cazaremos mañana en la *mancha* de las arroyadas?—dijo.

—¡En esa *mancha*, no, no!—contestó el tío *Mierero*, con cierto estremecimiento que asombró á todos.

—¿Y por qué no?—insistió D. Serapio.

—No le hable usted de ese sitio—dijo uno de los pastores haciendo señas á D. Serapio para que callase.

Pero sus muecas y contorsiones fueron tan torpes que el tío *Mierero* las sorprendió, y fijarse en ellas, dar un salto, que hubiese hecho honor á un tigre, asir por el cuello y sacudir como una caña al pobre pastor que, aun que hombre de gran talla, quedóse pálido y sin acción para defenderse, fué todo uno.

—¡Qué señas le estás haciendo!—gritó el tío *Mierero* echando llamas por los ojos.—¡Quién te mete á tí en nada mío. Si no quiero cazar en la *mancha* de las arroyadas, á ti, qué te importa! ¿No tengo mi

razón tan cabal como la tuya para saber lo que conviene hacer en una montería?

El comandante Díaz del Pozuelo se levantó en el acto, rogó al tío *Mierero* con muy buenos modos que soltase al pastor; aplacó á éste con un gesto que quería decir que á los locos no hay que hacerles caso, y al par que obligaba al foragido á sentarse de nuevo á su lado, le dijo insidiosamente:

—No hay que acalorarse por tan poca cosa; todos sabemos que es usted el que mejor conoce el terreno y el que con más acierto puede dirigir los ojeos de mañana. Este pastor lo que ha querido es evitar que D. Serapio le recordase á usted algún acontecimiento desagradable de su vida.

El tío *Mierero* no contestó; tenía la respiración anhelosa, las mandíbulas apretadas y sus ojos despedían un fulgor extraño.

—Hay sitios —prosiguió el comandante con el tono más natural del mundo que infunden miedo al hombre de más corazón.

—¡Miedo! —rugió el tío *Mierero*, golpeando la hierba con sus crispados puños.—¡Miedo! Yo no he tenido, no tengo miedo á nada en este mundo.

—A los hombres, no—insistió el pastor, con una terquedad que incomodó á todos, pues temieron sus funestas consecuencias.

—Ni á los hombres ni á nada—gritó el tío *Mierero*, pugnando por lanzarse de nuevo sobre su interlocutor, lo que hubiera conseguido sin los vigorosos puños del comandante que le mantuvieron clavado en su sitio.

—Ni á los hombres.... ni á los que no son hombres—volvió á gritar el tío *Mierero* con feroz energía—y en prueba de ello voy á contar á estos señores por qué me repugna cazar en la *mancha de las arroyadas*, y después que me hayan oído ya verán cómo se puede tener mala voluntad á un sitio sin ser por eso un cobarde.

—Muy bien dicho — exclamó el comandante.— Lo importante es pasar la noche contando hazañas y aventuras de hombres de valor en vez de andar á la greña por un quítame allá esas pajas. A ver, tío *Mierero*, probemos antes este jerez seco, que siempre es bueno adobarse el estómago para hablar con más bríos.

—Venga—dijo el interpelado, pero de modo tal que hartó probaba cuán grande era en aquel momento su excitación nerviosa.

—Muchachos—gritó D. Serapio—leña seca á la hoguera y que circulen las botas.

—Una manta de abrigo—dijo un teniente.

—Y á mí un poco de salchichón—vociferó otro.—No quiero más que palillos de dientes de esta clase.

—Tiene usted la palabra, tío *Mierero*.

—Que hable nuestro capitán.

—Nuestro general de división.

—Mañana me nombro su jefe de estado mayor.

—Para echarlo todo á perder.

—No, para colocarme en el mejor puesto.

—Ni aun así veras las reses.

—Me las haré presentar.....

—En escabeche.

—No, en silla de manos.

—A la *Valière* ó á la *Pompadour*.

—A la *Papillot*.

—Pero, señores—interrumpió el comandante—  
estamos de letanías ó escuchamos al tío *Mierero*.

—Ya sabe usted que todas las rogativas empiezan  
con letanías.

—Silencio.

—Que el tumulto de Venecia tenga fin.

—Y suene el parche.

—Y estalle el polvorín.

—Señores—gritó el comandante lanzando un ter-  
no tan redondo como la luna llena—que me emplu-  
men si vuelvo á salir de caza con unos locos como  
ustedes. Hable usted, tío *Mierero*. ¿Cómo vivió us-  
ted aquí cuando llegó de su país?

El tío *Mierero* pareció salir del ensimismamiento  
en que había caído después de su reyerta con el pas-  
tor, y fijando en el comandante una mirada vaga y  
triste, le contestó:

—Como vivo ahora, como he vivido siempre,  
arrastrándome á modo de culebra por el día de ma-  
torral en matorral, por la noche de cobacha en co-  
bacha ó de tronco en tronco. Como vive el infeliz  
que no tiene ni ropa, ni dinero, ni amigos, ni fami-  
lia, ni alimento alguno.

Y el pobre tío *Mierero* dió un hondo suspiro en  
tanto que una lágrima brillaba entre sus negras pes-  
tañas.

Luego prosiguió

—Cuando llegué haré, me parece, aunque no estoy muy seguro de ello, porque no tengo la cabeza muy firme, unos diez años; andaban por aquí seis ó siete pájaros escapados de las cárceles de España y de Portugal. Unos estaban sentenciados á la horca y otros á cadena perpetua. Como las gentes que llegan á este estado, después de una vida de robos y de asesinatos, no pueden vivir con nadie que no les obedezca ciegamente, quisieron hacerme entrar en su cuadrilla; pero ni con amenazas ni con ruegos lo consiguieron, porque si es cierto que era un desdichado perseguido por la justicia, nunca había cruzado por mi cabeza la idea de robar ni para mantenerme siquiera. Antes hubiese muerto de miseria y de hambre mil veces que hacer daño á un niño. Al ver esto, aquella gente pensó que era un *chota*, es decir, uno de esos que descubren los planes, vida y milagros de la gente de mal vivir para delatarlos luego á los alcaldes y alguaciles, y como un hombre así les estorbaba, pensaron quitarme de en medio. Un pastor portugués me advirtió de sus intenciones por haberles oído decir que yo estaba de más en las *Dehesas de las contiendas*, y desde entonces viví prevenido. Siendo ellos siete y andando siempre juntos, claro está que hubiesen concluido por despacharme un día ú otro. Abandonar la dehesa no podía, porque hubiese sido entregarme á las justicias que me andaban buscando con tanto más empeño cuanto más ruido había causado en toda Extremadura lo que llamaban *asesinato alevoso* del alcalde corregidor de Almendralejo; de manera que no me



quedaban más que dos caminos, ó dejarme matar como un conejo por los foragidos ó reñir cara á cara con ellos si tenían alientos para medirse conmigo. Guardaban los tales escapados de las cárceles cierto respeto á un foragido llamado el *Motrialeño*, que los capitaneaba. Era éste hombre de gran estatura, mucho arrojo, alma atravesada y buen tirador de navaja, según aseguraban sus compañeros. Yo en cambio, como ven ustedes, soy pequeño y no había manejado nunca la navaja más que para cortar pan ó alguna rama en el monte; pero en cambio mi vista era de águila, mis pies de corzo y mi corazón..... ¡oh! lo que es mi corazón no temblaba delante del *Motrialeño*, ni delante de otros más bravos que él.

Resolví jugar el todo por el todo, pues más valía concluir de una vez que morir á fuego lento teniendo siempre detrás á siete bribones como aquéllos, que sólo esperaban sorprenderme durmiendo debajo de un árbol ó en alguna grieta de las peñas para fusilarme.

Los hallé una tarde comiendo un poco de pan al lado de un arroyo. Al verme se levantaron apresuradamente y echaron mano á los retacos que tenían al lado.

—No hay que asustarse, caballeros—les dije con una calma y con una serenidad que les llamó la atención, porque creían que un hombrecillo como yo debía tenerles mucho miedo.—Sigan ustedes comiendo, y cuando concluya el *Motrialeño* que haga el favor de oír cuatro palabras.

—Yo—contestó éste, dirigiéndome una mirada entre burlona y compasiva.

—¡Tú!

—¿Y desde cuándo un hombre se molesta para hablar con una araña?

—Desde que la araña viene á buscar al que pasa por hombre, cuando es más cobarde que una vieja.

—¡Y eres tú el que viene á decirme eso!

—Ya lo ves.

—Pues no lo repetirás dos veces.

—A tiempo estás de probar á tus compañeros —le repliqué yo con la misma calma— que es mentira lo que sostengo. Si me pegas un tiro, será porque me tengas miedo; si riñes conmigo cara á cara, darás testimonio, por el contrario, de que eres un hombre digno de mandar á estos caballeros.

El tiro no había podido ser más certero, porque ó el *Motrileño* me asesinaba en el acto, pasando por un cobarde á los ojos de sus compañeros, ó reñía conmigo, que era lo que yo buscaba.

Se levantó de un salto y me gritó con voz que hacía temblar la ira.

—Suelta la escopeta.

—Suelta tú el retaco.

Al mismo tiempo y con la velocidad del relámpago tiramos al suelo las armas de fuego y echamos mano á las navajas. Los compañeros del *Motrileño* estaban de pie á algunos pasos de distancia y ya no se reían de mí, porque la situación era demasiado seria para bromear. Todos comprendían que uno de los dos, ó los dos acaso, íbamos á morir.

El *Motrileño* estaba seguro de vencer y se batía con poca precaución. Yo, como he dicho, no te

nfa más medio de equilibrar las fuerzas, que estaban de parte de mi contrario, que apelar á mi valor sereno y á mi grandísima agilidad.

Empecé á cansarle por una serie no interrumpida de saltos de costado; esto le incomodó al principio, le cegó después, y por último, le descompuso por completo. Entonces me llegó á mí la vez de atacar con vigor, y no tardé en alcanzarle por dos veces; resvalé, y aquel hubiese sido el último momento de mi vida, si la sangre brotando por una ancha herida que el *Motrialeño* tenía en el cuello, no le hubiese detenido un segundo, detención que en la acometida, siquiera hubiese sido momentánea, me bastó para levantarme y ponerme de nuevo á la defensiva; pero ya era inútil; mi contrario dió un paso hacia atrás, dejó caer la navaja que sus dedos no podían ya oprimir, abrió los brazos buscando apoyo y cayó cuan largo era á mis pies.

Sus compañeros trataron de auxiliarle; pero en vano, porque aquel desdichado que me había puesto en el caso de defender mi vida, como se defiende el jabalí que se ve rodeado de perros en medio de un jaral, había dejado de existir.

Una de las dos puñaladas que le dí le había cortado el cuello.

Cuando los foragidos volvieron del estupor que aquel combate y aquella inesperada muerte les produjera y quisieron lanzarse sobre mí para vengar al *Motrialeño*, yo había desaparecido.

Conocía de sobra á las gentes de su clase; desprovistas de todo sentimiento generoso, sin amistad y

sin otro freno que el de la fuerza bruta, para no saber que ni me perseguirían ni se atreverían á pedirme cuenta cara á cara de la muerte del que fué su jefe. Antes bien, me buscaron para hacerse mis amigos y para pedirme que los acaudillase en sus empresas; pero yo, que los desprecié cuando eran mis enemigos, con más desprecio los escuché cuando vinieron á ponerse á mis órdenes.

En vista de esto, me dejaron seguir mi camino, y desde entonces viví en paz, ayudando unas veces á los pastores portugueses y españoles á guardar sus ganados y custodiando otras los fardos de géneros y tabaco que los contrabandistas dejaban escondidos entre las grietas de las peñas hasta tanto que pudiesen atravesar con ellos la frontera.

Los primeros me daban el pan necesario para sustentarme, los otros algunas prendas para guarecerme de la intemperie y las indispensables municiones para cazar.

Los compañeros del *Motrileño* se marcharon por fin, y como no volvieron, supusimos que habrían caído en poder de las justicias y que los que no hubiesen perecido en la horca, que bien merecida tenían, arrastrarían el grillete en las cuadras de algún presidio.

Desde entonces ni faltó una res en los rebáños ni un fardo de contrabando, ni podrá decir nadie que el tío *Mierero* ha faltado á la confianza que en él han depositado pastores y contrabandistas, pues antes hubiera muerto de hambre cien veces que tomar cosa que voluntariamente y por caridad no me diesen.

Dos años llevaba viviendo en estas dehesas, temido de unos y apreciado de otros, pero sin que nadie volviese á molestarte desde mi riña con el *Motriño*, cuando se nos echó encima un invierno más crudo que cuantos hasta entonces había conocido. Llovía de temporal y las noches eran tan frías como oscuras.

Una tarde se me acercó un pastor portugués y me preguntó si había visto su vaca pintada. Era ésta una res extranjera, de mucha alzada, que el amo de la vacada tenía en gran estima por haberla comprado en Inglaterra. Díjele que no la había visto, y entonces me rogó que la buscara sin pérdida de momento, para saber si era muerta ó viva, y poder dar alguna satisfacción á su amo cuando por ella le preguntase.

Como aquel pastor era amigo y deseaba servirle, tomé la escopeta y eché á andar por lo más fragoso de la sierra en busca de la vaca. Hora y media llevaría registrando el monte sin hallar rastro alguno, y ya me volvía, creyendo que se habría marchado de las dehesas, cuando al llegar á lo alto de un picacho vi á lo lejos un buitre, que daba vueltas en el aire sobre un profundo barranco que se llama de los *aguachales*, por las muchas fuentecillas que manan en sus laderas que casi están cortadas á pico. ¡ Ah! exclamé con alegría: por aquí está lo que busco. Y me confirmó en esta creencia ver que otros buitres aparecían como puntos negros en el horizonte.

Decidido estuve á dejar mis pesquisas para el siguiente día, porque era ya muy entrada la tarde, la

noche se venía encima á más andar, y no era aparente el terreno para caminar á obscuras por él; pero me acordé que la luna saldría pronto, y por poca claridad que derramase á través de las nubes, creía yo que podría volver al rancho de los pastores portugueses, que á unos cinco cuartos de legua se encontraba aquella tarde.

Llegué, pues, á la orilla del inmenso barranco, y asiéndome unas veces de las peñas más salientes, y otras de los troncos de los arbustos, comencé á bajar con no poca exposición de hacerme pedazos. Llegué, sin embargo, sano y salvo al fondo, y como había supuesto, en él encontré á la vaca que, perseguida acaso por alguna alimaña, se había despeñado desde una altura de más de cien varas, y que yacía destrozada sobre un lecho de rocas.

Para probar al pastor portugués que había dado con ella, le corté las orejas y el extremo de la cola, y guardé estos despojos en el morral; después comencé á subir penosamente por una de las laderas del barranco. Si difícil había sido la bajada más difícil, si no imposible, era la subida, pues á cada momento resbalaban mis pies, y sólo andando de rodillas y ensangrentándome las manos contra los picos de las peñas, á las cuales me asía con desesperación, podía adelantar algunos pasos.

Como á mitad de la altura que tenía que recorrer me encontraría yo, cuando unas piedrecillas desprendidas de lo alto cayeron rodando hasta mí; como esto no dejaba de ser extraño me detuve para tomar aliento y para averiguar quién me tiraba

aquellas piedras. No vi nada y seguí trepando, pero á los dos minutos observé que otras piedras mayores rodaban por la ladera hacia el fondo del barranco; volví á detenerme y á mirar con más atención. Entonces distinguí, medio oculto entre unos jabinos y mirándome con ojos centelleantes, uno de los lobos mayores que había visto en mi vida, y eso que desde que estaba en las dehesas raro era el día en que no me encontrase con alguno de estos animales que miraba con desprecio, pues ni ellos hacían más que huir cuando me cruzaba en su camino, ni yo me molestaba en mandarles una bala. No se podía comer su carne, su piel no valía dos reales, y luego los infelices andaban buscándose la vida como yo por donde podían, de suerte que antes me causaban compasión y lástima que excitaban mi enojo.

Sin embargo, aquel lobo que estaba á unos veinte pasos por encima de mí, sea porque fuese mayor que los que hasta entonces hubiese visto, fuese porque su mirada me probase que tenía malas intenciones, lo cierto es que me produjo un sentimiento casi casi de miedo. Como había dejado arrimada mi escopeta á una encina para bajar con más facilidad me apresuré á salir del barranco, para apoderarme de nuevo de ella y poder defenderme, caso que el lobo, como empezaba á temer, me acometiese. Hice, pues, un último esfuerzo, pero antes de llegar á lo alto oí aullar en diferentes puntos, y vi que el barranco estaba rodeado de lobos. Aquel encuentro, y sobre todo la hora y el sitio, eran para atemorizar á cualquiera. No perdí, sin embargo la serenidad: viendo que el

primer lobo, ó mejor dicho el que se había atravesado en mi camino, llevaba trazas de cerrarme el paso, en cuanto pude sentar los pies en firme, hice caer sobre él una lluvia de piedras, con tanta fuerza y con tan buen acierto dirigidas, que alcanzado por algunas de ellas, aulló de dolor y retrocedió, permitiéndome por fin salir de aquella difícil posición. En dos saltos me puse al lado de mi escopeta, eché dentro del cañón una bala, amartillé, y en vez de subirmé á lo alto de la encina, cosa que hubiese hecho cualquier hombre prudente, confiando en mi buena puntería, en mi valor, que ante ningún peligro se arredraba, y en mis pies, que como he dicho, eran de hierro, me dirigí al rancho de los pastores.

Cierto es que el crepúsculo tocaba á su fin y que tenía que atravesar un raso, sin árboles y casi sin peñas, que llaman *de las águilas*, pero se me metió en la cabeza que lo que los lobos querían era comerse tranquilamente la vaca, y que ya fuera del barranco de lo que menos se acordarían sería de mí.

Esta suposición, que después de todo era muy racional, me perdió, pues los lobos, lejos de bajar al fondo del barranco, formaron un gran círculo alrededor de mí, y aullando, castañeteando con los dientes, corriendo unas veces, andando al trote otras, comenzaron á seguirme.

Yo redoblaba la velocidad de mi marcha, pero por donde quiera que dirigía mis espantados ojos, veía lobos que me miraban enseñándome los dientes.

Lo más horroroso era que aquel círculo, cuyo centro ocupaba yo, se achicaba poco á poco.



No podía caberme ya la menor duda ; me seguían para lanzarse de pronto sobre mí y devorarme en algunos minutos. Llevaba una escopeta en las manos ; pero qué adelantaría con matar un lobo de los que me seguían? Tendría que cargar y esto sería el momento supremo para mí.

Más de cuatro veces me había visto cara á cara con la muerte; el día sobre todo en que medí mis fuerzas con el *Motriño*, no hubiese dado dos cuartos por mi vida, pero nunca sentí que me faltasen ni el valor ni la serenidad.

Aquella era la primera vez en que se me ponían los cabellos de punta, y en que un frío glacial se apoderaba de mi cuerpo: sin embargo caminaba sin conciencia, sin ideas, como una máquina que ha perdido el alma.

De pronto, y como respondiendo á una voz de mando, se pararon todos los lobos. Dirigí una mirada vaga en torno mío, y vi que el círculo se había disminuído tanto, que algunos de aquellos animales sólo distaban cinco ó seis pasos del punto en que yo también me había detenido.

Me encontraba entonces en medio del raso. No había un árbol, ni una roca que me ofreciesen probabilidades de salvación. Correr era de todo punto imposible, porque mis perseguidores me lo hubieran impedido en el acto.

Era preciso morir; morir sintiendo aun en vida los dientes de las fieras despedazar mi cuerpo.

Conocí que mis rodillas se doblaban, y por instinto de conservación me apoyé con ambas manos

en la escopeta para no caer; pero en este momento, al frío de hielo que embargaba y entumecía mi cuerpo, sucedió un calor intenso; me pareció que una llamarada subía desde mis pies hasta mi cabeza; una oleada de sangre cubrió mis ojos y perdi por completo la poca razón que aún me quedaba.

Recuerdo vagamente que tiré de pronto la escopeta, eché mano á la navaja que llevaba entre los pliegues de la faja, la abrí, y cuando los lobos, prorrumpiendo en formidables aullidos se lanzaron sobre mí, me lancé yo sobre ellos.

Recuerdo también como un sueño muy lejano, que á cada dentellada respondía una tremenda puñalada; que tan pronto rodaba entre las zarpas de los lobos, como los lobos, derramando torrentes de sangre, rodaban debajo de mis pies y de mis rodillas; que daba gritos espantosos de dolor y de rabia á los que contestaban los lobos con otros no menos feroces.

Después no recuerdo nada... no sé lo que pasó.

Lo único que sé, por habérmelo referido muchas veces, es que al amanecer del día siguiente los pastores portugueses que me habían estado buscando toda la noche, temerosos de que me pasase alguna desgracia, me encontraron en medio del raso sin sentido, echado sobre un charco de sangre, con media cabeza comida y con los brazos, la espalda y las piernas labradas por hondos surcos producidos por las garras de los lobos. Cuatro de éstos estaban á corta distancia de mí acribillados á puñaladas, y otros dos se arrastraban penosamente por el llano.

Por qué aquellos animales no habían consumado su obra de destrucción, y por qué milagro me hallaba aún con un soplo de vida, son cosas que no han podido averiguarse nunca. Tal vez oyesen á los pastores portugueses que andaban llamándome á voces por el monte, lo cual los hiciera huir; tal vez cruzase por el raso alguna res que excitara su codicia, ó tal vez Dios tuviera compasión de mí en el momento supremo... ¿Quién lo sabe?

Los pastores creyeron al pronto que estaba muerto, pero al reconocirme detenidamente vieron que respiraba aún. Movidos á compasión ante una desdicha tan grande, y aunque todos abrigasen el convencimiento de que no podía vivir en aquel estado, hicieron unas parigüelas con ramas y me transportaron á los chozos del rancho. Una vez acostado sobre un lecho de hierbas y de ramas secas, me lavaron las heridas con agua tibia y me las curaron después aplicando sobre ellas grandes reparos de yesca que vendaron después con tiras sacadas de sus camisas de lienzo.

Cuando á los dos días recobré los sentidos, vieron con dolor que había perdido por completo la razón. Estaba loco, y era tan furiosa mi dolencia que tuvieron que atarme con correas á cuatro estacas que clavaron sobre el piso del chozo á los lados de mi cama.

Aquel estado que hubiera bastado para matar á otros, fué sin duda el que facilitó mi curación, pues no teniendo conciencia de mis actos, tampoco la tuve de mis sufrimientos físicos.

Lo cierto es, que sin más medicina que yesca, un poco de grasa, y después lociones de aceite y flor de romero, se me fueron cicatrizando tan extensas y tan profundas heridas.

A los seis meses sólo conservaba las cicatrices que debían desfigurarme para siempre. Por lo demás podía andar, saltar y cazar como antes.

Mi locura, que en un principio fué furiosa, cambió poco á poco en una especie de idiotismo sombrío y tranquilo. Pasaba días, y aun noches enteras, sentado sobre el pico de una roca con la escopeta entre las piernas, las manos cruzadas y mirando al horizonte.

En estos momentos, los pastores, que no me abandonaban nunca y á cuya caridad y protección debo haber conservado la vida, me traían de comer y procuraban, aunque en vano, hacerme hablar.

Algunas veces aquella terrible oleada de sangre que me volvió loco, tornaba á cegarme de pronto; entonces daba un aullido parecido al de los lobos, me ponía de pie y entraba como un huracán por lo más espeso del monte, destrozando con mis manos con el cañón de mi escopeta y con mi navaja, cuantas ramas y cuantos obscáculos se oponían á mi paso.

Buscaba á los lobos para destrozarlos; subía á las rocas más escarpadas; entraba en las grutas, en las quebradas, en cuantos sitios suponía que les servían de albergue, y algunas veces encontraba sus crías y las despedazaba entre mis manos dando carcajadas espantosas que repetían los ecos.

Después de estos accesos, venía el enervamiento de fuerzas, y los pastores volvían á encontrarme

todo roto y ensangrentado al lado de algún raso en donde me había tendido para descansar.

Tres años pasé de este modo, al cabo de los cuales recobré por completo la razón, siguiendo mi pacífica existencia de antes; es decir, ayudando á los pastores á guardar sus rebaños y custodiando los fardos que los contrabandistas me confiaban.

Ni nadie se ha metido después conmigo ni yo he perjudicado á nadie en el valor de un hilacho; antes bien he evitado más de una desgracia mediando entre españoles y portugueses que están siempre dispuestos á andar á tiros por los pastos de estas dehesas que, no siendo de nadie, sólo al más atrevido ó al más fuerte pertenecen.

Además, bien público es que las he limpiado de los facinerosos que antes las infestaban. Sabían que no podían contar conmigo desde que di muerte al *Motrialeño*, y temían entrar en abierta lucha con un hombre que, á más de no temerles, contaba con el apoyo de pastores y contrabandistas.

Terminado que hubo este relato, se levantó y dijo dirigiéndose á cuantos en silencio le escuchaban:

—Ya saben ustedes mi vida; pocos hombres habrá en el mundo que hayan pasado más desdichas que yo. He dado muerte á una mujer que deshonraba el nombre de sus padres; á dos infames que abusaban de su fortuna y de su autoridad para cometer en la sombra el más repugnante de los delitos, y á un facineroso cuya existencia estaba plagada de robos, de homicidios y de alevosos asesinatos. Sé que he obrado mal, porque nadie puede tomarse la justicia

por su mano; pero si mi arrepentimiento y lo mucho que en estas soledades he sufrido durante diez años, son suficiente motivo para excitar la compasión de los hombres, pido á ustedes que intercedan por mí y me alcancen el indulto que necesito para volver á mi país. Si alguno de ustedes me lo consigue, juro por Jesucristo en la cruz, que no se arrepentirá nunca de su piedad para conmigo, pues viviré como hombre de bien dispuesto á sacrificar su vida por sus semejantes. Aunque destrozado, aun puedo guardar un monte ó una dehesa con tanta vigilancia como el criado más fiel. Si no puedo conseguir una guardería, trabajaré con la azada en la mano ó mendigaré de puerta en puerta el mísero sustento de cada día.

Estas palabras que revelaban el sincero arrepentimiento de aquel desgraciado, conmovieron á los cazadores que, levantándose, le oprimieron afectuosamente la mano, en tanto que hacían una colecta con objeto de proporcionarle algún recurso pecuniario.

—Poco he de poder—exclamó el comandante Díaz de Pozuelo—si no alcanzo pronto el indulto que usted desea y que otros menos valientes, y sobre todo, menos honrados que usted, alcanzan á cada momento de los capitanes generales.

Algunas otras personas ofrecieron apoyar con sus relaciones en Madrid y en Badajoz las gestiones del comandante, de suerte que el tío *Mierero* se retiró aquella noche casi convencido de que la confesión que acababa de hacer sería el fin de su vida de espíación y de miserias.

Y no se engañó, porque tres meses después fué indultado por el capitán general de Extremadura, teniendo además la suerte de que un título de Castilla le nombrase guarda de la dehesa llamada de *Boceguillas*, en cuyo destino dió gallarda muestra de su celo y de su fidelidad por los intereses que le habían confiado.

Andando el tiempo y en aquella dehesa, salvó la vida al hombre generoso á quien debía su indulto, como si la Providencia se hubiese complacido en probar una vez más el célebre adagio: «no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.»

En la obra que con el título: *Aventuras extraordinarias* estamos escribiendo, consignaremos la que tuvo lugar en la dehesa de Boceguillas, la cual, además de probar el extraordinario valor *del cazador de lobos*, destruyó por completo el brillante porvenir del comandante Díaz de Pozuelo, que era en aquella época memorable uno de los oficiales más bizarros de nuestro ejército.

Desgraciadamente algunas de las empresas que entonces se encomendaban á la tropa de línea, por carecer el Gobierno de los institutos especiales que después tuvo, eran tan opuestas á su noble misión, que los oficiales más distinguidos perdían en ellas su prestigio y su carrera, cuando no una existencia que sólo al honor, á la defensa y á la integridad de la patria debían consagrar.

FIN.





## ÍNDICE.

---

	PÁGR.
La Caza de nieve.....	5
El Guarda del baldío.....	36
Una batida de lobos.....	51
Aventuras de un viajante.....	83
Consecuencias de una broma.....	135
Entre fieras y microbios.....	157
La loca.....	207
Una noche en los bosques.....	221
El cazador de lobos.....	257

---